
Rendida al
DUQUE
LOS DUQUES SALVAJES I
MARIBEL SOLLE
Un romance de pasión, orgullo
y deseo prohibido

Derechos de autor © 2026 Maria Isabel Salsench Ollé

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Código de Registro en Safe Creative: 2605055534579

# CONTENIDO

Derechos de autor
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20

Capítulo 21
Capítulo final
Epílogo

# CAPÍTULO 1

—Me voy a la cama —murmuró Bear Colligan, dejando la copa vacía sobre la mesa con un golpe seco que rompió el parloteo de sus hermanos—. Si mis piernas deciden obedecerme, claro.

—Si eres capaz de recordar dónde está tu cama —replicó Tiger desde la butaca, sin molestarse en moverse, con esa ironía fácil que usaba incluso cuando apenas podía mantenerse sobrio—. Estás borracho, Bear. Estamos todos borrachos.

Wolf, recostado en el diván con una elegancia indolente, no intervino. Observaba. Siempre observaba. Con esa calma inquietante que lo hacía parecer ajeno al exceso, como si el alcohol nunca lograra alcanzarlo del todo.

Bear soltó una risa breve, áspera, más cercana al cansancio que a la diversión.

—Un brindis —dijo, alzando la botella en lugar de la copa, como si aquello ya fuera suficiente declaración de intenciones.

—Otro más —gruñó Tiger, girando ligeramente la cabeza hacia él —. Adelante. Quizás al amanecer despertemos convertidos en caballeros respetables.

Bear no reaccionó al comentario. Su mirada se había vuelto más oscura, más lejana. —Por seguir vivos —añadió, esta vez en voz baja.

El ambiente jocoso cambió.

Nadie bromeó.

Durante un instante, el ruido del mundo pareció quedar fuera de aquella habitación y de Ravenshire Manor, la casa que la mismísima Reina les había cedido por sus servicios prestados a la Corona.

Habían sobrevivido.

A la guerra.

A la sangre.

A noches que ninguno de ellos mencionaba... porque hacerlo sería volver allí.

—Y por la libertad —añadió Wolf al fin, incorporándose lo justo para alzar su copa con un gesto mínimo, bebiendo con una naturalidad casi insultante incluso en esa posición descuidada.

Bebieron. Y aquella vez, el alcohol no supo igual.

Quemó más.

Se instaló más hondo.

Como si en lugar de adormecer, hiciera recordar cosas menos agradables.

Bear se apoyó contra la repisa de la chimenea con un tambaleo, dejando que el calor le golpeara el rostro mientras la estancia giraba con lentitud casi sofocante. Llevaban semanas... meses viviendo así. Bebiendo hasta olvidar. Apostando como si el dinero no tuviera valor. Riéndose demasiado alto. Acostándose con mujeres cuyos nombres desaparecían antes de que amaneciera.

Habían visto demasiado como para regresar siendo los mismos hombres.

Habían servido en la guerra Matabele, en África... donde el calor era insoportable, la muerte constante, y un hombre aprendía demasiado pronto que mirar atrás no servía de nada.

Lo que hacían ahora había sido una promesa entre ellos: sobrevivir... y después, vivir.

Pero el placer —acababa de descubrir Bear con una claridad incómoda— empezaba a tener un sabor distinto.

Extraño.

Vacío.

—Esto no basta —dijo de pronto, apartándose un poco de la chimenea—. Nos llaman héroes... nos han convertido en duques de Ravenshire como si un título pudiera limpiar lo que hicimos allí —Tiger alzó la vista, más atento ahora. Bear dejó escapar una risa seca, sin humor—. Ni lo que sabemos —Wolf no se movió—. Ni lo que callamos por la Corona —añadió Bear, más bajo—. África no fue solo guerra... fue una matanza.

Tiger entornó los ojos. —¿Sigues con eso?

Bear negó despacio, pero no como quien rechaza algo... sino como quien no puede desprenderse de ello. —No —dijo—. Nunca he dejado de estar con eso.

—Ahí lo tienes —murmuró Tiger, con una media sonrisa ladeada —. Nuestro Bear empieza a pensar. Mal asunto, para todos.

Bear no le devolvió la sonrisa. —No —insistió, haciendo un gesto vago con la botella, abarcando el salón, la noche, todo aquello—. Esto... no basta.

Wolf lo miró entonces con más atención, como si acabara de decidir que aquello sí merecía su interés. —¿Y qué sí?

Bear guardó silencio.

Pensó en Bristol, en la finca familiar, la propiedad de sus padres en ese Condado.

En el peso de un apellido: Colligan. Un apellido que su abuelo había llevado con honor y que había dejado a sus cuatro hijos con el mismo sentido del deber con el que había vivido y había levantado el Condado de Bristol. Su padre y sus tíos habían sido los Bandidos de Bristol, a ellos los apodaban los Depredadores de Bristol, quizás peores que sus antecesores... o mejores.

Pensó, simplemente, en todo lo que había dejado atrás... y en todo lo que había evitado enfrentar.

—Voy a volver —dijo al fin.

—¿A dónde? —preguntó Tiger, incorporándose por primera vez.

—A casa.

Tiger soltó una carcajada breve, incrédula.

—Te durarán dos días tus buenas intenciones. Tres, si te da por fingir que eres un caballero respetable ante nuestros padres —alzó la copa con un gesto despreocupado—. Aunque dudo que a padre le importe mientras no deshonres el apellido... y madre —añadió, con un brillo más afilado en la mirada— sabrá exactamente qué ocultas antes de que pongas un pie dentro de casa. Siempre lo hace.

—No —repitió Bear, más firme—. Esta vez voy en serio.

Wolf dejó la copa sobre la mesa con suavidad. —Entonces no es el alcohol —dijo—. Es peor.

Bear esbozó una sonrisa ladeada, casi imperceptible. —Mucho peor. Creo que he madurado.

Se apartó de la chimenea con un esfuerzo disimulado. Esta vez sus piernas respondieron.

Más o menos.

—Venid conmigo —añadió, sin mirar atrás—. Si queréis seguir perdiendo el tiempo, hacedlo. Pero yo... —Negó levemente—. Ya he tenido suficiente.

Ninguno respondió.

Pero mientras cruzaba la estancia, Bear supo —con una certeza más sobria que cualquier promesa hecha bajo el alcohol— que, por primera vez desde que había regresado de la guerra, estaba tomando una decisión real.

Y no tenía nada que ver con las copas.



Hacía un día luminoso de finales de primavera en el condado de Bristol, de esos en los que el aire parece más bonito y todo invita a creer que la vida, por fin, puede tomar un rumbo amable. La brisa se deslizaba entre los árboles cargada del perfume de la hierba nueva y de las primeras flores abiertas en los jardines, mientras la luz dorada se filtraba entre las ramas y caía sobre los senderos de grava que llevaban a un banco de piedra en particular.

En el rincón más apartado del jardín, medio oculta entre altos setos y rosaledas aún en flor, Lady Eleanor Ashford, sentada en el banco, dejó el libro a un lado con un gesto pausado y permitió que el canto de los pájaros la envolviera. Sus labios se curvaron en una leve sonrisa, una de esas que nacen sin esfuerzo... casi en paz.

Casi.

Porque bajo aquella calma se agitaba algo más profundo, una inquietud persistente que no lograba acallar.

Todo estaba a punto de cambiar.

Y debía ser para bien. No podía ser de otro modo.

¿Cómo no iba a serlo, cuando apenas unos días atrás estaba convencida de que su vida permanecería detenida para siempre? A

sus veintitrés años, no había sido la falta de pretendientes lo que la había mantenido soltera, sino esa incertidumbre constante que la rodeaba como una maldición.

Nadie corteja a una mujer cuyo futuro depende de decisiones ajenas.

Durante años, Eleanor se había repetido que no deseaba casarse, que era feliz junto a su tía paterna —una dama respetable y prudente— disfrutando de una libertad discreta que pocas mujeres de su posición podían permitirse. Sin embargo, siempre había sabido que aquella libertad no era más que un delicado espejismo.

Ashford Manor, hogar de su familia durante generaciones, ya no les pertenecía. Tras la muerte de sus padres, la propiedad había pasado a manos de un pariente lejano, y desde entonces ella y su tía habían permanecido allí en una especie de espera silenciosa, conscientes de que en cualquier momento podrían ser obligadas a marcharse.

Y ese momento había llegado.

El nuevo propietario había decidido resolver la situación con la eficacia fría de un hombre práctico: casándose con ella.

Eleanor sostuvo la sonrisa, aunque en ella se mezclaban la resignación y una serenidad aprendida a la fuerza. No era el hombre que habría elegido... pero era, sin duda, la elección correcta. Para ella. Para su tía. Para el nombre que aún conservaban.

Apoyó la barbilla en la mano y dejó que su mirada vagara por el jardín, aceptando en silencio aquello a lo que ya había renunciado: ciertos deseos, ciertas ilusiones que no tenían cabida en la vida que le aguardaba.

Sería una esposa adecuada. Respetable. Nada más.

El leve crujido de la grava a su espalda quebró aquella aparente calma.

No fue un sonido fuerte, ni brusco... pero bastó para que algo en su interior se tensara antes de comprender por qué.

Eleanor giró la cabeza con lentitud, sintiendo un nerviosismo que no supo explicar. Durante un instante no vio nada, solo la luz danzando entre los árboles y el suave movimiento de las hojas mecidas por el viento.

Y entonces lo sintió.

Esa certeza inmediata, casi física.

No estaba sola.

Se giró por completo.

El hombre se encontraba a pocos pasos, en el límite del sendero, con la luz a su espalda delineando su figura. Alto. Inmóvil. Imponente de un modo que no tenía nada que ver con títulos ni posición, sino con algo más primitivo... más peligroso.

Durante un breve segundo pensó que era su prometido.

Pero la idea se desvaneció incluso antes de poder sostenerla.

No era él.

Lo supo sin necesidad de verle el rostro. Lo supo en la forma en que el aire cambió de olor: un perfume masculino, casi familiar. Lo supo en la manera en que su pulso dejó de pertenecerle.

Aunque hubieran pasado años. Aunque no estuviera preparada.

El tiempo pareció detenerse entre ambos.

Él no avanzó. Ella no se movió.

Y, sin embargo, todo cambió.

—Eleanor —dijo él.

La voz, más grave, más áspera que en sus recuerdos, la atravesó sin esfuerzo.

Pero no había duda posible.

Era Bear.

# CAPÍTULO 2

No debió llamarla por su nombre.

Bear lo supo en cuanto la palabra salió de su boca. Había sonado demasiado familiar, demasiado imprudente, como si los años no hubieran pasado y él conservara algún derecho sobre una intimidad que había perdido mucho antes de volver a Inglaterra.

Durante un instante, Eleanor no se movió.

El libro descansaba todavía abierto sobre su regazo, aunque sus dedos habían dejado de sujetar las páginas. La luz de la tarde tocaba el borde de su vestido claro, los mechones castaños que se habían soltado de su peinado y la curva serena de su cuello. Parecía exactamente donde debía estar: en aquel jardín, entre los rosales, con la compostura de una dama nacida para no mostrar jamás cuánto le costaba seguir en pie.

Y, al mismo tiempo, parecía una intrusa en su propia vida.

—Bear —dijo ella al fin.

No fue una bienvenida. Tampoco un reproche. Fue peor: una palabra cuidadosamente pronunciada, vaciada de todo aquello que una vez pudo haber significado.

Él vio cómo tragaba saliva antes de cerrar el libro con lentitud.

—No sabía que había regresado a Bristol, milord.

Milord.

Bear sintió el título como una puerta cerrándose entre ambos.

—Hace unos días —respondió—. Dejé el ejército después de África.

—Sí. Lo oí comentar en el pueblo.

Eleanor se puso de pie antes de añadir nada más. No lo hizo con prisa, ni con torpeza, sino con esa gracia medida que poseen las mujeres que han aprendido a no dar a nadie motivos para compadecerlas. Al alisarse la falda, el libro quedó sujeto contra su cintura como si fuera una defensa.

—Aquí las noticias viajan más deprisa que los carruajes —añadió.

Bear no sonrió. En otros tiempos habría encontrado una respuesta insolente, algo que la hiciera fruncir la boca antes de reír. Pero aquella mujer no era la muchacha que él recordaba, y eso lo dejó sin armas durante más tiempo del que le gustó admitir.

Seguía siendo alta. Eso sí lo recordaba, aunque no del todo. Había olvidado la impresión que producía verla erguida, elegante sin suavizarse por ello, con el orgullo tranquilo de quien no pide permiso para ocupar su lugar. Su cabello era más oscuro de lo que guardaba en la memoria, castaño profundo con reflejos cobrizos allí donde el sol lo tocaba, recogido con una pulcritud que no lograba someter del todo algunos rizos junto a las sienes. Sus ojos, de un verde avellana cambiante, no tenían la viveza abierta de antes. Eran más cautos. Más adultos.

Más difíciles de alcanzar.

Eleanor no se había vuelto fría. Eso habría sido sencillo.

Se había vuelto cuidadosa.

Y Bear descubrió que aquella prudencia le dolía más que cualquier insulto.

—Confío en que esté bien —dijo.

La frase sonó torpe, inútil. Una cortesía pobre para una mujer a la que había conocido demasiado y abandonado demasiado pronto.

Eleanor inclinó la cabeza con la precisión de una dama que agradece una atención sin conceder cercanía.

—Lo estoy. Gracias.

Nada más.

Bear dejó que el silencio se alargara. Ella no intentó llenarlo, y aquello también era nuevo. La Eleanor de antes no habría permitido una pausa así; habría dicho algo agudo, algo imprudente, algo vivo. Esta Eleanor sabía esperar.

Él no estaba seguro de que le gustara esa versión.

—¿Suele venir aquí sola? —preguntó.

Ella bajó la vista hacia el banco, luego hacia el sendero de grava por el que él había aparecido.

—Es mi jardín.

—Es un rincón apartado.

—Por eso me gusta.

La respuesta fue correcta, pero no inocente. Bear la entendió. Aquel lugar no era un simple rincón del jardín. No para ellos. Allí se habían encontrado años atrás, cuando ella aún llevaba cintas en el cabello y él creía que el futuro era una cosa dócil, fácil de doblar con las manos. No habían hecho nada escandaloso. No de verdad. Pero el escándalo no siempre necesita hechos; a veces bastan un deseo mal escondido, una conversación robada y una despedida que nadie tuvo el valor de convertir en promesa.

Después él se marchó.

Y ella se quedó.

—No he venido a molestarla —dijo Bear.

Eleanor volvió a cerrar los dedos sobre el libro.

—Entonces ha tenido mala suerte, milord.

La réplica le rozó algo antiguo. Una chispa de la joven que conocía. Pero desapareció enseguida, sofocada por aquella compostura impecable que él empezó a detestar.

—Siempre la tuve cuando se trataba de usted —dijo.

Eleanor no respondió al instante. Sus dedos se movieron sobre el lomo del libro, una caricia nerviosa que ella controló enseguida.

—No diga eso.

—¿Por qué?

—Porque suena como si recordara con cariño algo que no le costó nada abandonar.

La frase fue dicha con tanta educación que Bear tardó un segundo en sentir el golpe completo.

—No fue tan sencillo.

—Para mí tampoco.

Ahí estaba. Una grieta.

Pequeña. Rápida.

Eleanor pareció darse cuenta de que había dicho más de lo que pretendía, porque alzó el mentón y recompuso el rostro con una dignidad que le pareció casi cruel.

—Pero todo eso pertenece a otra época.

—¿De veras?

—Sí.

—Entonces no le molestará que le pregunte por su familia.

La rigidez de sus hombros le dijo que sí le molestaba. Aun así, ella contestó.

—Mi padre murió hace dos años. Mi madre, poco después.

Bear sintió que algo se le cerraba en el pecho.

—No lo sabía.

—No había razón para que lo supiera.

No lo dijo con rabia. Habría sido más fácil si lo hubiera hecho. La rabia podía discutirse. Aquella calma, en cambio, lo dejaba fuera de todo.

—Lo lamento —dijo.

—Gracias.

Él bajó la vista hacia las manos de ella. No llevaba anillo todavía. Ese detalle, absurdo y peligroso, le dio una satisfacción que no tenía derecho a sentir.

—¿Y su tía?

Por primera vez, el rostro de Eleanor se suavizó de verdad.

—Está conmigo. O yo con ella. Depende del día.

—Entonces sigue en Ashford Manor.

—Por ahora.

Dos palabras. Nada más.

Bear entendió demasiadas cosas a la vez: la casa que ya no les pertenecía, la fragilidad de su posición, la necesidad de permanecer respetables cuando la respetabilidad era lo único que les quedaba.

—La propiedad pasó al señor Ashford —dijo.

—Sí.

—Robert Ashford.

—Así es.

Ella pronunció el nombre con absoluta corrección. Sin ternura. Sin disgusto. Como se menciona a un hombre que se ha vuelto necesario antes de volverse querido.

Bear apretó la mandíbula.

—Voy a casarme con él.

El jardín pareció quedar demasiado quieto alrededor de ellos. Bear oyó el roce de una hoja contra la piedra, el zumbido de un

insecto entre las rosas, el leve crujido de sus propios guantes al cerrar la mano.

—Al parecer he regresado a tiempo para felicitarla —dijo.

—Muy amable por su parte.

—¿Lo es?

Ella sostuvo el libro un poco más alto contra el pecho.

—No especialmente.

Eso, al menos, era honesto.

Bear sintió una oleada de rabia tan súbita que tuvo que dominarla antes de hablar. No tenía derecho a estar celoso. No tenía derecho a sentirse traicionado. No tenía derecho a mirar a Eleanor como si el tiempo, la guerra y sus propios silencios no hubieran existido.

Pero ninguno de esos hechos le sirvió de nada.

—¿Lo ama?

La pregunta salió baja, brusca.

Eleanor permaneció inmóvil durante un segundo. Luego sus labios se curvaron con una tristeza mínima, casi imperceptible.

—Esa no es una pregunta que tenga derecho a hacer.

—Lo sé.

—Entonces no la haga.

—La he hecho igualmente.

—Siempre fue usted arrogante, milord; nuevo Duque de Ravenshire.

—Y usted siempre fue demasiado honrada para mentir bien.

El comentario la alcanzó. No mucho, pero lo suficiente para que sus dedos se tensaran sobre el libro.

—No —dijo—. No lo amo.

Bear no sintió alivio.

Sintió furia.

—Entonces, ¿por qué demonios va a casarse con él?

Eleanor cerró los ojos un instante, como si estuviera contando hasta diez para no contestarle de la manera que merecía. Cuando volvió a abrirlos, su voz fue tranquila.

—Porque una mujer puede sobrevivir a muchas cosas, milord, pero no a todas sin techo, sin fortuna y sin protección.

—Tiene familia.

—Tengo una tía que depende de mí y parientes que recuerdan nuestro parentesco solo cuando les conviene.

—Tiene nombre.

—Un nombre no calienta una habitación en invierno —Bear se quedó callado. Eleanor respiró con cuidado antes de continuar: —Robert Ashford posee la casa. Yo poseo la educación necesaria para convertirme en una esposa aceptable. Es un acuerdo práctico.

—Es una compra.

—Es una solución.

—Miserable.

—Pero solución al fin.

Bear dio un paso hacia ella. No fue mucho, pero bastó para que Eleanor levantara la barbilla. No retrocedió. Eso le gustó y lo enfureció en la misma medida.

—No se case con él —dijo.

El color abandonó un poco el rostro de Eleanor.

—No haga eso.

—¿Qué?

—Llegar tarde y hablar como si aún pudiera ordenar el mundo a su gusto.

—No estoy ordenando nada.

—Está haciendo algo peor. Está fingiendo que le importa.

Bear sintió el golpe bajo las costillas.

—Me importa.

—Ahora.

—Eleanor...

—Milady —corrigió ella.

El título cayó limpio, perfecto, cruel.

Bear se detuvo.

Ella bajó el libro despacio hasta sostenerlo con ambas manos frente a la falda. Su compostura regresó pieza por pieza, como una armadura que conocía demasiado bien.

—No use mi nombre como si aún significara algo entre nosotros —dijo—. No aquí. No después de tantos años.

—Nunca dejó de significar algo.

—Para usted quizá fue un recuerdo cómodo. Para mí fue una lección.

—¿Qué clase de lección?

Eleanor sonrió sin alegría.

—Que no se debe esperar a un hombre que puede marcharse sin mirar atrás.

Bear no contestó.

No porque no tuviera defensa, sino porque ninguna le habría servido.

Durante años se había dicho que había hecho lo necesario, que marcharse había sido inevitable, que la guerra y el deber y la juventud lo habían empujado lejos de todo aquello junto a sus dos hermanos mellizos. Pero Eleanor no hablaba de razones. Hablaba del hueco que él había dejado.

Y él, repentinamente desconsolado, no había estado allí para verlo.

—Permítame acompañarla a la casa —dijo al fin.

Eleanor soltó una risa breve.

—¿Esa es su respuesta?

—No debería estar sola en esta parte del jardín.

—He estado sola en lugares peores.

La frase lo desarmó.

Ella pareció arrepentirse de haberla dicho, porque bajó la vista al libro y lo sostuvo contra sí con más fuerza.

—Además —añadió—, sería mucho menos prudente que me vieran regresar acompañada de usted.

Bear lo sabía.

Un hombre recién vuelto de la guerra. Una dama comprometida. Un rincón apartado del jardín. Un pasado que en manos del pueblo se convertiría en pecado antes de la hora del té.

—Tiene razón —dijo.

—Eso ocurre con frecuencia.

La respuesta fue tan seca, tan propia de la muchacha que había sido, que Bear casi sonrió.

Casi.

—No ha cambiado tanto —murmuró.

La suavidad desapareció de su rostro.

—Usted tampoco, milord.

—Esto no ha sonado como un cumplido.

—No lo era.

Se hizo un silencio largo.

Bear se inclinó, más por disciplina que por respeto.

—Como quiera, milady. Buenos días.

Eleanor dudó antes de contestar. Esa pequeña pausa fue lo único que le concedió.

—Buenos días, milord.

Él se volvió antes de hacer algo imperdonable.

Mientras cruzaba el sendero, sintió la presencia de ella a su espalda con una intensidad absurda. No miró hacia atrás. No podía permitírselo. Al llegar junto al muro, tomó las riendas de su caballo y montó con más brusquedad de la necesaria.

Solo cuando dejó atrás Ashford Manor permitió que el pensamiento se formara entero.

Eleanor iba a casarse.

No por amor.

No por alegría.

Sino porque el mundo había encontrado la manera de arrebatarle incluso su hogar y llamarlo prudencia.

Bear soltó una risa baja, sin humor.

Había vuelto a casa buscando orden.

Y lo primero que había encontrado era a Eleanor Ashford diciéndole, con perfecta educación, que ya no lo necesitaba.



Bear Colligan no había olvidado la casa.

Durante años se había dicho que sí, que la memoria era una cosa obediente y que bastaba con alejarse lo suficiente para despojarla de poder. Pero en cuanto el carruaje cruzó el camino flanqueado por robles y la silueta de la propiedad familiar apareció

entre la luz dorada de la tarde, comprendió que se había engañado con una facilidad casi insultante.

La casa no era la gran mansión del marqués de Bristol, sino la otra. La que se levantaba a varias millas, algo más apartada, más antigua, menos obligada a impresionar. Había pertenecido a la rama de su padre, y en ella su abuela Alba había encontrado refugio cuando la sociedad inglesa la había tratado como si una mujer española, rica y educada, pudiera seguir siendo inferior por el simple hecho de no haber nacido con el apellido correcto.

Con los años, aquella casa se había convertido en algo más íntimo y peligroso que una residencia aristocrática. Era el lugar donde Tim Colligan había dejado de fingir que no amaba a su esposa. El lugar donde Perla había aprendido a ser madre sin dejar de ser espía. El lugar donde tres niños imposibles habían roto cristales, agotado niñeras y recibido un apodo que los perseguía todavía.

Los depredadores de Bristol.

Bear torció la boca al recordarlo.

La puerta de la casa se abrió antes de que alcanzara el primer peldaño.

Su madre estaba allí.

Perla Colligan seguía teniendo esa cualidad extraña que hacía que una habitación pareciera ordenarse alrededor de ella. No era alta de forma imponente ni necesitaba elevar la voz para hacerse obedecer. Su autoridad era otra. Más silenciosa. Más incómoda. Tenía el cabello oscuro recogido con una precisión impecable, aunque algunas hebras plateadas brillaban cerca de las sienes, como si los años hubieran intentado tocarla y ella les hubiese permitido solo lo justo para no parecer inhumana. La piel seguía siendo pálida, casi luminosa, y sus ojos grises lo recorrieron de arriba abajo con una rapidez que a Bear le resultó demasiado familiar.

No lo miró como una madre que recibe a un hijo.

Lo miró como una mujer que estaba valorando daños.

Bear se detuvo a pocos pasos de ella.

—Madre.

Perla no sonrió al instante. Eso habría sido demasiado sencillo para ella. Primero observó su rostro, la línea dura de la mandíbula, la sombra oscura bajo sus ojos, el corte ya cicatrizado cerca de la ceja, la manera en que descargaba menos peso sobre una pierna que sobre la otra. Luego bajó la mirada hasta sus manos enguantadas, como si pudiera ver a través de la piel todo lo que él había hecho con ellas.

Solo entonces avanzó.

—Bear.

La palabra no fue una reprimenda, pero él la sintió como una. Había algo en la forma en que su madre pronunciaba su nombre que siempre lo devolvía a la infancia, a la ventana rota del comedor, a la niñera dimitiendo entre sollozos y a Tiger fingiendo inocencia con la misma expresión con la que después mentiría a generales, amantes y oficiales de inteligencia.

Perla le puso ambas manos en las mejillas.

Bear no se movió.

Había soportado cañones, fiebre, emboscadas, hambre y el olor dulzón de la sangre bajo el sol africano. Pero el contacto de su madre, suave y firme a la vez, le produjo una opresión en la garganta que lo enfureció más que cualquier herida.

—Has tardado demasiado —dijo ella.

—Estoy aquí.

—Eso no responde a nada.

Bear bajó la mirada hacia ella. A veces olvidaba lo pequeña que era en comparación con él. O quizá no lo había olvidado; quizá era que su madre nunca había parecido pequeña. Ni cuando era niño. Ni ahora.

—No sabía si queríais verme.

Perla retiró las manos despacio, y en sus ojos apareció algo que no era dolor, exactamente, sino una forma mucho más peligrosa de tristeza.

—No digas necedades. Has heredado demasiadas cosas de tu padre, pero no esperaba que también heredases su talento para fingir que el afecto es una negociación.

Desde el interior de la casa llegó una voz seca.

—Yo nunca he fingido semejante cosa.

Bear alzó la vista.

Su padre apareció en el vestíbulo con la misma elegancia rígida que había tenido siempre. El tiempo no había conseguido ablandar a Tim Colligan; solo lo había vuelto más afilado. Conservaba la espalda recta, el gesto elegante y aquella expresión de hombre que podía encontrar una incorrección moral en la forma en que uno respiraba. El cabello oscuro estaba salpicado de plata, y eso, lejos de hacerlo parecer más débil, le daba un aire severo, casi ilustre.

Eso habría sido impropio de él.

Pero sí mostró alivio.

Solo durante un segundo.

Solo lo suficiente para que Bear lo viera.

—Padre —dijo.

—Lord Ravenshire, si hemos de creer los periódicos —contestó Tim, bajando los escalones con calma—. O uno de ellos, al menos. La prensa no sabe qué hacer con tres hombres condecorados a la vez, tres nombres ridículos y ninguna conducta respetable que pueda adornar sin mentir demasiado.

Bear aceptó la pulla sin pestañear.

—Los periódicos exageran.

—Los periódicos se quedan cortos —replicó Tim—. En especial cuando hablan de mis hijos.

Perla miró a su esposo de reojo.

—Tim.

—No empieces, Perla. He pasado años esperando que alguno de ellos tuviera la decencia de regresar antes de que su madre se viera obligada a perseguirlos por medio continente. Si mi tono no es enteramente afectuoso, puede deberse a que todavía estoy decidiendo si abrazarlo o darle un puñetazo.

Bear arqueó una ceja.

—Preferiría el abrazo.

—Eso demuestra que África no te volvió más inteligente.

A pesar de todo, Tim se acercó.

Durante un instante, padre e hijo se observaron como dos hombres que se parecían demasiado para concederse el privilegio de

la emoción. Bear había heredado de él la estatura, la mandíbula, la inclinación natural a no pedir perdón cuando creía tener razón. Pero su corpulencia venía de otro lugar, de alguna rama antigua y obstinada de los Colligan que había decidido concentrar en él todo lo que en Tiger era agudeza y en Wolf silencio. Era más ancho que su padre, más físico, menos pulido.

Y, sin embargo, cuando Tim lo abrazó, lo hizo con una fuerza que no tenía nada de ceremonial.

Bear cerró los ojos un segundo.

Solo uno.

—Has adelgazado —dijo su padre al apartarse.

—Me han dicho cosas peores.

—Y tienes peor aspecto del que esperaba.

—También me han dicho eso.

Perla soltó un suspiro leve.

—Por Dios, Tim. Acaba de llegar.

—Precisamente por eso. Si espero a que esté cómodo, fingirá que no hay nada que hablar.

Bear se quitó los guantes con calma deliberada mientras entraba en el vestíbulo.

—¿Queréis hablar ahora?

—Quiero saber dónde están tus hermanos —dijo Tim.

La pregunta cayó sobre el vestíbulo como una puerta cerrándose.

Bear miró hacia el interior de la casa. El mayordomo permanecía inmóvil a cierta distancia, con el gesto rígido de quien había aprendido hacía décadas que en aquella familia la discreción no era una virtud sino una forma de supervivencia.

—Tiger sigue en Ravenshire, cerca de Londres —respondió—. Dijo que vendría cuando dejara de resultarle ofensiva la idea de sobriedad.

Tim cerró los ojos un momento, como si rezara por una paciencia que sabía que no recibiría.

—Naturalmente.

—Wolf llegará cuando quiera ser encontrado.

Perla no dijo nada.

Y eso fue peor.

Bear volvió la vista hacia ella. Su madre había empalidecido, aunque cualquiera que no la conociera habría pensado que estaba tranquila. Él sí la conocía. Sabía que aquella quietud en sus labios significaba miedo cuidadosamente guardado.

—Está vivo —añadió él.

—No he preguntado eso —dijo Perla.

—Pero lo has pensado, madre.

La mirada de su madre se afiló.

—No uses conmigo recursos que aprendiste de mí.

Por primera vez desde que había bajado del caballo, Bear sintió algo parecido al humor.

—Sería descortés desperdiciar tu educación.

Perla lo observó durante un segundo más y luego, para sorpresa de él, sonrió. No una sonrisa alegre. No una de bienvenida. Era una sonrisa pequeña, dolorosa y orgullosa a la vez.

—Te pareces demasiado a mí cuando quieres ocultar algo.

—No he venido para ser interrogado.

—Entonces escogiste mal la casa —dijo su madre—. En esta familia se interroga incluso cuando se sirve el té.

La frase tenía algo de antigua, de familiar, y durante un momento Bear sintió que el tiempo retrocedía. Se vio a sí mismo con diez años, cubierto de barro, defendiendo su inocencia mientras Tiger explicaba alguna teoría absurda sobre accidentes inevitables y Wolf, pálido y silencioso, miraba desde detrás de ellos como si ya entonces supiera más de lo conveniente.

Pero ya no eran niños.

Y aquella casa no podía fingir que lo eran.

Perla pareció leerle el pensamiento, porque su expresión cambió.

—Venid al salón —dijo—. No vamos a tener esta conversación en el vestíbulo.

Tim ofreció el brazo a su esposa por costumbre, no por necesidad. Perla lo aceptó, también por costumbre. Bear los siguió, notando con una incomodidad inesperada que sus padres habían cambiado y no habían cambiado en absoluto. Tim seguía siendo severo, insoportablemente correcto, un hombre que había pasado

media vida fingiendo que la disciplina podía salvarlo de sentir demasiado. Perla seguía siendo aquella dama fría como el mármol que, según los rumores de su juventud, no se alteraba jamás; solo que Bear sabía que esa frialdad era una máscara.

En el salón, la luz del mediodía entraba por los ventanales y doraba los muebles oscuros. Sobre una mesita reposaba una bandeja de café, no de té. Bear sonrió sin querer.

—Padre sigue ganando esa batalla.

—Tu abuela Alba ganó esa batalla antes de que tu padre supiera que estaba luchando —respondió Perla.

Tim se sirvió una taza con gesto imperturbable.

—El té es una costumbre respetable. El café es una necesidad superior.

Bear aceptó la taza que su madre le ofrecía. El aroma oscuro y familiar le llegó con una fuerza absurda. Café. Casa. Alba. España. Infancia. Cosas que un hombre no podía disparar, enterrar ni dejar atrás en una mesa de juego. Perla esperó a que bebiera un sorbo antes de hablar.

—Sabemos parte de lo que ocurrió —Bear no se movió—. No todo —añadió ella—. Pero suficiente —Tim dejó la taza sobre el platillo—. La guerra Matabele fue una campaña, no un infierno privado, aunque por lo que cuentan los informes que no existen, vosotros tres parecéis haber conseguido convertirla en ambas cosas.

Bear sostuvo la mirada de su padre.

—Si los informes no existen, no hay nada que contar.

Perla se inclinó apenas hacia adelante.

—Bear.

Solo eso.

Su nombre.

Y fue suficiente para que él apartara los ojos.

—No puedo hablar de ello.

—No te he pedido que traiciones a la Corona —dijo ella con suavidad—. Te estoy pidiendo que no te traiciones a ti mismo.

Bear apretó los dedos alrededor de la taza.

—Hay cosas que es mejor dejar enterradas.

Su madre se levantó y se acercó a la ventana. La luz la perfiló de un modo que la hizo parecer más joven y más triste al mismo tiempo.

—Yo también serví a la Corona —dijo—. No en un campo de batalla, no con uniforme, no con hombres gritando órdenes a mi alrededor. Pero sé lo que significa guardar secretos que nadie debe conocer y sonreír después como si una no llevara un cementerio dentro. Sé lo que es mirar a los seres que amas y decidir no contarles la verdad para protegerlos. Y sé, Bear, que la fortaleza no consiste en no sentir. Eso es cobardía vestida con buen paño. La fortaleza consiste en seguir de pie a pesar de lo que sabes.

La habitación quedó en silencio. Bear no habría sabido decir qué le dolía más: las palabras o el hecho de que su madre hubiera acertado.

Tim se levantó entonces.

—Precisamente por eso debemos hablar de otra cuestión.

Bear lo miró con recelo.

—¿Más interrogatorios?

—Peor —dijo Tim—. Familia.

Perla se volvió hacia él. —Tim.

—No pongas esa cara. Lo hemos pospuesto demasiado.

Bear dejó la taza en la mesa con cuidado.

—¿Qué habéis pospuesto?

Su padre se llevó una mano al bolsillo del chaleco y sacó un sobre doblado, sellado con lacre oscuro. No lo abrió. No hacía falta.

—Vuestras mercedes de guerra —dijo Tim.

Bear no respondió.

Había oído aquella expresión demasiadas veces desde su regreso. En los periódicos, en los despachos, en labios de hombres que pronunciaban la palabra *héroe* con una facilidad indecente, como si la gloria pudiera lavarse con tinta y publicarse en una columna social. Ravenshire. Blackmoor. Coldhaven. Tres ducados restaurados o creados por la Corona para convertir en honor lo que, en realidad, había sido guerra, obediencia, espionaje y supervivencia.

A Bear seguía resultándole absurdo.

Él no se sentía como un duque.

Se sentía como un hombre que había regresado con demasiados muertos encima por una gloria que no era tal.

—La Corona os ha recompensado a los tres —continuó Tim, con esa calma fría que siempre había logrado poner de los nervios a sus hijos—. A ti con Ravenshire. A Tiger con Blackmoor. A Wolf con Coldhaven. Eso no está en discusión. Sois duques, por muy poco civilizados que os empeñéis en parecer.

Bear soltó una risa sin humor.

—Qué alivio. Durante un instante temí que fuerais a quitármelo.

—No puedo quitarte algo que no te di —replicó su padre—. Pero sí puedo decidir qué ocurrirá con lo que todavía me pertenece.

Perla, sentada ya junto a la chimenea, no dijo nada. Tenía las manos cruzadas sobre el regazo y el rostro tan tranquilo que cualquiera habría podido confundirla con una dama tranquila. Bear sabía que era una pésima señal. Su madre solo parecía verdaderamente tranquila cuando ya había tomado una decisión peligrosa.

—¿Y qué es exactamente lo que todavía os pertenece? —preguntó él.

Tim dejó el sobre que tenía en la mano sobre la mesa.

—Esta casa. Las tierras privadas de Bristol. Los negocios que he levantado durante media vida. La fortuna Colligan que no está vinculada a ningún título. Y, por desgracia para mi paz espiritual, ciertos documentos de tu madre que no deberían existir en ningún archivo, pero existen.

Bear miró a su madre. —¿Documentos?

Su madre arqueó una ceja. —No pongas esa cara. Eres hijo mío. Sabes perfectamente que una mujer precavida nunca destruye toda la información útil.

—Una mujer precavida —murmuró Tim— habría quemado la mitad de esos papeles hace veinte años.

—Una mujer estúpida, quizá.

Bear casi sonrió, aunque no llegó a hacerlo. Había regresado pensando que encontraría a sus padres más viejos, más frágiles, quizá más fáciles de enfrentar. Pero Tim seguía siendo

insoportablemente recto, elegante y cortante. Perla seguía siendo hermosa de una manera fría y peligrosa, con los ojos grises demasiado atentos y aquella expresión de dama perfecta que jamás había impedido que llevara un arma escondida cuando le venía en gana.

Habían cambiado, sí.

Pero no se habían ablandado.

—No entiendo qué tengo que ver yo con eso —dijo Bear.

—Tú, Tiger y Wolf tenéis que ver con todo —respondió Tim—. Sois mis hijos.

—Una desgracia que no podéis corregir ya.

—No por falta de tentación —dijo su padre.

Perla le lanzó una mirada. —Tim.

—Estoy siendo afectuoso.

Bear apoyó los dedos sobre el respaldo de una silla. No se sentó. Sentarse habría significado que pensaba quedarse a escuchar. Y ya sospechaba que no quería escuchar.

—Creía que esas cosas pasarían al primogénito —dijo.

Tim sostuvo su mirada. —Eso habría sido lo sencillo.

—Y por tanto imposible en esta familia —añadió Perla.

Bear frunció el ceño.

—Wolf nació el último.

—Sí —dijo su madre—. Eso lo sabemos.

—Pero entre Tiger y yo...

—Entre Tiger y tú hay suficiente incertidumbre como para alimentar a los abogados durante una década —terminó Tim—. Tu nacimiento y el de tu hermano no fue precisamente un acto ordenado de administración familiar. Tu abuela Georgiana siempre sostuvo una versión, la comadrona otra, y tu madre estaba en una situación que no recomiendo utilizar como prueba legal de nada.

Perla miró a su marido con una frialdad exquisita.

—Gracias por describir el parto de mis hijos con tanta poesía.

—He sido extraordinariamente delicado.

—Has sido insoportable.

—También.

Bear se pasó la lengua por los dientes, intentando no reír. Aquello era ridículo. Todo en esa conversación era ridículo, salvo la tensión que empezaba a formarse debajo de las palabras.

—Entonces dejadlo a partes iguales —dijo.

—Eso sería una invitación al desastre —respondió Tim—. Tiger convertiría los negocios en un tablero de ajedrez. Wolf desaparecería con los documentos de tu madre antes de que alguien pudiera preguntarle qué demonios estaba haciendo. Y tú...

Bear alzó una ceja. —¿Yo?

—Tú intentarías resolver cualquier desacuerdo rompiendo una puerta o amenazando a alguien con partirle la mandíbula.

—Eso no es cierto.

Perla inclinó la cabeza.

—No siempre. Solo cuando estás de mal humor, cansado, herido, hambriento, irritado o convencido de que alguien necesita una lección.

—Es decir —añadió Tim—, casi siempre.

Bear soltó aire por la nariz.

—Veo que me habéis echado de menos.

—Mucho —dijo Perla, y esa vez su voz perdió una parte de su ironía.

El silencio que siguió fue breve, pero suficiente para incomodarlo.

Bear apartó la mirada.

No había venido preparado para la ternura. La ternura era peor que la censura. La censura podía combatirse.

La ternura no.

Tim tomó su taza de café, bebió un sorbo y la dejó de nuevo sobre el platillo de la repisa, de pie.

—Hemos decidido una condición.

Bear volvió a mirarlos.

—No.

—Ni siquiera sabes cuál es —dijo su madre.

—Conozco esa expresión.

—¿La mía o la de tu madre? —preguntó Tim.

—Las dos. Y ninguna anuncia nada bueno.

Perla se acomodó con elegancia en el sofá, como si estuvieran hablando del clima y no de una trampa familiar.

—No vamos a entregar el legado Colligan al hijo que haya nacido primero por un margen que nadie puede probar. Tampoco al que más lo exija. Ni al que más se parezca a su padre cuando decide volverse insoportable.

—Eso descarta a Tiger —murmuró Bear.

—Y quizás a ti —replicó Tim.

Bear entrecerró los ojos. —Hablad claro.

Tim lo hizo.

—El primero de mis hijos que contraiga matrimonio de forma honorable, establezca una casa propia y demuestre durante un año completo que puede cuidar algo más que su orgullo será nombrado heredero principal de mis propiedades privadas.

Durante unos segundos no se oyó más que el leve chasquido del fuego. Bear lo miró como si acabara de sugerir que debía vender su alma en una feria rural.

—¿Matrimonio?

—Sí.

—¿Esa es vuestra solución?

—Es una solución excelente —dijo Tim—. Absurda, irritante y tremendamente eficaz. Como casi todo lo que ha mantenido unida a esta familia.

—No pienso casarme para ganar unas tierras.

—Perfecto —respondió su padre—. Entonces no las ganarás.

Perla juntó las manos sobre el regazo.

—Nadie ha dicho que debas casarte mañana, Bear.

—Pero sí que debo casarme antes que Tiger y Wolf.

—Solo si deseas el legado de tu padre.

—No lo deseo.

Tim lo observó con una serenidad insoportable. —Entonces no debería alterarte.

Aquello lo enfureció precisamente porque era cierto. Bear se levantó de golpe y caminó hasta la ventana. Más allá de los cristales, los jardines se extendían bajo la luz suave de la tarde. Y más allá de

los árboles, invisible desde allí pero demasiado presente en su mente, estaba Ashford Manor.

Eleanor.

Su rostro serio entre los setos. Su postura. Su forma de decir su nombre como si no supiera si él era un recuerdo o una amenaza.

Matrimonio.

No.

Aquello era absurdo.

—Tiger se casará por diversión si cree que puede ganarme —dijo.

—Tiger no hará nada que no le reporte ventaja —contestó Perla —. Pero tampoco es tan necio como pretende.

—Wolf no se casará nunca.

Tim tomó de nuevo su café.

—Eso dijo también de niño sobre montar a caballo, hasta que descubrió que el caballo obedecía mejor que vosotros dos.

Bear apoyó una mano contra el marco de la ventana.

—Esto es una manipulación.

—Por supuesto —dijo Perla con absoluta tranquilidad—. Soy tu madre —Bear giró la cabeza hacia ella. Su madre lo miró con dulzura, y esa dulzura resultó, de algún modo, más inquietante que cualquier amenaza—. La guerra os enseñó a obedecer órdenes, guardar secretos y sobrevivir sin pedir ayuda —dijo—. Pero ahora estáis en casa. Y en casa, hijo mío, un hombre no demuestra su valor por lo que destruye, ni por lo que soporta en silencio, sino por lo que es capaz de construir.

Bear no respondió.

No podía.

Porque, por alguna razón incomprensible, pensó otra vez en Eleanor Ashford sentada en aquel jardín como si ya hubiera renunciado a esperar algo de la vida.

Y sintió, contra toda lógica, una violencia irritante al imaginarla casada con otro hombre.

Tim, que no era menos peligroso por estar envejeciendo, observó su perfil con demasiada atención.

—Hay algo más.

Bear cerró los ojos un instante.

—Por supuesto que lo hay.

—Lord Ashford murió hace más de un año —dijo Perla—. Desde entonces, Ashford Manor se sostiene más por costumbre que por seguridad. La propiedad ha pasado a un primo lejano, y ese hombre ya ha demostrado ser bastante menos paciente que el anterior.

Bear se volvió despacio.

—¿Qué hombre?

—Sir Robert Ashford —respondió Tim—. El nuevo heredero. Nos ha enviado una carta esta misma mañana.

Bear no dijo nada, pero su expresión se endureció.

Tim tomó el sobre que reposaba sobre la mesa y lo golpeó suavemente con los dedos.

—Reclama las tierras de Westmere. Según él, pertenecieron a los Ashford antes de que mi padre las adquiriera hace décadas. Habla de documentos irregulares, de ventas forzadas, de una deuda mal liquidada y de no sé cuántas ofensas familiares que, por lo visto, sobreviven mejor que las personas.

—Westmere es nuestra —dijo Bear.

—Eso mismo le he contestado —replicó Tim—, con bastante más educación de la que merecía.

Perla lo miró de reojo.

—Tu padre le ha dicho que antes entregaría Bristol a una banda de piratas que una sola pulgada de Westmere a un Ashford.

—Fui cortés.

Bear no sonrió. Las tierras de Westmere no eran cualquier cosa. Eran extensas, fértiles, valiosas, y separaban buena parte de la propiedad Colligan de Ashford Manor. Si los Ashford las reclamaban, no solo buscaban recuperar un pedazo de tierra. Buscaban humillar a los Colligan.

—¿Y Eleanor? —preguntó al fin, antes de poder impedirlo.

Perla no apartó la mirada.

—Eleanor sigue viviendo en Ashford Manor con su tía, lady Agatha. Una situación incómoda, por decirlo con delicadeza. La casa ya no les pertenece realmente, la fortuna es escasa y el nuevo heredero puede decidir en cualquier momento qué hacer con ellas.

El nombre de Eleanor llenó la habitación con una fuerza absurda.

Bear apretó la mandíbula.

—No es asunto mío.

—No —dijo Tim—. Desde luego que no. Una Ashford empobrecida, vinculada a una familia que pretende arrebatarnos Westmere, no es precisamente la clase de mujer con la que un Colligan debería relacionarse. Mucho menos casarse.

Bear giró la cabeza hacia él. —Nadie ha hablado de matrimonio.

—Tú tampoco habías hablado de Eleanor hasta hace un momento.

El silencio posterior fue breve, pero definitivo.

Tim dejó la taza sobre la mesa.

—Ya veo.

—No veis nada.

—Hijo —dijo Perla, con una suavidad casi compasiva—, cuando un hombre de tu tamaño intenta parecer indiferente, resulta especialmente evidente que no lo es.

Bear miró a su madre, luego a su padre, y comprendió con una mezcla de irritación y alarma que ambos habían visto demasiado. Como siempre.

—No pienso participar en vuestro juego —dijo.

Tim sonrió. Una sonrisa mínima, aristocrática y condenadamente victoriosa.

—Eso dicen todos los hombres justo antes de descubrir que ya están jugando.

Perla se levantó entonces y se acercó a su hijo. Le tocó el brazo, con cierto amor.

—Ten cuidado con Eleanor Ashford, Bear. No porque no sea digna de ti, sino porque quizás sea demasiado fácil convertirla en enemiga... y demasiado peligroso verla como algo más.

Él miró la mano de su madre sobre su manga, luego su rostro, después a su padre.

Y por primera vez desde que había regresado de África, comprendió que la guerra no había terminado.

Solo había cambiado de campo de batalla.

# CAPÍTULO 3

Eleanor permaneció en el jardín bastante después de que Bear Colligan desapareciera entre los árboles.

No se quedó mirando el sendero por el que él se había marchado. Eso habría sido demasiado evidente, incluso estando sola. En su lugar, fijó la vista en el viejo muro de piedra que separaba los terrenos de Ashford Manor de los campos de Westmere, esa franja de tierra fértil que durante años había sido mucho más que una propiedad disputada. Había sido el orgullo de los Ashford, la ofensa de los Colligan, el motivo de discusiones interminables en los salones y el nombre que las personas sensatas evitaban pronunciar durante la cena.

Westmere.

Un pedazo de tierra podía parecer una cosa inofensiva cuando se contemplaba desde lejos. Prados, árboles, caminos, un arroyo que atravesaba la linde. Pero Eleanor sabía que algunas tierras tenían memoria. Y la memoria de Westmere era agria.

Se obligó a respirar despacio.

No odiaba a Bear.

Aquello era lo más irritante de todo.

Había intentado odiarlo de niña, cuando comprendió que ser amiga de un Colligan era casi una traición. Había intentado odiarlo más tarde, cuando los adultos dejaron de disimular la enemistad y cada visita, cada carta, cada comentario sobre la propiedad se convirtió en una declaración de guerra. Pero el odio exigía una dedicación que Eleanor ya no tenía. Durante el último año había tenido que pensar en cosas demasiado prácticas: facturas, reparaciones, criados que no podían seguir cobrando tarde, una tía que fingía no estar asustada y una casa que cada semana parecía menos suya.

El odio era un lujo.

La supervivencia, no.

Y, sin embargo, verlo había removido algo antiguo, algo que no estaba muerto sino enterrado con demasiado descuido.

Bear no se parecía al muchacho que recordaba.

O quizá sí. Quizá lo terrible era que se parecía demasiado.

Seguía teniendo aquella forma de ocupar el espacio de forma arrogante. De niño había sido grande, torpe a veces, impaciente siempre, con una fuerza que sus hermanos convertían en travesura y él en defensa. Ahora esa fuerza se había vuelto adulta. Más pesada. Más peligrosa. Era alto, ancho de hombros, con la piel ligeramente tostada que delataba la sangre española de su abuela Alba, y unos ojos tan grises que parecían incapaces de suavizarse, aunque quisieran.

No parecía un caballero de salón.

Parecía un hombre que había aprendido a sobrevivir en lugares donde la cortesía no servía para nada.

Eso la incomodó más de lo que habría querido admitir.

Había oído rumores sobre la guerra, claro. Todo el mundo los había oído. Los tres hijos de Tim y Perla Colligan habían regresado de África convertidos en héroes, duques y motivo de conversación para toda la comarca. Tiger, Bear y Wolf. Los depredadores de Bristol, como los habían llamado de niños, según las viejas historias de la casa Colligan. Ella los recordaba de otra manera: tres muchachos imposibles, demasiado vivos, demasiado libres, demasiado protegidos por una madre que veía más de lo que decía y por un padre que parecía capaz de intimidar a una habitación entera sin levantar la voz.

Ahora eran duques.

Aquello también resultaba absurdo.

Bear Colligan, duque de Ravenshire.

Eleanor cerró los ojos un instante.

No debía pensar en él de esa forma. Ni de ninguna otra.

El nuevo heredero Ashford llegaría pronto. Su carta reposaba sobre el escritorio de la biblioteca desde hacía dos días, doblada con una precisión ofensiva. Sir Robert Ashford no se parecía en nada al

padre de Eleanor. Su padre había sido orgulloso, sí, e imprudente a ratos, pero había poseído cierta calidez. Una obstinación casi romántica cuando hablaba de las tierras perdidas. Sir Robert, en cambio, escribía como si cada frase hubiera sido calculada antes de llegar al papel.

Iba a reclamar Westmere.

Iba a revisar las cuentas de Ashford Manor.

Iba a decidir qué hacer con ella y con tía Agatha.

Y, aunque no lo había escrito de manera directa, Eleanor había entendido perfectamente la insinuación: un matrimonio podía resolver muchos inconvenientes.

Especialmente para él.

No era una proposición. Todavía no. Era algo peor: una posibilidad razonable.

Eleanor soltó una risa breve, sin alegría.

Las mujeres de su mundo no necesitaban ser feas ni tontas para quedarse sin opciones. Bastaba con que su fortuna estuviera mal atada, su apellido fuera incómodo y sus tierras estuvieran en disputa. Ella había tenido pretendientes, por supuesto. No muchos, pero los suficientes para no considerarse invisible. Sin embargo, ningún caballero prudente deseaba unir su nombre a una propiedad amenazada por litigios, a una dote incierta y a una familia que llevaba casi un siglo intercambiando agravios con los Colligan.

No era indeseable.

Era inconveniente.

Y en la alta sociedad, aquello podía ser mucho peor.

Se puso en pie y sacudió con cuidado la falda de su vestido. Había permanecido demasiado tiempo sentada entre los setos, lejos de la casa, lejos de las obligaciones. Si tía Agatha la encontraba allí, no la reprendería; eso habría sido más fácil. La miraría con esa mezcla de ternura y agotamiento que Eleanor no soportaba.

Empezó a caminar hacia la casa.

Ashford Manor se levantaba al fondo del jardín, hermosa todavía pese a sus grietas discretas, sus ventanas que necesitaban reparación y sus rosales descuidados. A ojos de un visitante casual,

seguía siendo una residencia distinguida. A ojos de Eleanor, era una casa que agonizaba.

Como ellas.

Al llegar a la terraza, se detuvo.

Desde allí podía verse, más allá de la linde, una parte de las tierras Colligan. No la casa principal, no desde ese ángulo, pero sí los árboles que bordeaban el camino privado por el que Bear debía de haber regresado.

Eleanor apretó los dedos contra la barandilla de piedra.

No importaba que Bear hubiera vuelto.

No importaba que la hubiera mirado como si la recordara.

No importaba que su voz hubiera cambiado, volviéndose más grave, más áspera, más peligrosa.

No importaba.

Porque un Colligan era lo último que necesitaba en su vida.

Y Bear Colligan, de todos ellos, era el más peligroso para una mujer que ya tenía demasiado poco que perder.



Antes de que terminara aquella tarde, la noticia había cruzado el pueblo de Westmere con la velocidad propia de las cosas que nadie debía saber todavía.

El duque de Ravenshire había vuelto a casa.

No "Bear Colligan", por supuesto. La señora Pritchard, esposa del boticario, se negó a llamarlo así delante de la señorita Bellamy, que dirigía la pequeña escuela parroquial y tenía opiniones muy severas acerca de los nombres poco cristianos.

—Un duque debe tener un nombre decente —declaró la señorita Bellamy mientras aceptaba una taza de té en la salita de la vicaría—. No se puede presentar a un hombre en sociedad como si fuera un animal de circo.

—Dicen que siempre se llamó Bear —respondió la señora Finch, que rara vez dejaba pasar una ocasión de saber más que los demás

—. Desde niño. Por su tamaño, creo. O por su carácter.

—Por ambas cosas, probablemente —dijo la señora Pritchard, inclinándose hacia adelante con evidente placer—. Mi marido lo vio esta mañana desde la puerta de la botica. Dice que es enorme.

La palabra produjo un silencio breve y delicioso.

—¿Enorme de qué manera? —preguntó la joven viuda Harcourt, fingiendo poco interés.

—De la manera en que una mujer no olvida —respondió la señora Pritchard.

La señorita Bellamy carraspeó.

El reverendo Dacre, que había cometido el error de entrar en la salita en ese preciso instante, retrocedió sin ser visto y decidió que había asuntos eclesiásticos más urgentes en otra parte de la casa.

La llegada de Bear Colligan habría sido suficiente para alimentar conversaciones durante una semana, pero no era la única novedad. Se decía que sus hermanos no habían regresado todavía. Que Tiger seguía en Londres, entregado a placeres poco edificantes. Que Wolf había desaparecido en alguna parte del continente o quizá solo en alguna parte de sí mismo, pues nadie parecía estar seguro. Se decía también que los tres habían recibido títulos por servicios extraordinarios a la Corona durante la guerra Matabele, aunque nadie sabía con precisión qué servicios eran esos.

Y cuanto menos se sabía, más interesante resultaba.

—Lo extraño —dijo la señora Finch— es que la Corona haya premiado a los tres.

—Los Colligan siempre han tenido amistades poderosas —observó la viuda Harcourt.

—Y mujeres peligrosas —añadió la señora Pritchard en voz baja.

Todas comprendieron a quién se refería.

Lady Perla Colligan.

El simple nombre bastaba para cambiar la temperatura de una habitación. Algunos la consideraban una dama admirable. Otros, una mujer demasiado inteligente para resultar cómoda. La mayoría, ambas cosas. Todavía se contaban historias sobre su juventud, sobre su frialdad, sobre su belleza pálida y sobre ciertas misiones al

servicio de la Corona que nadie podía confirmar, aunque todos conocían algún detalle que aseguraban haber oído de fuente fiable.

—Si lady Perla ha llamado a sus hijos a casa —dijo la señorita Bellamy—, será por algo.

—Quizás quiera casarlos —aventuró la viuda Harcourt.

La idea cayó sobre la mesa como una chispa sobre encaje seco.

Todas se miraron.

En Westmere había madres con hijas casaderas. Había tías con sobrinas casaderas. Había viudas jóvenes que no se consideraban descartadas. Y había, por encima de todo, un deseo general de ver qué clase de mujer sería capaz de domesticar a uno de los duques Colligan.

—Ninguna muchacha decente debería acercarse a hombres con ese pasado —dijo la señorita Bellamy.

—Por supuesto que no, tampoco seríamos una opción para ellos, recuerda que deben casarse con jóvenes de alta cuna, no te extrañe que con alguna noble —respondió la señora Pritchard.

Y todas, absolutamente todas, parecieron lamentarlo.

Pero si la llegada de Bear Colligan era emocionante, la inminente llegada de sir Robert Ashford resultaba mucho más incómoda.

El nuevo propietario de Ashford Manor había enviado cartas. Varias. Una al administrador de la finca, otra al abogado local y, según se murmuraba, una tercera a los Colligan. No había llegado todavía en persona, pero ya se hablaba de él como si su sombra hubiera precedido al carruaje.

Reclamaba Westmere.

La noticia no sorprendió a nadie y, al mismo tiempo, alteró a todos.

Las tierras de Westmere llevaban décadas en manos de los Colligan, pero los Ashford nunca habían dejado de considerarlas suyas. Se hablaba de una venta antigua, de una deuda, de una escritura firmada bajo presión y de un acuerdo que nadie había visto completo. Cada generación añadía una versión nueva. Cada versión hacía parecer más culpable a la familia contraria.

—Si sir Robert insiste en el reclamo —dijo la señora Finch—, volveremos a tener pleito.

—O algo peor —murmuró la viuda Harcourt.

Nadie preguntó qué podía ser peor.

Todos lo sabían.

Los pleitos entre familias ricas rara vez se quedaban en los tribunales. Se colaban en los bailes, en las cenas, en las iglesias, en los matrimonios. Decidían quién podía visitar a quién, qué invitaciones se aceptaban y qué jóvenes debían evitar mirarse demasiado tiempo.

Y entonces, inevitablemente, alguien mencionó a Eleanor Ashford.

—Pobre muchacha —dijo la señora Pritchard, con un suspiro que no estaba libre de curiosidad—. Vive allí con su tía, ¿no es así?

—Lady Agatha —confirmó la señorita Bellamy—. Una buena mujer. Orgullosa, pero buena.

—¿Qué será de ellas cuando llegue sir Robert?

—Dependerá de él.

Aquello bastaba para decirlo todo.

Eleanor Ashford había sido siempre una joven estimada, aunque no exactamente popular. Era demasiado reservada para despertar entusiasmo y demasiado digna para despertar lástima de forma cómoda. No era una belleza fácil, de esas que provocaban exclamaciones al entrar en un salón, pero tenía algo que hacía que una mirada regresara a ella sin querer. Una compostura elegante. Unos ojos oscuros y pensativos. Una forma de escuchar que hacía sentir a los demás más torpes de lo que eran.

Había tenido oportunidades, claro. Pero la incertidumbre de Ashford Manor y la sombra de Westmere habían hecho que muchos hombres prudentes se mostraran admiradores a distancia y cobardes en la práctica.

Ahora, con sir Robert a punto de llegar, su futuro volvía a ser conversación pública.

—Quizá él se case con ella —dijo la viuda Harcourt.

—Sería lo más práctico —respondió la señora Finch.

—Lo práctico no siempre es lo mejor —dijo la señorita Bellamy.

Por una vez, nadie la contradijo.



Eleanor encontró a su tía en la biblioteca, sentada junto al escritorio de su padre, con la carta de sir Robert abierta delante de ella.

Lady Agatha Ashford no era una mujer frágil, aunque la pobreza elegante tenía una manera cruel de parecerse a la fragilidad. Era delgada, de espalda recta, con el cabello gris recogido en un moño severo y unos ojos claros que todavía conservaban restos de una belleza altiva. Había nacido para vivir en una casa como Ashford Manor, no para contar velas, discutir con administradores y fingir que una alfombra gastada seguía teniendo encanto por razones sentimentales.

Alzó la vista cuando Eleanor entró.

—Te has perdido el té.

—Lo siento.

—No lo sientes. Cuando lo sientes, intentas parecer menos culpable.

Eleanor cerró la puerta tras de sí. —He salido al jardín.

—Ya lo imaginaba.

—¿Ha llegado otra carta?

Lady Agatha miró el papel con visible desagrado.

—No. La misma. He tenido la mala idea de leerla de nuevo, como si las palabras fueran a volverse más amables por cansancio.

Eleanor se acercó al escritorio. —No lo harán.

—No. Sir Robert parece un hombre muy poco dado a la mejora espontánea.

La ironía de su tía habría arrancado una sonrisa a Eleanor en otro momento. Ahora solo consiguió aumentar la presión que sentía en el pecho.

—¿Cuándo llega?

—Pasado mañana, según anuncia con la delicadeza de un alguacil.

Eleanor apoyó las manos en el respaldo de una silla.

—Entonces tendremos que recibirlo.

—Tendremos que sobrevivirlo.

Lady Agatha dobló la carta con cuidado y luego la empujó hacia un lado, como si apartar el papel pudiera retrasar el futuro.

—También menciona a los Colligan.

Eleanor se quedó muy quieta.

Su tía lo notó, por supuesto. Las mujeres Ashford, privadas de fortuna, habían desarrollado al menos el talento de observar.

—Dice que no permitirá que el asunto de Westmere siga durmiendo en archivos polvorientos —continuó lady Agatha—. Que una propiedad arrebatada injustamente debe ser recuperada por honor familiar.

—Qué conveniente que el honor familiar despierte justo cuando la tierra vale una fortuna.

—He pensado lo mismo, aunque con palabras menos elegantes.

Eleanor se apartó de la silla y caminó hasta la ventana. Desde allí no se veía la casa Colligan, pero sí los campos que conducían hacia ella.

—Bear Colligan ha regresado —dijo.

Lady Agatha tardó un instante en responder.

—Lo sé.

Eleanor se volvió.

—¿Ya lo sabías?

—Querida, el pueblo entero lo sabe. Si el duque de Ravenshire estornudara en su jardín, para la cena habría tres versiones distintas sobre la fuerza, intención y consecuencias políticas del estornudo.

Eleanor sintió calor en las mejillas y lo detestó.

—Lo he visto.

Aquello sí hizo que su tía abandonara la ironía.

—¿Dónde?

—En el jardín. Cerca de la linde.

Lady Agatha la observó con atención.

—¿Te habló?

—Sí.

—¿Y tú le hablaste?

—También.

—¿Fue desagradable?

Eleanor pensó en la voz de Bear pronunciando su nombre, en su altura, en la manera en que la había mirado como si viera a la muchacha que había sido y a la mujer que era al mismo tiempo.

—No —dijo al fin—. Eso fue lo peor.

Su tía soltó un suspiro muy bajo.

—Eleanor.

—No ocurrió nada.

—A veces nada es precisamente lo que inicia todos los problemas.

Eleanor no pudo discutirlo.

Lady Agatha se levantó despacio y se acercó a ella. Durante un momento, ambas miraron hacia los jardines sin verlos realmente.

—Debes tener cuidado —dijo su tía—. Con los Colligan. Con sir Robert. Con cualquier hombre que mire Ashford Manor y vea una manera de ganar algo.

Eleanor tragó saliva. —Bear no quiere Ashford Manor.

—No he dicho que quiera la casa.

Aquella frase fue peor que una advertencia directa. Eleanor giró el rostro hacia su tía.

—No soy tan necia.

Lady Agatha le tomó la mano.

—No. Pero eres joven todavía, aunque te empeñes en actuar como si hubieras dejado de serlo hace años. Y una mujer puede ser inteligente y aun así cometer un error cuando alguien le recuerda que está viva.

Eleanor apartó la mirada.

No quería pensar en vida.

Ni en errores.

Ni en Bear Colligan.

Pero esa noche, mucho después de que las lámparas se apagaran y Ashford Manor quedara en silencio, siguió despierta en su cama, escuchando los crujidos de una casa que ya no le pertenecía del todo.

Sir Robert llegaría pronto.

Bear había vuelto.

Westmere volvía a ser motivo de guerra.

Y Eleanor, que había pasado los últimos años convencida de que su destino sería una cosa pequeña, ordenada y gris, tuvo la extraña y terrible sensación de que algo inmenso acababa de ponerse en movimiento.

Algo que ya no podría detener.

# CAPÍTULO 4

Sir Robert Ashford llegó a Ashford Manor tres días después de que Eleanor viera a Bear Colligan en el jardín.

No llegó con estrépito ni con una comitiva ostentosa. Habría sido más fácil despreciarlo si lo hubiera hecho. Llegó en un carruaje sobrio, de líneas elegantes y perfectamente barnizado, acompañado por un ayuda de cámara, dos baúles, una caja de documentos y un hombre delgado, de rostro apagado, al que presentó como el señor Price, su asesor legal.

Aquello, más que cualquier discurso, le dijo a Eleanor todo cuanto necesitaba saber.

Robert Ashford no venía a conocer la casa.

Venía a tomar posesión de ella.

Lady Agatha lo recibió en el vestíbulo con una cortesía tan impecable que habría bastado para cortar cristal. Llevaba su mejor vestido gris perla, un broche antiguo en el cuello y la expresión de una mujer que jamás reconocería una derrota mientras aún pudiera pronunciar una frase educada.

Eleanor permaneció a su lado, con las manos entrelazadas y la espalda recta.

Sir Robert era más alto de lo que recordaba, aunque no lo bastante para parecer imponente. Tenía una figura correcta, un rostro correcto y una forma de vestir tan cuidadosamente irreprochable que producía una impresión casi desagradable. Era un hombre hecho de líneas limpias, modales medidos y sonrisas que no llegaban a sus ojos azules.

—Lady Agatha —dijo él, inclinándose con una precisión estudiada—. Señorita Ashford. Lamento profundamente que nuestro encuentro se produzca bajo circunstancias tan poco alegres.

—La muerte de mi padre ocurrió hace más de un año, sir Robert —respondió Eleanor.

—Lo sé —respondió él—. Pero hay pérdidas que conservan su gravedad, aunque el calendario insista en seguir adelante.

Era una frase hermosa.

Demasiado hermosa.

Eleanor tuvo la certeza de que la había preparado durante el trayecto.

Lady Agatha sonrió con frialdad.

—Ashford Manor se alegra de recibirlo.

Aquello era mentira. Todos en el vestíbulo lo sabían. Incluso el mayordomo, que permanecía inmóvil junto a la escalera con el gesto de quien preferiría estar presenciando una tormenta antes que aquella escena.

Sir Robert pareció no advertirlo.

—Es muy generoso por su parte decirlo —contestó—. Confío en que mi llegada no altere demasiado sus costumbres.

No preguntó si ocuparía la suite principal.

Lo dio por hecho.

Eleanor sintió que los dedos de su tía se cerraban sobre el abanico que sostenía.

—La habitación de mi hermano ha sido preparada para usted —dijo lady Agatha.

—Muy considerada.

No dijo "la habitación de mi primo". No dijo "la habitación de lord Ashford". Aceptó aquella estancia como se aceptaba una llave, una escritura o un derecho.

Eleanor comprendió entonces que la casa ya había cambiado de dueño de verdad.

Hasta ese momento, la pérdida había sido legal. Administrativa. Una verdad escrita en documentos que podían guardarse en un cajón.

Ahora tenía rostro.

Y estaba de pie sobre la alfombra del vestíbulo.

Sir Robert dirigió la mirada hacia ella. No fue una mirada grosera. No exactamente. Pero sí calculadora, como si Eleanor

formara parte del inventario de la propiedad y él aún no hubiera decidido si conservarla, trasladarla o darle un uso más conveniente.

—Espero que se encuentre bien, señorita Ashford.

—Perfectamente, gracias.

—Me alegra oírlo. Una casa como esta necesita serenidad femenina. Especialmente durante un periodo de transición.

Lady Agatha abrió el abanico. —Qué manera tan delicada de llamar transición a la pérdida de un hogar.

Por primera vez, algo parecido a la incomodidad cruzó el rostro de Robert. Fue tan breve que Eleanor casi pudo admirarlo por recuperarse con rapidez.

—Jamás pretendería ofenderlas.

—Naturalmente —dijo Eleanor.

La palabra salió más seca de lo que convenía.

Robert la miró con mayor atención. Quizás la sorpresa fue real. Quizás había esperado encontrar a una mujer más dócil, más agradecida por no haber sido apartada de la casa de inmediato. Si fue así, no lo demostró.

—He solicitado al señor Price que revise algunos documentos antes de la cena —dijo—. No deseo molestar a nadie con asuntos de administración, pero comprenderán que es preciso empezar cuanto antes.

—¿Documentos de la casa? —preguntó lady Agatha.

—De la casa, de las rentas y de ciertas lindes que requieren aclaración.

Eleanor no necesitó preguntar.

Westmere.

El nombre pareció atravesar el vestíbulo en silencio.

—Las lindes están aclaradas desde hace décadas —dijo lady Agatha.

Robert sostuvo la sonrisa. —Las versiones familiares rara vez bastan ante la ley.

—Y, sin embargo, algunas familias sobreviven a pesar de la ley.

La mirada de Robert se enfrió, aunque su boca siguió curvada.

—Por eso he venido, lady Agatha. Para que Ashford Manor deje de sobrevivir y empiece a ordenarse.

Eleanor sintió una punzada de rabia. No porque sus palabras fueran abiertamente crueles, sino porque estaban dichas con la tranquilidad de un hombre convencido de que el orden siempre debía parecerse a él.



Durante la cena, Robert habló mucho menos de lo que Eleanor había temido y bastante más de lo que ella habría deseado.

No era un hombre ruidoso. No interrumpía, no alzaba la voz, no se mostraba ridículamente entusiasmado consigo mismo. En cierto modo, aquello lo hacía más peligroso. Sus frases eran pausadas, limpias, razonables. Cada una parecía colocada en su sitio para conducir la conversación hacia donde él quería.

Habló de la reparación del ala norte.

Habló de las rentas atrasadas.

Habló del administrador, con quien deseaba reunirse a primera hora.

Habló del pueblo, de sus obligaciones como nuevo propietario y de la conveniencia de mostrarse accesible sin permitir familiaridades.

Y, por fin, habló de Westmere.

—No deseo convertir una cuestión patrimonial en una guerra entre familias —dijo mientras cortaba un trozo de carne con movimientos lentos—. Sería vulgar.

Lady Agatha dejó la copa sobre la mesa.

—Qué alivio. La vulgaridad habría sido lo único que faltaba.

Eleanor mantuvo la vista baja para ocultar la reacción que le produjo el comentario. Robert continuó como si no la hubiera oído.

—Pero tampoco puedo ignorar una reclamación legítima. Mi tío abuelo siempre sostuvo que esas tierras fueron cedidas bajo circunstancias dudosas.

—Su tío abuelo sostuvo muchas cosas —dijo lady Agatha—. Algunas de ellas después de beber.

—La historia familiar no debe reducirse a burlas.

—Tampoco a codicia.

El silencio que siguió fue lo bastante largo para que el lacayo que servía junto al aparador pareciera olvidar momentáneamente cómo respirar.

Robert miró a Eleanor.

—¿Y usted qué opina, señorita Ashford?

Ella alzó la cabeza.

—Opino que Westmere ha hecho infelices a demasiadas personas que jamás llegaron a tocar una sola piedra de sus muros ni una brizna de su hierba.

Aquello no era lo que Robert esperaba. Lo supo por la ligera contracción de sus dedos sobre el cuchillo.

—Una respuesta sentimental.

—Una respuesta cansada, sir Robert.

Lady Agatha no dijo nada, pero Eleanor notó su aprobación a través de sus ojos.

Robert dejó los cubiertos con delicadeza.

—El cansancio no resuelve las injusticias.

—No —respondió Eleanor—. Pero a veces impide convertirlas en una vocación.

Él la miró durante varios segundos. No con enfado. Con interés. Y aquello, de pronto, la incomodó más que su desaprobación.

—Su padre hablaba de usted con orgullo —dijo al fin.

Eleanor sintió que algo se cerraba en su garganta.

—Mi padre era generoso.

—También confiaba en que usted era sensata.

La palabra cayó sobre ella como una mano fría.

Sensata.

Las mujeres sin fortuna debían ser sensatas. Las mujeres sin protección debían ser sensatas. Las mujeres que vivían en una casa que ya no les pertenecía debían serlo aún más.

—La sensatez suele ser una virtud muy celebrada por quienes no tienen que sacrificar nada por ella —dijo lady Agatha.

Robert sonrió.

—Me temo que esta noche no me estoy ganando su afecto.

—No ha venido a eso —respondió la anciana.

Por primera vez, Robert no tuvo una réplica inmediata.

Después de cenar, Robert pidió a Eleanor que tocara el piano.

No lo hizo como una orden. Habría sido demasiado burdo. Lo hizo como una petición correcta, envuelta en una alabanza previa hacia la educación de las damas Ashford y en un comentario sobre la importancia de conservar ciertas costumbres domésticas.

Eleanor habría preferido negarse.

Pero no encontró una razón aceptable.

Se sentó ante el instrumento y colocó los dedos sobre las teclas. Hacía semanas que no tocaba por placer. En realidad, hacía meses que pocas cosas se hacían por placer en Ashford Manor. Tocó una pieza sencilla, no demasiado alegre, no demasiado triste. Algo seguro.

Robert escuchó desde una butaca cercana.

Lady Agatha, junto al fuego, mantuvo los ojos cerrados, aunque Eleanor sabía que no dormía.

Cuando terminó, Robert aplaudió suavemente.

—Muy agradable —dijo—. Tiene usted un toque muy fino.

Eleanor retiró las manos del teclado.

—No sé si eso es un elogio.

—Lo es. La finura es una cualidad cada vez menos común.

—Y cada vez más exigida a las mujeres —dijo ella antes de poder impedírselo.

Lady Agatha abrió los ojos.

Robert sonrió. —Veo que posee opiniones.

—La mayoría de las personas las posee.

—No todas tienen la imprudencia de expresarlas.

Eleanor se levantó del taburete. —Entonces quizá no todas han tenido la suerte de vivir con mi tía.

Lady Agatha tosió con delicadeza para ocultar algo que podría haber sido una risa.

Robert no pareció molesto. Al contrario. De nuevo apareció en su mirada aquel interés medido, incómodo, como si Eleanor hubiera dejado de ser una solución práctica para convertirse en un elemento que requería estudio.

—Mañana desearía hablar con usted en privado —dijo él.

La habitación pareció cambiar de temperatura.

Eleanor no respondió de inmediato.

Lady Agatha sí.

—Mi sobrina no mantiene conversaciones privadas con caballeros.

—Por supuesto —dijo Robert—. Me he expresado mal. Quise decir que desearía hablar con ella en el saloncito, con usted cerca, naturalmente. No soy un hombre imprudente.

No.

Eso era precisamente lo que Eleanor estaba empezando a comprender.

Robert Ashford no era imprudente.

Era mucho peor.

Era paciente.

Eleanor no durmió bien aquella noche.

Ashford Manor parecía más silenciosa que de costumbre, como si la llegada de Robert hubiera obligado a la casa misma a contener la respiración. Desde su habitación oyó pasos en el piso superior, puertas que se abrían y se cerraban con discreción, el murmullo lejano del servicio reorganizando sus costumbres en torno al nuevo amo.

Nuevo amo.

La palabra era insoportable.

Se levantó antes del amanecer, aunque no bajó de inmediato. Permaneció junto a la ventana, viendo cómo la primera luz suavizaba los jardines y convertía el viejo muro de Westmere en una línea gris entre dos mundos enemigos.

Al otro lado estaban los Colligan.

Bear.

No quería pensar en él. No aquella mañana. No cuando Robert iba a hablarle y ella sabía, con una certeza sombría, cuál sería el tema.

Pero pensar en Bear se había vuelto peligrosamente fácil.

Recordó la forma en que la había mirado en el jardín, no con cortesía ni con cálculo, sino con una especie de reconocimiento

brusco que la había hecho sentirse vista de un modo casi indecente. Robert la miraba como se mira un problema.

Bear la había mirado como si fuera una mujer.

Eleanor cerró los ojos.

Aquello era precisamente lo que no podía permitirse.

A media mañana, después de un desayuno demasiado correcto, Robert pidió la conversación anunciada. Lady Agatha ocupó una silla junto a la ventana con su labor de bordado, aunque no dio una sola puntada. Eleanor se sentó frente a Robert con las manos tranquilas sobre el regazo.

Tranquilas en apariencia.

—Señorita Ashford —comenzó él—, no deseo prolongar una situación que podría resolverse con dignidad para todos.

Eleanor sostuvo su mirada. —Qué considerado por su parte.

Robert inclinó ligeramente la cabeza, aceptando la frase como si hubiera sido sincera.

—Ashford Manor necesita estabilidad. Usted y lady Agatha necesitan seguridad. Yo necesito continuidad, paz administrativa y una forma razonable de cerrar heridas que llevan demasiado tiempo abiertas.

Eleanor notó que su tía dejaba de fingir interés en el bordado.

—¿Heridas como Westmere? —preguntó lady Agatha.

—Entre otras.

—¿Y cómo propone cerrarlas?

Robert se levantó.

No cayó de rodillas. No tomó su mano con arrebato. No hizo nada que pudiera confundirse con pasión, y Eleanor casi agradeció aquella ausencia de fingimiento. Si hubiera intentado parecer enamorado, habría sido más humillante.

—Propongo matrimonio —dijo.

Lady Agatha cerró los ojos un instante.

Eleanor no se movió.

Sabía que iba a ocurrir.

Saberlo no lo hizo más sencillo.

—Un matrimonio entre nosotros uniría de nuevo la línea principal de los Ashford con la casa —continuó Robert—. Usted conservaría su

posición. Lady Agatha mantendría su residencia aquí mientras lo desee. No habría escándalo, ni incertidumbre, ni necesidad de que nadie especule sobre su futuro.

—Qué bondadoso —dijo lady Agatha, con voz suave.

Robert la miró. —Soy práctico.

La sinceridad de la respuesta fue casi brutal. Eleanor bajó la vista hacia sus manos. No temblaban. Aquello le produjo una extraña satisfacción.

—¿Y Westmere? —preguntó.

—Seguiré adelante con la reclamación.

Ella alzó la mirada. —Incluso si me caso con usted.

—Especialmente si se casa conmigo. Como mi esposa, no se verá atrapada en medio del conflicto. Estará del lado correcto.

Eleanor sintió un frío lento subirle por la espalda.

—¿El suyo?

—El de su familia: los Ashford.

La palabra familia no había sonado nunca tan poco familiar.

Lady Agatha dejó el bordado sobre su regazo.

—¿Y si mi sobrina rechaza su ofrecimiento?

Robert no se ofendió. Eso habría requerido una vulnerabilidad que no parecía poseer.

—Entonces respetaré su decisión, por supuesto. Pero las circunstancias de Ashford Manor deberán revisarse sin demora. No tendría sentido mantener indefinidamente una organización doméstica pensada para otra etapa.

Eleanor entendió el mensaje.

Si aceptaba, conservarían la casa.

Si rechazaba, él podía desplazarlas con una cortesía impecable.

Quizá no a la calle. Robert no era tan torpe. Pero sí a una casita pequeña, con una renta pequeña, una vida reducida y la certeza de haber arrastrado a lady Agatha a la humillación.

Miró a su tía.

Lady Agatha no le suplicó. No habría hecho algo tan cruel. Pero sus ojos claros estaban llenos de una tristeza orgullosa, y eso fue peor.

Eleanor pensó en su padre.

En Ashford Manor.

En las grietas del techo de la galería oeste.

En las cuentas pendientes.

En las velas que su tía fingía no racionar.

En el muro de Westmere.

En Bear Colligan diciendo su nombre.

Respiró despacio.

—Acepto —dijo.

Robert sonrió. No con alegría, sino como cuando se termina una gestión.

—Ha tomado usted una decisión sensata.

Eleanor sintió que aquella palabra cada vez era más insultante. —Eso espero.

Robert se acercó y tomó su mano. Ella se la permitió. Él se inclinó sobre sus dedos enguantados y depositó un beso breve, correcto, sin calor. —Me honra usted profundamente.

Eleanor no retiró la mano demasiado rápido. No quería parecer afectada, porque no lo estaba del modo en el que se habría esperado de ella.

—Confío en que ambos sepamos honrar el acuerdo —fue todo lo que ella dijo.

Algo en los ojos de Robert cambió. Quizá no le gustó la palabra acuerdo. Quizás sí.

—Estoy seguro de ello.

Durante el almuerzo, Robert anunció que la boda podría celebrarse a finales del verano.

Lady Agatha, que había recuperado su dominio con una rapidez admirable, observó que una boda requería tiempo, invitados, preparativos y un mínimo de delicadeza hacia la novia. Robert aceptó el comentario con aparente docilidad. Dijo que finales del verano sería adecuado. Incluso conveniente. Le permitiría revisar las cuentas, avanzar en la reclamación de Westmere y preparar Ashford Manor para una nueva etapa.

Nueva etapa.

Eleanor comió poco.

Robert pareció interpretar su silencio como pudor de prometida reciente.

—No deseo apresurarla más de lo necesario —dijo con una amabilidad que no alcanzaba a ser ternura—. Tendrá tiempo para acostumbrarse a la idea.

—Gracias.

—Y para preparar cuanto considere oportuno.

—Es usted muy generoso.

Lady Agatha miró hacia su plato. Eleanor supo que su tía estaba furiosa.

Aquello la sostuvo un poco.

Después del almuerzo, Robert se retiró con el señor Price a la biblioteca de su padre. Eleanor permaneció en el comedor vacío durante unos segundos, escuchando el eco de sus pasos alejarse por el pasillo.

Estaba prometida.

No se sentía distinta.

Eso era lo más triste.

No había mariposas en el estómago, ni estremecimiento, ni alegría nerviosa, ni miedo a la pasión. Solo una especie de quietud gris.

Quizás así eran la mayoría de los compromisos.

Quizás las grandes pasiones solo existían para arruinar a las mujeres que no podían permitírselas.

Salió a la terraza sin pensar.

El jardín estaba lleno de luz. Las rosas trepaban por los muros con una belleza casi insolente, ajenas a escrituras, reclamaciones y matrimonios convenientes. Más allá, el límite de Westmere parecía tranquilo.

Demasiado tranquilo.

Eleanor apoyó una mano sobre la barandilla.

A finales del verano sería la esposa de Robert Ashford.

Conservaría la casa. Protegería a tía Agatha.

Haría lo correcto.

Y, aun así, en el lugar más imprudente de su memoria, seguía oyendo una voz grave pronunciar su nombre.

Eleanor.

Bear Colligan no tenía nada que ver con su futuro.

Nada.

Y, sin embargo, por primera vez desde que aceptó su destino, Eleanor sintió que había mentiras que una podía decirse con absoluta corrección... y no por ello creerlas.

# CAPÍTULO 5

La noticia del compromiso llegó a la casa Colligan antes de que terminara la tarde.

No lo hizo por medio de una carta formal, que habría sido lo correcto, ni por una visita de cortesía, que habría sido lo prudente. Llegó, como llegaban siempre las noticias verdaderamente incómodas, deslizándose de boca en boca hasta atravesar el pueblo, las cocinas, los establos y, finalmente, el vestíbulo de la casa familiar.

Eleanor Ashford había aceptado casarse con Robert Ashford.

Bear Colligan se enteró en la sala de armas, con una pistola descargada entre las manos y el ceño fruncido sobre un mecanismo que no necesitaba revisión alguna.

Había ido allí para ocupar los dedos y evitar que la cabeza siguiera haciendo lo que llevaba horas haciendo: volver una y otra vez al jardín de Ashford Manor, a la silueta de Eleanor entre los setos, a su forma de pronunciar su nombre como si temiera que hacerlo en voz alta despertara algo que debía seguir dormido.

El señor Larkin, mayordomo de sus padres desde hacía casi una década, permaneció en el umbral con el aire de quien lamentaba profundamente existir en aquel momento.

—La noticia ha llegado del pueblo, excelencia —dijo con una cautela exquisita—. La señorita Ashford ha aceptado la proposición de sir Robert Ashford.

Bear no respondió.

El título de excelencia seguía sonándole ajeno, casi ofensivo. La Corona podía llamarlo duque de Ravenshire si así lo deseaba; podía vestir de solemnidad lo ocurrido en África, convertir el horror en merced y el robo en gloria. Pero había palabras que no terminaban de adherirse a la piel. Duque era una de ellas. Héroe, otra.

Prometida era la peor de todas.

Dejó la pistola sobre la mesa con demasiado cuidado.

—Lo he oído.

Larkin no se movió.

—Lady Perla desea saber si cenará usted en casa.

Bear alzó la mirada.

—¿Mi madre desea saber eso o desea saber si pienso cometer una estupidez antes de la cena?

El mayordomo no parpadeó.

—Conociendo a milady, ambas cosas, excelencia.

Bear estuvo a punto de sonreír.

No lo hizo.

—Dígale que cenaré en casa.

—Muy bien, excelencia.

Larkin hizo una reverencia y se retiró con la misma prudencia con la que un hombre abandona una habitación llena de pólvora.

Bear permaneció solo.

Solo de verdad.

Tiger seguía en Londres, probablemente bebiendo en exceso, ganando dinero a hombres que se creían más astutos que él o fingiendo que ninguna obligación podía alcanzarlo si se movía lo bastante deprisa. Wolf, por su parte, continuaba siendo un misterio incluso para su propia familia. Había enviado una nota breve a su madre semanas atrás, tres líneas exactas para declarar que estaba vivo, que no necesitaba ayuda y que no pensaba explicar nada más.

Muy propio de Wolf.

Bear habría agradecido la presencia de cualquiera de los dos, aunque solo fuera para tener a alguien a quien mandar al infierno.

Tiger habría hecho algún comentario incisivo sobre lo poco imaginativo que era aceptar a Robert Ashford como marido. Wolf habría observado la situación en silencio, con esos ojos que parecían saber demasiado, hasta conseguir que todos se sintieran culpables de crímenes que todavía no habían cometido.

Pero ninguno estaba allí.

Y eso dejaba a Bear sin distracciones, sin burlas fraternales y sin nadie a quien culpar por la violencia absurda que le subió por el pecho al imaginar a Eleanor prometida con otro hombre.

No era asunto suyo.

Aquello debería haber bastado.

No bastó.

Se quitó los guantes despacio, dedo a dedo, y los dejó junto a la pistola. La sala de armas olía a aceite, metal y cuero envejecido. En las paredes colgaban espadas ceremoniales, viejas pistolas de duelo, algún sable de caballería y dos armas que su madre se empeñaba en conservar bajo llave con una sonrisa tan tranquila que nadie con sentido común preguntaba por su procedencia.

Bear había crecido en una casa donde el honor se discutía en voz baja, el café era más habitual que el té y las mujeres podían esconder más secretos bajo un vestido de seda que muchos hombres en un despacho entero.

Era hijo de Tim Colligan y de Perla Peyton, una de las Joyas del Condado de Norfolk.

Debería haber sabido que ningún problema familiar se resolvería de forma sencilla.

La puerta volvió a abrirse antes de que decidiera salir.

Esta vez no era Larkin.

Su madre entró sin pedir permiso. Perla Colligan seguía moviéndose con la misma elegancia que había tenido siempre, aunque los años habían puesto plata en algunas hebras de su cabello oscuro y una gravedad más honda en sus ojos grises. Bear tenía esos mismos ojos, o eso le habían dicho desde niño; aunque en él parecían más duros, más fríos, como si la guerra hubiera dejado escarcha donde en su madre había luz.

—No vayas —dijo ella.

Bear tomó la levita que había dejado sobre el respaldo de una silla.

—No he dicho que fuera a ninguna parte.

—Por favor, Bear. Al menos respétame lo suficiente para no mentir mal.

Él se detuvo.

Perla avanzó hasta la mesa y miró la pistola desmontada, los paños limpios, el desorden cuidadosamente dispuesto. Después lo miró a él.

—Robert Ashford ha enviado una nota a tu padre. Mañana desea tratar formalmente la reclamación de Westmere.

—Qué amable por su parte avisar antes de robar.

—Hoy ha ido a ver las lindes con su abogado.

Bear dejó de moverse. Perla suspiró.

—Eso era precisamente lo que no debía decirte, ¿verdad?

—¿Eleanor estaba con él?

Su madre no respondió al instante. Y en ese instante estuvo la respuesta.

Bear soltó una risa sin humor. —Naturalmente.

—Eleanor Ashford acaba de prometerse con el nuevo dueño de la casa en la que vive. Es lógico que él quiera mostrarle aquello que pretende recuperar.

—Westmere no es suyo.

—No he dicho que lo sea.

—Entonces no debería estar midiendo nada.

Perla lo observó con una calma peligrosa.

—Si vas allí por las tierras, lleva al administrador y los documentos. Si vas por ella, no vayas.

Bear la miró. —No voy por ella.

Su madre se acercó lo bastante para tocarle la manga, aunque no lo hizo.

—Hijo mío, eres demasiado grande para esconderte bien detrás de una mentira.

Aquello lo irritó porque venía de ella, y porque era cierto. —No voy a permitir que Robert Ashford utilice Westmere como arma.

—Eso es sensato.

—Ni que la utilice a ella.

—Eso ya no lo es tanto.

Bear apretó la mandíbula. Perla no suavizó la voz.

—Una mujer puede estar atrapada y aun así no pertenecerle a ningún hombre dispuesto a luchar por ella. Ni a Robert Ashford. Ni a ti.

—No voy a comprometerla. No soy un niño.

—No. Eso es lo que me preocupa.

Perla no intentó detenerlo cuando pasó a su lado.

Eso habría sido demasiado fácil.



Westmere no parecía una tierra capaz de envenenar a dos familias durante generaciones.

El camino descendía suavemente entre prados amplios, setos bajos y grupos de árboles que proyectaban sombras largas bajo la luz dorada de la tarde. La primavera había cubierto la hierba de un verde intenso, casi insolente, y el arroyo que atravesaba la linde corría entre piedras oscuras con una serenidad que no merecía el nombre de frontera.

Bear desmontó cerca de una verja de madera y dejó el caballo atado a la sombra.

No llevaba administrador.

No llevaba documentos.

Llevaba, en cambio, un temperamento que su madre habría definido como inconveniente y su padre como inevitable.

Vio a Robert Ashford antes de cruzar la verja. Estaba junto al muro viejo, acompañado por el señor Price y por un agrimensor que sostenía una cinta de medir. Robert vestía con una corrección impecable, de esas que no buscan llamar la atención sino declarar superioridad. A su lado, Price tomaba notas con una diligencia gris.

Y Eleanor estaba con ellos.

Eso fue lo que convirtió la irritación de Bear en algo más peligroso.

Ella permanecía ligeramente apartada, vestida de un azul apagado que hacía parecer más oscura su mirada y más pálida la serenidad de su rostro. Tenía las manos enguantadas unidas delante de sí, la espalda recta y una expresión tan cuidadosamente tranquila que habría engañado a cualquiera que no estuviera mirándola demasiado.

Bear la estaba mirando demasiado.

Abrió la verja.

La madera crujió.

Los cuatro se volvieron.

Eleanor fue la primera en verlo. No dijo nada, pero en sus ojos apareció algo breve, casi imperceptible, que lo alcanzó con más fuerza que una palabra. No fue alegría. Tampoco disgusto.

Fue reconocimiento.

Robert recuperó la compostura con una rapidez admirable.

—Duque de Ravenshire —dijo, inclinándose apenas—. No esperaba encontrarlo aquí.

Bear cerró la verja a su espalda.

—Eso resulta evidente.

El señor Price cerró su cuaderno con un gesto nervioso. El agrimensor miró la cinta que sostenía, como si de pronto aquella herramienta pudiera incriminarlo.

—Estamos examinando la linde histórica —explicó Robert.

—La linde actual basta.

Robert sonrió con una cortesía que habría sido más soportable si no pareciera ensayada.

—Eso dependerá de lo que demuestren los documentos.

—Los documentos llevan décadas demostrando lo mismo.

—Los documentos, excelencia, a veces dicen lo que ciertos hombres poderosos consiguieron que dijeran.

El silencio que siguió no fue largo, pero sí lo bastante intenso para que Eleanor levantara la cabeza. Bear dio un paso más.

No necesitaba alzar la voz. Su tamaño solía hacer el trabajo que otros hombres confiaban a los gritos.

—Tenga cuidado, Ashford.

Robert no retrocedió, aunque su palidez natural pareció acentuarse.

—No he acusado a nadie.

—Todavía.

—No deseo una guerra con los Colligan.

Bear miró la cinta de medir, el cuaderno de Price y el muro antiguo que separaba lo disputado de lo indiscutible.

—Tiene una forma curiosa de evitarla.

Eleanor intervino entonces. —Sir Robert solo deseaba mostrarme la linde.

Bear giró la cabeza hacia ella.

Fue un error.

Mirarla de cerca fue mucho peor que recordarla desde lejos. La luz de la tarde le tocaba el rostro sin dulzura excesiva, revelando cansancio bajo la compostura, orgullo debajo del cansancio y algo más que no quería nombrar. Eleanor no era una belleza inmediata, de esas que se comprenden sin esfuerzo. Era peor. Era una mujer que obligaba a mirar dos veces y castigaba por hacerlo.

—¿Y usted deseaba verla? —preguntó él.

La pregunta fue demasiado directa. Lo supo por la forma en que ella alzó la barbilla.

—Soy una Ashford.

—Eso no responde.

—Responde lo suficiente.

Robert se acercó a ella con una sonrisa leve.

—Mi prometida posee un gran sentido del deber familiar.

Mi prometida.

La frase fue correcta, limpia, socialmente irreprochable. Y aun así Bear sintió el deseo brutal de arrancarla del aire antes de que tocara a Eleanor.

Miró su mano. Robert se la había ofrecido con una naturalidad de propietario paciente. Eleanor tardó un segundo en aceptarla.

Solo un segundo.

Lo bastante para que Bear lo viera.

Lo bastante para que Robert también.

—Entonces debo felicitarla —dijo Bear.

Eleanor palideció. —Gracias.

No sonó agradecida.

Tampoco feliz.

Robert miró de uno a otro, y algo en su expresión cambió, no de manera visible para todos, sino con esa frialdad casi imperceptible de los hombres que no pierden el control porque prefieren recordar la ofensa y escoger el momento de devolverla.

—No deseamos retenerlo —dijo él—. Sin duda tendrá asuntos más importantes que atender.

—No me retienen. Estoy en mis tierras.

Price carraspeó. —Sir Robert, quizá sería prudente continuar la inspección desde el lado de Ashford Manor.

—Excelente sugerencia —respondió Robert, sin apartar la vista de Bear—. Aunque, si estas tierras resultan ser nuestras, espero que recordemos todos este encuentro con cierta tolerancia.

Bear sonrió. No fue una sonrisa agradable.

—Si estas tierras resultan ser suyas, le presentaré mis disculpas.

—Muy noble por su parte.

—Hasta entonces, no vuelva a medirlas sin permiso.

La voz de Robert bajó un poco. —La propiedad y el permiso son precisamente lo que está en duda.

—No para mí.

Eleanor retiró la mano del brazo de Robert. El gesto fue pequeño. Quizá involuntario. Quizá no.

Durante unos segundos, los tres quedaron atrapados en una tensión que nada tenía que ver con escrituras antiguas.

—Sir Robert —dijo Eleanor, con una calma que parecía costarle más de lo que quería mostrar—, quizá debería regresar a la casa con el señor Price. Mi tía estará esperando noticias de la inspección.

Robert no pareció complacido. —¿Y usted, milady?

—Yo regresaré enseguida.

—No creo conveniente dejarla sola.

—No estaré sola.

Aquello fue peor. Bear vio el momento exacto en que Robert comprendió que insistir lo haría parecer inseguro. Y Robert Ashford, al parecer, detestaba parecer cualquier cosa que no hubiera elegido.

—Como desee —dijo al fin—. No tarde demasiado, no sería sensato.

No era una petición.

Eleanor inclinó la cabeza con cierta irritación que Bear captó al instante.

Robert se volvió hacia Price y el agrimensor. Los tres comenzaron a caminar hacia Ashford Manor, aunque Robert miró

atrás una vez. Solo una. La suficiente para dejar claro que no se marchaba derrotado, sino aplazado.

Bear esperó hasta que estuvieron a una distancia prudente. Entonces miró a Eleanor. —No debería haber hecho eso.

Ella soltó una risa breve, baja, sin alegría. —Qué curioso. Estaba a punto de decirle lo mismo.

No estaban solos del todo.

Eso era lo único que hacía tolerable la situación. Desde el camino de Ashford Manor, Robert podía volverse en cualquier momento. Desde los campos Colligan, cualquier trabajador podía verlos si se acercaba lo suficiente. La prudencia, esa criatura aburrida que Eleanor llevaba años alimentando, le susurró que debía marcharse.

No lo hizo.

Bear estaba frente a ella, demasiado grande, demasiado cerca, demasiado real. El encuentro en el jardín había tenido algo de aparición inesperada, casi de sueño; aquello, en cambio, estaba hecho de tierra, luz, respiración sofocada y una tensión tan concreta que Eleanor casi podía tocarla.

—¿Ha venido a defender Westmere? —preguntó.

—Entre otras cosas.

—¿Qué otras?

Sus ojos grises se fijaron en ella con una intensidad que le robó una parte del aire. —Eso depende de si quiere oír la verdad.

Eleanor miró hacia la casa, donde Robert y los otros dos hombres ya se acercaban a la terraza.

—La verdad rara vez cambia algo.

—Pero puede impedir que una mentira parezca cómoda.

Ella volvió a mirarlo. —No se adjudique el papel de conciencia ajena, excelencia. Resulta muy poco atractivo.

La boca de Bear se curvó. —¿Y le preocupa encontrarme atractivo, milady?

Eleanor sintió calor en el rostro y se odió por ello. —Me preocupa que se crea con derecho a intervenir en asuntos que no le pertenecen.

—Robert Ashford pretende hacer de Westmere asunto suyo.

Eleanor entrelazó las manos para impedir que se le notara el temblor. —He aceptado casarme con él.

—Lo he oído.

—Entonces comprenderá que no hay nada más que decir.

—Comprendo muchas cosas. Esa no.

Ella sintió una punzada de irritación. Era más fácil enfadarse que admitir que aquellas palabras la rozaban donde no debían. —No todo matrimonio nace de una pasión arrebatadora, milord. La mayoría ni siquiera se acerca a ella.

—Eso no lo convierte en aceptable.

—Lo convierte en normal.

—La normalidad es una excusa pésima para entregar la vida.

Eleanor se quedó quieta.

—¿Y qué sabe usted de entregar la vida? —preguntó en voz baja —. Usted regresa de la guerra con un título, tierras, fortuna, una familia que lo espera y el poder de entrar en cualquier propiedad sin que nadie se atreva a echarlo. Yo vivo en una casa que ya no me pertenece, bajo el techo de un hombre que puede decidir el futuro de mi tía con una firma. No me hable de libertad como si fuera una virtud. Para algunos es solo un lujo.

—¿Eso es lo que le ha ofrecido? —preguntó—. Seguridad para su tía a cambio de usted.

Eleanor apartó la mirada. —Me ha ofrecido una solución razonable.

—Le ha ofrecido una jaula con cortinas limpias.

—Y usted, ¿qué ofrece?

La pregunta salió antes de que pudiera detenerla. Eleanor deseó poder recuperar las palabras.

Bear la miró como si la pregunta le hubiera atravesado algo más que el orgullo.

—No lo sé —dijo al fin.

Aquella respuesta la desarmó más que cualquier promesa. Porque no sonó elegante. Ni calculada. Ni seductora.

Sonó honesta. Y la honestidad era mucho más peligrosa que la galantería.

—Entonces no me juzgue por aceptar lo único que tengo delante —murmuró ella.

Bear dio un paso hacia ella. No lo bastante para tocarla. Lo bastante para que su presencia llenara todo el espacio.

—Eleanor.

—No me llame así.

—¿Por qué?

Porque recordaba demasiado.

Porque le hacía desear demasiado.

Porque Robert la llamaba señorita Ashford y aquello la mantenía a salvo, mientras que Bear decía su nombre como si aún hubiera una parte de ella que no pertenecía a obligaciones, escrituras ni acuerdos.

—Porque no tiene derecho.

Bear bajó la voz. —Lo sé.

Y, aun así, la forma en que la miraba parecía pedir algo que no sabía pedir.

Eleanor retrocedió un paso.

—Debo volver.

—Sí.

Pero ninguno se movió.

El viento agitó suavemente la hierba entre ellos. A lo lejos, desde Ashford Manor, llegó el sonido amortiguado de una puerta cerrándose.

Eleanor obligó a su cuerpo a obedecer.

Pasó junto a Bear sin tocarlo, aunque durante un instante absurdo fue consciente de la distancia exacta entre su manga y la de él, del calor que parecía desprenderse de su cuerpo, del olor limpio a cuero, caballo y aire libre.

—Señorita Ashford —dijo él.

Eleanor se detuvo sin girarse. Aquella fórmula debería haberla tranquilizado. No lo hizo.

—Si alguna vez necesita ayuda...

Ella cerró los dedos dentro de los guantes. —No la pediré.

—No he dicho que tuviera que pedirla.

Eleanor volvió apenas la cabeza. —Eso suena peligrosamente parecido a una amenaza.

Bear sostuvo su mirada. —Quizá lo sea.

No debería haber sentido alivio.

No debería haber sentido nada.

Pero mientras caminaba de regreso a Ashford Manor, con Robert esperándola bajo un techo que ya era suyo y Westmere extendiéndose entre dos familias condenadas a enfrentarse, Eleanor comprendió que su compromiso no había simplificado nada.

Al contrario.

Había convertido a Bear Colligan en un peligro mucho mayor.

Bear permaneció junto al muro hasta que Eleanor desapareció en la casa.

Solo entonces soltó el aire.

No se había dado cuenta de que lo estaba conteniendo.

Idiota.

La palabra no fue suficiente, pero era un comienzo.

Había ido a Westmere para confirmar que Robert Ashford era un enemigo. Lo había confirmado. También había confirmado algo bastante más incómodo: Eleanor no estaba prometida por ingenuidad, ni por ambición, ni por una de esas resignaciones blandas que él despreciaba.

Estaba sacrificándose.

Y Bear sabía demasiado bien reconocer un sacrificio cuando lo veía. Volvió hacia su caballo con una furia que no tenía un objetivo claro. No podía golpear a Robert. Todavía. No podía discutir el compromiso de Eleanor sin convertirla en objeto de escándalo. No podía resolver Westmere a puñetazos, aunque la idea conservaba cierto encanto.

Y no podía dejar de pensar en la pregunta que ella le había hecho.

¿Qué ofrece usted?

Nada.

Eso era lo imperdonable.

Un hombre como Robert ofrecía seguridad, nombre, casa, protección legal, una solución respetable. Bear, en cambio, ofrecía

problemas. Un apellido enemigo, una familia peligrosa, un pasado lleno de personajes demasiado poderosos, un temperamento que sus propios padres intentaban domesticar mediante manipulación matrimonial y una atracción que, si se descontrolaba, podría destruir la reputación de Eleanor antes de salvarla.

Montó con un movimiento brusco. El caballo protestó suavemente.

Bear le acarició el cuello, más por costumbre que por ternura.

—No empieces tú también.

El animal resopló. Bear casi sonrió.

Cuando regresó a casa, Tim lo esperaba en el patio.

Aquello no lo sorprendió.

Su padre tenía la irritante habilidad de aparecer en los lugares exactos donde uno no quería verlo. Vestía con la misma elegancia impecable de siempre y sostenía un bastón que no necesitaba. El sol poniente le daba al cabello oscuro y plateado un brillo severo. Parecía más un juez que un padre.

—Has ido a Westmere —dijo.

Bear desmontó.

—Sí.

—Sin documentos.

—Sí.

—Sin administrador.

—También.

—Y probablemente sin una sola intención prudente.

Bear entregó las riendas a un mozo de cuadra. —¿Era una pregunta?

Tim lo observó en silencio durante unos segundos. —Has visto a Eleanor Ashford.

Bear se quitó los guantes. —Y a Robert.

—Me interesa menos Robert.

—A mí no.

Tim arqueó una ceja. —Eso ya es interesante.

Bear no estaba de humor para juegos. —Él quiere Westmere.

—Ya lo sabíamos.

—Y quiere a Eleanor.

—Eso también.

Bear miró a su padre.

—No la quiere como mujer.

—No todos los hombres saben hacerlo.

Aquella frase, dicha por Tim Colligan, tuvo más peso del que Bear esperaba. Su padre no era dado a sentimentalismos. Si hablaba de amor, lo hacía como si el concepto le siguiera pareciendo inconveniente después de décadas de matrimonio con una mujer que lo había vencido en casi todo.

—Ella ha aceptado —dijo Bear.

—Sí.

—Por su tía. Por la casa.

—Probablemente.

—Y todos lo sabéis.

Tim apoyó ambas manos sobre el bastón. —Saber que una mujer está atrapada no concede automáticamente el derecho a romper la trampa a golpes.

—No he golpeado a nadie.

—Todavía.

Bear soltó una risa sin alegría. —Confiáis muy poco en mí.

—Confío bastante en tu corazón —dijo Tim—. Mucho menos en tus métodos. Eleanor Ashford está vinculada a una familia que pretende arrebatarnos tierras, desacreditarnos y, si Robert es tan listo como sospecho, usar cualquier desliz para presentarnos como brutos con títulos recientes y poca legitimidad social. Si te acercas a ella de forma imprudente, no solo le das armas a él. La destruyes a ella.

Bear miró hacia los campos, donde la luz se deshacía lentamente. —Entonces dime qué hacer.

Tim se quedó quieto.

Quizá no esperaba aquella frase.

Bear tampoco.

Pasaron unos segundos antes de que su padre respondiera.

—No puedo decirte eso.

—Qué conveniente.

—Puedo decirte lo que no debes hacer. No la comprometas. No la conviertas en una apuesta contra Robert. No confundas deseo con salvación. Y no utilices la condición de tu madre y mía como excusa para convencerte de que casarte con ella sería un acto noble.

Bear volvió hacia él con brusquedad. —No he pensado en casarme con ella.

Tim lo miró con una calma insoportable. —Mientes muy mal cuando te enfadas.

Bear apretó los dientes. —No soy Tiger.

—No. Tiger miente por placer. Tú mientes por miedo.

Durante un momento, Bear deseó que su padre fuera menos inteligente.

—Si quieres ayudarla, primero averigua qué quiere ella. No qué necesita. No qué temes que le ocurra. Qué quiere. Las mujeres de carácter soportan muchas desgracias, pero rara vez perdonan que un hombre decida por ellas en nombre de una protección que no han pedido.

—¿Eso lo aprendisteis con madre? —preguntó.

Tim miró hacia la casa. Por un segundo, su expresión cambió. No se volvió blanda, pero sí más humana.

—Con tu madre aprendí casi todo lo que no quería saber de mí mismo.

Bear no supo qué hacer con aquella confesión.

Su padre dio media vuelta.

—Ven a cenar. Tu madre querrá saber si has hecho alguna estupidez.

—¿Y qué le dirás?

Tim lo miró por encima del hombro. —Que estás trabajando en ello.

# CAPÍTULO 6

Dos semanas después, la casa Colligan volvió a parecer una casa de la que era imposible escapar.

No porque sus puertas estuvieran cerradas. Al contrario. Permanecían abiertas desde primera hora de la mañana para recibir carruajes, cajas de flores, bandejas de plata, músicos, cocineros suplementarios, lacayos prestados de la mansión principal de Bristol y una cantidad absurda de sillas doradas que, según lady Perla, eran necesarias para evitar que las damas de cierta edad murieran de indignación antes de que comenzara la velada.

Bear, que habría preferido enfrentarse a una emboscada antes que a un baile organizado por su madre, observó el movimiento desde el rellano de la escalera con un humor pésimo.

No era una cena íntima.

No era una recepción discreta.

Era una declaración de guerra.

La excusa oficial era celebrar las mercedes concedidas por la Corona a los tres hijos de la familia. Ravenshire, Blackmoor y Coldhaven. Tres nombres que la sociedad repetía con asombro, envidia y un entusiasmo que Bear encontraba bastante ofensivo. La excusa real era mucho más simple y bastante más peligrosa: Tim y Perla Colligan habían decidido mostrar al condado que sus hijos estaban vivos, titulados, solteros y suficientemente civilizados como para no morder a los invitados.

O, al menos, para no hacerlo en público: buscaban esposa.

—Tienes la misma expresión que ponías de niño cuando sospechabas que te iban a bañar —dijo Perla desde abajo.

Bear bajó la mirada.

Su madre estaba al pie de la escalera, vestida de seda color marfil, con el cabello oscuro recogido en un moño impecable. A su

lado, una doncella sostenía una caja de cintas, un lacayo esperaba instrucciones y el señor Larkin fingía no estar al borde del colapso.

—Me gustaban los baños —dijo Bear.

—Mentira.

—No recuerdo haber sido tan difícil.

Perla sonrió. —Eso demuestra que la infancia es misericordiosa con los culpables.

Bear descendió los escalones despacio. No había vuelto a ver a Eleanor desde el encuentro en Westmere. Tampoco había ido a Ashford Manor, ni había escrito, ni había permitido que la rabia le dictara ninguna estupidez visible. Había hecho exactamente lo que su padre le había aconsejado: nada imprudente.

El resultado era insoportable.

Robert Ashford había enviado dos cartas desde entonces. Una a Tim, exigiendo una reunión formal sobre Westmere; otra, más medida, más pulida, casi insultantemente correcta, aceptando "con sincera gratitud" la invitación que aún no había recibido a la fiesta de los Colligan.

La tercera carta había llegado esa misma mañana.

Bear la había leído porque Tim se la había puesto delante durante el desayuno con una expresión que no anunciaba nada bueno.

Sir Robert Ashford consideraba que, como nuevo señor de Ashford Manor, como caballero titulado y como futuro esposo de Eleanor Ashford, su exclusión de una recepción tan importante en la vecindad podría interpretarse como una descortesía pública. Una descortesía que, naturalmente, él lamentaría verse obligado a considerar deliberada.

En otras palabras, quería entrar en la casa Colligan. Y quería hacerlo llevando a Eleanor del brazo.

—No teníais por qué invitarlo —dijo Bear.

Perla no fingió no entenderlo. —Sí teníamos.

—Amenazó con darse por insultado.

—Exactamente.

—Y vos decidisteis premiar la amenaza.

—Decidí evitar que Robert Ashford pueda decir en voz alta que los Colligan temen recibirlo bajo su techo.

Bear soltó una risa seca. —No le temo.

—Eso es precisamente lo que él espera que demuestres de la manera menos inteligente posible.

A Bear le molestó no poder discutir aquello.

Perla alzó una mano y recolocó con gesto distraído el alfiler de su corbata, aunque no hacía falta. Era una costumbre suya. Tocaba poco, pero cuando lo hacía conseguía que incluso un hombre de la estatura de Bear se sintiera otra vez un niño con barro en las botas.

—Escúchame bien —dijo ella—. Esta noche habrá duques, condes, marqueses, viejos amigos de Norfolk, parientes de Bristol, jóvenes damas cuyos padres se han pasado la semana imaginando alianzas imposibles y madres capaces de oler un título disponible a tres condados de distancia. Tú no eres solo Bear Colligan esta noche. Eres el duque de Ravenshire.

—No me interesa serlo.

—A la sociedad sí.

—La sociedad puede irse al diablo.

—La sociedad rara vez obedece con tanta facilidad.

Bear la miró con fastidio. —¿Vais a recordarme también que un duque no puede casarse con cualquiera?

Perla no sonrió.

Aquello lo puso en guardia.

—Un duque puede casarse con quien quiera, siempre que esté dispuesto a soportar las consecuencias —dijo ella—. Pero sería ingenuo fingir que esas consecuencias no existen. Una joven con título, fortuna y conexiones suaviza el camino de un hombre. Una mujer sin protección suficiente, con tierras disputadas y un apellido enemigo, lo convierte en un campo minado.

Bear endureció la mandíbula. —No he dicho que pensara casarme con Eleanor Ashford.

—No. Lo has pensado con tanta fuerza que casi se ha oído desde la biblioteca.

—Madre.

—Bear.

La forma en que pronunció su nombre lo silenció más que cualquier reprimenda.

Perla bajó la voz.

—No te estoy diciendo que te alejes de ella por no ser lo bastante para ti. No cometas la estupidez de entender eso. Te estoy diciendo que, si te acercas, debes saber que no bastará con desearla, ni con enfadarte por ella, ni con ponerte delante como si tu tamaño pudiera protegerla de todo. Si un duque escoge a una mujer vulnerable, debe hacerlo con la inteligencia suficiente para no convertirla en la víctima de su elección.

Bear no respondió.

Porque aquello sí lo entendía.

Y porque, de algún modo, le dolía más.

Antes de que pudiera contestar, se oyó un revuelo en el vestíbulo. Voces masculinas. El sonido de un carruaje deteniéndose con poca delicadeza. Una risa baja, conocida, insoportable.

Perla cerró los ojos un instante.

—No puede ser.

Bear giró la cabeza hacia la puerta justo cuando el señor Larkin apareció, rígido como una estatua ofendida.

—Milady —anunció—, ha llegado Su Excelencia el duque de Blackmoor.

Tiger.

El hermano de Bear entró en la casa como si no hubiese pasado casi un mes sin contestar una sola carta de su padre, como si su madre no hubiera estado a punto de mandar a medio servicio secreto a buscarlo y como si llegar el día de una gran recepción, sin avisar y con el equipaje mal cerrado, fuera una forma perfectamente aceptable de conducta aristocrática.

Tiger Colligan era más esbelto que Bear, aunque no menos llamativo. Había heredado la piel morena de la sangre española familiar, el cabello oscuro, los ojos oscuros de su padre y una clase de belleza que jamás parecía accidental. Donde Bear ocupaba espacio por fuerza, Tiger lo ocupaba por carisma.

—Madre —dijo, abriendo los brazos—. Veo que seguís viva. Eso me tranquiliza, dado el número de cartas cada vez más

amenazadoras que habéis enviado.

Perla no se movió. —Tiger.

—Ese tono no augura un recibimiento maternal.

—Ese tono es lo único que te separa de mi deseo de dispararte.

Tiger miró a Bear. —¿Dispara todavía?

—Mejor que nunca.

—Entonces quizá debería abrazarla desde lejos.

Perla avanzó hacia él y, durante un instante, pareció que realmente iba a reprenderlo. En lugar de eso, le tomó el rostro entre las manos, lo observó con la misma atención despiadada con que había observado a Bear a su llegada, y después lo besó en ambas mejillas. Lo cierto era que Tiger le recordaba demasiado a su difunto padre, el anterior Conde de Norfolk y que, de algún modo, era su favorito aunque nunca lo dijera.

—Has adelgazado —dijo.

—Londres es cruel.

—Tú eres cruel con Londres.

Tiger sonrió. —También.

Tim apareció entonces desde la biblioteca. No se apresuró. Tim Colligan nunca se apresuraba cuando podía hacer que los demás sintieran la llegada de su desaprobación antes que su presencia. Tiger no era su hijo favorito, por supuesto.

—Blackmoor —dijo.

Tiger hizo una reverencia exageradamente correcta. —Padre.

—¿Debo alegrarme de verte o preguntar qué deuda debemos pagar?

—Ambas opciones pueden convivir.

Tim lo miró con severidad. —Llegas tarde.

—No sabía que había una hora concreta para volver del exilio.

Bear cruzó los brazos. —¿Qué haces aquí?

Tiger lo miró por fin, y su sonrisa cambió. Seguía siendo ligera, pero debajo apareció algo más afectuoso.

—He oído que nuestros padres han convertido el matrimonio en una competición hereditaria. No podía permitir que tomaras ventaja.

Perla suspiró. —Por supuesto. Esa fue exactamente la razón por la que establecimos la condición: provocar vuestra peor conducta.

—Madre, con todos mis respetos, si no deseabais provocar nuestra peor conducta, debisteis tener hijas.

—Tu abuelo Thomas habría dicho lo mismo y luego habría encerrado a sus hijas en Norfolk hasta los noventa años, pero eso nunca pasó —respondió Perla.

Tiger soltó una risa. —Me alegra haber vuelto.

Bear no compartía el sentimiento. —No hay ninguna competición.

Tiger arqueó una ceja. —Entonces no te importará perder.

—No voy a casarme para ganar tierras.

—Eso es lo que diría un hombre que ya tiene a alguien en mente y teme que los demás lo descubran.

Bear avanzó un paso.

Tiger sonrió más.

Tim golpeó suavemente el suelo con el bastón.

—Basta.

La orden fue tranquila. Funcionó.

Perla miró a sus dos hijos y, por un momento, algo parecido al cansancio le cruzó el rostro.

—Esta noche no sois niños peleando por ver quién rompe más ventanas. Sois duques. Comportaos como tales.

—Wolf no ha venido —dijo Tiger—. Él puede comportarse como quiera desde la distancia.

—Wolf —dijo Tim— al menos tiene la cortesía de no irritarme en persona.

—Eso no es cortesía. Es estrategia.

—Y por eso suelo encontrarlo menos agotador que a ti.

Tiger se llevó una mano al pecho. —Herido.

Perla se interpuso antes de que la conversación degenerara.

—Tiger, tendrás una hora para bañarte, vestirte y explicarme por qué no has contestado mis cartas.

—Necesitaré dos para la última parte.

—Tendrás una.

—Entonces mentiré.

—Lo sé.

Tiger sonrió con afecto verdadero. —Os he echado de menos.

—Y yo a ti —dijo Perla—. Aunque preferiría que ese hecho no aumentara tu vanidad.

—Demasiado tarde.

Subió la escalera con una agilidad que tenía algo de insolente. Bear lo siguió con la mirada, irritado por razones que no tenían nada que ver con Tiger y todo que ver con Eleanor Ashford entrando esa noche del brazo de Robert.

Tim se acercó a su hijo presente. —No permitas que te provoque.

—¿Tiger o Robert?

—Los dos.

Bear miró hacia la puerta. —Eso dependerá de ellos.

Tim suspiró. —Dios nos asista.



Al anochecer, la casa Colligan resplandecía.

Todas las lámparas habían sido encendidas. Los espejos devolvían el brillo de las velas hasta multiplicarlo en las molduras doradas, en los cristales tallados, en las bandejas de plata y en las joyas que las damas lucían con la precisión de quien sabe que una velada importante puede decidir más cosas que una sesión parlamentaria.

La recepción había atraído exactamente al tipo de invitados que Perla había esperado.

Familia, por supuesto. La abuela Georgiana, conservaba esa mezcla de autoridad médica y aristocrática que hacía que una dama pudiera reprender a un duque y tomarle el pulso en el mismo gesto.

Llegaron también los marqueses de Suffolk. Brandon Howard, tío de Perla, seguía teniendo algo de fantasma elegante, oscuro y silencioso, y Sophia, luminosa a su lado, parecía la única persona del mundo capaz de convertirlo en un hombre vagamente humano.

Ámbar y Rubí acudieron con sus esposos, Jean y Brian Colligan, y con esa clase de felicidad doméstica que Bear encontraba

vagamente sospechosa. Esmeralda llegó tarde, como si la puntualidad fuera una concesión innecesaria al orden masculino, y besó a Bear en la mejilla antes de advertirle que no pensaba tolerar que sus títulos recién adquiridos los volvieran más insoportables de lo que ya eran.

—No creo que eso sea posible —dijo Bear.

—Con los Colligan, querido, todo empeora con esfuerzo.

La alta sociedad local se mezcló con invitados de Londres y parientes de nombres largos, rentas extensas y expectativas todavía mayores. Había madres que miraban a Bear como si ya pudieran ver a sus hijas convertidas en duquesas. Había jóvenes damas que intentaban no mirarlo y fracasaban de manera encantadora. Había caballeros que medían discretamente su tamaño, su título y su reputación, y decidían odiarlo con educación.

Bear lo soportó todo con la paciencia de un hombre que había aprendido en la guerra que algunos ataques no podían responderse con violencia.

Tiger, en cambio, parecía haber nacido para aquella clase de infierno.

Media hora después de aparecer en el salón, ya había hecho reír a una condesa, tranquilizado a una madre ambiciosa, confundido a un parlamentario y conseguido que tres damas jóvenes se ruborizaran sin pronunciar una sola frase que pudiera repetirse como impropia.

Bear lo observó desde el extremo del salón con creciente irritación.

—Tu hermano se divierte demasiado —dijo la tía Esmeralda a su lado.

—Tiger se divierte incluso cuando debería pedir perdón.

—Eso explica su encanto.

—Eso explica por qué alguien terminará estrangulándolo.

La tía Esmeralda tomó una copa de champán de una bandeja. —¿Tú o alguna dama?

—No descarto alianzas.

Ella sonrió y luego siguió la dirección de su mirada. —Ah.

Bear no necesitó preguntar.

Robert Ashford acababa de entrar.

Y Eleanor estaba con él.

Durante un instante, el salón pareció hacerse más estrecho.

Robert vestía de negro, impecable, discreto, con ese aire de hombre que nunca llegaba tarde porque consideraba que hacer esperar era un triunfo. Eleanor llevaba un vestido color verde salvia, sobrio pero exquisito, que hacía que su piel pareciera más luminosa y sus ojos más profundos. No lucía demasiadas joyas. No las necesitaba. Su compostura era adorno suficiente, aunque Bear vio lo que tal vez otros no verían: la rigidez de sus hombros, la forma en que sus dedos descansaban sobre el brazo de Robert, sin entregarse del todo.

Robert se inclinó ante Tim y Perla con una cortesía perfecta.

—Lord Colligan. Lady Perla. Es un honor ser recibido en su casa.

Tim lo observó con una serenidad que habría helado el vino. —Sir Robert.

Perla sonrió. —Ashford Manor siempre ha formado parte de la vecindad. No podíamos ignorarlo en una noche como esta.

—Celebro oírlo, milady.

Eleanor hizo una reverencia. —Lady Perla.

—Señorita Ashford —respondió Perla, y su voz se suavizó—. Me alegra verla.

Bear no se movió.

Tampoco Eleanor lo miró al principio.

Y quizá por eso, cuando finalmente lo hizo, el contacto de sus ojos fue peor.

No duró más que un segundo.

Le bastó.

Robert también lo vio.

Naturalmente.

—Excelencia —dijo, volviéndose hacia Bear—. Confío en que podamos saludarnos esta noche con mayor cordialidad que en nuestro último encuentro.

—Eso depende de lo que piense medir durante la velada —respondió Bear.

El silencio cercano se tensó. Perla no dejó de sonreír, pero sus ojos grises se clavaron en su hijo con una advertencia. Robert bajó la cabeza, como si aceptara la estocada con nobleza.

—Nada que no se me permita.

—Entonces estaremos a salvo.

Eleanor miró hacia el suelo. No fue una sonrisa.

Pero casi.

Ese casi fue suficiente para arruinar la poca sensatez que a Bear le quedaba.



La primera vez que Tiger vio a Lady Cassandra Harcourt, ella estaba rechazando a un vizconde.

No de forma cruel. Aquello habría sido demasiado simple. Lo hacía con una cortesía tan perfecta que el pobre hombre tardó varios segundos en comprender que había sido despachado. Lady Cassandra no elevó la voz, no mostró impaciencia y no perdió ni un ápice de elegancia. Se limitó a sonreír, decir algo sobre una promesa anterior de conversación con su tía y desaparecer del radio de alcance del vizconde con tal suavidad que pareció que había sido él quien decidió quedarse solo.

Tiger, que había presenciado toda la escena desde una distancia prudente, sintió un interés inmediato.

No porque la dama fuera hermosa, aunque lo era.

Tenía el cabello rojizo oscuro recogido con sencillez, ojos de un tono marrón que parecían cálidos hasta que uno descubría que estaban observando demasiado, y una boca demasiado serena para una mujer joven rodeada de hombres que intentaban impresionarla. Vestía de azul profundo, con perlas en el cuello y una confianza que no necesitaba adornos.

Lo interesante no era su belleza.

Era su astucia.

—¿Quién es? —preguntó Tiger.

El tío Brandon Howard, que había aparecido a su lado sin hacer ruido, respondió: —Lady Cassandra Harcourt. Hija del duque de Lyndham.

Tiger no se sobresaltó. Había crecido rodeado de personas que se movían como sombras.

—¿Peligrosa?

—Todas las mujeres inteligentes lo son.

—No es una respuesta.

—Sí lo es.

Tiger sonrió. —¿Casadera?

Brandon lo miró con su habitual expresión de hombre que ya había juzgado a la humanidad y la había encontrado decepcionante. —Demasiado para ti.

—Eso suena a desafío.

—Suena a consejo.

Tiger observó a Lady Cassandra mientras ella aceptaba una copa de limonada y escuchaba a una anciana dama con una atención que parecía sincera, aunque sus ojos se movieron una sola vez hacia el otro lado del salón.

Hacia él.

Solo una vez.

Lo bastante para demostrar que sabía que la estaba mirando.

Luego apartó la vista.

Tiger sintió que su sonrisa se ensanchaba. —Un consejo puede ser una forma de alentarme más.

El viejo tío Brandon suspiró. —Tu madre va a lamentar que hayas vuelto.

—Mi madre lamenta muchas cosas con elegancia.

—Y luego dispara.

Tiger dejó la copa sobre una bandeja. —Entonces será mejor que no le dé motivos.

—Demasiado tarde.

Lady Cassandra se movió hacia el corredor que conducía al invernadero. No sola, exactamente; había gente cerca, criados, invitados, suficiente tránsito para que nada pudiera considerarse

impropio. Pero sí lo bastante apartada para que una conversación no fuera inevitablemente pública.

Tiger la siguió.

No de inmediato.

Eso habría sido vulgar.

Esperó unos segundos.

Los necesarios para que ella supiera que él había decidido hacerlo.

La encontró junto a una mesa cubierta de orquídeas, examinando una flor de pétalos pálidos con más atención de la que cualquier flor merecía.

—Lady Cassandra Harcourt —dijo él.

Ella no se volvió enseguida.

—Duque de Blackmoor.

—Veo que me conoce.

—La mitad de las damas del salón ha pronunciado su nombre en cuanto entró usted, excelencia. Habría sido difícil no aprenderlo.

—¿Y la otra mitad?

Ahora sí lo miró. —Fingió no hacerlo.

Tiger rio suavemente. —Eso me gusta más.

—Lo supuse.

Tenía una voz agradable, baja, sin la dulzura aprendida que tantas damas usaban de forma aburrida. Tiger se acercó lo justo para resultar interesado, no invasivo.

—La he visto rechazar a lord Wexham.

—No lo he rechazado

—Entonces ha conseguido algo más cruel: hacerle creer que se retiraba con dignidad.

Lady Cassandra inclinó la cabeza. —Me parece una forma bastante amable de rechazo.

—Me parece una forma experta.

—Quizás debería preocuparse si reconoce la técnica con tanta facilidad.

Tiger la miró con más atención. —¿Suele preocuparse por hombres que acaba de conocer?

—Solo por los que sonríen como si estuvieran calculando cuántas debilidades ajenas caben en una conversación.

Por primera vez en mucho tiempo, Tiger no tuvo una respuesta inmediata.

Aquello fue delicioso.

—¿Y cuántas cree que llevo calculadas?

—Tres.

—¿Solo tres?

—He sido generosa.

Tiger soltó una carcajada baja. Lady Cassandra volvió su atención a la orquídea.

—No debería reírse tan alto. Alguien podría pensar que disfruta.

—¿Y eso sería malo?

—Para un hombre que pretende parecer peligroso, sí.

Tiger se apoyó ligeramente contra el borde de la mesa. —¿Le parezco peligroso?

—Me parece entretenido. No es lo mismo.

La respuesta debería haberlo ofendido.

En cambio, lo fascinó.

—Tendré que esforzarme más.

Lady Cassandra lo miró entonces con una seriedad inesperada. —No conmigo.

Durante un instante, la ligereza desapareció.

Tiger reconoció algo en ella. No miedo. No rechazo. Cautela. Una inteligencia entrenada para no dejarse arrastrar por el encanto de nadie, y menos por el de un hombre que lo usaba como arma. —¿Por qué? —preguntó.

—Porque los hombres que se esfuerzan demasiado suelen romper cosas para demostrar que pueden hacerlo.

Tiger pensó en África.

En informes quemados.

En decisiones que no aparecían en los periódicos.

En Bear, que rompía puertas.

En Wolf, que rompía almas.

Y en sí mismo, que prefería romper reglas antes de admitir que algunas lo habían roto a él.

Sonrió de nuevo, pero con menos facilidad.

—Quizás me ha juzgado con demasiada rapidez.

—Quizás —dijo ella—. Pero no con demasiada ligereza.

Antes de que él pudiera responder, alguien llamó a Lady Cassandra desde el salón. Una mujer mayor, probablemente su madre, hacía un gesto discreto.

Cassandra dejó la copa sobre la mesa.

—Buenas noches, excelencia.

—¿Esto es una despedida?

—Es una retirada.

—¿Con dignidad?

Ella sonrió entonces. Una sonrisa pequeña, breve, mucho más peligrosa que cualquier coqueteo.

—Naturalmente.

Y se marchó.

Tiger permaneció junto a las orquídeas varios segundos después de que desapareciera.

Luego soltó una risa silenciosa. —Interesante —murmuró.

Desde la entrada del invernadero, Perla observaba a su hijo con expresión ilegible.

Tiger cerró los ojos.

—Madre.

—Ni siquiera he dicho nada.

—Lo estáis pensando con violencia.

Perla miró hacia el salón, donde Lady Cassandra acababa de reunirse con su madre.

—Hija de un duque. Buena familia. Excelente reputación. Inteligente.

—Qué rápido habéis hecho inventario.

—Soy tu madre.

—Eso no explica todos vuestros poderes.

—No. Pero basta para justificar que los use.

Tiger sonrió. —No voy a casarme esta noche.

—Nadie te lo ha pedido.

—Lo estabais pensando.

Perla se acercó y le acomodó la solapa con la misma naturalidad con que antes habría comprobado si llevaba barro en las botas.

—Estaba pensando que, de todos mis hijos, tú eres el que más sabe moverse en la sociedad.

Tiger bajó la mirada hacia ella. —¿Y no es así?

Perla sonrió.



Bear no vio la conversación de Tiger con Lady Cassandra.

Toda su atención, por mucho que intentara evitarlo, permanecía donde no debía: en Eleanor.

Robert la mantenía cerca, aunque no de un modo abiertamente posesivo. Eso habría sido demasiado torpe para un hombre como él. La presentaba con cortesía, la incluía en las conversaciones, le cedía espacio para hablar y luego, con una habilidad casi invisible, reconducía cualquier asunto hacia Ashford Manor, Westmere o la prudencia de cerrar antiguos conflictos.

Eleanor se comportaba de manera impecable.

Demasiado impecable.

Bear empezó a odiar aquella palabra.

Impecable.

Sensata.

Correcta.

Todas parecían diseñadas para encerrar a una mujer y luego felicitarla por no intentar salir.

—Vas a romper la copa —dijo una voz a su lado.

Bear miró hacia abajo.

Su abuela Georgiana Peyton —aunque nadie prudente la llamaba abuela si quería conservar intacto el orgullo— lo observaba con la misma mirada que usaba, según los rumores familiares, para diagnosticar a pacientes y aterrorizar a caballeros. Era menuda, elegante, pelirroja ya casi plateada, y seguía teniendo esa autoridad

de mujer que había desafiado a la época convirtiéndose en médica y jamás había pedido perdón por ello.

Bear aflojó los dedos.

—No me había dado cuenta.

—Los hombres rara vez se dan cuenta de las cosas hasta que las rompen.

—¿Es consejo médico?

—Es experiencia matrimonial.

Bear casi sonrió. Georgiana siguió su mirada hacia Eleanor.

—Ah.

—No diga "ah".

—Lo diré si es el diagnóstico correcto.

—No hay nada que diagnosticar.

—Eso dicen los pacientes más graves.

Bear bebió un sorbo de vino. —Está comprometida.

—Muchas mujeres lo están antes de estar casadas. Y algunas casadas lo están antes de estar enamoradas.

Bear la miró con incredulidad. —¿Toda la familia de mi madre habla en acertijos?

—Solo cuando los hombres necesitan escucharlos y no merecen explicaciones sencillas.

Georgiana le tocó el brazo con una ternura inesperada. —Ten cuidado, Bear. No con ella. Contigo.

Antes de que él pudiera preguntar qué significaba eso, la música cambió.

Un vals.

Robert ofreció la mano a Eleanor.

Bear sintió que la mandíbula se le endurecía.

Eleanor aceptó.

Naturalmente.

Y entonces ocurrió algo que no debería haber importado. Mientras Robert la conducía a la pista, Eleanor miró hacia Bear. No fue una súplica. No fue una invitación. Fue peor.

Fue una pregunta sin esperanza.

Bear dejó la copa sobre la bandeja de un lacayo y dio un paso hacia la pista.

Georgiana suspiró a su lado.

—Ahí vamos.

Pero antes de que Bear alcanzara a llegar, Tim se interpuso con una eficacia paternal irritante.

—No.

Bear lo miró. —Apártate, papá.

—No.

—Padre.

—Si interrumpes a Robert en mitad de un vals con su prometida, le entregas exactamente el escándalo que necesita.

Bear respiró hondo.

Al otro lado del salón, Robert giraba con Eleanor con una precisión impecable. No la sostenía demasiado cerca. No hacía nada incorrecto. Eso era lo peor. Todo en él era perfecto.

—No voy a interrumpirlos.

Tim lo miró.

—Has dado tres pasos con cara de guerra.

Bear no respondió. La música siguió.

Eleanor giró. Su vestido verde salvia rozó el suelo con demasiada sensualidad.

Robert sonrió.

Bear odió aquella sonrisa.

—Baila con otra —dijo Tim.

Bear volvió hacia él.

—¿Qué?

—Baila con otra dama. Ahora. Demuestra que no te importa.

—Pero sí me importa.

Tim lo miró en silencio. Bear se arrepintió de haberlo dicho.

Su padre, sin embargo, no pareció triunfar. Solo pareció cansado.

—Entonces aprende a que no se note hasta que sepas qué hacer con ello.

La frase era dura.

También era cierta. Bear miró alrededor del salón y vio a docenas de jóvenes damas dispuestas a aceptar su mano, sus títulos, su apellido y todo cuanto él representaba.

No vio a ninguna.

Solo vio a Eleanor.

El vals terminó.

Robert inclinó la cabeza ante ella.

Bear esperó.

No sabía qué esperaba exactamente. Quizá que Eleanor regresara al lado de Robert sin mirarlo. Quizá que lo mirara y le demostrara que todo aquello era imaginación suya. Quizá que su padre tuviera razón y él aprendiera, por una vez, a no actuar como un bruto.

Entonces Eleanor se apartó de Robert y caminó hacia la mesa de bebidas.

Sola.

Solo unos pasos.

Una oportunidad mínima.

Insensata.

Suficiente.

Bear cruzó el salón antes de que Tim pudiera detenerlo otra vez. Eleanor tomó una copa de limonada. Sus dedos estaban perfectamente firmes.

—Señorita Ashford —dijo él.

Ella no se volvió enseguida. —Excelencia.

—¿Me concede el próximo baile?

La pregunta fue correcta.

Pública.

Impecable.

Y, aun así, ambos supieron que no era inocente. Eleanor alzó los ojos hacia él.

—No creo que sea prudente.

—No he preguntado si era prudente.

—Eso ya lo he notado.

Bear inclinó la cabeza. —He preguntado si me lo concedía.

Eleanor miró más allá de él. Robert hablaba con el señor Price, pero no había dejado de observarlos.

Luego miró a Bear.

Durante un instante, toda la fiesta pareció quedar suspendida entre ellos: las luces, el murmullo, las madres ambiciosas, los títulos, Westmere, Robert, la condición absurda de Tim y Perla, la guerra, el pasado y aquello que ninguno de los dos tenía derecho a desear.

Eleanor dejó la copa sobre la mesa.

—Uno —dijo.

Bear le ofreció la mano.

—Uno.

Ella apoyó los dedos en los suyos. Fue un contacto pequeño, correcto, casi nada.

Pero Bear comprendió con una claridad feroz que algunas guerras comenzaban precisamente así: sin pólvora.

Solo con una dama prometida poniendo la mano sobre la de un hombre que no debería tocarla.

# CAPÍTULO 7

Eleanor había cometido muchos actos de imprudencia en su vida, aunque casi todos habían sido pequeños y perfectamente disimulables.

Salir sola al jardín.

Leer cartas que no estaban dirigidas a ella.

Rechazar pretendientes convenientes con una sonrisa demasiado cortés.

Seguir pensando, contra toda educación recibida, que una mujer no debía agradecer eternamente aquello que la mantenía a salvo si esa seguridad terminaba pareciéndose demasiado a una prisión.

Pero aceptar bailar con Bear Colligan delante de Robert Ashford fue una imprudencia de otra clase.

Una imprudencia visible.

Pública.

Y, por tanto, peligrosa.

La mano de Bear se cerró sobre la suya con una corrección impecable. No hubo presión indebida, ni gesto posesivo, ni nada que cualquier observador pudiera reprochar. Aun así, Eleanor sintió el contacto a través del guante como si la piel recordara algo que jamás había ocurrido. El calor de él parecía atravesar la seda, subirle por el brazo y asentarse en un lugar incómodo, profundo, que no tenía nada que ver con la razón.

—Está temblando —dijo él en voz baja cuando la condujo hacia la pista.

—Está usted equivocado.

—No.

—Entonces sea lo bastante caballeroso para fingir que sí.

Bear bajó la mirada hacia ella. Sus ojos grises, bajo la luz de las lámparas, no parecían fríos aquella noche. Parecían metal calentado al fuego.

—No suelo fingir bien.

—Eso explica muchas cosas.

—¿Como cuáles?

Eleanor no debió mirarle la boca.

Fue un error breve, pero devastador.

Bear tenía una boca demasiado firme para un hombre tan poco dado a la suavidad. Una boca que, probablemente, no se habría entretenido en decir palabras bonitas si hubiera podido expresar la verdad de forma más directa.

Y, sin embargo, Eleanor recordaba esa boca diciendo su nombre muchos años atrás, cuando ninguno de los dos sabía todavía lo peligrosa que podía llegar a ser una palabra. Habían hablado demasiado de jóvenes, más de lo que debían, ocultos a veces en los jardines, otras junto al muro de Westmere, con esa confianza imprudente de quienes creen que las enemistades familiares pertenecen solo a los adultos. Él le había ofrecido la mano para ayudarla a saltar una piedra, para cruzar una verja, para devolverle un libro caído en la hierba; contactos breves, inocentes, que entonces no habían significado nada y que ahora, recordados bajo la presión de sus dedos enguantados, parecían cargados de una intimidad indecente.

Eleanor apartó la mirada antes de que aquella idea se convirtiera en otra peor.

—Como que haya venido hasta aquí sin aprender todavía cuándo no debe provocar una escena.

—No estoy provocando una escena.

—Ha pedido bailar con una mujer comprometida delante de su prometido.

—Eso no es una escena. Es una invitación. Soy el anfitrión y usted mi invitada.

—Una invitación puede ser una declaración de guerra.

—En ese caso, la ha aceptado.

La música comenzó.

Eleanor debería haber estado preparada. Había bailado valses en suficientes salones como para no sentirse desarmada por la simple

colocación de una mano en su cintura. Pero nada en Bear era simple. Ni siquiera cuando obedecía las normas.

Su mano descansó en el lugar adecuado, por encima de su cintura, con la distancia exacta que dictaba la decencia. Y, sin embargo, Eleanor sintió el tamaño de sus dedos, la fuerza contenida en ellos, la absurda seguridad de su cuerpo guiándola en el primer giro. Bear no bailaba con la ligereza de un hombre que pretendiera lucirse. Bailaba como hacía todo lo demás: con una concentración intensa, casi peligrosa, como si cada movimiento importara.

Ella se dejó llevar.

Y eso fue lo peor.

Porque no hubo torpeza.

No hubo choque.

No hubo desajuste.

Sus cuerpos encontraron el ritmo con una facilidad que Eleanor no estaba dispuesta a llamar natural, porque la palabra natural sugería una aceptación que no podía permitirse.

—Lo hace muy bien —dijo ella, más para romper el silencio que porque necesitara alabarlo.

—Mi madre consideró que era menos vergonzoso enseñarnos a bailar que explicar a la sociedad por qué sus hijos pisaban a las damas.

—Una decisión sabia.

—Yo no era el peor.

—¿Tiger?

—Tiger convencía a las damas de que había sido culpa de ellas.

A Eleanor se le escapó una sonrisa. Fue pequeña. Rápida.

Pero Bear la vio.

Y algo en su rostro cambió de un modo que la hizo desear no haberlo complacido.

—Ahí está —murmuró él.

—¿Qué?

—La mujer que se esconde debajo de tanta sensatez.

Eleanor levantó la barbilla. —No me conoce lo suficiente para decir eso.

—No.

La respuesta fue tan llana que la desconcertó.

Bear la hizo girar, y durante un instante el salón se convirtió en una masa de luz y colores: sedas, uniformes, joyas, rostros inclinados hacia conversaciones ajenas. Cuando volvió a quedar frente a él, estaba demasiado cerca. O quizá siempre lo había estado y ella acababa de notarlo.

—Pero quiero —añadió él con su voz grave y profunda.

Eleanor dejó de respirar.

Solo un segundo.

—No debería decirme esas cosas.

—Probablemente no.

—Y yo no debería escucharlas.

—Entonces no lo haga.

—Es usted insufrible.

—Eso me han dicho.

—¿Y no le preocupa?

—No especialmente.

Ella lo miró, irritada y fascinada a su pesar.

—Un duque debería tener mejores modales.

—Un duque debería tener muchas cosas. Paciencia, prudencia, una esposa conveniente, algún interés en las opiniones de la sociedad...

—Y usted carece de todo ello.

—No de todo.

La mano de Bear se afirmó en su cintura al guiarla alrededor de otra pareja. Fue un gesto necesario. Nada más. Pero Eleanor lo sintió como si hubiera sido deliberado.

El aire pareció volverse más irrespirable.

—No haga eso —susurró.

Los ojos de Bear bajaron a su rostro.

—¿Qué?

—Hacerme sentir como si el salón hubiera desaparecido.

Él no respondió al instante. Eleanor se dio cuenta demasiado tarde de lo que acababa de confesar. Se tensó, pero Bear no sonrió. No aprovechó la ventaja. No dijo nada ingenioso, ni cruel, ni seductor.

Eso lo hizo más peligroso.

—No soy yo quien lo hace —dijo al fin.

Eleanor apartó la mirada hacia un punto indefinido más allá de su hombro. Vio a Robert de pie junto al señor Price, observándolos. Su prometido no parecía furioso. Robert era demasiado disciplinado para algo tan vulgar. Parecía solo cumplidor con su deber de prometido. Calculador.

Como si acabara de encontrar una nueva pieza sobre el tablero.

—Robert nos está mirando —dijo ella.

—Lo sé.

—Entonces debería soltarme un poco.

—No la estoy sujetando de forma impropia.

—No me refería a su mano.

Bear entendió.

Lo vio en su rostro.

Durante varios compases, ninguno habló. La música los envolvió con una dulzura casi obscena, una melodía demasiado bella para dos personas que bailaban sobre un campo lleno de trampas. Eleanor era consciente de todo: el roce de su vestido al girar, el olor de Bear, limpio y masculino, con un rastro de cuero y algo más intenso, quizá café; la firmeza de su pecho bajo la levita; la manera en que sus dedos la sostenían como si pudiera romperla y, al mismo tiempo, como si supiera que no lo haría.

—¿Es feliz? —preguntó él.

La pregunta fue tan baja que nadie más pudo oírla. —Qué pregunta tan impertinente.

—Sí.

—No pienso responderla.

—Eso ya es una respuesta.

Eleanor apretó los labios. —La felicidad no siempre es el objetivo de un matrimonio.

—¿Y cuál es el suyo?

—Supervivencia.

Bear la sostuvo con más cuidado.

No con menos fuerza.

Con más cuidado.

Aquella diferencia la desarmó.

—Eleanor...

—No —Su voz salió más aguda de lo que habría querido. Él se detuvo, no físicamente —eso habría llamado la atención—, pero sí en intención. Algo en él se paró—. No diga mi nombre como si pudiera cambiar algo —susurró ella.

—Puede que lo cambie.

—No.

—Puede que ya lo haya cambiado.

Eleanor sintió una punzada de miedo, pero no del tipo que Robert le provocaba. Aquello era distinto. Era el miedo a estar viva en un momento en el que le convenía ser dócil, razonable y gris.

—Estoy comprometida —dijo.

—Lo sé.

—Con otro hombre.

—También lo sé.

—Entonces deje de mirarme así.

—No sé cómo la estoy mirando.

—Como si estuviera enfadado conmigo por pertenecerle a otro.

Bear se quedó inmóvil durante un latido. Luego la hizo girar con una precisión tan perfecta que cualquiera habría pensado que nada en aquella conversación lo había afectado.

—No le pertenece —dijo.

Eleanor cerró los dedos alrededor de su mano. —Legalmente, pronto sí.

—Legalmente, quizá.

—Socialmente, ya.

—Pero no aquí —Su voz bajó aún más—. No mientras baile conmigo.

El calor que le subió por el cuerpo fue inmediato y terrible. Eleanor no era una muchacha ignorante. Sabía lo que era el deseo, aunque más por intuición que por experiencia. Lo había leído en libros, en miradas, en la forma en que algunas mujeres evitaban mencionar a ciertos hombres. Pero sentirlo era otra cosa. Sentirlo con Bear, delante de medio condado, con su prometido observando desde el extremo del salón, era una locura.

Y, aun así, cuando la música se acercó a su final, una parte vergonzosa de ella deseó que no terminara nunca.

El último giro los dejó muy cerca.

Demasiado.

Bear inclinó la cabeza. Desde fuera habría parecido cortesía. Desde dentro, Eleanor supo que se estaba conteniendo.

—Dígame que no vuelva a pedirle bailar —murmuró él— y no lo haré.

La frase la golpeó con más fuerza que una promesa. Porque le daba elección.

Robert no le había dado ninguna verdadera. Le había ofrecido una salida que era también una jaula. Bear, con todos sus modales bruscos, su temperamento peligroso y su absurda capacidad para destruirle la calma, acababa de entregarle algo que no sabía si aún poseía.

Voluntad.

La música terminó. Los aplausos fueron suaves, educados.

Eleanor retiró la mano, pero no de inmediato.

—No vuelva a pedírmelo —dijo.

Bear bajó la mirada hacia sus dedos, que acababan de separarse de los suyos.

—Como desee.

Aquello debería haberla aliviado. Pero la destrozó un poco.

Robert apareció a su lado antes de que pudiera recuperar el aliento.

—Señorita Ashford —dijo, con una sonrisa perfecta—. Confío en que el duque de Ravenshire no la haya fatigado.

Eleanor deseó, de forma absolutamente indecorosa, poder abofetearlo con el abanico.

—En absoluto.

Bear inclinó la cabeza.

—Su prometida baila de manera excelente.

—Lo sé —respondió Robert.

No "gracias".

No "es amable por decirlo".

«Lo sé».

Bear sonrió.

Eleanor sintió un escalofrío.

—Entonces es usted un hombre afortunado —dijo Bear.

Robert sostuvo su mirada. —Soy un hombre consciente de lo que posee.

El silencio que siguió fue tan fino y peligroso como una espada recién afilada.

Eleanor intervino antes de que la tensión pudiera hacerse visible para todos.

—Sir Robert, me gustaría tomar el aire.

Él giró hacia ella. —La acompañaré.

—Con mi tía será suficiente.

—Lady Agatha está conversando con la condesa de Norfolk.

—Entonces iré sola a la galería. No al jardín.

Robert pareció valorar la negativa, el salón, los testigos y la conveniencia de no parecer excesivamente controlador.

—Como guste —dijo al fin—. No tarde.

Otra vez.

No era una petición.

Bear lo oyó. Eleanor supo que lo oyó, aunque no lo miró.

Pero ella se alejó antes de que alguno de los dos hombres pudiera añadir algo.



La galería oriental estaba más fresca que el salón y mucho menos concurrida. Algunas parejas conversaban cerca de los ventanales abiertos; dos damas mayores examinaban retratos familiares con una atención que parecía más descanso que interés; un criado cruzó llevando una bandeja vacía y desapareció por una puerta lateral.

Eleanor caminó hasta el último ventanal y apoyó una mano en el marco.

Necesitaba aire.

No mucho. Solo el suficiente para recordar cómo se respiraba sin sentir todavía la mano de Bear en su cintura.

Cerró los ojos. Fue un error.

La memoria se volvió más nítida.

El calor de sus dedos.

La voz junto a su oído.

—Idiota —susurró.

No sabía si se lo decía a él o a sí misma.

—Sería descortés preguntar a quién se refiere.

Eleanor abrió los ojos.

Lady Cassandra Harcourt estaba a pocos pasos, con una copa de limonada en la mano y expresión de no haber llegado allí por accidente. Era una mujer hermosa, aunque de una forma más inteligente que dulce. Tenía el cabello rojizo oscuro, los ojos marrones y una serenidad que no parecía nacida de la timidez, sino del cálculo.

Eleanor la había visto antes en el salón. Hija de un duque, según había oído. De excelente familia. La clase de mujer que podía casarse con un hombre como Bear o Tiger sin que nadie murmurara sobre conveniencias.

Aquello le produjo una punzada desagradable.

—Lady Cassandra —dijo Eleanor.

—Señorita Ashford.

Se saludaron con una inclinación. Cassandra se situó a su lado, mirando también hacia los jardines.

—Las fiestas de los Colligan son muy instructivas.

—¿Instructivas?

—Una aprende qué madres tienen hijas casaderas, qué caballeros sobrestiman su encanto y qué duques recién titulados son incapaces de ocultar dónde desean estar.

Eleanor se tensó. Cassandra bebió un sorbo de limonada.

—No se alarme. No lo he dicho con crueldad.

—No sé de qué habla.

—Naturalmente.

El tono era tan seco que Eleanor casi sonrió. —¿Siempre es tan observadora?

—Solo cuando me aburro.

—¿Y se aburre esta noche?

—Menos desde que su prometido ha empezado a mirar al duque de Ravenshire como si estuviera decidiendo dónde clavar el cuchillo.

Eleanor se volvió hacia ella. —Lady Cassandra.

—Perdón. Metafóricamente, espero.

A pesar de sí misma, Eleanor soltó una risa baja. Cassandra la miró entonces con algo parecido a la aprobación.

—Ahí está. Sospechaba que no era usted tan solemne como aparentaba.

—No aparento solemnidad.

—Todas las mujeres atrapadas aparentan algo.

La frase borró la sonrisa de Eleanor. Cassandra no se disculpó.

—Mi intención no era ofenderla.

—¿Cuál era?

—Advertirla, quizá.

—No nos conocemos lo suficiente para advertencias.

—Eso suele hacerlas más útiles. Las personas cercanas mienten por afecto.

Eleanor miró de nuevo hacia los jardines. Abajo, las luces colgadas entre los árboles brillaban como estrellas domesticadas.

—¿Y sobre qué desea advertirme?

Cassandra tardó un momento en responder.

—Sobre los hombres que desean ganar.

Eleanor sintió frío en la nuca.

—¿Robert?

—También.

—¿También?

Cassandra giró la copa entre sus dedos.

—El duque de Ravenshire no parece un hombre acostumbrado a perder. Su hermano, el de Blackmoor, tampoco. La diferencia es que Blackmoor sabe que está jugando. Ravenshire parece convencido de que, si siente algo con suficiente intensidad, eso lo convierte en verdad moral.

Eleanor pensó que aquella desconocida era demasiado inteligente para resultar cómoda.

—No estoy en posición de preocuparme por el carácter de los duques Colligan.

—Eso sería más convincente si no hubiera bailado con uno como si el resto del salón hubiera dejado de existir.

El rostro de Eleanor ardió. —Ha sido un baile.

—Sí —dijo Cassandra—. Los bailes han arruinado más vidas de las que la sociedad está dispuesta a admitir.

Antes de que Eleanor pudiera responder, se oyó un golpe seco al otro lado de la puerta lateral.

Ambas mujeres se volvieron.

La puerta no conducía al salón, sino a un corredor de servicio que comunicaba con la biblioteca pequeña y el ala privada de la casa. Eleanor lo sabía porque de niña había visitado aquella casa en contadas ocasiones, antes de que la enemistad entre familias se volviera demasiado pesada incluso para los niños.

Otro sonido.

Más bajo.

Como un cajón cerrándose.

Cassandra dejó la copa sobre el alféizar sin hacer ruido.

—¿Esperaba usted a alguien?

—No.

—Yo tampoco.

Durante un instante, ambas se miraron.

Eleanor debería haber llamado a un criado.

Cassandra debería haber hecho lo mismo.

Ninguna lo hizo.

Quizás porque las mujeres bien educadas recibían demasiadas veces la instrucción de esperar ayuda. Y algunas, por naturaleza o por cansancio, encontraban aquella instrucción profundamente irritante.

Cassandra abrió la puerta despacio.

El corredor estaba casi a oscuras, iluminado solo por una lámpara al fondo. El ruido llegó otra vez, esta vez más claro: papeles moviéndose, madera rozando madera.

Eleanor sintió que el corazón le daba un vuelco.

—La biblioteca —susurró.

Cassandra la miró.

—¿Documentos?

—Westmere.

No necesitó explicar más.

Cassandra recogió la falda con una mano.

—Entonces, señorita Ashford, será mejor que caminemos sin hacer ruido.



Bear no había tenido intención de seguir a Eleanor.

De verdad.

Se había quedado en el salón el tiempo suficiente para escuchar a su padre decirle, sin palabras, que si salía detrás de ella sería una estupidez. Había soportado a una joven dama que le habló durante cinco minutos sobre la conveniencia de los bailes campestres, a una condesa viuda que le preguntó si África era tan calurosa como decían y a Tiger, que apareció a su lado con la mirada brillante y comentó:

—Bailas como un hombre que está a punto de cometer un error.

—Vete al diablo.

—Acabo de volver de allí. Londres está precioso en esta época.

Bear lo ignoró. —¿Has visto a Eleanor?

Tiger sonrió despacio. —Ah, ya hemos llegado al punto en que finges no buscarla mientras preguntas dónde está.

—Tiger.

—La galería oriental.

Bear se volvió. Tiger lo agarró del brazo antes de que se marchara.

—Espera.

Bear miró la mano de su hermano como si estuviera considerando arrancársela.

Tiger no la retiró. —Robert ha desaparecido hace unos minutos.

Eso cambió todo.

—¿Dónde?

—Hacia el ala privada. Con su hombre gris.

—Price.

—Ese. Tiene cara de documento húmedo.

Bear ya estaba caminando antes de que Tiger terminara la frase. —Voy contigo —dijo Tiger.

—No.

—Qué poco hospitalario.

—Quédate aquí. Si Robert vuelve al salón, entretenlo.

Tiger lo miró con más atención. —Eso casi ha sonado a estrategia.

—No te acostumbres.

Bear cruzó el pasillo lateral sin correr, porque correr habría llamado la atención, pero con una velocidad que obligó a dos lacayos a apartarse de inmediato. Al llegar a la galería oriental, vio la puerta lateral entreabierta.

Y oyó voces.

Una era de Eleanor.

La otra, de una joven que no conseguir distinguir.

Bear se detuvo un segundo.

Luego entró en el corredor.

La escena que encontró habría sido absurda si no lo hubiese enfurecido tanto. Eleanor y la hija del duque de Lyndham estaban junto a la puerta de la biblioteca pequeña, las dos inclinadas hacia la cerradura como si la mitad de las damas del salón no estuvieran a pocas habitaciones de distancia y como si sorprender a un intruso en la casa Colligan fuera una actividad adecuada para mujeres con vestidos de seda.

Eleanor se volvió al verlo.

Sus ojos se abrieron.

—¿Qué hace aquí?

—Iba a preguntarle lo mismo.

Cassandra, lejos de parecer avergonzada, lo examinó con una tranquilidad irritante.

—Estamos investigando.

—Están comprometiéndose.

—No con demasiado entusiasmo —respondió Cassandra.

Bear miró a Eleanor. —Vuelva al salón.

—No.

La respuesta fue inmediata. Demasiado inmediata. Bear bajó la voz.

—Eleanor.

—Si ahí dentro están revisando documentos sobre Westmere, también es asunto mío.

—Y si alguien las encuentra aquí conmigo, será asunto de todo el condado.

Cassandra alzó una ceja. —En realidad, si nos encuentran a los tres, quizá podamos distribuir el escándalo de forma más democrática.

Bear la miró. —Lady Lyndham.

—Duque.

—No ayude, milady.

—No estaba intentando ayudarlo a usted.

Desde el interior de la biblioteca llegó un ruido más fuerte. Un golpe.

Los tres se quedaron inmóviles. Bear acercó la mano al picaporte y empujó la puerta.

Estaba cerrada.

No con llave de verdad. Solo atrancada desde dentro.

—Apártense —ordenó con una sonrisa.

—No romperá una puerta en mitad de una fiesta —susurró Eleanor.

Bear la miró. —¿Quiere apostar?

Cassandra se apartó de inmediato. —Yo no.

Eleanor abrió la boca para protestar, pero Bear no le dio tiempo. Apoyó una mano sobre el marco, calculó el punto exacto y empujó con el hombro. No fue un golpe ruidoso, no tanto como podría haber sido. La madera cedió con un crujido bajo y la puerta se abrió de pronto.

El señor Price estaba junto al escritorio, con varios papeles en la mano.

A su lado, Robert Ashford se volvió con una expresión que, por primera vez desde que Bear lo conocía, no fue perfectamente controlada.

Duró poco.

Pero existió.

—Excelencia —dijo Robert—. Qué entrada tan dramática.

Bear entró en la biblioteca. —Qué visita tan privada.

Price dejó los papeles sobre el escritorio con demasiada rapidez. —La puerta estaba abierta —dijo.

Cassandra miró la madera rota. —Curioso. Ahora también.

Robert dirigió una mirada fría hacia ella, y luego hacia Eleanor. —Señorita Ashford, no esperaba verla en esta parte de la casa.

Eleanor entró antes de que Bear pudiera impedírselo. —Eso es evidente.

Robert se enderezó. —El señor Price y yo nos hemos equivocado de corredor.

—Y por error han terminado revisando documentos dentro de una biblioteca ajena —dijo Bear.

—Buscábamos al anfitrión.

—El anfitrión recibe en el salón. Los intrusos revisan escritorios.

La voz de Robert bajó. —Tenga cuidado con sus palabras.

Bear avanzó un paso. —Tenga cuidado con mis documentos.

—¿Sus documentos? —Robert sonrió apenas—. Pensé que ciertas cuestiones de Westmere estaban todavía por determinar.

Eleanor vio entonces uno de los papeles sobre la mesa. Reconoció el nombre de su padre.

Lord Ashford. Sin pensar, se acercó al escritorio.

Robert intentó adelantarse. Bear lo detuvo con una mano en el pecho.

No fue un empujón.

No todavía. Fue peor: una advertencia física, tranquila, imposible de ignorar.

—No —dijo Bear.

Robert miró la mano sobre su chaleco. —Retire la mano.

—No se mueva.

La habitación pareció encogerse.

Eleanor tomó el papel. La letra no era de su padre, pero el nombre sí. Era una copia antigua, amarillenta, de una carta relacionada con la venta de parte de Westmere. No alcanzó a leer más que unas líneas antes de que el sentido general la golpeara.

No era una reclamación clara.

Tampoco una defensa limpia.

Era algo intermedio.

Algo incómodo.

Algo que podía destruir a cualquiera de las dos familias si caía en las manos adecuadas.

O inadecuadas.

—Esto no debería estar aquí —dijo.

Bear no apartó la mirada de Robert. —¿Qué es?

Robert respondió antes que ella. —Un documento histórico.

—Robado de un escritorio.

—Examinado.

—Sin permiso.

Robert sonrió. —La propiedad y el permiso son asuntos muy interesantes en esta casa.

Bear lo agarró por la solapa. Eleanor reaccionó al instante.

—¡No!

Su voz no fue alta. Pero bastó.

Bear se detuvo. Robert, muy pálido ahora, sonrió con la satisfacción de un hombre que acababa de comprobar hasta dónde podía empujar.

—Mi prometida tiene buen juicio —dijo.

La palabra prometida incendió algo en Bear. Eleanor lo vio.

Y quizás por eso hizo lo único que podía hacer.

Se colocó entre ambos.

—Sir Robert —dijo, con una calma que le costó toda la sangre fría que poseía—, regrese al salón.

Robert la miró con una frialdad que, por primera vez en toda la noche, no consiguió ocultar del todo.

—Aún no es mi esposa, señorita Ashford —dijo con voz baja—. Le aconsejo que no confunda una petición con una orden.

El silencio que siguió fue brutal. Bear soltó la solapa de Robert muy despacio. No porque hubiera recuperado la calma, sino porque la furia, en él, se había vuelto demasiado peligrosa para permitirse un movimiento brusco.

—Pídale disculpas —dijo.

Robert giró apenas el rostro hacia él.

—¿Perdón?

—A ella. Ahora.

Eleanor sintió que la sangre le abandonaba el rostro. Aquello era exactamente lo que no debía ocurrir. Un enfrentamiento entre Robert Ashford y Bear Colligan, en una biblioteca privada, durante una recepción llena de testigos potenciales, era el tipo de escándalo que podía arruinar a una mujer mucho antes de que alguien se molestara en preguntarle la verdad.

—No es necesario —dijo ella.

—Sí lo es —respondió Bear, sin apartar la mirada de Robert.

Cassandra intervino entonces con una suavidad perfecta: —Sería una lástima que tantos invitados descubrieran que sir Robert Ashford fue hallado en una biblioteca ajena durante una fiesta, acompañado por su abogado, con documentos que no le pertenecían y hablando a su prometida como si ya hubiera firmado la escritura de propiedad sobre ella —Robert volvió hacia Cassandra unos ojos llenos de odio contenido. Ella sonrió—. La sociedad puede perdonar muchas cosas, sir Robert. Pero rara vez perdona la torpeza cuando hay testigos suficientes. Y yo, por desgracia para usted, tengo una memoria excelente.

El señor Price, que hasta entonces había permanecido junto al escritorio con el rostro cada vez más gris, carraspeó.

—Sir Robert... quizás convendría regresar al salón.

Robert tardó unos segundos en responder. Eleanor vio cómo recomponía su expresión, pieza por pieza, hasta recuperar la máscara de cortesía que tan bien sabía llevar.

—Desde luego —dijo al fin.

Se inclinó ante Eleanor con rigidez.

—Mis disculpas, señorita Ashford. Me he expresado con menos delicadeza de la debida —No había arrepentimiento en su voz—.

Buenas noches, excelencia —añadió, mirando a Bear.

Bear no respondió.

Robert salió de la biblioteca con el señor Price. La puerta rota quedó abierta detrás de ellos, como una prueba de que la compostura de todos se había quebrado un poco.

Durante varios segundos nadie dijo nada.

Cassandra fue la primera en moverse. Recogió con calma su copa vacía de una mesa, como si acabaran de interrumpir una conversación perfectamente ordinaria.

—Me temo que debo volver al salón antes de que alguien descubra que he estado disfrutando demasiado.

Eleanor se volvió hacia ella.

—Lady Cassandra...

—No me dé las gracias —dijo Cassandra—. Me incomodan cuando no he hecho nada que no me beneficiara también. Robert Ashford acaba de demostrar ser menos inteligente de lo que parecía, y eso siempre es información útil.

Miró a Bear. —Duque, debería hacer algo con esa puerta antes de que lady Perla la vea.

—Mi madre ya lo sabe —dijo Bear.

Cassandra parpadeó.

—¿Cómo?

—Porque siempre lo sabe.

Lady Cassandra pareció considerar aquella respuesta y luego asintió, como si la explicación fuera perfectamente razonable. —Entonces les deseo suerte a ambos. La van a necesitar.

Salió con paso sereno y dejó a Eleanor y Bear solos.

No deberían haberlo estado.

Ambos lo supieron.

La biblioteca pareció encogerse alrededor de ellos. Olía a papel antiguo, madera encerada y cera caliente. El murmullo de la fiesta llegaba desde el salón como si perteneciera a otro mundo, uno más seguro, más luminoso y mucho menos peligroso.

Eleanor seguía junto al escritorio, con el documento de su padre entre los dedos.

Bear la miraba, pero no como había mirado a Robert. Tampoco como la había mirado durante el baile. Había algo más crudo en su expresión, algo que no intentaba embellecerse.

—¿Está bien? —preguntó.

La pregunta fue tan sencilla que casi la desarmó.

—No lo sé —respondió ella.

Bear avanzó un paso. —Eleanor.

Esta vez ella no le pidió que no pronunciara su nombre. No pudo. No cuando aún sentía en la piel la humillación de las palabras de Robert y en el pecho la absurda certeza de que Bear habría roto algo, quizá a alguien, por ella.

Él se detuvo frente a ella, lo bastante cerca para que Eleanor tuviera que inclinar la cabeza hacia atrás. No la tocó. Quizás porque recordaba demasiado bien que estaba comprometida. Quizás porque sabía que tocarla, en aquel momento, no sería consuelo sino principio.

—No debió hablarle así —dijo.

—Mi prometido tiene derecho a estar enfadado.

—No tiene derecho a tratarla como una posesión.

La voz de Bear era baja, áspera, contenida con esfuerzo. Eleanor bajó la mirada y vio que una de sus manos seguía cerrada en un puño.

—Lo habría golpeado —susurró.

—Sí.

—Por mí.

Bear sostuvo su mirada. —Sí.

No hubo adorno en la respuesta. Ni disculpa. Ni intento de convertir aquello en algo elegante.

Y quizás por eso le afectó tanto. Eleanor sintió que el corazón le daba un vuelco.

—No debería.

—Lo sé.

—No soy su responsabilidad.

—Lo sé.

—Estoy comprometida.

—También lo sé.

—Entonces, por amor de Dios, deje de hacer que todo eso parezca menos importante cuando está cerca.

Bear cerró los ojos un instante. Cuando volvió a abrirlos, su mirada gris parecía más oscura, más peligrosa.

—No sé cómo hacerlo.

Aquello fue demasiado.

Demasiado honesto.

Demasiado torpe.

Demasiado suyo.

Eleanor debería haberse marchado. Debería haber dejado la carta sobre la mesa, llamado a su tía y regresado al salón con la dignidad intacta.

En lugar de eso, bajó la vista hacia la mano de Bear. Lentamente, con una imprudencia que habría negado hasta la muerte si alguien se la hubiera señalado, tocó sus dedos.

Un poco.

Solo el roce de sus guantes contra sus nudillos.

Bear se quedó inmóvil.

Como si aquel contacto mínimo fuera más peligroso que un disparo.

La mano de Bear se abrió bajo la suya. No la sujetó. No la atrapó. Solo dejó que ella decidiera si quería retirarse.

Eleanor no lo hizo.

Durante un instante estuvieron así, de pie en una biblioteca con una puerta rota, una carta peligrosa entre ellos y una fiesta entera al otro lado del pasillo, tocándose como si aquel gesto pequeño pudiera arruinarlo todo.

Y quizá podía.

Un murmullo de voces llegó desde la galería.

Eleanor retiró la mano.

Demasiado tarde para fingir que no había ocurrido.

Demasiado pronto para saber qué significaba.

Bear dio un paso atrás. —Debe volver al salón.

—Sí.

—Con su tía.

—Sí.

—No con él.

Eleanor lo miró. —Bear...

—Lo siento.

Parecía disculparse por aquella orden. Por haberla deseado. Por no saber cómo salvarla sin ponerla en peligro. Ella bajó la mirada hacia la carta que aún sostenía.

—Este documento habla de mi padre.

Bear observó el papel.

—Y de Westmere.

—Entonces nos pertenece a los dos.

—No. Si se lo lleva, Robert podría acusarla de robarlo. Si lo deja aquí, quizá vuelva por él.

Eleanor apretó la carta contra sí.

—¿Qué propone?

—Se la daremos a mi madre.

Aquello la sorprendió.

—¿A lady Perla?

—Si existe una mujer capaz de esconder un documento delante de toda Inglaterra y hacer que Inglaterra se disculpe por no encontrarlo, es mi madre.

A Eleanor se le escapó una risa breve, temblorosa.

No era el momento.

Y precisamente por eso le hizo bien.

—Mañana —continuó Bear— la leeremos. Usted, su tía, mi madre y yo. Sin Robert. Sin Price. Sin nadie que pueda usarla antes de entenderla.

Eleanor dudó. —¿Y si perjudica a su familia?

—Entonces será verdad igualmente.

—Está bien —dijo Eleanor al fin—. Pero no permitiré que se use contra mi padre sin que yo sepa qué contiene.

—No lo permitiré yo tampoco.

Sus miradas se encontraron. Aquello, de algún modo, fue peor que el contacto de sus manos.

Porque ya no era solo deseo.

Era una alianza.

Imposible, imprudente y peligrosa.

Pero alianza al fin. Cuando salieron de la biblioteca, separados por una distancia perfectamente decorosa, Perla los esperaba al final del corredor.

Naturalmente.

No preguntó por la puerta rota.

No preguntó por Robert.

No preguntó por la carta.

Solo miró a Eleanor, luego a Bear, y extendió una mano.

—El documento, por favor.

Eleanor sintió que el rostro le ardía, pero le entregó la carta.

Perla la guardó en el interior de un pequeño bolso de seda como si acabara de recibir una invitación de baile y no una prueba que podía reabrir una guerra familiar.

—La cena fría es un crimen menor —dijo con absoluta calma—. El escándalo, no. Volved al salón.

Bear miró a su madre con resignación. —¿Cuánto sabe?

Perla sonrió. —Lo suficiente para lamentar no haber tenido hijas más fáciles de casar que mis hijos.

Eleanor no pudo evitarlo.

Se rio.

Fue una risa breve, sorprendida, casi inapropiada.

Bear la miró. Y esa mirada, más que cualquier contacto, la acompañó de regreso al salón.

Robert estaba allí, impecable otra vez, con una copa en la mano y una sonrisa restaurada. Pero Eleanor ya no era exactamente la misma mujer que había salido minutos antes.

Y Bear tampoco era el mismo hombre.

La guerra entre los Ashford y los Colligan no había comenzado aquella noche.

Pero algo mucho más peligroso sí.

Una alianza imposible.

Un deseo imprudente.

Y una carta antigua que quizá demostraría que Westmere no pertenecía limpiamente a nadie.

# CAPÍTULO 8

Eleanor durmió poco aquella noche.

Al principio creyó que era culpa de la música, que aún parecía vibrar en alguna parte de su cuerpo. Después culpó a la carta, al ruido seco de la puerta de la biblioteca cediendo bajo el hombro de Bear, a la expresión de Robert cuando comprendió que había sido descubierto donde no debía estar.

Pero, cuando el amanecer empezó a teñir de gris las cortinas de su dormitorio, Eleanor dejó de mentirse.

No era la carta.

No era Westmere.

No era siquiera Robert.

Era Bear.

Bear Colligan diciendo su nombre como si no conociera ninguna otra palabra capaz de expresar lo que sentía. Bear sujetándola durante el vals con una corrección que no había servido de nada, porque la decencia de su mano no había impedido que ella sintiera el calor de sus dedos como una imprudencia sobre la piel. Bear inmóvil en la biblioteca cuando ella le rozó los nudillos, como si un gesto tan pequeño pudiera resultar más peligroso que un beso.

Y no había sido un beso.

Aquello era lo intolerable.

Nada había ocurrido que pudiera nombrarse con claridad. Nada que una dama no pudiera negar con la cabeza alta. Había bailado con un duque. Había participado en una situación desagradable en una biblioteca. Había tocado la mano de un hombre durante un instante.

Y, aun así, Eleanor sentía que algo había cambiado.

Se incorporó en la cama y apoyó la frente contra las rodillas. La habitación estaba fría. La casa también. Ashford Manor tenía esa forma particular de enfriarse por las mañanas, como si las paredes

conservaran durante la noche todas las preocupaciones de quienes dormían dentro y las devolvieran al alba convertidas en humedad.

Oyó movimiento al otro lado de la puerta: pasos de criadas, el sonido distante de una bandeja, una voz masculina en el piso inferior.

Robert.

Eleanor cerró los ojos.

Su prometido ya estaba despierto.

No le sorprendió. Robert Ashford no parecía pertenecer a esa clase de hombres que se demoraban en la cama por placer. Imaginó que se habría levantado temprano, vestido con exactitud, revisando sus papeles y decidiendo la mejor forma de convertir lo ocurrido la noche anterior en una ventaja.

Robert no se enfurecía.

Ordenaba.

Y lo hacía de un modo mucho más inquietante.

Cuando bajó a desayunar, vestida con un traje de muselina color malva pálido y el cabello recogido con una sobriedad que esperaba compensara el desorden de sus pensamientos, encontró a su tía Agatha sentada a la mesa con una taza de té entre las manos y una expresión de cansancio cuidadosamente disimulada.

Robert estaba de pie junto a la ventana.

Aquello no era casual. Los hombres como Robert escogían siempre la posición más adecuada: la luz detrás, el rostro tranquilo, el dominio de la habitación concedido por la simple decisión de no sentarse.

—Señorita Ashford —dijo al verla entrar.

No la llamó Eleanor.

Nunca lo hacía, salvo cuando quería recordarle que algún día podría hacerlo con derecho.

—Sir Robert.

Lady Agatha miró a su sobrina por encima de la taza. Eleanor supo, con solo verla, que su tía llevaba rato deseando tener una conversación privada con ella y que Robert había impedido cualquier posibilidad de manera perfectamente educada.

—Espero que haya descansado —dijo él.

—Lo suficiente.

—Me alegra oírlo. Después de los acontecimientos de anoche, temí que se encontrara... alterada.

La palabra fue delicada. Demasiado. Eleanor se sentó frente a su tía.

—Una puerta rota no basta para alterarme, sir Robert.

Lady Agatha ocultó una sonrisa en el té.

Robert, en cambio, no pareció encontrar divertida la respuesta.

—No me refería a la puerta.

—Entonces quizás debería ser más concreto.

Él la observó durante unos segundos.

—Precisamente eso intento evitar, por respeto hacia usted.

La cuchara de lady Agatha chocó con el plato con un sonido casi imperceptible.

—Qué considerado —dijo la anciana.

Robert se volvió hacia ella. —No deseo incomodar a nadie.

—Es admirable la frecuencia con la que dice eso mientras hace exactamente lo contrario.

Eleanor bajó la mirada, no porque quisiera ocultarse, sino porque temía que el cansancio la hiciera reír ante las ocurrencias de su tía. Y reírse en aquel momento habría sido una forma peligrosa de desesperación.

Robert se acercó a la mesa y apoyó una mano sobre el respaldo de una silla.

—Lo ocurrido anoche no debe repetirse.

—¿Ser descubierto en una biblioteca ajena con documentos que no le pertenecen? —preguntó lady Agatha—. Coincido con usted.

Por primera vez, una sombra de impaciencia cruzó la mirada azul de Robert.

—Me equivoqué de corredor.

—Y de cajón.

Eleanor sintió una breve punzada de orgullo por su tía. Lady Agatha podía parecer frágil para quienes confundían la pobreza elegante con debilidad, pero bajo sus guantes gastados y sus encajes cuidadosamente remendados aún vivía una Ashford.

Robert se sentó al fin.

—No discutiré esto. No aquí. No esta mañana. Lo único que me importa es evitar que un malentendido socialmente incómodo perjudique a la señorita Ashford.

—Qué extraño —dijo Eleanor—. Anoche parecía más preocupado por el documento.

Robert la miró directamente. —Ese documento no le pertenece.

—Tampoco a usted.

—Todo lo relacionado con Ashford Manor me concierne.

—No soy Ashford Manor.

El silencio cayó sobre la mesa. No había alzado la voz. No había dicho nada impropio. Y, sin embargo, por la forma en que Robert la miró, Eleanor comprendió que acababa de cometer un acto de rebeldía.

Pequeño.

Indiscutible.

Suyo.

—Nadie ha dicho eso —respondió él.

—No con esas palabras.

Lady Agatha dejó la taza. —Sir Robert, lady Perla Colligan ha enviado una nota esta mañana.

Eleanor se volvió hacia ella. —¿Lady Perla?

—Ha llegado antes de que bajaras. Nos invita a tomar café esta tarde.

Robert se quedó inmóvil. —¿Café?

—Tienen esa costumbre en la familia Colligan —dijo lady Agatha —. Al parecer, no todas las casas nobles consideran el té un acto de solemnidad inglesa. No se equivoque, Sir Robert, los Colligan no son de mi agrado. Pero rechazar su invitación ahora después de haber insistido en asistir a su baile, me parecería una ofensa.

—¿Y cuál es el propósito de esa invitación?

Lady Agatha sonrió.

—Supongo que conversar entre damas, mi señor.

—¿Sobre el documento?

—Quizás sobre bordados. Aunque lo dudo.

Robert no correspondió a la sonrisa.

—Iré con ustedes.

—No —dijo Eleanor.

La palabra salió con tanta rapidez que ella misma se sorprendió.

Robert la miró.

Lady Agatha también.

Eleanor enderezó la espalda.

—Lady Perla nos ha invitado a mi tía y a mí. No sería correcto presentarnos con un caballero no solicitado.

—Soy su prometido.

—Precisamente por eso debería confiar en mi criterio.

Fue un golpe bajo, y los tres lo supieron. Robert tardó apenas un segundo en recuperar la compostura.

—Confío en usted, señorita Ashford. Lo que me preocupa es que otros no merezcan esa misma confianza.

—¿Se refiere al duque de Ravenshire?

—Me refiero a los Colligan, en general. Demasiado... incisivos —murmuró Robert, con una calma que no lograba disimular del todo —. Hay en ellos algo casi depredador: bruscos, impacientes, como si la violencia les rondara la sangre y apenas hicieran el esfuerzo de contenerla. Supongo que lo único que los mantiene dentro de los límites es el peso de sus títulos... y el poder que los respalda —Hizo una breve pausa, tensando la mandíbula—. A otros, con menos nombre, ya los habrían puesto en su sitio hace tiempo.

Lady Agatha dejó el cuchillo sobre la mesa con cuidado.

—Sir Robert, si los Colligan quisieran causar escándalo, no necesitarían invitar a dos mujeres a tomar café a plena luz del día. Tienen imaginación suficiente para algo más memorable.

Eleanor no pudo evitarlo.

Sonrió.

Robert la vio.

Y aquello, de algún modo, lo irritó más que cualquier respuesta.

—Muy bien —dijo al fin—. Vayan. Pero espero que recuerde, señorita Ashford, que su situación no admite ligerezas.

Eleanor sostuvo su mirada.

—Lo recuerdo cada día.

Él inclinó la cabeza, satisfecho con algo que no merecía ser llamado victoria.

—Entonces no habrá problema.

Pero Eleanor, mientras tomaba asiento y aceptaba una rebanada de pan que no deseaba comer, comprendió que sí lo habría.

Ya lo había.

Y el problema no era solo Westmere.

El problema era que, por primera vez en mucho tiempo, había dicho no y había sentido algo parecido a placer.



La casa Colligan parecía distinta a la luz de la tarde.

Sin la música, sin los invitados, sin la acumulación de carruajes y joyas, resultaba menos intimidante y más peligrosa.

Lady Perla recibió a Eleanor y a lady Agatha en un salón privado situado al este de la casa. No era una estancia grande, pero sí exquisita, con cortinas claras, muebles de maderas oscuras y una mesa redonda donde ya aguardaban una cafetera de plata, varias tazas de porcelana y una caja pequeña de cuero negro.

Eleanor miró la caja.

Lady Perla fingió no darse cuenta.

—Lady Agatha —dijo con una inclinación elegante—. Señorita Ashford. Gracias por venir.

—Sospecho que no nos ha invitado por cortesía —respondió lady Agatha.

—La cortesía es útil cuando se desea ocultar un propósito —dijo Perla—. Pero no abusen de ella conmigo o me pondré nostálgica de mi juventud.

Eleanor recordó entonces los rumores. Lady Perla Colligan, antes Lady Perla Peyton, una de las Joyas del Condado de Norfolk, primera mujer espía de la Corona según algunos, escándalo silencioso según otros. En la fiesta había parecido una dama impecable. A la luz de la tarde, con el rostro sereno y los ojos grises atentos, parecía algo más difícil de definir.

Una mujer que había sobrevivido a que el mundo la subestimara.

Y lo había utilizado.

—¿Está el duque de Ravenshire? —preguntó lady Agatha.

Perla sirvió café.

—Sí.

Eleanor sintió que el corazón le daba un golpe incómodo.

—No era necesario que estuviera presente.

—No —dijo Perla—. Pero sí conveniente.

—¿Conveniente para quién? —preguntó lady Eleanor.

La pregunta salió antes de que pudiera disimularla. Perla alzó la vista hacia ella. No sonrió. Y eso, curiosamente, fue mejor.

—Para usted, si desea saber la verdad. Para mi hijo, si desea aprender a escucharla sin romper una puerta. Y para mí, si no quiero pasar el resto de la semana repitiendo la misma conversación a personas obstinadas.

Lady Agatha aceptó una taza de café.

—Me agrada usted, lady Perla.

—Tenga cuidado. Es una opinión peligrosa.

La puerta se abrió entonces.

Bear entró.

No vestido para recibir invitados. No exactamente. Llevaba camisa oscura, chaleco gris y la corbata atada con menos perfección de la que habría aprobado su padre. Parecía recién llegado del exterior; tenía el cabello oscuro ligeramente alterado por el viento y una energía en el cuerpo que hizo que la estancia, de pronto, pareciera más pequeña.

Sus ojos grises fueron hacia Eleanor antes que hacia nadie.

Solo un segundo.

Después hizo una reverencia.

—Lady Agatha. Señorita Ashford.

Señorita Ashford. Eleanor debería haber agradecido aquella distancia.

En cambio, le dolió un poco.

—Excelencia —respondió.

Perla lo observó con una paciencia inquietante.

—Siéntate, Bear.

—Prefiero permanecer de pie.

—No era una sugerencia.

Bear la miró. Durante un instante pareció que iba a discutir.

Luego se sentó, ocupándolo todo con su cuerpo.

Lady Agatha miró a Eleanor con una expresión que, si no hubiera sido tan grave la situación, habría resultado casi divertida.

Perla abrió la caja de cuero negro y extrajo el documento hallado la noche anterior. Lo había protegido entre dos cartones finos, como si fuera algo más frágil que peligroso.

—Esta carta no es el único documento relativo a Westmere —dijo—. Pero sí es el primero que explica por qué sir Robert lo quería con tanta urgencia.

Lady Agatha depositó su taza.

—Explíquese.

Perla desdobló el papel con cuidado.

—Es una copia de una carta escrita hace casi veinte años por lord Ashford, padre de Eleanor, dirigida al administrador de los Colligan de entonces. No es una reclamación de Westmere. Tampoco una renuncia. Es una advertencia.

Eleanor se quedó inmóvil. —¿Una advertencia?

Perla asintió. —Su padre sabía que la venta de Westmere se había realizado legalmente, pero bajo circunstancias moralmente incómodas. Los Ashford estaban endeudados. Los Colligan compraron las tierras a un precio ventajoso. Nada de eso es raro entre familias aristocráticas, aunque rara vez se admite durante la cena.

Bear miró el documento con el ceño fruncido. —¿Mi abuelo se aprovechó de la situación?

—Probablemente —dijo Perla.

—Madre.

—No voy a vestirlo de virtud solo porque llevara nuestro apellido.

Lady Agatha soltó una exhalación. —Entonces Robert tiene razón.

—No del todo —dijo Perla—. El viejo Lord Ashford también sabía que recuperar Westmere por vía legal era casi imposible. Por eso negoció otra cosa.

Eleanor sintió que las manos se le enfriaban. —¿Qué cosa?

Perla pasó los dedos por una línea del papel. —Una compensación privada. No para él. Para su hija.

El silencio fue absoluto.

Eleanor oyó el sonido lejano de un pájaro al otro lado de la ventana. Nada más.

—No entiendo —dijo.

Perla la miró con una suavidad inesperada. —Su padre intentó asegurarle una independencia, Eleanor. Una suma anual procedente de ciertas rentas de Westmere. No enorme, pero suficiente para que usted no tuviera que aceptar un matrimonio solo para conservar techo y respeto.

Eleanor no se movió.

No podía.

Lady Agatha se llevó una mano al pecho.

—No sabíamos nada.

—La carta indica que el acuerdo debía formalizarse después de que Eleanor cumpliera la mayoría de edad siempre que no existieran litigios abiertos que lo invalidaran. Pero lord Ashford enfermó. Después murió. Y alguien debió de considerar muy conveniente que esta copia desapareciera entre los papeles de mi familia. Robert sabe al menos una parte. Si se casa con Eleanor antes de que ese acuerdo salga a la luz, puede presentarse como protector de sus intereses y negociar en su nombre. O puede presionar para que la reclamación de Westmere absorba cualquier compensación en un pleito más amplio. En ambos casos, gana poder.

Eleanor se levantó.

No lo decidió.

Su cuerpo lo hizo por ella. La habitación pareció perder estabilidad. No se desmayaría. Las mujeres Ashford no se desmayaban; aquello requería una confianza en que alguien las sostuviera. Pero necesitaba aire.

Bear se levantó también.

—Eleanor.

—No —Ella no lo miró—. Perdón. Necesito... un momento.

Lady Agatha se puso en pie. —Iré contigo.

—No, tía. Por favor.

Hubo algo en su voz que hizo que la anciana no insistiera.

Perla tampoco.

Eso fue una misericordia.

Eleanor salió del salón con la dignidad que le quedaba y caminó sin saber muy bien hacia dónde. Recordaba vagamente el pasillo de la noche anterior, la galería, la puerta lateral. No quería regresar a la biblioteca. No quería ver el lugar donde Robert había sido descubierto, donde Bear había estado a punto de romperle algo a un hombre por ella, donde ella había tocado unos dedos que no debía tocar.

Siguió andando hasta encontrar una puerta acristalada que conducía a un pequeño invernadero.

Entró.

El aire era más cálido allí. Olía a tierra húmeda, hojas verdes y flores de perfume delicado. La luz entraba filtrada por el cristal, dorando las macetas, los bancos de madera y una fuente pequeña cubierta de musgo. Eleanor cerró la puerta tras de sí y apoyó ambas manos sobre el borde de una mesa.

Su padre.

Su padre había intentado salvarla, pero ella ya había pasado la mayoría de edad.

No lo había hecho de manera sentimental. No con discursos. No con esas muestras de afecto que tanto costaban a los hombres orgullosos. Lo había hecho como sabía hacerlo un hombre Ashford: mediante documentos, acuerdos, instrucciones discretas.

Y ella no lo había sabido.

Había pasado meses sintiéndose una carga. Una solterona inconveniente con una tía demasiado orgullosa, una casa que se desmoronaba y un futuro que dependía de la generosidad fría de Robert.

Había aceptado casarse porque creía que era la única forma de no arrastrar a lady Agatha a la ruina.

Aquello dolía de una manera inesperada. No como la tristeza. No como la rabia. Era algo más profundo: la humillación de haber estado a punto de entregar su vida por una mentira que otros habían encontrado útil.

La puerta se abrió detrás de ella.

Eleanor no se giró.

—He pedido estar sola.

—Lo sé —dijo Bear.

Cerró la puerta. No se acercó de inmediato. Eso lo hizo peor. La distancia le permitió a Eleanor imaginarlo: grande, mirándola, demasiado presente incluso sin tocarla.

—Entonces, ¿por qué ha venido?

—Porque quiero ayudarla.

Una respuesta torpe.

Honesta.

Muy Bear.

Eleanor soltó una risa sin alegría.

—Ya nadie puede ayudarme, perdí la oportunidad de ser independiente hace mucho, tengo veintitrés años, ya he sobrepasado la mayoría de edad, su excelencia. Y mi prometido sabía todo esto... aprovechándose de mi soledad, de mi edad...

Bear estaba a unos pasos, junto a un limonero en maceta. El verde oscuro de las hojas hacía que sus ojos parecieran más claros, casi plateados. La observaba como si no quisiera invadirla, pero tampoco supiera cómo marcharse.

—Mi padre sabía que esto ocurriría —dijo ella.

—Sí.

—Intentó protegerme.

—Sí.

—Y yo pensé... —La voz se le quebró apenas, lo bastante para enfurecerla—. Pensé que no había dejado nada. Pensé que simplemente había muerto y nos había abandonado a mi tía y a mí a la buena voluntad de un primo ambicioso.

Bear dio un paso. —Eleanor.

—No me compadezca.

—No lo hago.

—No me mire como si fuera trágica.

—La miro como si estuviera furiosa —Aquello la detuvo. Bear continuó: —. Y tiene derecho a estarlo.

Eleanor apretó los labios. —¿De qué sirve?

—A veces de nada. Pero es mejor que convertir la rabia en obediencia.

La frase la golpeó con una precisión inesperada. Durante demasiado tiempo había llamado sensatez a lo que quizás era agotamiento. Había llamado deber a lo que quizás era miedo. Había llamado protección a lo que Robert llamaba conveniencia.

—No sé qué hacer —confesó.

Bear la miró como si aquella frase le doliera.

—Yo tampoco.

—Eso no ayuda.

—No soy muy bueno ayudando.

—No. Tiende usted a romper puertas.

—Esta vez no he roto ninguna.

—Porque ya estaba abierta.

La boca de Bear se curvó, pero la sonrisa no duró. Eleanor miró hacia la fuente cubierta de musgo.

—Robert no me dejará marchar sin más, soy todo lo que los Colligan le deben. Luchará para reclamar esa renta una vez casados, lo sé. Ese es su plan.

—No tiene derecho a retenerla.

El silencio entre ambos cambió. No se volvió más suave. Se volvió más cercano. La fuente murmuraba; fuera del invernadero, la casa seguía existiendo con sus salones, sus documentos, los padres demasiado inteligentes y las normas de una sociedad entera. Pero allí dentro todo parecía reducido al calor húmedo de las plantas, al perfume verde del aire y al hombre que no dejaba de mirarla como si cada segundo le costara algo.

—No debería estar aquí conmigo —dijo ella.

—Lo sé.

—Si alguien entra...

—Me iré cuando me lo pida.

Eleanor tragó saliva. —¿Y si no lo pido?

La pregunta fue un error. El rostro de Bear cambió.

No mucho. Solo lo suficiente para que Eleanor comprendiera que había llegado al borde de algo que no podía fingir no ver.

Él se acercó despacio. Le dio tiempo a apartarse.

Ella no lo hizo.

Bear se detuvo frente a ella, tan cerca que Eleanor tuvo que alzar la cabeza. No la tocó al principio. Sus manos permanecieron a los lados, cerradas con una disciplina que pareció casi dolorosa.

—No juegue conmigo —dijo él en voz baja.

—No estoy jugando.

—Entonces no me pregunte cosas que no quiere que responda.

Eleanor sintió el calor subirle por el cuello.

—Quizás sí quiero.

Bear cerró los ojos un instante. Cuando los abrió, había algo casi feroz en ellos.

—Eleanor.

Esta vez su nombre no sonó como advertencia.

Sonó como rendición.

Él levantó una mano y le tocó la mejilla con los nudillos. No fue una caricia completa. Fue un contacto casi reverente, como si temiera que ella desapareciera o que él se olvidara de sí mismo. Eleanor debió apartarse.

En lugar de eso, inclinó el rostro hacia su mano.

El cambio en Bear fue inmediato.

Un aliento más hondo.

Una tensión nueva en la mandíbula.

Un silencio tan caliente que Eleanor sintió que la piel le ardía bajo el guante de él.

—Esto es una locura —susurró ella.

—Sí.

—Estoy prometida.

—Sí.

—Y usted es un Colligan.

—Eso, me temo, no puedo cambiarlo.

Aquella respuesta le arrancó una risa pequeña a Eleanor, temblorosa. Bear la miró como si esa risa hubiera terminado de

destruirlo.

Entonces bajó la mano desde su mejilla hasta su cuello. No de forma posesiva. No con brusquedad. Sus dedos rozaron la piel expuesta sobre el borde del vestido malva, justo allí donde el pulso de Eleanor latía con una traición vergonzosa.

—Está temblando otra vez —dijo él.

—Esta vez no voy a negarlo.

La mirada de Bear cayó a su boca.

Eleanor dejó de respirar.

Pero él no la besó allí.

Tal vez porque besarla en los labios habría sido demasiado definitivo. Tal vez porque todavía conservaba un resto de honor. O tal vez porque conocía, instintivamente, una forma peor de hacerla perder el equilibrio.

Bear inclinó la cabeza.

Muy despacio.

Le dio tiempo a detenerlo.

Eleanor no lo hizo.

Sus labios rozaron el costado de su cuello.

Apenas un roce.

Luego otro.

Más firme.

Más cálido.

El mundo entero se redujo a ese contacto: al de los labios de Bear sobre su cuello.

Eleanor cerró los ojos y apoyó una mano en su torso para no acercarse más a él. El beso no fue brutal, ni apresurado, ni descuidado. Fue lento y, precisamente por eso, devastador. Bear besó la piel bajo su oído como si estuviera aprendiendo algo que le costaba admitir, como si cada segundo le exigiera una fuerza inmensa para no tomar más de lo que ella podía concederle.

A Eleanor, el calor le bajó por el cuerpo con una violencia aterradora.

—Bear —susurró.

Él se detuvo de inmediato. No se apartó del todo. Su respiración rozó la piel que acababa de besar.

—¿Sí?

Eleanor no sabía qué había querido decir.

Su nombre.

Una súplica.

Una maldición.

Una confesión.

Quizás todo.

Levantó la mano y, sin pensar, tocó el cabello oscuro de él. Solo un instante. Lo suficiente para sentir su textura entre los dedos, para comprender que aquel hombre, que parecía hecho de fuerza y de músculos, era también piel, calor y deseo.

Bear soltó una exhalación baja.

Casi un gruñido.

Aquello la estremeció más que el beso.

Él levantó la cabeza.

Sus ojos grises estaban oscuros ahora.

—Dime que pare.

Eleanor debería haberlo dicho.

No lo dijo.

—No puedo.

Bear cerró los dedos en el borde de la mesa, a ambos lados de ella, sin encerrarla del todo, pero creando una intimidad que la dejó sin aire. No la tocaba, y aun así Eleanor sintió su cuerpo, su fuerza, su calor. Como si el espacio entre ambos se hubiera vuelto una forma de contacto.

—Yo tampoco —dijo él.

Y entonces la besó otra vez. En el cuello. Más abajo. Donde la piel desaparecía bajo el borde del vestido.

Eleanor sintió que se le doblaban las rodillas.

No era un beso que pudiera contarse. No era un gesto que pudiera explicarse como consuelo. No era siquiera una imprudencia pequeña. Era deseo. Claro, adulto, imposible de disfrazar. Y ella, que había pasado años convencida de que su vida sería una cosa ordenada y aburrida, comprendió con una mezcla de miedo y asombro que no quería ser gris.

No quería ser sensata.

No en aquel instante.

No con él.

El sonido de unas voces en el pasillo los separó como un disparo.

Bear se apartó antes de que Eleanor pudiera hacerlo.

No lejos.

Pero sí lo suficiente para devolverle el mundo.

Eleanor se llevó una mano al cuello. La piel aún le ardía.

Bear miró ese gesto y cerró la mandíbula con un esfuerzo visible.

—Perdón.

La palabra sonó rota. Eleanor respiró hondo.

—No se disculpe por algo que yo permití.

—No debería haberlo permitido.

—Yo no debería haberlo deseado.

Los dos se miraron. Y esa verdad fue casi más íntima que el beso.

La puerta del invernadero se abrió. Perla apareció en el umbral.

No parecía sorprendida.

Aquello era lo más terrible.

Miró a Eleanor, luego a Bear, y después al limonero, como si el árbol pudiera haberle ofrecido una versión más decorosa de los hechos.

—Lady Agatha pregunta si necesita usted más tiempo, señorita Ashford.

Eleanor sintió que el rostro le ardía con tal intensidad que debió de parecer enferma.

—No. Yo... ya vuelvo.

Perla no la humilló con una sonrisa.

—Muy bien.

Bear dio un paso hacia su madre.

—No ha sido...

—No termines esa frase si aprecias tu vida —dijo Perla con serenidad.

Bear cerró la boca.

—Eleanor —continuó Perla, usando su nombre por primera vez con una intimidad que la sorprendió—, venga conmigo. Hay cosas que una mujer no debe decidir con el pulso alterado.

Eleanor no supo si aquello era una reprimenda o una protección.

Quizás ambas. Pasó junto a Bear sin mirarlo.

No porque no quisiera. Porque temía hacerlo.

Cuando llegó al umbral, Perla se volvió hacia su hijo.

—Y tú, Bear, quédate aquí hasta que recuerdes que una mujer comprometida no puede permitirse pagar el precio de tus impulsos.

Él recibió la frase como un golpe. —Sí, madre.

Eleanor cerró los ojos un instante. No por vergüenza. Por la forma en que él no discutió.

Perla la condujo de regreso al salón privado sin hacer preguntas. Lady Agatha estaba junto a la ventana, rígida y pálida, como si hubiera adivinado mucho sin saber nada. Sobre la mesa, la carta permanecía doblada junto a la cafetera.

Eleanor se sentó.

No estaba segura de que sus piernas quisieran sostenerla más tiempo.

Lady Agatha la miró.

—¿Estás bien?

Eleanor abrió la boca.

No podía decir sí.

No podía decir no.

Perla se sentó frente a ella.

—Está viva —dijo con calma.

Lady Agatha la miró de inmediato. —¿Qué ha ocurrido?

—Nada que no pueda remediarse con inteligencia —respondió Perla.

—O empeorarse con hombres —murmuró Agatha.

—Eso también.

Eleanor soltó una risa débil, casi desesperada. Perla empujó la carta hacia ella.

—Escúchenme con atención. Este documento puede cambiar su situación, pero no resolverá su vida en una tarde. Robert intentará controlar la versión. Intentará convencerla de que todo esto es

incertidumbre, peligro, escándalo y que, casándose con él, podrá reclamar la renta que se le prometió, pero que está vencida. Y tendrá razón en parte.

Eleanor levantó la mirada.

—¿Entonces qué hago?

—No decida nada hoy.

—Robert no esperará.

—Entonces que se impaciente.

Lady Agatha tomó la mano de Eleanor. —No tienes que casarte con él si existe otra salida.

Eleanor sintió que algo se le quebraba por dentro.

No era tristeza.

Era alivio.



Robert aguardaba en Ashford Manor cuando Eleanor y lady Agatha regresaron.

Estaba en la biblioteca, de pie junto al escritorio del padre de Eleanor, con las manos enlazadas a la espalda. No parecía inquieto. Robert nunca parecía inquieto cuando quería que alguien más lo estuviera.

—Ha tardado —dijo.

Lady Agatha respondió antes que Eleanor.

—Lady Perla sirve un café excelente. Es una de las pocas razones por las que perdono algunas rarezas de los Colligan.

Robert no miró a la anciana. Sus ojos estaban fijos en Eleanor.

—¿Le entregaron el documento?

—No —dijo Eleanor.

No era mentira.

Perla lo conservaba.

Robert la estudió.

—¿Lo leyeron?

Eleanor dejó los guantes sobre la mesa.

—Lady Perla nos explicó su contenido.

La boca de Robert se tensó. —Qué generosa.

—Más de lo que esperaba.

—Debe tener cuidado con esa mujer.

Eleanor casi sonrió. —Varias personas me han dicho lo mismo de usted.

La mirada de Robert se enfrió. —No me gusta este cambio en usted.

—¿Qué cambio?

—Esta tendencia a responder.

Lady Agatha abrió la boca, pero Eleanor levantó una mano con suavidad. Quería hablar ella.

Necesitaba hacerlo.

—Quizá no sea un cambio, sir Robert. Quizá solo está prestando atención por primera vez.

Durante un momento, el silencio fue tan absoluto que Eleanor oyó el crujido de la madera en la chimenea. Robert se acercó un paso.

—No permitiré que los Colligan la utilicen contra mí.

—No soy un arma.

—Todos lo somos cuando las circunstancias lo exigen.

Aquello era tan frío, tan sinceramente suyo, que Eleanor sintió por primera vez algo más limpio que el temor.

Rechazo.

—Entonces quizás deberíamos aplazar la boda.

Robert no se movió.

—No.

Una sola palabra.

Sin adorno.

—¿No?

—No. Al contrario. He decidido que la boda debe celebrarse antes de finales del verano.

Lady Agatha se incorporó. —Eso es imposible.

—Nada es imposible con la organización adecuada.

Eleanor sostuvo la mirada de Robert. —¿Cuándo?

—En un mes.

El mundo pareció cerrarse.

Un mes.

Robert continuó: —El compromiso ya es conocido. La situación de Ashford Manor exige estabilidad. Y después de lo ocurrido anoche, considero más prudente evitar que ciertas personas confundan su libertad temporal con disponibilidad.

Eleanor comprendió exactamente a quién se refería.

Bear.

El beso en su cuello ardió de nuevo como una marca invisible.

—No estoy disponible para nadie —dijo.

—Entonces demuéstrelo —respondió Robert—. Cásese conmigo cuanto antes. Usted está viviendo bajo mi techo, con mi dinero. Y no desde que llegué, sino desde que su padre murió y de eso, querida, hace bastante tiempo. Me lo debe.

Lady Agatha dio un paso hacia él. —Sir Robert, esto es una presión intolerable.

—Es una propuesta razonable. Por mucho que ahora sepa que tiene una renta anual pendiente con los Colligan, ¿acaso se la darán sin luchar? ¿Sin pagar abogados? ¿Sin un hombre que la respalde? Ha pasado su mayoría de edad, es una solterona, ni siquiera la querrían otros caballeros más compasivos que yo. Usted me ofrece posición, yo dinero y poder. De lo contrario, arruinaré su reputación, la de su tía y, de pasada, la de los Colligan.

Robert se quedó muy quieto, pero Eleanor ya no dijo nada. Se había quedado sin palabras, simplemente palideció y salió del despacho.

Cuando la puerta se cerró, lady Agatha se llevó una mano al corazón.

—Querida...

Eleanor se mantuvo de pie unos segundos más.

Después, despacio, se sentó.

Sus piernas temblaban.

Su cuello ardía.

Pero su futuro, no podía tener peores perspectivas.

# CAPÍTULO 9

Eleanor no lloró.

Aquello fue lo primero que advirtió de sí misma cuando logró salir de la biblioteca sin tropezar con la alfombra, sin buscar apoyo en el marco de la puerta y sin regalarle a Robert Ashford la satisfacción de verla quebrarse delante de él.

No lloró cuando subió las escaleras con una calma que no sentía, ni cuando cruzó el pasillo donde los retratos de los Ashford parecían observarla con esa arrogancia muerta que solo conservan los antepasados que jamás tuvieron que preocuparse por pagar una cuenta.

No lloró siquiera al entrar en su dormitorio, cerrar la puerta y quedarse de pie en mitad de la estancia, con los guantes aún puestos, el cuello ardiendo por un recuerdo que no debía existir y el corazón golpeándole el pecho con una violencia absurda.

Las lágrimas habrían sido más sencillas. Incluso más decorosas. Una dama amenazada podía llorar. Una dama humillada podía hundirse en una silla, cubrirse el rostro con un pañuelo bordado y permitir que otra mujer le dijera que todo acabaría bien, aunque ambas supieran que el mundo rara vez se tomaba tantas molestias por una mujer sin fortuna.

Pero Eleanor no se sentía triste. No del todo. Lo que sentía era algo más seco, más áspero y bastante menos femenino de lo que Robert habría aprobado: una rabia fría, limpia, casi elegante, que se instaló bajo sus costillas como si hubiera estado esperando durante años a que alguien le concediera por fin una razón suficiente para existir.

Se quitó los guantes dedo a dedo y los dejó sobre el tocador. Después se miró en el espejo. No vio a una joven bella, ni a una prometida, ni a una heredera desplazada, ni a una solterona de

veintitrés años —como Robert había tenido la delicadeza de recordarle— que debía sentirse agradecida porque un hombre práctico quisiera hacerse cargo de ella antes de que la sociedad la archivara entre los casos perdidos. Vio un rostro pálido, unos ojos demasiado despiertos y la marca invisible de una boca en el cuello. Aquello fue lo peor.

Robert acababa de amenazar con arruinarla, pero era el recuerdo de Bear besándola en el invernadero lo que la hacía temblar.

Se llevó una mano a la garganta, justo allí donde la piel todavía parecía conservar el calor. No había ninguna marca, por supuesto. Bear no había sido tan bruto. Ni tan descuidado. La había besado con una delicadeza que resultaba mucho más peligrosa que cualquier arrebato, como si en vez de tomar algo de ella hubiera luchado contra el deseo de hacerlo.

Eleanor habría podido perdonarle una imprudencia torpe, una pasión vulgar, incluso un impulso masculino de esos que las damas comentaban en voz baja para después fingir no comprender. Lo imperdonable era que Bear hubiera querido más y, aun así, se hubiera detenido.

Eso, mucho más que el beso, la dejaba sin defensa.

—Idiota —murmuró.

No supo si se lo decía a Robert, a Bear o a sí misma. Tal vez a los tres, aunque en distinta medida.

Se apartó del espejo y caminó hasta la ventana. Ashford Manor se extendía bajo ella con su jardín sombrío, sus setos demasiado crecidos y sus caminos de grava que necesitaban mantenimiento desde hacía meses. Desde esa altura, la casa todavía parecía digna. Incluso hermosa. Un visitante casual habría visto muros antiguos, una fachada noble, ventanas altas y el encanto melancólico de una familia venida a menos.

Robert tenía razón en algo, y esa era quizás la parte más humillante de todo: ella estaba atrapada.

Lo detestable era que él hubiera confundido eso con una victoria moral.

Unos golpes suaves sonaron en la puerta.

—Eleanor —llamó lady Agatha.

Eleanor cerró los ojos un instante.

—Adelante.

Su tía entró sin dramatismo, lo cual fue una misericordia. Lady Agatha no llevaba pañuelo en la mano, ni expresión de condolencia, ni esa ternura excesiva con la que algunas mujeres bienintencionadas convierten el dolor ajeno en una escena teatral.

Entró, cerró la puerta con cuidado y examinó a Eleanor desde la distancia, como si estuviera valorando si convenía abrazarla, reprenderla o poner veneno en el té de Robert.

—Antes de que preguntes —dijo Eleanor—, estoy bien.

—Qué frase tan absurda. Ninguna mujer está bien después de que un hombre mediocre intente convencerla de que le debe gratitud por no destruirla.

Eleanor sintió que algo en su interior cedía un poco. —Tía.

—No empieces con ese tono. Soy vieja, no delicada. Hay una diferencia considerable, aunque los hombres suelan confundir ambas cosas cuando les conviene.

Lady Agatha se acercó al sillón junto a la chimenea apagada y se sentó con la espalda recta. No parecía una mujer que había sido amenazada con perder su hogar. Parecía una reina exiliada considerando la posibilidad de recuperar el trono a fuerza de mala educación.

—Ha cruzado una línea —dijo Eleanor.

—Robert nació al otro lado de esa línea, querida. Solo que hasta ahora había tenido el buen gusto de saludar desde lejos.

Aquello consiguió arrancarle a Eleanor una breve risa. Fue pequeña, casi rota, pero real.

Lady Agatha la observó con atención.

—No adelantarás la boda.

—No.

—Bien.

La sencillez de la aprobación la conmovió más de lo que esperaba.

—¿Y si cumple su amenaza?

—¿Cuál de todas? Ha amenazado con tantas cosas en tan poco tiempo que casi habría que pedirle una lista por escrito.

—Nuestra reputación. La casa. La renta. Los Colligan.

—Los Colligan sobrevivirán. Sospecho que esa familia ha sobrevivido a cosas mucho peores que Robert Ashford y sus frases punzantes. En cuanto a nosotras... —Lady Agatha hizo una pausa, y por primera vez la edad se le notó un poco en la mirada—. En cuanto a nosotras, no voy a fingir que no puede hacernos daño.

Eleanor respiró despacio. —Eso era lo que temía que dijeras.

—Ser valiente no exige ser estúpida. La situación es peligrosa. Pero, querida, también lo era antes. La única diferencia es que ahora sabes que Robert no pretende protegerte. Eso duele, sí, pero también aclara mucho.

Eleanor se giró otra vez hacia la ventana. Más allá del jardín, en la dirección de Westmere, el cielo empezaba a teñirse de un gris azulado. La tarde caía con esa lentitud elegante de la primavera inglesa, como si incluso la luz supiera retirarse con educación.

—Quiero ver las cuentas de mi padre —dijo —Lady Agatha no respondió enseguida. Eleanor se giró hacia ella—. Quiero los libros, las cartas, cualquier cosa que Robert no haya tocado todavía. Si mi padre negoció una compensación para mí, tiene que haber más rastros. No pienso permitir que todos hablen de mi futuro como si yo fuera la única persona en la sala sin derecho a conocer los detalles.

Algo parecido al orgullo iluminó el rostro de su tía. —Tu padre habría detestado verte en esta situación.

—Mi padre debió contarme la verdad.

—Sí.

Eleanor no esperaba esa respuesta. La sinceridad le dolió y, al mismo tiempo, le hizo bien.

Lady Agatha se levantó.

—Nos pondremos con ello mañana por la mañana.

—Esta noche.

—Eleanor...

—Esta noche —repitió ella—. Si espero hasta mañana, Robert habrá tenido tiempo de pensar. Prefiero que, por una vez, sea él

quien se despierte con la desagradable sensación de que las mujeres de esta casa no duermen cuando él lo ordena.

Lady Agatha la miró durante unos segundos. Después sonrió, y en aquella sonrisa Eleanor vio por fin a la joven que su tía debió de haber sido antes de que la vida la convirtiera en una experta en perder cosas con dignidad.

—Muy bien. Pero antes cenarás algo.

—No tengo hambre.

—No me importa. Una rebelión con el estómago vacío es romanticismo barato, y nosotras no estamos para lujos.

Eleanor volvió a reír. Esta vez sonó menos rota.

—Sí, tía.

—Y otra cosa —añadió Lady Agatha, ya junto a la puerta—. Si en algún momento sientes la tentación de salir sola para pensar en el duque de Ravenshire bajo algún árbol dramático, ten la decencia de llevar una capa. La reputación puede estar en peligro, pero no hay necesidad de añadir una pulmonía.

Eleanor sintió que el rostro le ardía.

—No pensaba hacer eso.

—Naturalmente no. Las mujeres nunca pensamos en hacer las cosas imprudentes. Simplemente descubrimos que ya estamos andando hacia ellas.

Lady Agatha salió y cerró la puerta.

Eleanor permaneció quieta durante un largo momento.

Después abrió el armario, tomó una capa ligera y se la puso.

No iba a salir para pensar en Bear.

Era una idea ridícula.

Salió, por supuesto.

No por la puerta principal. No era tan necia. Bajó por la escalera secundaria, atravesó el corredor del servicio y salió al jardín por la puerta que daba a los perales. El aire fresco le acarició el rostro con una suavidad casi indecente. Tras una discusión con Robert, una esperaba viento, lluvia o alguna señal atmosférica que acompañara el dramatismo de la situación. En cambio, la tarde era preciosa.

El mundo tenía el mal gusto de seguir siendo hermoso cuando una mujer estaba furiosa.

Caminó sin prisa al principio, como si el paseo hubiera sido planeado, como si no estuviera huyendo de una casa que ya no era suya y de un prometido que acababa de recordarle cuánto creía poseer. Pero sus pasos la llevaron hacia Westmere con la seguridad de una vieja costumbre. El sendero descendía entre setos, cruzaba una pequeña franja de terreno húmedo y llegaba hasta el viejo roble que marcaba un límite que nadie había respetado nunca del todo, ni en la ley, ni en la memoria, ni en la infancia.

Allí se detuvo.

El viejo roble seguía siendo enorme. No tenía la elegancia de los árboles plantados para decorar un parque; era ancho, obstinado, con ramas extendidas en todas direcciones como si hubiera crecido sin preguntar a nadie si molestaba. Eleanor siempre había sentido cierta simpatía por él.

En una familia de líneas rectas y frases calculadas, aquel árbol era una grosería vegetal.

Se sentó sobre una raíz y dejó que la capa le cubriera las rodillas.

Aquel lugar había sido suyo antes de que entendiera que nada lo era. Allí había leído novelas escondidas, había comido manzanas robadas de la cocina y había discutido con Bear Colligan sobre asuntos de una importancia tremenda, como quién corría más, quién trepaba mejor o si era posible cruzar el arroyo sin mojarse las botas. Bear siempre había afirmado que sí. Eleanor siempre había terminado empapada.

Y él, después de reírse, le había ofrecido la mano.

Recordaba esas manos. Grandes incluso cuando eran niños. Torpes a veces, cuidadosas cuando importaba. Una vez ella se había cortado la palma con una piedra y Bear se había puesto pálido, lo cual era una reacción ridícula para un niño capaz de romper ventanas sin remordimiento. Le había envuelto la mano con un trozo de camisa arrancado a escondidas y le había ordenado que no llorara.

Ella no había llorado.

Él había parecido muy satisfecho.

Eleanor miró su propia mano ahora, limpia, enguantada, adulta.

—Qué idiotas éramos —susurró.

—No estoy seguro de haber mejorado mucho.

Eleanor se levantó de golpe. Bear estaba a unos pasos, junto al sendero, sin sombrero y con la chaqueta tan abierta como su camisa, dejando entrever un poco de su torso desnudo. Tenía el cabello oscuro revuelto por el viento y los ojos grises fijos en ella con una intensidad que la hizo recordar demasiado deprisa el invernadero, la mesa a sus espaldas, sus labios en el cuello.

—¿Me ha seguido? —preguntó.

—No —Eleanor alzó una ceja. Bear suspiró—. No exactamente.

—Qué tranquilizador. Los hombres siempre deberían aclarar sus actividades sospechosas con una precisión tan exquisita.

—Su tía envió una nota a mi madre.

Aquello la descolocó.

—¿Mi tía?

—Decía que Robert había cruzado una línea y que usted había salido sola. Mi madre me dijo que no viniera.

—Y naturalmente no obedeció.

—Naturalmente no.

Eleanor no pudo evitar mirarlo con cierta exasperación.

—¿Alguna vez hace usted lo que se debe?

Bear pareció considerar la pregunta con seriedad.

—En África, con bastante frecuencia. No siempre salió bien.

La respuesta, tan seca y tan oscura, borró cualquier réplica fácil. Eleanor se dio cuenta de que aún sabía muy poco de la guerra que lo había devuelto convertido en un hombre distinto. Sabía lo que decían los periódicos: heroísmo, servicios a la Corona, títulos, nombres nuevos para viejas pesadillas. Sabía lo que decía el pueblo: duques, salvajes, depredadores.

Pero no sabía qué veía Bear cuando despertaba de noche, ni qué había hecho para merecer un título que parecía odiar.

—No debería estar aquí —dijo ella, porque era más seguro que preguntar.

—Lo sé.

—Dice eso con demasiada frecuencia.

—Últimamente hago muchas cosas que no debería.

Eleanor apartó la mirada hacia Ashford Manor. Desde allí, la casa parecía tranquila. Robert estaría quizás en la biblioteca, ordenando papeles, redactando cartas, planeando la mejor forma de presentar su amenaza como una medida sensata. «Sensata», una palabra que odiaba con todo su corazón.

Era un talento muy masculino, pensó Eleanor, convertir la crueldad en administración.

—Robert quiere adelantar la boda —dijo.

Bear no se movió.

Solo su mandíbula cambió. —¿Cuánto?

—Un mes.

El silencio que siguió fue tan tenso que incluso el viento pareció pensárselo antes de mover las hojas.

—No —dijo Bear.

Eleanor lo miró. —Qué palabra tan poderosa. Lástima que no baste para cambiar el mundo.

—¿Usted qué le dijo?

—También dije que no.

Él la miró entonces de un modo distinto, y Eleanor sintió algo cálido, absurdo, casi feliz, abrirse paso entre la rabia y el miedo.

—Bien —dijo Bear.

—No sonó tan heroico como lo imagina. Creo que me temblaba la voz.

—A veces la voz tiembla porque está soportando demasiado.

Eleanor no esperaba aquello. Se abrazó a sí misma bajo la capa.

—Me dijo que nadie me querría. No con esas palabras exactas al principio, aunque después fue bastante más claro. Dijo que soy una solterona. Que vivo bajo su techo. Que le debo gratitud. Que otros hombres no serían tan compasivos.

Bear dio un paso hacia ella.

—No le crea.

—Algunas cosas son ciertas.

—No.

—Tengo veintitrés años.

—Eso no es una enfermedad.

—En algunas conversaciones sociales, casi.

—Entonces las conversaciones sociales merecen menos respeto del que les damos.

Eleanor soltó una risa sin alegría. —Usted puede decir eso. Es hombre, rico, duque y Colligan. Si se comporta de forma insoportable, la gente lo llama temperamento. Si yo lo hago, me llaman problema.

—Yo la llamaría interesante.

—Eso es porque tiene usted gustos peligrosos.

—Sí.

La respuesta fue tan inmediata que Eleanor se quedó sin palabras.

Bear se acercó un poco más. No demasiado. Había aprendido, al parecer, a medir la distancia entre la protección y el peligro. O quizás no la había aprendido y estaba haciéndolo con un esfuerzo tan visible que la conmovía más de lo conveniente.

—Robert no la quiere —dijo él.

—No.

—Quiere su apellido, su conexión con Ashford Manor, el control sobre cualquier renta vinculada a Westmere y el placer de presentarse como el hombre que puso orden donde todos los demás fracasaron.

—Me sorprende que no se aprecien más. Comparten cierta afición por decir verdades desagradables —dijo ella.

Bear casi sonrió. —La diferencia es que yo no disfruto hiriéndola.

Eso era lo peor de Bear. No sus modales bruscos, ni su tamaño, ni su manera de mirar como si todo lo falso le resultara ofensivo. Lo peor era que, cuando se equivocaba, a veces lo sabía. Y no intentaba convertir su error en virtud.

—No sé cómo salir de esto —dijo Eleanor.

—Lo descubriremos.

—¿Lo descubriremos?

—Si usted quiere.

Aquellas tres palabras la golpearon más fuerte que cualquier promesa. *Si usted quiere.* No *yo la salvaré*, no *yo decidiré*, no *confíe en mí porque soy hombre y duque y tengo hombros suficientes para cargar con cualquier catástrofe*. Bear no estaba siendo elegante.

Probablemente ni siquiera estaba siendo particularmente hábil. Pero le estaba devolviendo algo que Robert intentaba arrebatarle a cada frase: la posibilidad de elegir.

Eleanor cerró los ojos.

—Quiero leerlo todo —dijo al fin—. Las cartas de mi padre, las cuentas, cualquier documento que haya en Ashford Manor y en los archivos de su madre, lady Perla. Quiero saber qué ocurrió con Westmere, qué se me prometió y quién decidió que mi ignorancia era conveniente. No quiero que usted decida por mí. Ni lady Perla. Ni mi tía, aunque la ame. Y desde luego no Robert.

—Bien.

—Y quiero que deje de mirarme como si fuera a cargarme sobre su caballo y resolverlo todo a golpes.

Bear dudó. —Intentaré dejar de hacerlo.

—No ha sonado convincente.

—No soy muy bueno fingiendo.

—Eso ya lo habíamos establecido.

El silencio que siguió fue menos doloroso. Casi fácil. Casi íntimo.

Bear miró el roble.

—Una vez se cayó ahí.

Eleanor siguió su mirada.

—No me caí. Resbalé.

—Cayó de rodillas en el barro.

—Con dignidad.

—Había muy poca dignidad en la cantidad de barro que llevaba en la nariz.

—Y usted se rio.

—Después de comprobar que no se había roto nada.

—Qué caballeroso.

—Era un niño.

—Era un Colligan. Sospecho que eso anulaba cualquier posibilidad de caballerosidad ordinaria —comentó ella.

Bear sonrió de verdad entonces, un gesto breve, pero suficiente para alterar todo el paisaje. Eleanor comprendió, con una punzada de alarma, que si ese hombre sonriera más a menudo la sociedad entera estaría perdida. O al menos ella.

—Debería volver —dijo.

—La acompañaré hasta la linde.

—No hace falta.

—Lo sé.

—Y aun así lo hará.

—Sí.

Caminaron juntos bajo la luz cada vez más tenue. No iban demasiado cerca, pero la distancia tampoco resultaba suficiente. Eleanor era consciente de él con una intensidad ridícula: el sonido de sus botas sobre la tierra, el roce de su manga cuando el camino se estrechó, el olor limpio a aire fresco, cuero y ese rastro oscuro de café que empezaba a asociar de forma imperdonable con los Colligan. A medio camino, una raíz oculta bajo la hierba le hizo perder el equilibrio. Bear la sujetó del brazo antes de que pudiera caer.

Fue un gesto rápido.

Necesario.

Y, por supuesto, devastador.

Eleanor quedó muy cerca de él, con una mano apoyada en su antebrazo. Sintió la fuerza bajo la tela, el calor de su cuerpo, la inmovilidad repentina de ambos. El recuerdo del invernadero apareció entre ellos como una tercera presencia: su boca en el cuello, sus dedos junto a su pulso, la forma en que ella había dicho que no podía pedirle que parara.

Bear fue el primero en soltarla.

No porque quisiera.

Porque estaba intentando no tomar lo que ella no le había ofrecido.

Aquello terminó de desarmarla más que si la hubiera besado.

—Gracias —dijo ella.

—De nada.

El tono fue correcto. La mirada, no.

Al llegar a la linde, Ashford Manor apareció entre los árboles con varias ventanas iluminadas. Eleanor distinguió la biblioteca. Robert estaría allí quizás, esperando una disculpa que no pensaba recibir o preparando un nuevo modo de convertir la presión en argumento.

Por primera vez en meses, la idea no la hizo sentirse pequeña. Asustada, sí. Pero no pequeña.

Bear se detuvo antes de cruzar el límite.

—Mañana hablaré con mi madre.

—Yo con mi tía.

—Después nos reuniremos.

—Con ellas presentes.

—Sí.

Eleanor lo miró con una mezcla de cansancio y humor.

—Qué respetables nos hemos vuelto.

—No se acostumbre.

La risa que se le escapó fue suave, demasiado íntima para la hora y las circunstancias. Bear la miró como si quisiera guardarla para un invierno.

—Eleanor.

—Sí.

Él pareció buscar palabras. Aquello, en Bear, era casi inquietante.

—Lo que Robert dijo... lo de que nadie la querría.

El aire se le enganchó en la garganta. —No lo repita —le pidió ella.

—No. Solo... no lo crea.

Eleanor bajó la mirada. —Intentaré no hacerlo.

—No es suficiente.

—Es lo que tengo esta noche.

Bear aceptó aquello con un gesto breve, aunque no le gustó. Se notaba que no le gustó. Bear era un hombre muy malo ocultando la desaprobación cuando no podía combatirla.

—Entonces mañana tendrá más —dijo.

Eleanor no supo qué responder. Tal vez porque, por primera vez, le creyó.

Se apartó un paso. —Buenas noches, duque de Ravenshire.

Bear inclinó la cabeza. —Buenas noches, señorita Ashford.

La formalidad debería haberlos protegido.

No lo hizo.

Eleanor dio un paso hacia la casa... pero él la llamó, no con palabras, sino con un leve movimiento de la mano.

Fue suficiente.

Se detuvo.

Y, contra toda lógica, regresó.

No hubo prisa. Ni permiso. Ni una sola palabra.

Cuando estuvo lo bastante cerca, Bear no la tocó de inmediato. La miró primero, como si quisiera asegurarse de que ella sabía exactamente lo que estaba haciendo. Y Eleanor lo miró también. Sin bajar la vista. Sin fingir inocencia.

Fue ella quien rompió la distancia.

Solo un roce al principio. Casi nada. Un error fácil de negar.

Pero Bear no era un hombre de medias tintas.

Su mano se alzó, firme en la nuca de Eleanor, y el beso llegó.

Profundo.

Lento.

Peligroso.

No había urgencia, sino una certeza que desarmaba más que cualquier arrebato. Como si aquel instante no fuera un impulso, sino una decisión.

Eleanor sintió cómo todo lo que debía importarle —la casa, Robert, el apellido, las consecuencias— se desdibujaba bajo el peso de aquel contacto.

Y cuando él se apartó, lo hizo apenas unos centímetros.

Lo suficiente para que ella aún sintiera su aliento.

—Mañana —murmuró él, con una voz baja que no pedía nada y, sin embargo, lo reclamaba todo.

Eleanor retrocedió entonces, como si el mundo regresara de golpe. —Buenas noches, duque de Ravenshire.

—Buenas noches, señorita Ashford.

Esta vez, la formalidad sonó casi como una mentira compartida. Eleanor caminó hacia la casa sin mirar atrás hasta llegar a la puerta lateral. Entonces, contra toda prudencia, volvió la cabeza.

Bear seguía allí, al otro lado de la linde, inmóvil bajo la sombra del roble.

No reclamándola.

No ordenándole nada.

Solo esperando.

Aquello, pensó Eleanor mientras cerraba la puerta tras de sí, era quizás la forma más peligrosa de protección: la que no exigía gratitud... pero sí dejaba huella.

# CAPÍTULO 10

Bear no durmió.

No porque no pudiera. Había aprendido a dormir en lugares donde ningún hombre prudente habría cerrado los ojos: sobre tierra endurecida por el sol, dentro de tiendas que olían a sudor y pólvora, junto a hombres que gemían con fiebre o con miedo, bajo cielos extranjeros donde cada crujido podía ser una rama, un animal o una bala buscando carne. La guerra enseñaba muchas cosas inútiles para la vida civilizada, pero al menos concedía un talento práctico: dormir cuando había ocasión y despertar antes de que el peligro tuviera la cortesía de anunciarse.

Aquella noche, sin embargo, no durmió porque no quiso.

Permaneció en su habitación hasta que la casa Colligan quedó sumida en silencio, con la chaqueta abandonada sobre una silla, la camisa abierta en el cuello y los antebrazos apoyados en el marco de la ventana. Desde allí no podía ver Ashford Manor, pero sí la línea oscura de los árboles que señalaba la dirección de Westmere. Más allá de aquella sombra estaba Eleanor. En su casa prestada. Bajo el techo de un hombre que había tenido la desdichada osadía de decirle que nadie la querría. Bajo la amenaza de una boda adelantada que olía menos a matrimonio que a ocupación militar.

Bear cerró los dedos contra la madera hasta que los nudillos se le tensaron.

La había besado.

No en el cuello, esta vez. No en una esquina húmeda de un invernadero donde el deseo podía fingir que era consuelo. La había besado bajo el viejo roble, en la linde de dos familias enemigas, con la noche cayendo sobre ellos y la plena conciencia de que aquello no podía explicarse como nada inocente.

Y ella había vuelto.

Aquello era lo que lo mantenía despierto.

No el beso. No solo el beso. La forma en que Eleanor había dado un paso hacia la casa y luego se había detenido, como si alguna parte de ella —una parte cansada de ser razonable, una parte que Robert no había conseguido domesticar— hubiera decidido por fin que no todo lo peligroso era una desgracia. Había regresado sin decir una palabra, y Bear, que había pasado media vida creyendo que la fuerza consistía en avanzar, descubrió que en aquel instante toda su fuerza había estado en no moverse hasta que ella decidió.

Eso no lo tranquilizaba.

Lo inquietaba de un modo mucho más serio.

A la primera luz del amanecer, se vistió sin llamar a su ayuda de cámara. No tenía paciencia para manos ajenas ni para conversaciones sobre corbatas. Eligió una camisa de verano oscura, botas de montar y un abrigo ligero. No bajó a consultar a su madre. No buscó a su padre. No pidió consejo, permiso ni absolución.

Había dependido bastante de las advertencias de otros.

A partir de esa mañana, actuaría.

En el vestíbulo encontró a Larkin, que apareció con esa habilidad de los buenos mayordomos para materializarse justo antes de ser necesitados.

—Excelencia.

—Necesito un caballo ensillado en diez minutos, un mensajero para Bristol y otro para Londres.

Larkin no preguntó por qué. Aquello, en un criado de la casa Colligan, era señal de inteligencia y de instinto de conservación.

—¿Algún destinatario concreto?

—El señor Havers, abogado de mi padre en Bristol. Y sir Julian Merton, en Londres.

—¿Sir Julian Merton, excelencia?

—Fue auditor militar antes de convertirse en un viejo insoportable con acceso a archivos que no debería tener. Dígale que necesito todo lo que exista sobre la concesión de Ravenshire, la compra de Westmere y cualquier deuda registrada a nombre de los Ashford en los últimos treinta años.

Larkin inclinó la cabeza.

—Muy bien, excelencia.

Bear se puso los guantes.

—Y si mi madre pregunta dónde estoy...

—¿Desea que le mienta?

Bear lo miró.

Larkin mantuvo el gesto impasible.

—No. Dígale que estoy haciendo algo sensato por una vez.

—Eso será más difícil de hacer creíble que una mentira, excelencia.

Bear casi sonrió.

—Inténtelo.

Salió antes de que la casa empezara a despertarse del todo. El aire era frío, limpio, lleno de esa luz pálida que convierte las propiedades inglesas en algo más inocente de lo que son. Montó a paso rápido, no hacia Ashford Manor, aunque cada fibra de su cuerpo pareció protestar, sino hacia Westmere.

Si Robert pretendía convertir aquellas tierras en un campo de batalla, Bear necesitaba conocer el terreno.

No como heredero. No como duque recién recompensado. Como soldado.

Y eso era algo que nadie en aquella casa, ni siquiera su madre, podía hacer por él.

Cabalgó por las lindes durante casi una hora, desmontando aquí y allá para examinar muros, pasos antiguos, marcas casi borradas en piedras de término, el cauce del arroyo que separaba una parte del terreno y una vieja senda de carros que, según recordaba vagamente de niño, había sido utilizada por ambas casas sin que nadie se molestara en preguntar si la tierra bajo las ruedas era Ashford o Colligan. Los documentos podían mentir con elegancia. La tierra, en cambio, solía hacerlo con menos talento.

Encontró al administrador de la finca junto a los establos de Westmere, discutiendo con dos jornaleros sobre una cerca reparada de mala manera.

—Señor Harris —dijo Bear.

El hombre se volvió con tal rapidez que casi perdió el sombrero.

—Excelencia.

Bear desmontó y le entregó las riendas a un muchacho.

—Quiero todos los libros de rentas de Westmere desde la compra original. No copias limpias. Los libros reales. Los que tienen manchas de tinta, correcciones y errores.

Harris parpadeó. —Eso llevará tiempo.

—Empiece ahora.

—Su padre suele solicitar esas cosas por escrito.

—Mi padre no las está solicitando.

El administrador comprendió entonces que el hombre que tenía delante no era el hijo de Tim Colligan pidiendo una tarea familiar, ni el muchacho enorme que había roto una ventana jugando a críquet años atrás. Era el duque de Ravenshire dando una orden.

Hizo una reverencia.

—Sí, excelencia.

—Y otra cosa. Nadie de Ashford Manor entra en estas tierras sin permiso escrito. Nadie mide, nadie marca, nadie corta ramas ni mueve piedras. Si Robert Ashford manda hombres, me avisa. Si sus hombres intentan entrar de todos modos, no los golpea. No me gustaría tener que pagar abogados por su entusiasmo.

Harris pareció aliviado. —No soy hombre de golpes, excelencia.

—Mejor. Yo sí. Por eso intento organizarme antes.

El administrador no supo si aquello era una broma.

No lo era del todo.

Bear permaneció el resto de la mañana en la pequeña oficina de Westmere, revisando papeles con una concentración áspera. No era un hombre de escritorio por inclinación, pero la guerra le había enseñado que la diferencia entre una victoria y una carnicería solía estar en un detalle que alguien había considerado aburrido: una ruta mal trazada, una cifra falseada, un nombre omitido en una lista de suministros. Robert utilizaba los documentos como armas. Bien. Bear aprendería el peso, filo y alcance de cada una antes de dejar que volviera a apuntar a Eleanor.

A media mañana, cuando el sol ya calentaba los cristales sucios de la oficina, encontró la primera irregularidad.

No era grande.

Precisamente por eso importaba.

Una renta anual registrada durante tres años bajo un nombre abreviado: E.A. No aparecía como pago efectivo, sino como "reserva pendiente de formalización". Después, nada. El asiento desaparecía. Como si alguien hubiera decidido que la tinta podía borrar una intención.

Bear apoyó los dedos sobre la página.

E.A.

Eleanor Ashford.

Sintió una furia distinta a la de la noche anterior. Menos violenta. Más útil.

—Ensille el caballo —dijo al muchacho que esperaba fuera—. Y envíe esto a mi madre.

Arrancó una hoja limpia, escribió dos líneas y dobló el papel.

*He encontrado el rastro de la renta. No muevas nada hasta que vuelva. B.*

Después se detuvo, miró la nota y soltó una risa breve.

No.

La rompió.

No era un niño informando a su madre de un jarrón roto.

Tomó otra hoja.

*He encontrado el rastro de la renta. Voy a Ashford Manor a hablar con Eleanor. Si Robert protesta, que lo haga por escrito. Ravenshire.*

Mucho mejor.



Eleanor estaba en la biblioteca de su padre cuando Bear llegó.

No supo de inmediato que era él. Oyó primero el sonido del caballo en el camino, luego una voz masculina en el vestíbulo y, por último, el silencio muy particular que se producía cuando los criados no sabían si debían anunciar a un visitante o huir de él. Lady Agatha, que estaba sentada frente al escritorio con una caja de papeles sobre el regazo, alzó la vista.

—Si eso es Robert, estoy demasiado cansada para ser educada.

—Si es Robert —respondió Eleanor—, podemos fingir que no estamos en casa.

—Querida, estamos en su casa. Ese es el problema.

La puerta se abrió antes de que Eleanor pudiera responder. El mayordomo apareció con expresión cuidadosamente neutra.

—Su Excelencia, el duque de Ravenshire.

Eleanor se quedó inmóvil.

Lady Agatha cerró los ojos un instante.

—Por supuesto.

Bear entró sin esperar más de lo imprescindible. Traía barro en las botas, polvo en el bajo del abrigo y esa energía de hombre que no había pasado la mañana en un salón decidiendo frases agradables. Parecía más real que cualquier caballero que Eleanor hubiera conocido. Más peligroso también.

Sus ojos grises fueron hacia ella.

No al cuello.

Ni a sus labios.

A ella.

Aquello, absurdamente, la afectó más.

—Lady Agatha. Señorita Ashford.

—Excelencia —dijo su tía—. Qué alegría comprobar que las puertas de Ashford Manor siguen siendo capaces de abrirse sin necesidad de su hombro.

Bear inclinó la cabeza con gravedad. —Lo considero un progreso personal.

Eleanor no quiso sonreír.

Lo hizo.

—¿Qué hace aquí? —preguntó ella.

—Trabajar.

La respuesta fue tan inesperada que Lady Agatha se incorporó un poco.

—Qué palabra tan alarmante en boca de un duque.

Bear sacó un pequeño cuaderno del interior de su abrigo y lo dejó sobre el escritorio.

—He revisado los primeros libros de Westmere. Hay anotaciones durante tres años relativas a una reserva de renta pendiente de formalización. Iniciales E.A. Después desaparecen.

Eleanor sintió que la habitación parecía inclinarse apenas.

—¿Está seguro?

—Sí.

Lady Agatha tomó el cuaderno y lo acercó a la luz.

—E.A. podría significar otra cosa.

—Podría —dijo Bear—. Pero no lo creo. Y Robert tampoco lo cree, por eso quería el documento de mi madre.

Eleanor se acercó al escritorio. Bear no se movió, pero el espacio entre ambos se volvió consciente, imprudente. Ella podía oler el aire libre en su abrigo, el cuero de sus guantes, el rastro de café. La noche anterior regresó con una claridad indecente. Su boca. El roble. La forma en que él no le había pedido nada después de besarla y la manera en la que ella no había podido dormir en toda la noche con un ardor inexplicable en el cuerpo.

Se obligó a mirar el cuaderno.

—Entonces mi padre no solo lo intentó.

—Empezó a formalizarlo —dijo Bear—. Alguien lo detuvo.

—¿Quién?

—Eso vamos a averiguar.

Eleanor levantó la mirada hacia él. —¿Vamos?

Bear sostuvo sus ojos. —Si usted quiere.

Lady Agatha, que no era mujer inclinada a la sutileza cuando podía evitarla, carraspeó.

—Yo estoy aquí, por si alguno de los dos recuerda que la respetabilidad no es únicamente una teoría.

Eleanor se apartó medio paso.

Bear no pareció avergonzado. Maldito hombre.

—Necesito ver las cuentas de lord Ashford —dijo él—. No las que Robert ha tenido sobre el escritorio. Las anteriores. Libros privados, cartas de administradores, recibos. Cualquier cosa fechada entre la venta de Westmere y la muerte de su padre.

Lady Agatha lo observó durante unos segundos.

—No me gusta que entre en esta casa y dé órdenes.

—No estoy dando órdenes.

—Tiene usted el tono de un hombre que ha olvidado formular una pregunta.

Bear respiró hondo, como si contara hasta tres. Eleanor casi pudo ver el esfuerzo. Eso la conmovió más de lo que debía.

—Lady Agatha —dijo él, con una cortesía algo rígida—, ¿me permitiría revisar los libros privados de lord Ashford para ayudar a demostrar que Eleanor tiene derecho a una renta que Robert pretende controlar?

La anciana sonrió con satisfacción.

—Mucho mejor.

—Gracias.

Lady Agatha se levantó con una agilidad que traicionaba más intención que edad.

—Los libros privados de mi hermano están en el gabinete azul. Eleanor, enséñaselo al duque. Yo iré a buscar la caja de correspondencia que guardé en mi habitación. Y dejaré la puerta abierta, naturalmente.

—Naturalmente —murmuró Eleanor.

Bear no dijo nada.

Pero su boca casi sonrió.



El gabinete azul estaba al otro lado del corredor, una estancia pequeña que había pertenecido al padre de Eleanor. Conservaba un olor tenue a papel, tabaco viejo y tinta seca. Las cortinas estaban cerradas para proteger los libros de la luz, y al entrar Eleanor sintió una punzada inesperada. Hacía meses que no pasaba más de unos minutos allí. Demasiadas cosas de su padre seguían en su sitio: el pisapapeles de cristal, la silla gastada por el uso, una pluma rota que nadie había tenido el valor de tirar.

Bear se detuvo en el umbral.

—¿Quiere que espere fuera?

Ella lo miró, sorprendida.

—¿Por qué?

—Porque este lugar es suyo.

No era una frase elegante. No era seducción. Era consideración, y precisamente por eso le llegó más hondo. —Nada de esta casa es mío, según me han explicado con insistencia.

—Este lugar sí.

Eleanor no discutió. No podía. Abrió las cortinas lo justo para dejar entrar una franja de luz y señaló un armario bajo la pared.

—Los libros están ahí.

Bear se acercó al mueble, se agachó y empezó a sacar volúmenes. No preguntó qué debía hacer. No fingió incompetencia para que ella se sintiera útil. Tampoco se apropió del espacio como Robert. Trabajaba. Simplemente. Eleanor lo observó unos segundos antes de avergonzarse de estar observándolo.

—No parece un duque —dijo.

Bear dejó un libro sobre la mesa. —Gracias. Es lo mejor que me han dicho durante semanas.

—No estoy segura de que fuera un cumplido.

—Lo tomo como tal de todos modos. Mi madre hace lo mismo.

—Ha salido usted mucho a su madre.

—En ciertas desgracias, sí.

—¿Y en cuáles ha salido a su padre?

Bear se quedó quieto un instante, con una mano apoyada sobre el lomo de un libro. —En las que más daño hacen.

Eleanor se acercó a la mesa y abrió el primer volumen para evitar mirarlo.

—¿Qué significa eso?

Bear tardó en responder. —Mi padre pasó media vida creyendo que el control podía protegerlo de todo. De la vergüenza, del deseo, del miedo, de mi madre. Sobre todo de mi madre. No funcionó.

—¿Y usted?

—Yo pasé la guerra creyendo que la fuerza podía resolver lo que la razón no alcanzaba. A veces funcionó. Eso lo hizo peor.

Eleanor dejó de pasar páginas. —¿Por qué?

—Porque un hombre empieza a confiar en lo que le obedece. Mis manos siempre me han obedecido. Mi tamaño. Mi resistencia. Mi capacidad para aguantar. Después vuelves a casa y descubres que nada de eso sirve para hablar con una mujer sin arruinarla.

Eleanor comprendió entonces algo que no había visto del todo. Bear no dependía de su madre porque fuera débil. La escuchaba porque Perla, quizás, era una de las pocas personas capaces de detenerlo antes de que convirtiera su necesidad de protegerla en otra forma de dominio. Pero aquella mañana no estaba allí como hijo obediente. Estaba allí como hombre que había elegido actuar y, más importante aún, que estaba intentando aprender a actuar sin destruir.

Aquello lo hizo más peligroso, no menos.

—No me ha arruinado —dijo ella.

Bear la miró con una intensidad feroz, casi animal. —Todavía.

Eleanor bajó la vista al libro y pasó varias páginas con más rapidez de la necesaria.

—Aquí —dijo de pronto.

Bear se acercó.

Demasiado y Eleanor respiró hondo para no perder fuerzas.

Ella señaló una anotación fechada ocho años atrás. Un pago recibido de "B. Colligan & Co.", desviado a una cuenta de administración y luego marcado como "pendiente de asignación familiar".

—B. Colligan —murmuró Bear—. Bristol Colligan. El negocio de mi padre.

—¿Su padre lo sabía?

—Mi padre sabe muchas cosas. Pero si hubiera sabido que esa renta era para usted, lo recordaría.

—¿Está seguro?

Bear miró la anotación. —No. Y eso me molesta.

Eleanor se inclinó sobre la página. Bear hizo lo mismo. Sus hombros casi se tocaron. No lo hicieron, pero la casi ausencia de contacto resultó peor. Eleanor sintió el calor de él a su lado, la respiración, la manera en que su cuerpo parecía ocupar no solo espacio sino atención.

—Aquí hay otra línea —dijo ella—. "Transferencia suspendida por ausencia de formalización matrimonial o tutela masculina."

Bear cerró la mano sobre el borde de la mesa. —Repugnante.

—Legal —dijo Eleanor.

—A veces es lo mismo.

Ella lo miró. —No debería decir cosas así siendo duque.

—Probablemente tampoco debería besar mujeres prometidas bajo árboles viejos.

La frase la golpeó sin aviso.

Sus ojos se encontraron.

Durante un momento, la luz estrecha del gabinete pareció volverse más caliente.

—No —dijo ella—. Probablemente no.

Bear no se disculpó. Eleanor agradeció que no lo hiciera.

—No he dejado de pensar en ello —susurró él.

Ella sintió que el aire se le detenía. —No debería decírmelo.

—Lo sé.

—Otra vez.

—Sí.

Eleanor debería haberse apartado. En cambio, permaneció allí, con una mano sobre el libro de cuentas de su padre y el hombre que había besado a un palmo de distancia.

—Yo tampoco he podido dejar de pensar en usted —susurró.

Bear cerró los ojos.

Solo un instante.

Cuando los abrió, parecía como si acabara de perder una batalla que llevaba horas librando.

—Eleanor —La voz de Lady Agatha llegó desde el corredor—. He encontrado la caja.

Eleanor se apartó de golpe.

Bear también, aunque menos deprisa. La diferencia era injusta. Él podía hacer lo que le daba la gana. Ella se sentía descubierta incluso por los muebles.

Lady Agatha entró con una caja de madera oscura en los brazos. Miró a uno, luego al otro, luego al libro abierto.

—Veo que han encontrado algo.

—Sí —dijo Eleanor, agradecida por poder hablar de dinero, aunque fuera una tragedia familiar—. La renta existía. Pero fue suspendida por falta de tutela masculina.

Lady Agatha dejó la caja sobre la mesa con tanta fuerza que el contenido vibró. —Malditos sean todos los hombres muertos que creyeron saber protegernos mejor que nosotras mismas.

Abrieron la caja.

Dentro había cartas atadas con cintas, recibos, notas del administrador y varios sobres sellados. Eleanor reconoció la letra de su padre en algunos. El corazón se le apretó, pero esta vez no se detuvo. Leyó. Leyeron los tres. Una carta confirmaba que lord Ashford había aceptado no reabrir el pleito de Westmere a cambio de una compensación anual para su única hija, garantizada por las rentas de una parcela arrendada. Otra mencionaba que el acuerdo debía mantenerse privado hasta que Eleanor tuviera edad suficiente para administrarlo "con independencia razonable o mediante esposo de confianza".

—Esposo de confianza —dijo Lady Agatha con desprecio—. Qué optimismo tan masculino.

Bear tomó una de las cartas y la leyó con el ceño más sombrío a cada línea. —Robert no puede reclamar esa renta en su nombre si usted rompe el compromiso.

Eleanor levantó la vista.

—¿Está seguro?

—No soy abogado. Pero si la renta fue establecida para usted, cualquier intento de usarla dentro de un pleito sobre Westmere podría retrasarse, no eliminarse. Por eso quería casarse rápido. No solo por controlarla a usted. Por controlar el momento.

Lady Agatha se sentó lentamente. —Entonces tenemos una oportunidad.

—Necesitamos a un abogado —dijo Eleanor.

Bear asintió. —Ya he enviado a buscar dos.

Eleanor lo miró.

—¿Cuándo?

—Esta mañana.

Lady Agatha alzó las cejas.

—Veo que no ha perdido usted el tiempo... pero me temo que esto no es posible —No señaló los documentos. No hizo falta—. No tenemos dinero para pagar abogados —añadió, con una calma que sonaba más a cansancio que a disculpa—. Y, aunque lo tuviéramos... —lo miró entonces con frialdad medida—, no recurriríamos a un Colligan.

El silencio se tensó.

Bear no se movió.

—No suelo ofrecer ayuda sin motivo —dijo, con una voz baja que no buscaba suavizar nada.

—Y nosotras no solemos aceptarla cuando viene del lado equivocado de la historia.

Eleanor contuvo el aliento.

—¿El lado equivocado? —repitió él.

Lady Agatha no titubeó. —El suyo.

—Entonces supongo que tendremos que redefinir la historia —quiso contradecirla él sin perder los nervios.

—No, señor —replicó ella con firmeza—. Lo que tendremos que hacer es sobrevivirla.

Eleanor no pudo evitar intervenir. —¿Y si no podemos, tía?

Lady Agatha giró la cabeza hacia ella, con una dureza inesperada. —Entonces no será un Colligan quien nos salve.

En ese preciso momento, unos pasos rápidos cruzaron el corredor. La criada de Eleanor apareció en la puerta, pálida. —Señorita... perdone, milady... Sir Robert pregunta por usted.

Eleanor se enderezó. —¿Dónde está?

—En el vestíbulo. Dice que ha recibido noticia de que Su Excelencia está aquí.

—No saldrá sola —dijo Bear.

Eleanor lo miró. —No necesito que hable por mí.

—No pensaba hacerlo.

—¿Entonces?

Bear se puso los guantes despacio. —Pensaba quedarme a su lado mientras habla por usted.

Aquello no debería haberle afectado.

Lo hizo.

Lady Agatha se levantó.

—Entonces iremos los tres. Una mujer puede hablar por sí misma, pero siempre resulta agradable hacerlo con testigos cuando el caballero en cuestión tiene inclinación a la amenaza elegante.

Eleanor tomó aire.

Luego caminó hacia la puerta.

Robert estaba en el vestíbulo, con el sombrero en la mano y una expresión que habría parecido serena si no fuera por la tensión de sus labios. Al ver a Bear, sus ojos se llenaron de odio.

—Excelencia —dijo—. Qué sorpresa encontrarlo en Ashford Manor.

—Me han invitado.

Robert miró a Eleanor. —¿De veras?

Eleanor sintió el viejo impulso de justificarse. De explicar. De suavizar. De evitar una escena.

Lo dejó morir. —Sí.

Robert apretó los dedos sobre el ala del sombrero.

—Necesito hablar con usted.

—Está hablando conmigo.

—A solas.

—No.

La palabra fue clara. Más clara que la de la noche anterior.

Robert la miró como si no la reconociera. —Señorita Ashford.

—No hablaré con usted a solas cuando lo que tiene que decirme afecta a mi tía, a mi futuro y a documentos que intentó sustraer de la casa Colligan.

El mayordomo, muy correctamente, miró a una pared.

Robert dio un paso hacia ella.

Bear no se movió.

No hizo falta.

La presencia de Bear fue suficiente para que Robert se detuviera y odiara el hecho de haberse detenido.

—Está cometiendo un grave error —dijo Robert en voz baja.

—Quizás —respondió Eleanor—. Pero será mío.

Robert la miró durante unos segundos. Después su mirada pasó a Bear. —Los Colligan tienen una curiosa habilidad para hacer que

las personas olviden lo que les conviene.

Bear sonrió. —Y los Ashford, al parecer, para recordar solo lo que pueden usar.

Robert palideció de rabia. —Esto no ha terminado.

—No —dijo Eleanor. Los dos hombres la miraron. Ella alzó la barbilla—. No ha terminado. Por eso no me casaré en un mes. No hasta haber visto todas las cuentas de mi padre, todos los documentos de Westmere y todo lo que usted intentaba ocultarme bajo la palabra protección.

Robert se quedó inmóvil.

Por primera vez, Eleanor vio una grieta auténtica en él.

No miedo.

Cálculo reajustándose.

—Muy bien —dijo al fin—. Si desea convertir un asunto privado en una guerra pública, no podré impedírselo.

—No deseo una guerra pública.

—Entonces no provoque una.

Bear habló entonces, con una calma que no tenía nada de dócil. —La guerra no empieza cuando alguien se defiende, Ashford. Empieza cuando otro hombre decide que puede tomar demasiado sin que nadie le pare los pies.

El silencio fue absoluto.

Robert inclinó la cabeza.

—Buenas tardes.

Se marchó.

Cuando la puerta se cerró hacia algún salón, Eleanor sintió que las piernas se le aflojaban. No cayó. No habría caído ni aunque el suelo hubiera desaparecido.

Lady Agatha le tomó la mano.

—Has estado magnífica.

—Creo que voy a sentir náuseas.

—Eso suele pasar después de estar magnífica.

Bear la miraba sin sonreír. Pero en sus ojos grises había algo que Eleanor no había visto antes. No deseo, aunque también estaba. No protección. No orgullo posesivo.

Respeto.

Aquello la conmovió más que cualquier elogio. —Gracias —dijo ella.

Bear inclinó la cabeza. —No he hecho nada.

—Exactamente.

Él lo entendió.

Y por primera vez desde que Eleanor lo conocía como hombre, no pareció querer discutir.

# CAPÍTULO 11

Robert no volvió a presentarse en el vestíbulo aquella tarde.

Aquello, lejos de tranquilizar a Eleanor, la inquietó.

Los hombres como Robert Ashford no se retiraban cuando eran contrariados. Se replegaban. Era una diferencia muy importante y, en su caso, bastante desagradable. Un hombre impulsivo rompía una copa, levantaba la voz o cometía algún error que podía utilizarse contra él más tarde. Robert, en cambio, tenía el mal hábito de convertir cada humillación en una estrategia.

La primera señal llegó a la mañana siguiente, poco después del desayuno.

No fue Robert quien apareció, sino el reverendo Dacre y su esposa, la señora Dacre, una mujer de mejillas suaves, ojos atentos y esa clase de bondad disciplinada que solía emplearse para vigilar el comportamiento ajeno con una sonrisa. Lady Agatha los recibió en el saloncito verde con una expresión tan impecablemente educada que Eleanor, al verla, supo que su tía estaba a punto de cometer alguna atrocidad verbal.

—Reverendo —dijo Lady Agatha—. Señora Dacre. Qué visita tan inesperada.

—Esperamos no incomodarlas —respondió el reverendo, que era un hombre alto, delgado y con la voz de alguien acostumbrado a que sus palabras fueran recibidas como medicina amarga.

—Eso suele decirse justo antes de incomodar —observó Lady Agatha—. Pero adelante, no se priven por nosotras.

La señora Dacre parpadeó, pero sonrió con más determinación.

Eleanor permaneció junto a la ventana, con las manos cruzadas delante de sí misma. Había dormido poco, aunque esa vez no por culpa de la confusión, sino por una inquietud mucho más activa. Con Bear y Lady Agatha había revisado documentos hasta que la luz se agotó. Habían encontrado rastros, indicios, pagos interrumpidos,

cartas incompletas y demasiadas menciones de su nombre. Suficiente para saber que Robert había mentido. No suficiente para detenerlo.

Y ahora allí estaba el clero.

Robert había sido rápido.

—Hemos venido por afecto hacia esta familia —dijo el reverendo Dacre. Lady Agatha se acomodó en su asiento.

—Y por preocupación —añadió la señora Dacre, mirando a Eleanor con una piedad que resultaba un poco falsa—. Las jóvenes, incluso las más prudentes, pueden verse rodeadas de rumores injustos cuando las circunstancias se vuelven delicadas.

Eleanor sostuvo su mirada. —¿Rumores?

La señora Dacre juntó las manos sobre su regazo. —Nada concreto, querida. Nada que una conducta sabia no pueda detener antes de que crezca. Pero se ha comentado en el pueblo que usted ha sido vista con cierta frecuencia en compañía del duque de Ravenshire.

—He bailado con él una vez —dijo Eleanor—. En una sala llena de invitados.

—También dice que ayer fue vista en esta misma casa, en compañía del duque de Ravenshire, sin haber sido invitado por el dueño de la misma. La acompañaba lady Agatha, por supuesto, aunque eso no hace su presencia menos imprudente.

—Qué discreto es Sir Robert —comentó lady Agatha.

El reverendo Dacre carraspeó. —Precisamente por eso estamos aquí. Sir Robert se ha mostrado muy discreto, muy correcto, casi admirablemente contenido dadas las circunstancias.

Eleanor sintió que algo frío le subía por la espalda. —¿Admirablemente?

—Ha expresado su deseo de proteger su reputación, señorita Ashford. Pero teme que ciertas influencias... vehementes... puedan afectar su juicio.

Lady Agatha dejó la taza sobre la mesa con un sonido seco. —¿Vehementes? Me temo que tendrá que ser más claro, reverendo. A mi edad una pierde paciencia para los eufemismos y gana mucho gusto por las acusaciones directas.

El reverendo se puso un poco rojo.

La señora Dacre acudió en su auxilio.

—Los Colligan son una familia poderosa, desde luego. Nadie lo niega. Pero quizás demasiado... apasionada. Demasiado acostumbrada a que sus títulos y sus conexiones suavicen actos que, en otras personas, serían juzgados con más dureza. No quisiéramos verla atrapada entre una familia así y un compromiso honorable.

Eleanor comprendió entonces la jugada con una claridad tan limpia que casi la admiró.

Robert no la había acusado.

Había insinuado.

No había dicho que ella se hubiera comportado mal. Había dejado que otros lo temieran por él. No había atacado a Bear de frente. Había permitido que los demás recordaran su tamaño, su genio, el viejo apodo de los depredadores de Bristol y todo lo que la sociedad estaba encantada de perdonar a los Colligan mientras pudieran disfrutar condenándolo en voz baja.

—¿Sir Robert les ha pedido que vinieran? —preguntó Eleanor.

—No exactamente —dijo el reverendo.

—Qué respuesta tan exacta para significar que sí —murmuró Lady Agatha.

La señora Dacre miró a Eleanor con mayor firmeza. —Querida, un compromiso no debe tratarse con ligereza. Sir Robert le ofrece estabilidad, posición y protección. En una situación como la suya, eso no es poca cosa.

—En una situación como la mía —repitió Eleanor.

—No lo digo con crueldad.

—Señorita Ashford, nadie desea ofenderla —añadió el reverendo Dacre—. Pero pronto las malas lenguas estarán por todo Bristol si no se actúa con sensatez. Un compromiso apresurado quizás no resulte romántico, pero muchas veces lo correcto no necesita adornos.

Eleanor lo miró con calma. —Curioso. Cuando un hombre se precipita para asegurar una propiedad, se le llama práctico. Cuando una mujer pide tiempo para entender su propio futuro, se la acusa de necesitar sensatez.

El reverendo abrió la boca, la cerró y luego miró a Lady Agatha, quizás buscando una autoridad adulta en aquella habitación. Mala

elección. Lady Agatha parecía estar disfrutando por primera vez desde la llegada de Robert a Ashford Manor.

—Mi sobrina tendrá todo el tiempo que necesite —dijo la anciana —. Y si Bristol desea hablar, que hable. Es una ciudad grande; le hará bien el ejercicio.

La visita no duró mucho más. El reverendo dejó algunas frases sobre prudencia, deber y la delicadeza de la reputación femenina. La señora Dacre besó el aire junto a la mejilla de Eleanor con una expresión dolorida, como si la joven hubiera elegido deliberadamente defraudarla. Cuando por fin se marcharon, Lady Agatha esperó a que el carruaje se alejara antes de cerrar la puerta del saloncito.

—Bien —dijo—. Robert ha empezado.

Eleanor seguía junto a la ventana.

—Sí.

—Ha sido rápido.

—Y cobarde.

—Los cobardes organizados son los más molestos. Los otros al menos tropiezan con muebles.

Eleanor no sonrió. Su mirada se había quedado fija en el camino que conducía al pueblo. Si los Dacre habían venido, otros vendrían. Si Robert había sembrado la duda en la vicaría, pronto la sembraría en salones, tiendas y carruajes. Eleanor sabía cómo funcionaba aquello. La reputación no se destruía de golpe. Se descosía. Una puntada aquí, otra allá, hasta que la tela entera parecía vieja y nadie recordaba quién había tirado del primer hilo.

—Necesito saberlo todo hoy —dijo ella.

Lady Agatha no preguntó a qué se refería. —Entonces iremos a la vieja sala de mapas.

Eleanor se volvió. —¿La sala de mapas?

—Tu padre guardaba allí documentos que no quería mezclar con los libros de cuentas. Decía que los mapas eran menos traicioneros que las personas. Una frase muy Ashford, ahora que lo pienso: pomposa, melancólica y no del todo falsa.

La sala de mapas estaba en el ala norte, una zona de la casa que se utilizaba poco porque el techo tenía tendencia a filtrar humedad y porque, según el servicio, en invierno olía a piedra mojada y a moho.

Eleanor no había entrado allí desde hacía años. Recordaba mesas grandes, tubos de pergamino, armarios bajos y un globo terráqueo tan agrietado que África parecía partida en dos. Lady Agatha mandó llamar a una doncella para abrir las ventanas y luego envió una nota a la casa Colligan con una frase tan breve que no dejaba margen a la cortesía.

*Hemos encontrado otro lugar donde buscar. Si su hijo sabe leer mapas, puede venir.*

Eleanor leyó la nota antes de que fuera enviada.

—Tía.

—¿Demasiado afectuosa?

—Demasiado alentadora.

—Querida, si el duque de Ravenshire necesita que una anciana lo aliente para venir a verte, entonces todas estamos perdiendo el tiempo.

Bear llegó menos de una hora después.

Esta vez no irrumpió. Fue anunciado. Entró en Ashford Manor con barro seco en las botas, una camisa oscura y una expresión tan controlada que Eleanor supo de inmediato que alguien le había contado lo de los Dacre. No preguntó por ello delante del servicio. Esa contención, extrañamente, la alteró más que si hubiera entrado amenazando con partirle la cara a medio Bristol. Robert había salido poco después de la visita del reverendo, según dijo, para atender asuntos en el pueblo. Eleanor no preguntó cuáles. Los hombres como Robert no salían a pasear cuando estaban ofendidos; salían a mover piezas.

—Lady Agatha —saludó—. Señorita Ashford.

—Excelencia —respondió su tía.

Eleanor lo miró entonces.

Él le sostuvo la mirada un segundo más de lo prudente.

Nada en su rostro preguntó si estaba bien. Nada en su gesto la compadeció. Pero sus ojos grises parecieron registrar cada detalle: la palidez que ella había intentado corregir con un pellizco en las mejillas, la rigidez de su espalda, la forma en que sostenía los guantes como si fueran un arma muy pequeña.

—¿Sir Robert? —preguntó él en voz baja, cuando Lady Agatha se adelantó hacia el ala norte.

—Ha enviado al reverendo y a su esposa.

Bear no dijo nada durante unos pasos.

Luego: —Voy a matarlo.

Eleanor suspiró. —No haga promesas románticas en un pasillo, excelencia. Es muy poco original.

Aquello lo detuvo. La miró. Y, para sorpresa de ella, casi sonrió. —¿Está usted haciendo bromas?

—Estoy intentando no gritar.

—Prefiero las bromas.

—Yo también. Ensucian menos.

Lady Agatha los llamó desde el extremo del corredor antes de que Bear pudiera responder.

La sala de mapas estaba más fría que el resto de la casa. Las ventanas abiertas dejaban entrar una luz clara y el olor de la hierba húmeda. Sobre las mesas había rollos de pergamino, viejos planos de Ashford Manor, registros de lindes, bosquejos de caminos y varias cajas cubiertas de polvo. Bear se quitó los guantes y empezó a trabajar sin pedir instrucciones.

Durante más de una hora revisaron mapas.

Westmere aparecía en todos, aunque nunca de la misma forma. En algunos era una franja clara entre propiedades. En otros, una parcela arrendada. En uno antiguo, de tinta sepia y bordes quebradizos, figuraba con una nota casi ilegible: reserva dotal de la línea femenina Ashford.

Eleanor se quedó inmóvil. —¿Qué significa eso?

Bear se inclinó sobre el mapa. Su hombro rozó el de ella.

Solo un roce.

Bastó para que el cuerpo de Eleanor recordara cosas que no convenía recordar mientras estaba rodeada de polvo, mapas y su tía.

—Significa —dijo él— que Westmere pudo haber formado parte de un acuerdo matrimonial anterior. No de la herencia general de los Ashford.

Lady Agatha se acercó con rapidez sorprendente. —La madre de Eleanor.

—¿Mi madre? —Eleanor miró a su tía.

—Tu madre aportó bienes al matrimonio, pero siempre se dijo que casi todo se había consumido con las deudas de tu padre. Nunca vi los documentos completos.

Bear pasó el dedo cerca de la anotación, sin tocarla. —Si Westmere fue reservado por línea femenina, entonces la reclamación de Robert cambia.

—¿Cambia cómo? —preguntó Eleanor.

Él levantó la vista hacia ella. —Podría no ser de Robert.

—¿De quién sería?

Lady Agatha se dejó caer en una silla.

—Tuya —dijo.

La palabra pareció alterar el aire.

De Eleanor.

Westmere. No como compensación. No como limosna. No como renta concedida por la buena voluntad de los Colligan o negociada por el orgullo tardío de su padre. Suya. O casi. Suficientemente suya para que Robert hubiera querido casarse rápido. Suficientemente suya para que alguien hubiera ocultado documentos, suspendido pagos y convertido su ignorancia en una forma muy rentable de administración.

Eleanor apoyó una mano sobre la mesa. —No.

Bear la miró.

—Puede ser.

—No. No puede ser tan sencillo.

—No he dicho que lo sea.

Lady Agatha ya estaba rebuscando en una de las cajas.

—Hace falta la escritura de reserva. El documento sellado. Sin eso, esto es solo una anotación en un mapa.

—Una anotación muy reveladora —dijo Bear.

—Pero no suficiente en un tribunal —replicó Agatha—. Robert lo sabe. Por eso no teme la verdad. Teme la prueba.

Bear se enderezó. —¿Dónde estaría esa escritura?

Lady Agatha soltó una risa seca. —Si lo supiera, querido duque, habría estado menos empobrecida y mucho más insoportable durante los últimos años.

Eleanor casi sonrió, pero no pudo sostenerlo. La esperanza era una cosa cruel cuando llegaba incompleta. Durante unos segundos había sentido que el suelo volvía bajo sus pies; ahora descubría que era apenas una tabla delgada sobre un río.

Bear enrolló el mapa con cuidado.

—Entonces la encontraremos.

—Habla usted como si los documentos se rindieran ante su tamaño —dijo Lady Agatha.

—No quiero que Robert use su temperamento contra usted ni contra mí —dijo Eleanor—. Esta mañana ha enviado al reverendo. Mañana quizá enviará a medio Bristol. Si usted lo amenaza, si lo golpea, si invade Ashford Manor como si fuera una plaza enemiga, él ganará. Si soy heredera de Westmere y no puedo probarlo, estoy exactamente dónde estaba antes. Solo que ahora sé lo que he perdido.

—No —dijo Bear—. Ahora sabe qué buscar.

Lady Agatha se puso de pie.

—Voy a revisar las cajas del gabinete de tu madre. No espero encontrar nada, por supuesto, porque los documentos importantes tienen la irritante costumbre de esconderse cuando una mujer los necesita, pero fingiremos optimismo. Ustedes dos pueden revisar esos planos sin olvidar que la puerta está abierta y que mi audición mejora de forma milagrosa cuando sospecho indecencias.

—Tía.

—No me obligues a ser más explícita.

Salió con una caja bajo el brazo.

La puerta quedó abierta.

Naturalmente.

Eleanor y Bear permanecieron a cada lado de la mesa, con el mapa entre ambos. Durante varios minutos fingieron trabajar. Eleanor leyó la misma anotación tres veces. Bear revisó un plano de lindes al revés durante el tiempo suficiente para que ella se diera cuenta.

—El plano está invertido —dijo.

Él lo giró. —Lo sabía.

—Por supuesto.

—Estaba comprobando si usted lo notaba.

—Qué técnica de investigación tan brillante.

Bear apoyó ambas manos sobre la mesa. La camisa se tensó en sus hombros. Eleanor intentó no fijarse. Fracasó con notable rapidez.

—El reverendo no debió venir —dijo él.

—No fue idea suya.

—No me importa de quién fue.

—A mí sí. Si Robert usa la reputación, debemos contestar sin parecer culpables.

—¿Y cómo se contesta a una insinuación verdadera?

Eleanor dobló un borde suelto del mapa con cuidado. —Con otra insinuación mejor colocada.

Bear soltó una risa baja.

El sonido le recorrió la piel.

Eleanor bajó la vista demasiado tarde.

Él la vio.

El aire cambió.

No de golpe. Peor. Lentamente.

Bear rodeó la mesa. No se acercó lo suficiente para tocarla, pero sí para que Eleanor tuviera que alzar la cabeza. La puerta seguía abierta. La casa seguía llena de criados. Lady Agatha podía regresar en cualquier momento. Todo aquello debería haber bastado para impedir que el pulso de Eleanor se acelerara.

No bastó.

—No debería mirarme así —dijo él.

Eleanor sintió calor en el rostro. —Yo no...

—Sí.

—Usted no puede reprocharme miradas.

—No se lo reprocho.

—¿Entonces?

Bear bajó la voz. —Intento sobrevivirlas.

Aquello fue ridículo. Exagerado. Impropio de un hombre de su tamaño.

Y devastador. Eleanor apoyó una mano sobre el respaldo de una silla.

—No podemos.

—Lo sé.

—La puerta está abierta.

—Lo sé.

—Mi tía...

—Tiene excelente audición.

—Entonces apártese.

Bear no lo hizo. —Pídalo como si lo deseara.

Eleanor lo miró con indignación. —Es usted despreciable.

—Ahora sí está sonando convincente.

—Bear.

Su nombre salió demasiado bajo.

Él reaccionó como si aquella palabra hubiera sido una caricia.

La distancia entre ambos desapareció de un modo casi imperceptible. No hubo arrebato. No hubo manos bruscas. Bear solo levantó una mano y le tocó la mejilla con el dorso de los dedos, exactamente como en el invernadero, pero esta vez Eleanor supo lo que venía. Supo que debía apartarse. Supo que, si no lo hacía, no podría culpar a la sorpresa, ni a la confusión, ni a su dolor.

No se apartó.

Bear inclinó la cabeza.

El beso fue distinto al de la noche anterior.

Menos contenido.

No porque fuera brutal, sino porque ya no fingía ser un error. Sus labios se posaron sobre los de ella con una firmeza lenta, profunda, como si la hubiera esperado demasiado tiempo incluso antes de saberlo. Eleanor sintió que el mapa se arrugaba bajo sus dedos cuando se aferró al borde de la mesa. Bear no la atrapó de inmediato; le dio un instante para retroceder, para protestar, para recordar la puerta abierta y la reputación que podía morir en un pasillo.

Eleanor hizo algo mucho peor.

Le devolvió el beso.

La reacción de Bear fue un sonido bajo, casi imperceptible: un gruñido. Una mano se cerró en su cintura. La otra subió a su nuca con una precisión que le robó la fuerza de las rodillas. La besó como bailaba: con control, con intensidad, con una atención devastadora a cada respuesta. No era el beso de un libertino practicado. Era el beso

de un hombre que había decidido aguantarse durante demasiado tiempo y que, al recibir permiso, casi no sabía qué hacer con la gratitud.

Eleanor se acercó más.

No mucho.

Lo suficiente para sentir el calor de su cuerpo, la dureza de su pecho, la tensión con que Bear se obligaba a no levantarla contra la mesa como quizás deseaba. Aquella idea debería haberla escandalizado.

La incendió.

—Eleanor —murmuró él contra su boca.

No fue una advertencia.

Fue necesidad.

Ella abrió los ojos un instante y vio los suyos, grises, oscuros, casi desesperados. Después Bear bajó la boca a su mandíbula, a la piel bajo su oreja, al punto exacto de su cuello que ya parecía pertenecerle a él por memoria. Eleanor contuvo un suspiro y falló. El sonido fue pequeño, pero bastó para que Bear se quedara inmóvil.

—No haga eso —dijo con voz áspera.

—¿Qué?

—Sonar como si...

Se detuvo. Eleanor, que en otras circunstancias habría agradecido su silencio, esta vez quiso saber.

—¿Como si qué?

Bear cerró los ojos un segundo. —Como si estuviera rendida al placer, rendida a mí.

Eleanor debería haber sentido vergüenza.

Pero sintió poder.

No un poder grande, ni seguro, ni prudente. Algo más pequeño y más peligroso. La certeza de que Bear Colligan, duque de Ravenshire, héroe de guerra, hombre capaz de romper puertas y voluntades, estaba sosteniendo su propia ruina entre las manos... y no parecía dispuesto a soltarla.

Eleanor alzó la mano despacio, como si cada centímetro fuera una decisión. Sus dedos encontraron la abertura de la camisa, la piel caliente bajo la tela, y se detuvieron ahí un segundo... antes de

deslizarse, con una lentitud deliberada, como si quisiera comprobar hasta dónde llegaba su dominio.

El efecto fue inmediato.

Bear exhaló bajo, casi un sonido gutural, casi un gruñido animal.

—Quizás sí esté rendida, su excelencia... —murmuró ella, demasiado cerca de su boca—. Rendida al duque.

Los ojos de Bear descendieron a su mano, a ese gesto mínimo que no tenía nada de inocente.

—Está aprendiendo a ser cruel.

Eleanor sostuvo su mirada, sin apartarse. —Tal vez quiero que me enseñe a serlo más.

No hubo respuesta.

Solo el instante en que algo en él cedió.

La atrajo de nuevo, pero esta vez con más brusquedad. Como si la decisión fuera peor que el impulso. Como si supiera exactamente lo que hacía... y aun así no pudiera evitarlo.

Su boca encontró la de ella con una firmeza distinta. Más salvaje.

No fue un beso robado.

Fue uno deseado por ambos.

Eleanor sintió cómo el aire se le escapaba en un suspiro que no llegó a ser sonido cuando él rozó su labio inferior con la lengua, apenas, lo suficiente para que su cuerpo respondiera sin pedir permiso. El calor le subió por el pecho, por el cuello, hasta la raíz del cabello, mientras sus dedos, que aún estaban sobre su piel, se tensaban sin darse cuenta.

Bear la besaba como si estuviera aguantándose algo mucho peor, mucho más indecente e imperdonable.

Y esa contención era lo más peligroso de todo.

Porque no tomaba.

Pero tampoco soltaba.

Cuando se separó, lo hizo despacio, lo justo para que ella sintiera aún su aliento sobre los labios.

—No debería... —empezó él, con la voz más baja de lo que había estado nunca.

Eleanor no lo dejó terminar. —No —susurró.

Pero no se apartó.

Y eso lo dijo todo.

Lady Agatha carraspeó desde el corredor.

Eleanor se apartó tan deprisa que golpeó la mesa con la cadera. Bear dio un paso atrás y tomó un plano al azar con una expresión tan rígidamente inocente que no habría engañado a nadie.

Lady Agatha entró con una caja en los brazos.

—Qué aplicado parece el duque cuando sostiene un mapa al revés —Bear miró el papel. Lo giró. Otra vez—. Debe de ser una cualidad militar.

Eleanor sintió que el rostro le ardía.

Lady Agatha dejó la caja en la mesa y fingió no darse cuenta, lo cual fue bastante más humillante que cualquier comentario directo.

—He encontrado cartas de la madre de Eleanor —dijo—. No la escritura. Pero sí una mención a ella.

La tensión sensual se transformó de golpe en otra clase de nerviosismo.

Lady Agatha sacó una carta doblada, amarillenta, con una letra más suave que la de lord Ashford.

Eleanor la tomó con cuidado. La voz se le quedó atrapada al leer la primera línea.

*Mi querida Agatha, si alguna vez la escritura de Westmere desaparece, recuerda que Henry dejó una copia sellada en manos de...*

La frase continuaba en la página siguiente.

La página siguiente no estaba.

Eleanor levantó la vista lentamente.

—Falta.

Bear tomó la carta con cuidado. —¿Quién la tenía?

—Mi cuñada me la envió poco antes de morir —dijo Lady Agatha —. Yo guardé todo junto. Si falta una página, alguien la retiró.

—Robert —dijo Eleanor.

No fue una pregunta. —O alguien antes que él —dijo Bear—. Pero ahora sabemos algo.

—¿Qué? —preguntó Eleanor, aunque temía la respuesta.

Bear la miró. —Que existe una escritura. Que su madre sabía dónde había una copia sellada. Y que alguien arrancó precisamente el nombre de la persona que la guardaba. Bear lo dijo por todos: —Westmere no pertenece limpiamente a Robert. Si encontramos esa escritura, Eleanor no solo tiene derecho a una renta.

Eleanor sintió que el mundo entero se detenía. —Soy la heredera de Westmere —susurró.

Eleanor sintió que el beso seguía en sus labios, que su corazón aún no había recuperado el ritmo, que Robert había puesto en marcha rumores, que el reverendo ya había venido a reprenderla y que una escritura desaparecida acababa de convertirla en algo más peligroso que una mujer pobre y comprometida.

Una mujer con derecho.

Una mujer que podía arrebatarle a Robert lo que él más deseaba.

Y quizás por eso, mientras el miedo intentaba abrirse paso, Eleanor sintió también una chispa de algo imprudente y brillante.


MARIBELSOLLE
PIEL DE LUNA
SAGA DE LOS DEVONSHIRE 1
MARIBELSOLLE
TIRABUZONES del SOL
Un amor prohibido que podría destrozarlo todo
SAGA DE LOS DEVONSHIRE II
MARIBELSOLLE
OJOS DEL ANOCHECER
Una mujer indomable que podría arruinarlo todo
SAGA DE LOS DEVONSHIRE 3
MARIBELSOLLE
MANTO del FIRMAMENTO
SAGA DE LOS DEVONSHIRE 4
MARIBELSOLLE
ESENCIA DEL Astro
SAGA DE LOS DEVONSHIRE 5

# CAPÍTULO 12

Robert Ashford no organizaba picnics.

Los ejecutaba.

Aquello fue lo primero que pensó Eleanor cuando salió a la terraza de Ashford Manor y contempló el jardín dispuesto con una precisión casi militar: manteles blancos extendidos bajo los tilos, bandejas de porcelana alineadas como si esperaran inspección, criados moviéndose de un lado a otro y mesas pequeñas colocadas a la distancia exacta para permitir conversación sin permitir intimidad. En manos de otra familia, aquel encuentro habría podido parecer una alegre reunión de vecinos; bajo la dirección de Robert, tenía el aire de una operación cuidadosamente planificada para recordarle a todo Bristol que Ashford Manor seguía en pie, que él era su nuevo dueño y que Eleanor, por desgracia, formaba parte del mobiliario que pensaba conservar.

—Esto no es un picnic —murmuró lady Agatha a su lado, ajustándose los guantes con una calma que no presagiaba nada bueno—. Es una ocupación con pastelillos.

Eleanor no respondió, porque habría tenido que sonreír, y no estaba segura de tener fuerzas para sonreír sin hacer algo mucho más imprudente después.

El jardín estaba lleno de invitados. Demasiados. El reverendo Dacre y su esposa habían llegado temprano, sin duda satisfechos de comprobar que su visita de la semana anterior había sido solo el primer acto de una obra moral que ellos mismos no sabían que Robert estaba escribiendo.

Varias familias de los alrededores conversaban junto a las mesas de limonada con esa animación particular de quienes han acudido a un encuentro social convencidos de que podría producirse una desgracia respetable. Había damas de Bristol, caballeros de Londres, propietarios vecinos y un pequeño grupo que Eleanor no conocía

pero que, por la forma en que miraban Ashford Manor, no podían ser sino parientes de Robert.

Él había llevado refuerzos.

Aquello la incomodó más que el número de invitados.

—Su madre —dijo lady Agatha, siguiendo su mirada—. Lady Octavia Ashford. Una mujer que jamás ha tenido una emoción si no ha podido sentarla primero correctamente en una silla.

Eleanor vio a la dama en cuestión, alta, estrecha, vestida de gris perla, con el cabello rubio ya casi blanco recogido bajo un sombrero que parecía más una decisión política que un adorno. A su lado había una joven de aspecto amable y ojos cautelosos, probablemente Charlotte, la hermana de Robert, y un caballero de rostro afilado que observaba el jardín con el disgusto de quien calcula cuánto costaría mantenerlo en perfecto estado.

—¿Y él? —preguntó Eleanor.

—Edward Ashford. Primo de Robert. Tiene el encanto de una factura vencida.

—Tía.

—No me reprendas antes del almuerzo, querida. Es una de las pocas diversiones que me quedan.

Eleanor habría querido responder, pero en ese momento Robert apareció a sus espaldas.

No caminaba deprisa. Robert nunca hacía nada que pudiera parecer una persecución, salvo quizá en los documentos. Se acercó con la compostura intacta, vestido con una elegancia oscura y sobria, y le ofreció una sonrisa que no llegó ni remotamente a sus ojos.

—Señorita Ashford. Lady Agatha. Me alegra verlas en el jardín.

—Qué curioso —respondió lady Agatha—. A mí me habría alegrado saber ayer que medio condado iba a verlo también.

Robert inclinó la cabeza con una cortesía que ya empezaba a irritar a Eleanor más que cualquier grosería.

—Una reunión de vecinos no requiere grandes preparativos.

—No. Solo criados agotados, manteles suficientes para un regimiento y una lista de invitados que nadie tuvo la delicadeza de enseñar a las mujeres que viven aquí.

—Precisamente porque viven aquí —dijo Robert—, confié en que no fuese necesario.

Eleanor lo miró. —No confundamos presencia con consentimiento, sir Robert.

Él sostuvo su mirada durante un segundo. Después sonrió. —No soñaría con hacerlo.

Mentiroso.

Robert le ofreció el brazo.

—Permítame presentarle a mi madre.

Eleanor tuvo que aceptarlo. No por deseo ni por sumisión, sino porque estaban a la vista de demasiadas personas, y había aprendido hacía poco que Robert no necesitaba ganar una discusión para usarla después. Caminó a su lado con la espalda recta y un vestido de muselina verde (el más nuevo que tenía), sintiendo la mirada de lady Agatha entre los omóplatos.

Lady Octavia Ashford la recibió con una inclinación breve. —Señorita Ashford.

No dijo "querida". No fingió afecto. Aquello, al menos, era una forma de honestidad.

—Lady Octavia.

—Robert me ha hablado mucho de usted.

—Qué valiente por su parte —dijo Eleanor.

Charlotte Ashford bajó la mirada para ocultar una sonrisa. Edward, en cambio, no se molestó en fingir nada. Estudió a Eleanor con la misma atención con que Price estudiaba los documentos: buscando valor, debilidad y utilidad.

—Una alianza sensata —dijo Edward al cabo, como si ella no estuviera presente—. Los Ashford han permitido que demasiadas cuestiones permanezcan abiertas durante demasiado tiempo.

—Las cuestiones suelen permanecer abiertas cuando nadie tiene derecho a cerrarlas —respondió Eleanor.

Robert apretó la mano sobre su brazo.

No lo suficiente para hacer daño.

Lo suficiente para advertirla.

Eleanor sintió que la rabia le subía por la garganta con una calma asombrosa.

Antes de que pudiera decir algo que quizás habría dado al picnic el tono que merecía, se oyó el ruido de varios carruajes entrando por el camino principal. Las conversaciones se alteraron de inmediato, como si un cambio en el viento hubiera cruzado el jardín.

Los Colligan habían llegado.

No todos. Eso habría sido casi una invasión. Pero sí los suficientes para que el paisaje pareciera, de pronto, mucho menos obediente a Robert. Tim y Perla caminaban al frente, elegantes, serenos, peligrosamente civilizados. Bear los seguía a poca distancia, vestido de oscuro, con el cabello rebelde pese a cualquier intento de disciplina y una expresión que no prometía nada bueno. Tiger apareció detrás, sonriendo como si hubiera venido al mundo para disfrutar de los desastres ajenos, acompañado por los tíos Jean y Brian Colligan, Ámbar y Rubí, y la tía Esmeralda, que llevaba un sombrero de un azul imposible y una mirada capaz de desmontar cualquier hipocresía a diez pasos.

La alta sociedad se enderezó.

Robert también.

Fue casi imperceptible, pero Eleanor lo notó. Los Colligan lo irritaban porque tenían aquello que él deseaba y despreciaba al mismo tiempo: títulos que el mundo respetaba, dinero que no necesitaba justificarse, escándalos que se convertían en anécdotas familiares y una autoridad tan antigua en su seguridad que ni siquiera tenía que explicarse.

Bear no miró primero a Robert.

La miró a ella.

Eleanor sintió el recuerdo del beso en la sala de mapas como si hubiera ocurrido apenas un minuto antes. Sus labios. Su mano en la nuca. La manera en que él había gruñido. Robert retiró su brazo de forma casi imperceptible, como si de pronto recordara que Eleanor estaba allí colgada.

—Lady Perla —dijo, cuando los Colligan se acercaron—. Lord Colligan. Qué honor recibirlos.

Tim lo observó con una serenidad que habría hecho retroceder a un hombre más inteligente.

—Sir Robert.

Perla sonrió con una suavidad impecable.

—Ashford Manor luce... preparado.

—Me alegra que lo apruebe.

—No he dicho tanto.

Tiger tosió, o quizás ocultó una risa.

Robert fingió no oírlo.

La señora Dacre apareció entonces, como atraída por el aroma de una posible tensión moral, y durante unos minutos todo se convirtió en saludos, inclinaciones, frases correctas y miradas que decían mucho más que las bocas. Eleanor soportó presentaciones, cumplidos y comentarios sobre el tiempo. Bear permaneció al otro lado del grupo, lo bastante lejos para no comprometerla, lo bastante cerca para que ella fuera consciente de cada movimiento suyo.

Aquello era indecente.

No el hecho de que la mirara.

El hecho de que no lo hiciera.

Su autocontrol parecía rozarle la piel más que cualquier caricia.

El almuerzo comenzó con una calma falsa. Los invitados se repartieron por las mesas bajo los tilos. Robert había colocado a Eleanor junto a Lady Octavia, con él al otro lado, como si la rodeara de familia antes de haberla convertido en tal. Lady Agatha quedó frente a ella, junto a Perla, una decisión que Eleanor sospechó que Robert lamentaría antes del postre. Bear estaba en la mesa contigua, demasiado lejos para hablarle y demasiado cerca para ignorarlo. Tiger, por algún capricho del destino o de Lady Perla, había quedado sentado cerca de Lady Cassandra Harcourt, que también había acudido con su madre. Eleanor alcanzó a ver a Cassandra mirar a Tiger.

Robert esperó hasta que los platos principales fueron servidos.

Por supuesto.

Un hombre verdaderamente vulgar habría levantado la copa antes del primer bocado. Robert sabía que los anuncios debían hacerse cuando las personas tenían comida delante, testigos alrededor y pocas posibilidades de escapar con elegancia.

Se puso en pie con la copa en la mano.

El jardín entero se fue apagando poco a poco.

—Queridos amigos —dijo—, les agradezco sinceramente que hayan acudido hoy a Ashford Manor. Esta casa ha vivido tiempos difíciles, pero confío en que pronto vuelva a ocupar el lugar que merece en la vida de nuestra comunidad —Lady Agatha dejó el tenedor sobre el plato con una suavidad mortal. Eleanor sintió que el cuerpo se le tensaba. Robert no la miró. Aquello fue lo que la asustó —. Y puesto que muchos de ustedes nos han honrado con su amistad y preocupación durante las últimas semanas, considero justo compartir una noticia que dará estabilidad, alegría y continuidad a esta casa.

No.

Eleanor lo supo antes de que lo dijera.

Lo supo por la manera en que Perla dejó de sonreír. Por la forma en que Bear se quedó absolutamente inmóvil. Por cómo Lady Octavia bajó la mirada con una satisfacción apenas visible.

—Mi compromiso con la señorita Eleanor Ashford —continuó Robert— será formalizado de manera definitiva el próximo mes.

El mundo no se detuvo.

Aquello fue lo más humillante.

Las hojas siguieron moviéndose. Los cubiertos siguieron brillando. Algunas damas sonrieron con alivio, como si Robert hubiera cerrado una puerta que llevaba demasiado tiempo abierta. La señora Dacre juntó las manos con visible emoción. Edward Ashford pareció satisfecho. Charlotte bajó la mirada.

Eleanor se puso en pie.

No de forma brusca. No como quien desafía, sino como quien reclama, con suavidad, el derecho a existir dentro de una conversación que alguien más ha decidido por ella.

—Sir Robert...

Su voz no tembló.

Eso fue lo primero que notaron todos.

El murmullo que había comenzado a crecer se contuvo, lo suficiente para escucharla.

Robert se volvió hacia ella despacio, con esa sonrisa que no era exactamente una sonrisa, sino una advertencia envuelta en cortesía.

—¿Sí, señorita Ashford?

Eleanor sostuvo su mirada.

No lo contradijo.

No lo desmintió.

Eso habría sido vulgar, impropio y completamente fuera de lugar.

—Me temo —dijo con una calma exquisita— que ha sido usted demasiado generoso al anticiparse a ciertos... acuerdos.

El silencio cayó con más peso que cualquier negativa directa.

Algunas damas intercambiaron miradas.

La señora Dacre bajó la vista hacia su taza.

Lady Octavia no se movió.

Robert no sonrió esta vez.

—Estoy seguro de que no hay malentendido alguno —respondió él con suavidad—. Solo una cuestión de tiempos.

—Precisamente —replicó Eleanor, con una leve inclinación de cabeza—. Y los tiempos, como bien sabe, requieren... consentimiento.

La palabra fue delicada. Pero no inocente.

Bear hizo el amago de levantarse y darle un puñetazo a Sir Robert.

Tim apoyó una mano sobre su brazo.

No.

La orden fue silenciosa.

Bear se quedó en su silla.

Lady Agatha se incorporó entonces, con la lentitud de quien sabe exactamente lo que está haciendo.

—Mi sobrina —dijo con una serenidad impecable— siempre ha sido muy cuidadosa con las palabras. Y aún más con las decisiones que afectan a su futuro.

Robert sostuvo la situación durante unos segundos que parecieron demasiado largos incluso para él. —Por supuesto —dijo al fin—. No era mi intención incomodar a nadie.

Algunos invitados fingieron no oírlo.

Otros no pudieron evitarlo.

Eleanor volvió a sentarse.

Pero al bajar la mirada hacia su plato, sintió algo nuevo, algo firme bajo el miedo y la rabia.

No había dicho "no".

Y, sin embargo, lo había dejado claro.

Entonces Lady Octavia Ashford se llevó una mano al pecho.

—Robert...

La palabra fue débil.

Demasiado débil.

Después se desplomó.

El caos estalló con la precisión de una bomba educada.

Charlotte se levantó de golpe. Edward derramó vino. La señora Dacre exclamó algo sobre las sales. El reverendo pidió calma mientras parecía necesitarla más que nadie. Robert se arrodilló junto a su madre con una expresión que por primera vez pareció auténticamente alarmada, aunque Eleanor no pudo evitar preguntarse, con una frialdad que la horrorizó, si incluso aquello podía formar parte de alguna estrategia.

—Está pálida —dijo Charlotte—. Madre, por favor...

—Hay que llevarla dentro —ordenó Robert.

—No —intervino lady Perla, acercándose con rapidez—. No la muevan todavía. Aflojen la cinta del cuello. Denle aire.

—Necesitamos un médico —dijo Edward.

—El doctor Reeves está fuera del pueblo —dijo alguien—. Fue llamado esta mañana.

—Mi madre, lady Georgiana —dijo Esmeralda de pronto—. Está en la casa parroquial, atendiendo a la hija del vicario.

El reverendo Dacre pareció recordar demasiado tarde que su familia había ocupado al único médico cualificado de los alrededores.

Robert levantó la cabeza. —Traigan el carruaje.

—Yo iré —dijo Lady Agatha.

Eleanor la miró.

—Tía.

—Conozco a Georgiana y podré explicarle mejor que este circo de pánico qué ha ocurrido. Además, si dejo a Robert solo en un carruaje con sus pensamientos, puede que llegue al pueblo convertido en mártir.

—Voy yo también —dijo Robert.

Naturalmente.

No podía no hacerlo. Era su madre, su casa, su escena.

Perla ya había colocado a Lady Octavia de lado, dando instrucciones a dos criadas con una calma que no admitía réplica. Charlotte permanecía junto a su madre, blanca como el mantel.

—Señorita Ashford —dijo Perla sin levantar la vista—, necesito sales, paños limpios y brandy. Creo recordar que hay una despensa medicinal en el ala oeste.

Eleanor tardó un segundo en comprender que le hablaba a ella. —Sí. Sí, en el gabinete de mi padre.

Bear apareció a su lado. —La acompaño.

—No hace falta —dijo Robert, ya de pie.

Todos lo miraron.

Incluso su madre desmayada, de haber podido, quizás lo habría hecho.

Perla habló con una dulzura exquisita.

—Hace falta alguien alto para alcanzar el armario superior, sir Robert. Y usted debe ir a buscar a la doctora.

La palabra doctora, en boca de Perla, sonó como una bofetada a toda la estructura social que Robert pretendía controlar.

Bear no esperó más.

—Vamos.

Eleanor lo siguió.

No corrieron. Aquello habría resultado vulgar. Pero cruzaron la terraza, entraron por la puerta lateral y dejaron atrás el jardín, las voces y el caos con una rapidez que Eleanor sintió en los pulmones. El pasillo del ala oeste estaba fresco y medio en sombras. Al entrar en la casa, el ruido del picnic quedó amortiguado, como si el público hubiese cerrado una puerta y dejara al descubierto otro mucho más peligroso.

—Por aquí —dijo Eleanor.

Bear la siguió hasta el gabinete de su padre. Allí, en un armario alto, estaban las sales, el brandy medicinal, paños y frascos que nadie había ordenado desde hacía años. Eleanor abrió la puerta del mueble, pero las sales estaban en la balda superior.

Bear se colocó detrás de ella y alzó una mano.

No la tocó.

Aun así, Eleanor sintió su cuerpo a su espalda como si la hubiera rodeado con ambos brazos.

Él alcanzó el frasco sin esfuerzo.

—Aquí.

Eleanor lo tomó. Sus dedos se rozaron.

Fue apenas nada.

Y fue demasiado. Durante un instante ninguno se movió.

—Deberíamos volver —dijo ella.

—Sí.

—Su madre nos ha enviado por las sales.

—Mi madre sabe hacer muchas cosas a la vez.

Eleanor cerró los ojos. —No.

Bear bajó la voz. —Diga no como si lo deseara.

La frase le atravesó el cuerpo con violencia. Eleanor se giró, quedando atrapada entre el armario y él, aunque Bear todavía no la tocaba. El frasco de sales estaba entre ambos, absurdamente pequeño, absurdamente respetable.

—Usted no juega limpio —susurró ella.

—No sé jugar a eso.

Aquello acabó con la poca prudencia que le quedaba.

Eleanor dejó el frasco sobre la mesa más cercana y alzó la mano hasta el pecho de Bear. No para empujarlo. No para apartarlo. Solo para sentir, durante un segundo, la firmeza cálida bajo la camisa oscura, la respiración contenida, la vida brutal de un hombre que intentaba no arruinarla y la estaba arruinando de maneras que nadie vería.

Bear cerró los ojos.

—Eleanor.

—Robert acaba de anunciar mi boda delante de medio Bristol —dijo ella—. Lady Octavia se ha desmayado. Mi tía ha salido a buscar a una médica con mi prometido. Las malas lenguas ya deben de estar afilando cuchillos. Dígame, excelencia, ¿qué parte de todo esto invita a la prudencia?

Bear abrió los ojos. —Ninguna.

—Entonces deje de comportarse como si la prudencia fuera a salvarnos ahora.

Él la tomó por la cintura. La levantó y la sentó sobre el borde de la mesa con una facilidad que le robó el aliento. Eleanor soltó un pequeño sonido, más de sorpresa que de protesta, y Bear la besó.

No como bajo el roble, con aquella profundidad casi solemne. No como en la sala de mapas, donde aún quedaba un filo de contención. Esta vez el beso tuvo hambre. No torpeza, no rudeza, sino hambre contenida demasiado tiempo. Sus manos permanecieron en su cintura al principio, firmes, como si se obligara a no ir más allá de lo que ella pudiera detener. Pero Eleanor no quería detenerlo. No entonces. No allí, mientras el eco de la voz de Robert todavía parecía vibrar en el jardín, anunciando su vida como si le perteneciera.

Le devolvió el beso con una audacia que no sabía que poseía.

Bear emitió un gruñido, roto contra su boca, y la apretó más contra él. La falda de Eleanor se desordenó alrededor de sus piernas, una indecencia de seda y muselina que habría escandalizado a cualquier doncella, y quizás por eso mismo la hizo sentirse más viva que nunca. Él se colocó entre sus rodillas, sin forzar, sin invadir más de lo que ella permitía, pero la cercanía fue suficiente para que el calor le subiera al rostro y le bajara por el cuerpo con una claridad imposible de confundir.

—No debería —murmuró él contra sus labios.

—Ya lo sé.

—No aquí.

—También lo sé.

Bear la miró como si aquella frase hubiera terminado de destruir la parte civilizada de él.

Su boca descendió a su cuello.

Eleanor inclinó la cabeza sin pensarlo, ofreciéndole más piel, más locura, más de lo que una dama prometida debía conceder a un hombre que no era su prometido. Bear besó el punto bajo su oído, luego la línea tensa de su garganta, y esta vez no se detuvo allí. Su boca bajó hasta la curva donde el vestido comenzaba, hasta el borde

mismo de lo permitido, y Eleanor se aferró a sus hombros porque el mundo, sencillamente, había dejado de sostenerla.

Sus manos no fueron bruscas. Aquello habría sido más fácil de rechazar. Fueron cuidadosas, y por eso la vencieron. Una mano subió por su espalda, atrapándola contra él; la otra se cerró sobre su cintura, no para poseerla, sino para impedir que ambos fingieran distancia. Eleanor notó la tensión de sus dedos, la lucha en el modo en que la sostenía, y comprendió con una mezcla de poder y vértigo que Bear no estaba intentando seducirla.

Estaba intentando no perderse.

Él la besó otra vez, más lento ahora, más profundo, como si quisiera saborear cada fibra de su ser. Eleanor sintió sus propias manos bajar hasta su pecho, deslizarse bajo la abertura de la camisa, encontrar piel caliente, músculo duro, una cicatriz fina que no esperaba. Bear se tensó al contacto.

Ella se apartó.

—¿Le duele?

—No.

—Ha mentido fatal.

—Es vieja.

—¿África?

Bear no respondió.

No hacía falta.

Eleanor rozó la cicatriz con los dedos, esta vez con una delicadeza que no tenía nada de provocación. La mirada de Bear cambió. Algo se abrió allí, una oscuridad antigua, un dolor que no pertenecía a Robert, ni a Westmere, ni a ningún salón inglés. Por primera vez desde que lo deseaba, Eleanor recordó también que aquel hombre había sobrevivido a cosas que no le había contado.

La pasión no desapareció.

Se volvió más honda.

—Bear —susurró.

Él apoyó la frente contra la suya. —No me mires así.

—¿Cómo?

—Como si quisieras saberlo todo.

—Quizás quiero.

—No hoy.

La negativa no fue fría. Fue miedo. Eleanor lo entendió.

Y, de un modo extraño, aquello la hizo acercarse más.

—Entonces no hoy.

Él cerró los ojos un instante, como si le hubiera dado algo que no sabía pedir.

En el jardín, a lo lejos, alguien gritó su nombre.

No el de Eleanor.

El de Bear.

El mundo regresó con una violencia cruel.

Ambos se quedaron inmóviles.

Luego otra voz, más cercana:

—¡Excelencia! ¡Las sales!

Eleanor miró el frasco sobre la mesa.

Después miró a Bear.

Y, contra toda decencia, empezó a reír.

No con fuerza. No con alegría sencilla. Se rio de la imposibilidad absurda de todo: de Lady Octavia desmayada, de Robert buscando a una doctora con la tía Agatha, de las sales olvidadas, de ella sentada sobre una mesa con las faldas desordenadas y el duque de Ravenshire entre sus rodillas, respirando como si acabara de sobrevivir a otra guerra.

Bear la miró.

Al principio con asombro.

Después con una expresión que casi la deshizo.

—No se ría —dijo.

—No puedo evitarlo.

—Es una situación seria.

—Gravísima. Hemos olvidado las sales.

Bear soltó una risa baja, breve, casi incrédula. Y aquella risa terminó de hacer algo terrible en el corazón de Eleanor.

Porque no era solo deseo.

Nunca lo había sido.

Él tomó el frasco, lo puso en su mano y la ayudó a bajar de la mesa. Sus dedos permanecieron en su cintura un segundo más de lo necesario. Después la soltó.

Ambos se recompusieron con una prisa imperfecta. Eleanor se alisó la falda, se ajustó el cuello del vestido y rogó a todos los santos que su rostro no contara la historia que su cuerpo todavía estaba recordando. Bear se pasó una mano por el cabello, lo cual solo consiguió empeorar el problema, y cerró la camisa con dedos menos firmes de lo habitual.

—¿Estoy...? —empezó Eleanor.

—Hermosa —dijo él.

Ella lo miró con desesperación.

—Iba a decir presentable.

—Ah. Eso también.

—Es usted inútil.

—En este momento, sí.

El criado volvió a llamar desde el pasillo.

—¿Excelencia?

Bear abrió la puerta lo justo para entregarle las sales.

—Llévelas a Lady Perla. Ahora.

—Sí, excelencia.

El criado salió corriendo.

Eleanor lo miró.

—¿No deberíamos ir también?

—En un momento.

—Bear.

Él la miró con una seriedad repentina.

—Antes necesito decirte algo.

El tuteo volvió a estremecerla. —No.

—Sí.

—Si es otra disculpa, no la quiero.

—No lo es.

Él dio un paso hacia ella, no lo bastante para tocarla.

—Robert acaba de hacer público lo que cree que le pertenece. Delante de todos. Si tú lo niegas ahora, habrá ruido. Si lo niegas mañana, habrá más. Si lo niegas dentro de una semana, intentará hacerte parecer voluble, ingrata o influida por mí.

—¿Y no lo estoy?

Bear no sonrió. —No voy a pedirte nada mientras estés comprometida —continuó él—. No matrimonio. No promesas. No nada que pueda convertirse en otra cadena. Pero tampoco voy a fingir que puedo apartarme y mirar cómo se apodera de usted.

—¿Qué propone?

—Que lo obliguemos a cometer un error.

Eleanor respiró despacio.

—¿Cómo?

—Robert ha puesto al pueblo a mirar. Bien —dijo Bear, con esa calma suya que siempre parecía preceder a algo peligroso—. Entonces dejemos que mire... pero en nuestros términos.

Eleanor frunció el ceño. —¿Y eso qué significa exactamente?

—Que no vas a esconderte —respondió él—. Ni conmigo, ni de él, ni de nadie —Ella lo observó en silencio. Bear continuó, más despacio: —Robert necesita que parezcas imprudente. Necesita que la gente piense que estás actuando movida por emoción, por capricho... o por mí —La pausa no fue casual—. Si te quedas en casa, si evitas aparecer, si todo ocurre en susurros... gana él.

Eleanor cruzó los brazos, pensativa. —¿Y si no?

—Entonces lo obligas a jugar en público —dijo Bear—. Y en público, él no puede mentir con la misma facilidad —Se inclinó ligeramente hacia ella—. Que el pueblo te vea con Lady Agatha. Con mi madre. Si hace falta, con mi abuela Georgiana. Que te vea revisando papeles, preguntando, reclamando —Sus ojos se clavaron en los de ella—. No como una mujer en problemas... sino como una mujer con derecho.

Eleanor sintió algo moverse dentro de su pecho.

—¿Y usted?

Bear no dudó.

—Yo estaré —dijo—. Pero no como la razón de tu escándalo... sino como un testigo de que no hay ninguno.

Eso... ahora sí... se entendía.

Y era peligroso.

La obligaba a exponerse... para ganar.

Eleanor lo estudió. —Eso suena estratégico, Su Excelencia.

—No se lo digas a mi padre. Podría emocionarse.

Ella sonrió. Después el ruido del jardín volvió a entrar por la ventana abierta: voces, pasos apresurados, el eco de un carruaje regresando quizás con Georgiana.

La pausa había terminado.

Eleanor recogió su compostura como pudo.

—Volvamos.

Bear abrió la puerta.

Regresaron al jardín separados por una distancia decorosa y con un secreto ardiendo entre ambos.

Lady Octavia ya había recuperado el conocimiento cuando llegaron. Estaba recostada en una chaise longue llevada apresuradamente al exterior, con Charlotte a su lado y Perla dando instrucciones como si el picnic entero hubiera sido organizado para que ella pudiera demostrar que la calma era una forma superior de tiranía. Un carruaje entraba por el camino principal. Lady Agatha bajó primero, seguida por Georgiana Peyton, que descendió con una bata de viaje oscura, un maletín médico en la mano y una expresión que hizo callar a tres caballeros a la vez.

—Aparten —dijo Georgiana.

Y el mundo obedeció. Robert bajó del carruaje detrás de ellas. Su rostro seguía compuesto, pero sus ojos buscaron a Eleanor de inmediato.

Luego buscaron a Bear.

Y, por un instante, Eleanor vio que Robert comprendía algo.

No qué había ocurrido.

No exactamente.

Pero sí que algo había cambiado.

Ella alzó la barbilla.

No por desafío teatral.

Por equilibrio.

Robert la había anunciado como suya delante de todos.

Él aún no sabía que acababa de cometer el error de convertirla en espectáculo.

Porque ahora todos mirarían.

Y Eleanor, por primera vez en mucho tiempo, no pensaba agachar la cabeza.

# CAPÍTULO 13

Bristol no hablaba de escándalos.

Los masticaba.

Eleanor lo comprendió a la mañana siguiente, cuando llegó a la explanada de la parroquia de San Luke acompañada por lady Agatha, lady Perla Colligan y lady Georgiana Peyton.

No era una procesión, aunque se le parecía bastante.

Lady Agatha avanzaba con el bastón y la dignidad de una reina exiliada; Perla, con un vestido gris perla y un sombrero discreto, parecía demasiado serena para no estar tramando algo; y Georgiana, que había atendido a lady Octavia Ashford la tarde anterior con una eficiencia capaz de humillar a todo el género masculino, llevaba una expresión que invitaba a apartarse incluso a los hombres con opiniones muy firmes sobre el lugar de las mujeres.

No eran las únicas en llegar.

Al otro lado de la explanada, como si hubieran decidido ocupar el terreno antes de que nadie más pudiera reclamarlo, ya estaban los Ashford.

Robert permanecía junto a su madre, lady Octavia, que, pese al desmayo del día anterior, se mantenía erguida con una palidez perfectamente administrada y un gesto contenido que rozaba lo heroico. A su lado, Charlotte observaba el movimiento con discreción, mientras Edward hablaba con dos caballeros del pueblo con una seguridad que no nacía de la simpatía, sino de la costumbre de ser escuchado.

No había nada improvisado en su presencia.

Ni en la forma en que ocupaban el espacio.

Ni en la manera en que varias damas ya se habían colocado a su alrededor, como si la cercanía a los Ashford ofreciera una clase particular de protección social.

Eleanor sintió las miradas antes de detenerse del todo.

No eran abiertas.

Eso habría sido demasiado vulgar.

Eran laterales, medidas, lo bastante breves como para negarlas después, pero lo bastante repetidas como para construir una idea.

La idea de ella.

La joven sin fortuna.

La prometida problemática.

La mujer que había osado no asentir cuando debía.

La que había sido vista con el duque de Ravenshire.

La que, según comenzaba a insinuarse, quizás no sabía cuál era su lugar.

Una dama, pensó Eleanor con una lucidez fría, podía perder muchas cosas antes de perder el respeto.

Pero, una vez perdido, rara vez volvía intacto.

—Ya han empezado —murmuró lady Agatha, sin necesidad de mirar a nadie en concreto.

—No han parado —corrigió Perla con suavidad.

—Entonces no les demos descanso —contestó la abuela Georgiana.

Eleanor alzó la barbilla.

Y avanzó.

No hacia Robert.

No hacia las damas que fingían no observarla.

Sino hacia el centro de la explanada.

Donde todos podían verla.

Aquello, según Bear, era el plan.

Robert había puesto al pueblo a mirar. Bien. Entonces mirarían. Pero no verían a una joven avergonzada, ni a una prometida huidiza, ni a una mujer susurrando secretos detrás de puertas cerradas con un duque demasiado grande y demasiado inconveniente. Verían a Eleanor Ashford acompañada por su tía, por una dama de impecable posición y por una médica de apellido Peyton. Verían que no se ocultaba. Verían, si tenían ojos suficientes, que una mujer podía tener problemas sin convertirse por ello en propiedad pública.

Por supuesto, Eleanor no estaba convencida de que Bristol tuviera tantos ojos justos.

Pero sí tenía muchos.

Y todos parecían estar usándolos.

La venta benéfica de San Luke se celebraba cada primavera para recaudar fondos destinados a los niños pobres de la parroquia. Bajo otros acontecimientos habría sido una mañana agradable: puestos con dulces, libros usados, encajes donados por damas que fingían desprendimiento mientras vigilaban que todo el mundo supiera quién había dado qué, una tómbola, una mesa de limonada y una pequeña competición de tiro con arco organizada, al parecer, por personas que no temían poner objetos puntiagudos en manos de jóvenes caballeros ansiosos por impresionar.

Aquel año, sin embargo, la venta tenía un atractivo superior a cualquier pastel de grosellas.

Eleanor Ashford había desafiado —con delicadeza, por supuesto — el anuncio público de su propio compromiso.

Lady Octavia se había desmayado en el picnic de su hijo.

El duque de Ravenshire había sido visto saliendo del ala oeste de Ashford Manor con la señorita Ashford justo después de que llegaran las sales.

Y, como si aquello fuera poco, los Colligan habían decidido aparecer esa mañana en grupo.

—Sonría —dijo Perla en voz baja, sin mover los labios.

Eleanor obedeció con la misma naturalidad con la que una mujer obedece cuando sabe que la alternativa puede ser peor.

—¿Así?

—Menos como si estuviera esperando una ejecución.

—No sabía que hubiera grados.

—Siempre los hay.

Georgiana se inclinó hacia ellas.

—Yo recomendaría una sonrisa leve, pero no complaciente. La complacencia provoca en los tontos una confianza peligrosa.

Lady Agatha soltó un murmullo satisfecho. —Me alegra haber venido con mujeres prácticas.

—No somos prácticas —repuso Georgiana—. Somos experimentadas. Es menos aburrido.

Eleanor casi sonrió de verdad.

Casi.

Entonces oyó el primer susurro.

—...los Ashford y los Colligan juntos otra vez...

—No empezó por Westmere, ya lo decía mi madre...

—Fue por la española, ¿no? La abuela de esos muchachos...

Eleanor mantuvo la cabeza alta, aunque la frase le atravesó la atención.

La española.

Alba.

Había oído el nombre antes. La abuela de Bear. La mujer de sangre española que había dado a los hijos de Tim Colligan aquella tez más cálida, el cabello oscuro y cierta intensidad que la sociedad inglesa, incapaz de reconocer atractivo sin reprocharlo, había decidido llamar exotismo cuando le convenía y defecto cuando no.

—¿Qué ocurrió con la abuela Alba? —preguntó Eleanor, sin dejar de mirar hacia el puesto de flores.

Perla tardó un instante en responder. —Demasiadas cosas.

—Esa no es una respuesta.

—Es una advertencia de que quizás no le guste la respuesta.

Lady Agatha resopló.

—Los Ashford no se comportaron bien.

Perla la miró. —Qué delicado por su parte.

—Estoy envejeciendo. La delicadeza se me escapa cuando la verdad empuja.

Perla observó el movimiento de los invitados alrededor, como si midiera cuántos podían oírla. Después habló con calma.

—Antes de Westmere, antes de los papeles, antes de que todos fingieran que la tierra era la única ofensa, hubo un baile en Bristol. Alba Colligan acababa de casarse con Rhett, el segundo hijo del marqués. Era rica, educada, hermosa y extranjera, que en Inglaterra suele ser una combinación aceptable solo si se la admira desde lejos. Lady Margaret Ashford, tía abuela de Robert, se negó a recibirla en su mesa.

Eleanor sintió que algo se le hundía en el estómago.

—¿Por ser española?

—Por ser española, hija de banquero y no haber pedido permiso al mundo para existir —dijo Perla—. Luego alguien habló de sangre comprada, de acentos, de una fortuna que olía demasiado a comercio. Hubo insultos. Un Colligan golpeó a un Ashford en plena terraza. Un Ashford acusó a los Colligan de usar dinero extranjero para comprar respeto. Después vino la deuda de Westmere, la venta, la sospecha de venganza... y cada generación añadió otra capa de estupidez bien vestida.

Lady Agatha bajó la voz. —Tu abuelo siempre dijo que la compra fue legal, pero no limpia. También decía que los Colligan lo habían hecho para castigar a los Ashford.

—¿Y fue así? —preguntó Eleanor.

Perla no fingió. —No lo sé. Pero en las familias aristocráticas hay pocas cosas más peligrosas que una vieja humillación.

Eleanor miró hacia el otro lado de la explanada.

Bear estaba allí.

No cerca.

No escondido.

Visible, como había prometido.

Hablaba con el reverendo Dacre junto a la mesa de libros usados. No parecía cómodo. Bear raramente parecía cómodo cuando no podía usar las manos para algo útil. Pero estaba allí, con Tim a cierta distancia y Tiger algo más allá, fingiendo interés por la competición de tiro con arco. Los Colligan no se escondían. Tampoco la rodeaban. Aquello era, en cierto modo, lo más desconcertante de su estrategia: la defendían sin asfixiarla.

El reverendo, al verla mirar, palideció ligeramente.

Bear siguió la dirección de sus ojos.

Y entonces la miró.

No sonrió.

No hizo gesto alguno.

Solo la miró como si, incluso a veinte pasos y rodeado de medio Bristol, pudiera tocarla si ella se lo pedía.

Eleanor apartó la mirada antes de que su rostro contara demasiadas cosas.

Demasiado tarde.

La señora Dacre la había visto.

Por supuesto.

Las mujeres dedicadas a proteger reputaciones ajenas tenían un instinto extraordinario para detectar cuándo una reputación había empezado a disfrutar de su peligro.

—Señorita Ashford —dijo la señora Dacre, acercándose con una sonrisa prudente—. Qué grato verla esta mañana.

—Señora Dacre.

—Temí que, después de las emociones de ayer, prefiriera descansar.

—Una dama puede descansar cuando la sociedad deje de hablar de ella —respondió lady Agatha—. Como eso no parece inminente, hemos venido a darle mejor material.

Perla bajó la mirada, quizás para ocultar una sonrisa.

La señora Dacre no supo si ofenderse.

Eleanor sí sonrió esta vez, pero no con dulzura.

—Estoy perfectamente, gracias.

—Me alegra oírlo. Sir Robert ha demostrado tanta preocupación...

—Sir Robert demuestra muchas cosas —dijo la abuela Georgiana, madre de lady Perla, Condesa viuda de Norfolk, ajustándose los guantes—. Algunas requieren tratamiento.

La señora Dacre parpadeó.

Antes de que pudiera decidir si aquello era una broma, un insulto o un diagnóstico, un grupo de niños empezó a correr cerca del puesto de tiro con arco. Uno de ellos chocó contra la mesa donde estaban las flechas de práctica. La mayoría cayó al suelo sin peligro. Una, sin embargo, rodó hacia las patas de un caballo atado junto al camino.

El animal se encabritó.

El ruido fue inmediato.

Una mujer gritó. Un mozo intentó agarrar las riendas, resbaló sobre la hierba húmeda y cayó. El caballo tiró hacia atrás, arrastrando un pequeño carruaje ligero que alguien había dejado mal sujeto. La rueda golpeó una de las mesas laterales, derribando

vasos, platos y un jarrón con flores. La multitud se abrió con una rapidez desordenada.

Y una niña quedó en medio del camino.

Eleanor la vio antes de pensar.

Quizás porque todos los demás miraban al caballo.

Quizás porque la niña estaba inmóvil, paralizada, con una cinta roja en el cabello y las manos apretadas contra el vestido.

Eleanor se movió.

No con elegancia. No con sensatez.

Corrió.

Alguien gritó su nombre. Tal vez lady Agatha. Tal vez lady Perla. Tal vez Bear.

No importó.

Alcanzó a la niña justo cuando el caballo tiraba del carruaje hacia ellas. La empujó hacia un lado con toda la fuerza que pudo, sintió una punzada en la cadera al golpear contra el borde de una mesa y luego un brazo firme la rodeó por la cintura y la levantó casi del suelo.

Bear.

Lo supo antes de verlo.

Por el olor. Por el calor. Por la violencia de su cuerpo al girar con ella y apartarla del camino del carruaje.

La rueda pasó a menos de un palmo de su falda.

Luego alguien —Tiger, probablemente— logró alcanzar las riendas desde el otro lado y, con una mezcla de agilidad y descaro, se colgó del arnés lo justo para desviar al caballo hacia un seto. Los viejos tíos Jean y Brian acudieron de inmediato. Tim Colligan gritó una orden. El animal resopló, patinó sobre la hierba y se detuvo por fin entre ramas rotas y un silencio escandalizado.

Eleanor tenía el rostro contra el pecho de Bear.

Su brazo seguía en torno a su cintura.

Demasiado alto para ser indecente.

Demasiado firme para ser indiferente.

Durante un segundo, nadie habló.

Después el mundo volvió.

—¡La niña!

—¡Mary! ¡Mary!

—¡El caballo!

—¡Por Dios!

Bear bajó la mirada hacia Eleanor.

—¿Está herida?

—No.

—Miente.

—Un poco.

—¿Dónde?

—No es el momento.

—Es exactamente el momento.

Eleanor intentó apartarse, pero al apoyar el pie sintió un dolor agudo que le subió por el tobillo. No pudo evitar el gesto.

Bear lo vio.

Naturalmente.

—No camine.

—Hay cincuenta personas mirando.

—Entonces darán fe de que no camina.

La levantó en brazos.

Sin pedir permiso.

Eleanor ahogó una exclamación que habría resultado muy poco digna. A su alrededor, los murmullos cambiaron de naturaleza. No había escándalo aún. No exactamente. Una dama podía ser levantada si acababa de evitar que una niña fuera atropellada por un carruaje desbocado. Pero una cosa era permitirlo y otra sentir el cuerpo de Bear bajo las manos, el brazo de él bajo sus rodillas, la facilidad con que la sostenía como si pesara menos que un chal.

—Bájeme —susurró ella.

—No.

—Bear.

—No discuta cuando acaba de salvar a una niña.

—No use actos heroicos contra mí.

—Estoy improvisando.

Perla apareció frente a ellos. No parecía alterada, lo que en una situación así bordeaba lo sobrenatural.

—En la sacristía —dijo—. Georgiana revisará a la niña y luego a Eleanor. Hasta entonces, que no apoye el pie.

—Puedo caminar —dijo Eleanor.

Bear la miró. —No.

Georgiana, arrodillada junto a la niña, alzó la voz sin mirar.

—Haga caso al duque, señorita Ashford. Los hombres son insoportables cuando tienen razón, pero más insoportables aun cuando se les obliga a repetirla.

Eso cerró la discusión.

Bear la llevó hacia la pequeña sacristía anexa a la iglesia, a la vista de todos y, al mismo tiempo, lejos del centro del caos. Esa era la condenada brillantez de su plan. No se escondían. No huían. Todo ocurría en público, bajo necesidad, con testigos, con Georgiana y Perla organizando el desastre. Robert no podría convertir aquello en una escena ilícita sin parecer un monstruo.

Pero Eleanor, en brazos de Bear, con la mejilla demasiado cerca de su garganta, no pudo evitar pensar que algunas cosas podían ser lícitas por fuera e incendiarias por dentro.

La sacristía estaba fresca, oscura, con olor a cera, madera vieja y flores marchitas. Bear la sentó sobre una mesa baja cubierta con un paño blanco. No lo hizo con torpeza. Tampoco con suavidad excesiva. La dejó allí como un hombre que se obligaba a recordar que tenía entre las manos a una dama, no a una necesidad.

—Enséñeme el tobillo.

—No.

—Eleanor.

—Va a entrar su abuela.

—Mi abuela está ocupada con una niña que, a diferencia de usted, no discute mientras está pálida.

—No estoy pálida.

—Está furiosa. Eso le sienta mejor.

Ella lo miró con indignación. Él, maldito fuera, sonrió.

Y aquello fue suficiente para arruinarla.

Bear se arrodilló frente a ella.

—No —dijo Eleanor, demasiado deprisa.

Él levantó la vista. La posición era imposible. Él, de rodillas. Ella, sentada sobre la mesa, con la falda recogida por accidente en torno a los tobillos y el corazón comportándose con una falta de decoro alarmante.

—Solo voy a mirar el tobillo.

—Eso no mejora la situación.

—Para mí tampoco.

La sinceridad le robó cualquier respuesta.

Bear tomó el borde de su falda.

Se detuvo.

—¿Puedo?

Una sola palabra. Peligrosa precisamente porque la devolvía a sí misma.

Eleanor tragó saliva.

—Sí.

Él levantó la tela lo justo para descubrir la bota y el tobillo. Lo justo. Nada más. Y, aun así, Eleanor sintió el gesto como si la hubiese desnudado con la mirada. Bear desabrochó la bota con una concentración que habría resultado casi clínica si sus dedos no fueran tan grandes, tan cálidos, tan cuidadosos. Al quitársela, el aire frío rozó la media. Luego su mano se cerró en torno a su tobillo.

Eleanor dejó de respirar.

—¿Duele?

—No.

Bear presionó un poco. Ella hizo una mueca. —Mentira.

—Un poco.

Su pulgar rodeó el hueso con cuidado, buscando hinchazón. La caricia no debía ser una caricia. No lo era. Y, sin embargo, cada roce le subía por la pierna con una lentitud vergonzosa.

—No está roto —dijo él.

—Qué alivio. ¿Puedo recuperar mi dignidad?

—No la ha perdido.

—Estoy sin una bota, sobre una mesa de sacristía, con un duque arrodillado entre mis faldas.

Bear cerró los ojos un instante. —No lo diga así.

Eleanor sintió calor en el rostro. —¿Así cómo?

—Como si no supiera exactamente lo que me hace.

El silencio se volvió peligroso.

Muy lejos, la voz de Georgiana daba instrucciones. Más cerca, alguien caminaba por el exterior. Pero allí dentro, en la penumbra de la sacristía, el mundo pareció reducirse a la mano de Bear en su tobillo y al modo en que ninguno de los dos se atrevía a moverse.

—Bear —susurró.

Él bajó la boca.

No a sus labios.

A su tobillo.

El beso fue leve, una presión sobre la media, justo encima del hueso que había estado palpando. No debería haber significado nada. Era una locura que significara algo. Pero Eleanor sintió que el aire se le rompía en el pecho.

—Eso no ayuda —dijo.

—Lo sé.

Otro beso.

Un poco más arriba.

Todavía sobre la media. Todavía dentro de una decencia tan frágil que resultaba casi ofensiva llamarla así.

Eleanor apoyó una mano en la mesa.

—Si entra alguien...

—Diré que estoy comprobando si conserva sensibilidad.

—Es una explicación pésima.

—Estoy perdiendo facultades.

Su boca subió otro poco, hasta el inicio de la pantorrilla, donde la media se tensaba bajo sus muslos. Eleanor sintió que algo bajo, caliente y desconocido le recorría el vientre. No era inocencia. Ya no podía llamarlo así. Era deseo, puro y adulto, y le pertenecía.

Bear levantó la vista.

Sus ojos grises estaban oscuros.

—Dime que pare.

El tuteo le golpeó con más fuerza que el beso. —Para, Bear.

La respuesta salió antes de que pudiera domesticarla.

Bear se quedó inmóvil.

Luego apoyó la frente un instante contra su rodilla, como si la palabra le hubiera costado algo.

—Eleanor...

—No me mire como si yo no supiera lo que digo.

Él levantó la cabeza. —Creo que lo sabe demasiado bien.

Se puso en pie despacio. La falda cayó de nuevo, pero no arregló nada. La distancia tampoco. Bear quedó frente a ella, demasiado cerca, con una mano apoyada en la mesa a un lado de su cadera.

—Lo de ahí fuera —dijo él—. Ha sido imprudente.

—La niña estaba en medio.

—Lo sé.

—Entonces no me reprenda.

—No la reprendo. Intento no pensar en lo que habría pasado si no llego a tiempo.

Eleanor alzó la barbilla. —Pero llegó.

—Esta vez.

La vulnerabilidad, dicha con esa aspereza, la desarmó.

Ella levantó la mano y le tocó la mandíbula.

—Bear.

Él giró el rostro hacia su palma como si no pudiera evitarlo.

Y después la besó.

No como en el gabinete de Ashford Manor. No con la urgencia de lo robado. Este beso fue más oscuro, más lento, más cargado de algo que ya no podían achacar a la rabia ni al miedo. Bear la besó como si hubiese aceptado que resistirse no lo hacía más honorable, solo más miserable. Eleanor respondió con toda la imprudencia que le quedaba. Sus manos se cerraron en su camisa; las de él bajó a su cintura, luego a su espalda, atrayéndola hasta que el borde de la mesa desapareció entre ambos.

Ella sintió la dureza de su cuerpo contra el suyo.

No pudo fingir que no.

Bear se detuvo.

Respiraba con dificultad.

—No debería sentir esto por ti aquí.

—¿En una sacristía?

—En ninguna parte.

—Yo también lo siento.

Aquello lo afectó. Se notó en la forma en que los dedos se le tensaron sobre su cintura.

Eleanor se inclinó y rozó su boca con la suya.

Solo un roce.

Una provocación.

Bear emitió un sonido bajo y la besó con más fuerza. La mano de él subió por su espalda, se enredó en la nuca, sostuvo su cabeza con una mezcla de dominio y cuidado que la hizo estremecer. La otra mano, indecisa solo un segundo, bajó por su costado hasta la cadera. No fue una caricia indecorosa. No del todo. Pero sí fue una promesa tan clara que Eleanor sintió que la piel le ardía bajo todas las capas de tela.

—No voy a tomarte en una sacristía —dijo él contra su boca, con una voz tan rota que la frase sonó menos a virtud que a desesperación.

Eleanor cerró los ojos. —Qué alivio.

—No suenas aliviada.

—No me siento aliviada.

Bear apoyó la frente contra la suya.

Durante un segundo, la risa y el deseo se mezclaron de forma peligrosa.

Entonces la puerta se abrió.

No de golpe.

Lo justo.

Tiger apareció en el umbral, miró a Bear, miró a Eleanor, miró la bota sobre el suelo y levantó una ceja.

—Me han enviado a preguntar si la señorita Ashford sigue con vida.

Eleanor se puso roja hasta la raíz del cabello. Bear no se apartó con culpa. Se apartó con una lentitud tan controlada que resultó casi peor.

—Está viva.

—Eso parece —dijo Tiger—. Aunque no preguntaré en qué sentido.

—Tiger —gruñó Bear.

—La niña está bien. La abuela dice que Eleanor debe descansar el pie. Robert está preguntando demasiado. Lady Perla está respondiendo demasiado poco, que es aún más aterrador. Y Lady Cassandra acaba de informar a la señora Dacre de que un rescate no es un escándalo salvo para las personas que lamentan no haber sido rescatadas. Creo que me he enamorado un poco.

Eleanor no pudo evitar soltar una risa nerviosa. Tiger la miró con una sonrisa brillante.

—Señorita Ashford, empiezo a comprender por qué mi hermano está perdiendo facultades.

—Sal —dijo Bear.

—Con mucho gusto. Pero antes, una advertencia: Robert viene hacia aquí.

Eso sí devolvió el mundo entero.

Bear recogió la bota de Eleanor y se la entregó. —Póngasela.

—No puedo tan rápido.

—Entonces no camine.

—No va a cargarme otra vez.

—Sí voy.

Tiger sonrió. —Maravilloso. La decencia ha muerto, pero al menos ha dejado una escena excelente.

Bear le lanzó una mirada que habría hecho retroceder a cualquier otro hombre.

Tiger se limitó a apartarse.

Cuando Robert apareció en el pasillo, Bear ya salía de la sacristía con Eleanor en brazos.

A plena vista.

Del reverendo.

De la señora Dacre.

De Lady Cassandra.

De media parroquia.

Y de Robert.

El rostro de Robert se volvió de una palidez casi perfecta.

—¿Qué significa esto?

Bear no se detuvo. Eleanor, aunque el corazón le latía como si fuera a romperle las costillas, apoyó una mano sobre el hombro del duque y sostuvo la mirada de Robert.

—Me he torcido el tobillo al apartar a una niña de un carruaje desbocado —dijo con calma—. Su Excelencia ha tenido la amabilidad de ayudarme.

Robert miró alrededor.

Demasiados testigos.

Demasiada verdad.

Lady Cassandra, desde un lado, añadió con voz cristalina: —Todos lo vimos. Fue bastante heroico. Y muy oportuno, dado que algunos caballeros estaban demasiado ocupados desmayándose por representación familiar.

Tiger se llevó una mano a la boca.

Robert no podía contestar.

No sin parecer mezquino.

Bear continuó caminando hasta una silla colocada bajo un árbol. Allí sentó a Eleanor con una corrección pública impecable. Nada en el gesto podía ser censurado.

Nada salvo la memoria de lo que acababa de ocurrir entre ellos.

Georgiana apareció con el maletín. —Veamos ese tobillo, me estáis dando mucho trabajo estos días.

Eleanor obedeció. Robert permaneció de pie a poca distancia, con la mirada fija en ella y en Bear.

El pueblo miraba.

Como Bear había querido.

Solo que ahora la escena no era la de una mujer escondiéndose con un duque. Era la de una mujer que había salvado a una niña, había sido auxiliada públicamente y se sentaba rodeada de testigos respetables.

Robert había intentado convertirla en espectáculo.

Y, por primera vez, Eleanor comprendió el plan de Bear en toda su crudeza.

Si todos iban a mirar, entonces verían la versión que ella eligiera mostrar.

Y esa mañana, mientras Georgiana le examinaba el tobillo, Perla hablaba con el reverendo, Lady Agatha observaba a Robert como si considerara envenenarlo sin prisas y Bear permanecía a su lado sin tocarla, sin reclamarla, sin esconderla, Eleanor sostuvo la cabeza alta.

No porque estuviera a salvo.

Sino porque ya no estaba sola.

A unos pasos, Lady Cassandra se acercó a Tiger con una copa de limonada.

—Su hermano tiene una forma muy peculiar de obedecer las normas.

Tiger la miró con una sonrisa lenta. —Bear cree que obedece mejor cuando las rompe por una buena causa.

—¿Y usted?

—Yo prefiero conocer primero la norma, para cumplirla como se debe.

Cassandra lo observó por encima de la copa.

—Qué cansado debe de ser vivir intentando parecer más peligroso de lo que uno ya es.

Por primera vez, la sonrisa de Tiger vaciló.

Solo un poco.

—Lady Cassandra, empieza a darme miedo.

—Bien —dijo ella—. Así ahorramos tiempo.

Y se alejó antes de que él pudiera responder. Tiger la siguió con la mirada, interesado de una forma que no parecía divertida ya.

Bear, desde el lado de Eleanor, lo vio.

—No.

Tiger ni siquiera se volvió.

—¿No qué?

—No ella. No la hija del Duque de Lyndham.

Tiger sonrió, todavía mirando a Cassandra.

—Demasiado tarde para consejos fraternales, Ravenshire.

# CAPÍTULO 14

Robert no esperó a que Eleanor terminara de quitarse los guantes.

Aquello, en sí mismo, ya fue una grosería.

No una grosería vulgar, por supuesto. Robert jamás habría cometido una de esas. La suya era una grosería educada, de las que se presentan con voz baja, espalda recta y una expresión de paciencia ofendida a través de sus ojos azules e insulsos. Eleanor acababa de regresar de la venta benéfica de San Luke, con el tobillo dolorido, la cabeza alta y la desagradable certeza de que medio Bristol había visto a Bear Colligan llevarla en brazos sin que nadie pudiera convertirlo en un pecado decente. Había sido un rescate público, necesario, lleno de testigos y supervisado por la Georgiana Peyton.

Inatacable.

Precisamente por eso Robert estaba furioso.

Robert Ashford era un hombre de elegancia irreprochable y desconcertante falta de huella. Alto sin imponerse, delgado sin parecer débil, llevaba el cabello castaño siempre perfectamente ordenado, como si el desorden fuera una ofensa personal. Su rostro resultaba correcto, incluso atractivo a primera vista, pero carecía de toda calidez. En conjunto, Robert tenía el aspecto de un hombre al que la vida no había tocado... y que, por esa misma razón, no dudaba en intervenir en la de los demás.

La aguardaba en el saloncito azul de Ashford Manor junto a lady Octavia, Charlotte y Edward Ashford. No estaba lady Agatha. Eleanor lo comprendió de inmediato. Su tía había salido a visitar a una antigua amiga cerca de la parroquia, aunque ahora resultaba evidente que alguien había tenido la cortesía de asegurarse de que tardara más de lo previsto.

Los Ashford habían organizado una emboscada familiar.

Con sillas tapizadas y té.

—Señorita Ashford —dijo Robert—. Nos alegra que haya regresado sin mayores daños.

—Qué amable por su parte —respondió Eleanor—. Aunque la palabra "mayores" resulta un poco inquietante.

Lady Octavia, todavía pálida por el desmayo del día anterior, la observó desde el sofá. Parecía una mujer hecha de porcelana y juicio ajeno.

—Jamás había sentido tanta vergüenza como la que he vivido durante esta mañana en el evento benéfico —dijo—. Ha sido usted muy imprudente.

Eleanor dejó los guantes sobre una mesita. —Salvé a una niña.

—Nadie lo niega —intervino Edward—. Pero una dama puede realizar un acto generoso sin convertirlo después en un espectáculo.

Eleanor miró a Robert. —¿Eso soy ahora? ¿Un espectáculo?

—No tergiverse —dijo él—. Se trata de la forma en que ciertas personas aprovechan cualquier ocasión para acercarse a usted.

Ciertas personas: Bear.

Ni siquiera se molestaban ya en fingir.

Charlotte, sentada junto a su madre, bajó la mirada. Eleanor tuvo la impresión de que no estaba cómoda. Aquello no la convertía en aliada, pero sí en la única Ashford de aquella habitación que todavía parecía poseer una conciencia en estado funcional.

—El duque de Ravenshire me auxilió porque me torcí el tobillo —dijo Eleanor—. Delante de toda la parroquia.

—Justamente —respondió lady Octavia—. Delante de toda la parroquia. Una joven comprometida no debería permitir que otro hombre la levante en brazos como si tuviera derechos sobre ella.

—Fue eso o dejarme en el suelo.

—A veces el suelo es preferible a ciertos brazos —murmuró Edward.

Eleanor sintió una oleada de calor en el rostro, pero no de vergüenza.

De rabia.

—Qué frase tan cómoda viniendo de un hombre que no ha estado tirado sobre hierba húmeda con un tobillo lastimado.

Robert dio un paso hacia ella. —Eleanor.

No la llamaba así casi nunca. Cuando lo hacía, era para recordarle que podía tratarla de esa manera, de la manera que él quisiera.

—No —dijo ella.

La palabra fue baja, pero cortante.

Robert se quedó quieto.

Lady Octavia abrió los ojos un poco más.

—¿Perdón?

Eleanor sostuvo la mirada de Robert.

—No voy a permitir que use mi nombre de pila para corregirme como si ya fuera su esposa.

El silencio fue tan perfecto que hasta el reloj de la repisa pareció sonar con mala educación.

Edward soltó una risa breve. —Empiezo a comprender por qué la señorita Ashford ha permanecido soltera.

Charlotte alzó la cabeza. —Edward.

Pero el daño ya estaba hecho.

Eleanor volvió lentamente el rostro hacia él. —Y yo empiezo a comprender por qué algunas familias necesitan reclamar tierras ajenas. La cortesía propia no parece haberles dado suficiente patrimonio.

Charlotte se llevó una mano a la boca con un aullido sofocado a tiempo.

Lady Octavia palideció todavía más, aunque esta vez no tuvo la consideración de desmayarse.

Robert habló con una calma peligrosa: —Está usted cruzando una línea estúpidamente peligrosa para usted.

—No —respondió Eleanor—. Estoy cansándome.

—Debería pensar con mucho cuidado antes de seguir por este camino.

—Lo estoy haciendo.

—¿De veras? Porque parece más influida que reflexiva.

Eleanor sonrió con ironía. —Qué palabra tan delicada para insinuar que no tengo juicio propio.

Robert se acercó más. No demasiado. Lo suficiente para que su sombra rozara el borde de su falda. —Los Colligan no son sus amigos.

—¿Y ustedes sí?

—Nosotros somos su familia.

Eleanor comprendió, con una claridad casi tranquila, que la despreciaban.

No de un modo ruidoso. No como se desprecia a alguien inferior de forma vulgar. La despreciaban porque la necesitaban y eso los ofendía. Porque era una pieza incómoda de su plan que hacía demasiadas preguntas.

—Lady Octavia —dijo Eleanor—, lamento que mi conducta le resulte poco conveniente. Pero comprenderá que, después de descubrir que existen documentos relacionados con mi madre, mi padre y una propiedad que quizás me pertenece, necesite pensar antes de casarme con el hombre que prefería que yo no supiera nada de ello y se dedica a husmear en bibliotecas que no son suyas.

Robert perdió su máscara y deformó su rostro en una mueca grotesca de indignación que casi hizo reír a Eleanor. —No sabe de qué habla.

—¿Seguro? Pero hasta saberlo, Sir Robert, no fijaré ninguna fecha.

Edward dio un paso. —No tiene recursos para enfrentarse a esto.

—Tengo memoria, apellido y paciencia —respondió ella—. Últimamente estoy descubriendo que son un comienzo bastante molesto para algunas personas.

Charlotte se levantó entonces. —Robert, quizás deberíamos dejarla descansar.

Fue una intervención pequeña.

Pero fue una intervención.

Robert la miró con la misma expresión con que uno mira a una vela que ha decidido arder en dirección equivocada.

—Charlotte.

—Se ha torcido el tobillo —insistió ella, más bajo—. Y todos estamos alterados.

Lady Octavia cerró los ojos, como si la debilidad de su hija fuera otra dolencia familiar.

Eleanor aprovechó aquel mínimo resquicio. —Si me disculpan, necesito retirarme.

Robert no se movió de inmediato.

Luego se apartó.

No por cortesía.

Porque no podía impedirle salir sin convertirse exactamente en aquello que Eleanor empezaba a ver: un carcelero.

Al llegar a la puerta, ella se detuvo.

—Ah, y sir Robert —Él alzó la mirada—. Si vuelve a enviar al reverendo para hablar de mi reputación, tendré que preguntarle delante de su esposa si cree que la caridad cristiana incluye intimidar a mujeres con menos dinero que usted.

No esperó respuesta.

Salió.

Y solo cuando cerró la puerta del saloncito, se permitió apoyar una mano en la pared.

Temblaba.

Pero había salido caminando.

Aquello contaba.



La oportunidad de mostrarse llegó menos de dos horas después.

El reverendo Dacre, quizás arrepentido, quizá presionado por Georgiana, quizás simplemente aterrorizado ante la posibilidad de que lady Agatha volviera a dedicarle una frase completa, envió una nota a Ashford Manor. La niña del accidente, Mary Wilkes, seguía asustada, y su madre agradecía una visita de la señorita Ashford, a

quien la pequeña llamaba "la dama que empujó al caballo", descripción poco exacta pero favorable.

Lady Agatha aún no había regresado.

Robert estaba encerrado con Edward.

Lady Octavia descansaba.

Charlotte, para sorpresa de Eleanor, fue quien llevó la nota hasta su habitación.

—No tiene por qué ir —dijo, entregándosela.

Eleanor la miró. —¿Me aconseja prudencia?

Charlotte se sonrojó un poco: —Le aconsejo que no les dé más armas. Pero también... —vaciló— también creo que Mary deseará verla.

Eleanor la estudió un instante. —Gracias.

Charlotte bajó la mirada. —No todos los Ashford disfrutamos siendo insoportables.

—Eso debe de ser difícil en esta casa.

La joven soltó una risa breve antes de cubrirla con la mano. —Sí.

Fue poco.

Pero también contaba.

Eleanor decidió ir.

No sola. Eso habría sido entregar a Robert un lazo para su propio cuello. La señora Dacre enviaría a su criada para acompañarla desde la parroquia hasta la casa de los Wilkes. Todo correcto. Todo visible. Todo, según el plan de Bear, en términos que no pudieran usarse contra ella.

Lo que no esperaba era encontrar a Bear en la explanada de San Luke, junto a una carreta cargada con cestas de comida, mantas y madera.

—Excelencia —dijo Eleanor, deteniéndose.

—Señorita Ashford.

La criada de la señora Dacre hizo una reverencia, claramente encantada de formar parte de una escena que podría contar después con gran precisión.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó Eleanor.

—Trabajo parroquial.

Ella miró las cestas. —No parece usted un hombre dado a repartir mantas.

—No suelo serlo. Pero mi buen padre dice que, si el pueblo va a mirar, conviene ofrecerle una imagen útil.

—¿Y usted obedece a su padre?

Bear bajó la voz. —A veces. Cuando su estrategia coincide con la mía. Y había escuchado al reverendo Dacre diciendo que usted vendría.

Eleanor sintió ganas de sonreír, pero se contuvo. —¿Y cuál es su estrategia?

—La misma que ayer. No esconderla. No acercarme a usted en rincones oscuros. No darle a Robert un escándalo.

—Qué noble.

—No se burle. Me cuesta.

La criada carraspeó, quizás para recordarles su existencia.

La comitiva fue, en apariencia, irreprochable. Eleanor caminó con la criada; Bear, unos pasos más atrás con el mozo que guiaba la carreta. Al llegar a la casa de los Wilkes, Mary la recibió con los ojos enormes y una cinta roja torcida en el cabello. La niña no estaba herida, salvo en el orgullo y en el susto, pero abrazó a Eleanor con una fuerza que la sorprendió.

—Pensé que el caballo la iba a pisar, milady.

—Yo también —dijo Eleanor—. Pero decidí que sería una forma muy poco elegante de terminar la mañana.

Mary soltó una risita.

Bear, desde la puerta, la miró.

No con deseo.

Con algo peor.

Ternura.

Eleanor no estaba preparada para que él la mirara así.

La visita duró lo suficiente para ser respetable y lo bastante poco para no ser empalagosa. La señora Wilkes agradeció las cestas tres veces, la criada de la señora Dacre tomó nota de cada detalle y el mozo de Bear descargó la madera junto al cobertizo. Todo correcto. Todo visible.

Hasta que dejó de serlo.

El problema surgió al regreso, cuando una lluvia súbita obligó a la criada y al mozo a correr hacia la carreta con las mantas restantes. Eleanor, con el tobillo aún resentido, avanzó más despacio por el sendero que bordeaba el viejo granero parroquial. Bear no la tocó. No hasta que ella resbaló en la piedra húmeda.

Entonces la sujetó.

—Está decidido a convertirme en costumbre —dijo ella, sin aliento.

—Usted está decidida a caerse cerca de mí.

La lluvia arreciaba. La criada gritó algo desde la carreta, pero el ruido del agua contra el tejado lo volvió indistinto.

—Dentro —dijo Bear, señalando el granero.

—No podemos.

—Podemos mojarnos aquí o esperar dos minutos bajo techo con una puerta abierta y una criada a veinte pasos. Elija su ruina.

Eleanor eligió el granero.

Era un edificio pequeño, casi vacío, con olor a heno viejo, madera húmeda y polvo. La puerta quedó abierta. Desde allí se veía la carreta, difusa tras la cortina de lluvia, y se oían voces. Todo era perfectamente explicable.

Lo cual no lo hacía seguro.

Bear se quedó cerca de la entrada.

Demasiado correcto.

Demasiado lejos.

Eleanor, empapada en el borde de la capa, soltó una risa baja.

—Está esforzándose tanto que casi parece culpable.

—Lo soy.

—No ha hecho nada.

—Estoy pensándolo.

El aire se cargó de inmediato. Ella debería haber mirado hacia la lluvia.

Miró su boca. Bear lo vio.

—Eleanor.

—No diga mi nombre si pretende mantenerse lejos.

—Estoy intentando hacerlo.

—Lo sé.

—Ayúdeme.

Eleanor dio un paso hacia él. —No.

La palabra fue suave.

Terrible.

Bear cerró los ojos un instante, como si aquel «no» le hubiera quitado más resistencia que cualquier «sí».

Ella se acercó hasta quedar frente a él, con la lluvia detrás, el mundo a la vista y, aun así, una intimidad tan intensa que parecía imposible. Alzó la mano y tocó el borde húmedo de su camisa.

—Todos pueden ver la puerta —susurró.

—Nadie puede ver esto.

—Entonces sea breve.

Bear abrió los ojos. —No sé besarla brevemente.

Eleanor sintió que el cuerpo se le encendía. —Aprenda.

Él la tomó por la cintura y la besó.

No fue breve.

Tampoco fue prudente.

Fue un beso de lluvia y puro deseo, de respiraciones que se mezclaron demasiado rápido, de manos que intentaron recordar el lugar correcto y fracasaron con deliberación. Bear la empujó contra la pared interior, donde el heno seco amortiguó el roce de su espalda. Eleanor se aferró a su camisa, sintiendo bajo los dedos el calor de su piel a través de la tela húmeda.

Él la besó hasta que sus rodillas olvidaron su función.

Después bajó la boca a su garganta.

—La puerta —murmuró ella, aunque inclinó la cabeza.

—Abierta.

—La criada —gimió ella entre besos.

—Gritará si se acerca.

—Eso no es tranquilidad —rio ella.

—Es lo que tengo.

Su mano subió por su costado, lenta, firme, sin cruzar todavía el límite de lo irreparable, pero acercándose lo suficiente para que Eleanor entendiera que ambos sabían dónde estaba. Sus dedos se detuvieron justo bajo la curva de su pecho, sobre la tela, y allí se quedaron, inmóviles, pidiendo permiso sin pronunciarlo.

Eleanor dejó de respirar.

Luego cubrió la mano de él con la suya.

No la apartó.

Bear emitió un sonido bajo, casi dolorido.

—No hagas eso si quieres que recuerde dónde estamos.

—Quizás quiero que lo olvide un poco.

Él la besó de nuevo, más hondo, más oscuro. Sus dedos se cerraron con cuidado sobre ella, a través del vestido, por encima de sus pechos. No había desnudez. No había nada que pudiera nombrarse con crudeza. Y, sin embargo, era más carnal que cualquier fantasía que se hubiera permitido antes de conocerlo como hombre.

Eleanor soltó un suspiro contra su boca.

Bear se apartó.

—No puedo hacer esto a medias.

—Entonces no lo haga.

Él la miró con una intensidad feroz. —No me tientes con algo que no puedo tomar.

—No soy algo.

La frase lo detuvo.

El deseo no desapareció.

Cambió.

Bear apoyó la frente contra la de ella.

—No. No lo eres.

Eleanor respiró con dificultad. —Y no quiero que nadie vuelva a hablar de mí como si lo fuera.

—Entonces no lo permitiremos.

La lluvia empezó a aflojar.

Ambos lo oyeron.

Ambos lo odiaron un poco.

Bear soltó lentamente la cintura y el cuerpo de Eleanor y dio un paso atrás. Ella se recompuso la capa con dedos torpes. Él miró hacia la puerta, hacia la carreta, hacia el mundo que volvía a reclamarles una conducta aceptable.

—Está mojada —dijo.

—Y usted está despeinado.

—Me temo que eso ya era así antes.

Eleanor soltó una risa breve. Al salir del granero, la criada de la señora Dacre les hizo señas desde la carreta.

—¡La lluvia está parando, milady!

—Eso parece —respondió Eleanor, con una calma que merecía algún premio.

Bear caminó a su lado, visible de nuevo. Correcto de nuevo. A una distancia decorosa.

Y, de algún modo, más peligroso que antes.

Cuando regresaron a la parroquia, varios vecinos los vieron llegar con la carreta, las cestas entregadas y la criada como testigo. No había escándalo posible. Solo caridad, lluvia y un duque cumpliendo con una tarea pública.

Pero Eleanor sentía la caricia anterior de Bear sobre su cuerpo bajo todas las capas de muselina.

Robert estaba en la explanada.

Lo vio todo.

No lo ocurrido, por supuesto.

Pero sí algo peor: el modo en que Eleanor apareció al lado la carreta sin parecer una mujer atrapada.

# CAPÍTULO 15

*Unos días después.*

Robert llegó con abogados.

No uno, lo cual habría sido desagradable pero comprensible.

Dos.

Aquello transformaba la incomodidad en declaración de guerra.

Eleanor los vio entrar en el saloncito azul poco después del desayuno, acompañados por Robert, Edward Ashford y una satisfacción tan cuidadosamente contenida que casi resultaba vulgar. El señor Price caminaba detrás de Robert con una carpeta de cuero bajo el brazo y el rostro gris de quien había nacido para estar cerca de papeles ajenos.

El segundo hombre era mayor, de cejas blancas, chaleco negro y una expresión seca que no se molestaba en disfrazar su impaciencia. Robert lo presentó como el señor Carrow, abogado de la familia Ashford, aunque Eleanor sospechó que la palabra "familia" se había vuelto de pronto muy flexible desde la muerte de su padre.

Lady Agatha estaba sentada junto a la ventana, rígida como una reina sitiada. Eleanor permanecía de pie junto a la chimenea apagada, no porque quisiera parecer desafiante, sino porque sentarse habría sugerido que aquella reunión merecía comodidad.

—Señorita Ashford —dijo Robert—, lamento importunarla tan temprano.

—Lo dudo mucho.

El señor Price bajó la mirada hacia sus papeles.

—He considerado prudente aclarar ciertas cuestiones antes de que continúen alimentándose rumores perjudiciales para todos —dijo Robert.

—Qué generoso por su parte preocuparse por los rumores que usted mismo alimenta.

Lady Agatha produjo un sonido que pudo haber sido tos o aprobación. Robert dejó pasar la frase, lo cual en él era casi una forma de violencia.

—El señor Carrow revisará los documentos relativos a Ashford Manor, Westmere y cualquier acuerdo que su padre hubiese considerado en vida. Deseo evitarle preocupaciones innecesarias. Como su futuro esposo, mi deber es proteger sus intereses.

Eleanor lo miró.

No con rabia.

La rabia habría sido demasiado fácil.

—Mis intereses —dijo ella— no necesitan marido para existir.

Lady Agatha volvió la cabeza hacia ella. En sus ojos había orgullo, sí, pero también cierto miedo nuevo. Eleanor lo vio y, por primera vez, no permitió que aquel miedo la gobernara.

Robert entrelazó las manos tras la espalda. —Legalmente, señorita Ashford, su posición es delicada.

—Entonces debería tratarla con más cuidado.

—Eso intento.

—No. Usted intenta administrarla.

El señor Price alzó por fin la vista. Edward dejó de sonreír.

Robert respiró despacio, como si concediera paciencia a una niña que todavía no comprendía la aritmética. —No tiene recursos para emprender una revisión legal por su cuenta. Tampoco experiencia. Ni autoridad masculina directa que la respalde en un asunto tan complejo. Lady Agatha, con todo respeto, tampoco se encuentra en posición de sostener un litigio contra una reclamación formal.

—Tiene razón —dijo Eleanor.

Robert inclinó la cabeza, como si ya se sintiera vencedor. —Me alegra que podamos hablar con sensatez.

—No he terminado —La sonrisa desapareció. Eleanor se apartó de la chimenea y caminó hasta la mesa. Había ensayado aquel momento durante la noche, no frente al espejo, porque no era actriz, sino en la oscuridad de su dormitorio, en su mente—. No tengo recursos —continuó—. No tengo experiencia. No tengo autoridad masculina directa, y mi posición es, como usted ha dicho

con tanta delicadeza, incómoda. Por eso he tomado una decisión —Eleanor no apartó los ojos de Robert—. He contratado asesoramiento.

—¿Perdón?

La puerta se abrió entonces. El mayordomo anunció al señor Havers, abogado de Bristol, y a Sir Julian Merton, antiguo auditor militar, caballero de modales ásperos, mirada penetrante y fama de hacer llorar a los hombres que manipulaban cuentas con demasiada creatividad.

Detrás de ellos entró Bear.

No debería haber entrado.

No era necesario.

Y, sin embargo, allí estaba: vestido de oscuro, ancho de hombros, con barro seco todavía en la bota izquierda y la expresión de un hombre que no había venido a dominar la estancia, aunque la estancia pareció darse por dominada igualmente.

—El señor Havers y sir Julian revisarán los documentos en mi nombre —dijo Eleanor.

Lady Agatha se puso en pie. —No.

La palabra fue tan abrupta que todos se volvieron hacia ella. —Tía...

—No —repitió Lady Agatha, con el rostro más pálido—. No aceptarás dinero de los Colligan.

Bear no se movió.

Robert, por primera vez en toda la mañana, pareció genuinamente complacido. —Lady Agatha demuestra usted, por primera vez, excelente juicio.

—No lo arruine estando de acuerdo conmigo —le espetó ella.

Eleanor sintió que se le apretaba la garganta. Aquello era más difícil que enfrentarse a Robert. A Robert podía desafiarlo. A su tía la amaba. —No acepto dinero de los Colligan —dijo Eleanor.

Lady Agatha la miró como si hubiera pronunciado una ingenuidad. —Entonces ¿cómo pagarás a estos caballeros?

Eleanor sostuvo su mirada. —No lo hago yo. Lady Perla Colligan ha tenido la deferencia de ofrecerme asesoramiento legal

independiente —continuó Eleanor—. Como dama, y en consideración a mi situación... y a la de mi difunta madre.

Lady Agatha parpadeó. Eso sí era aceptable.

Incómodo. Pero aceptable.

—Se trata de una cortesía entre mujeres —añadió Eleanor, con una calma exquisita—. No de una transacción.

Robert dio un paso adelante. —¿Y debo creer que esto no es una maniobra de los Colligan?

—Mi madre no acostumbra a maniobrar en la sombra, sir Robert —manifestó Bear, hablando por primera vez.

—Usted no tiene lugar en esta conversación —pretendió frenarlo Robert.

—Estoy aquí en representación de mi madre —respondió Bear—. Nada más.

La frase fue impecable.

Irrefutable.

Sir Julian carraspeó. —Efectivamente. Hemos sido instruidos por Lady Perla Colligan. La señorita Ashford no mantiene relación económica directa con mi cliente.

El señor Havers abrió la cartera y depositó varias hojas sobre la mesa. —La señorita Ashford recibe asesoramiento independiente. No ha aceptado limosna alguna ni ha contraído una deuda personal. Lady Perla la ayuda de forma desinteresada: respalda el proceso sin esperar pago, favor ni beneficio alguno a cambio.

Lady Agatha cerró los ojos un instante. —Dios mío...

Aquello ya no era escandaloso.

Era incómodo.

Y, lo peor de todo para Robert... era perfectamente correcto.

A Eleanor casi se le escapó una risa.

No lo hizo.

Robert sí perdió parte de la compostura.

—¿Pretende hacerme creer que esto es un acto desinteresado?

—Me da igual lo que crea —respondió Eleanor—. Los abogados están aquí para decir la verdad.

Aquello fue más escandaloso que si hubiera gritado.

Porque lo dijo con calma.

El señor Carrow observó a Robert, como si empezara a preguntarse si aquella reunión había sido tan bien programada como se le había prometido.

El señor Havers tomó asiento sin pedir permiso.

—Comencemos, entonces. Existen indicios de una reserva dotal vinculada a Westmere por línea femenina Ashford...

Edward se inclinó hacia Robert y murmuró algo. Lady Octavia no estaba allí, pero Eleanor la imaginó con facilidad: pálida, rígida, ofendida porque una mujer sin fortuna estuviera resultando tan incómoda de manejar.

Robert miró a Eleanor. —Está cometiendo un error que no podrá corregir.

—Qué curioso. Eso mismo pensé cuando acepté su proposición.

El golpe fue devastador.

Robert no respondió.

Durante la siguiente hora, los hombres hablaron de escrituras, registros, reclamaciones, rentas y plazos. Eleanor escuchó cada palabra. No entendió todas, pero entendió suficientes. Entendió que Robert no había esperado resistencia legal. Entendió que los nuevos Ashford habían contado con su silencio, con el orgullo herido de Lady Agatha y con la vieja enemistad hacia los Colligan. Entendió, sobre todo, que estar en desventaja no era lo mismo que estar vencida.

Cuando la reunión terminó, Robert se inclinó ante ella con una cortesía tan fría que casi parecía una amenaza.

—No hemos acabado.

—No —dijo Eleanor—. Por fin hemos empezado.

Él salió con Edward, Price y Carrow.

Cuando la puerta se cerró, Lady Agatha se giró hacia ella. —Has usado a los Colligan contra los Ashford.

—He usado la única vía que no estaba cerrada.

—Has usado a Lady Perla.

—Lady Perla se dejó usar con una habilidad que me hace sospechar que lo disfrutó y lo sabes, tía.

—No bromees.

Eleanor respiró despacio. La discusión que había temido durante toda la mañana ya estaba allí, y no podía esconderse tras abogados, ni documentos, ni la presencia enorme de Bear en la esquina de una habitación.

—No estoy bromeando.

Lady Agatha se apoyó en el bastón. —Los Colligan no hacen nada sin interés.

—¿Y los Ashford sí?

La frase dolió en cuanto salió.

Lady Agatha palideció. —Eleanor.

—Lo siento —dijo ella, y era verdad—. Pero ya no puedo vivir bajo una lealtad que me pide dejarme vencer por orgullo familiar. Si los Colligan compraron Westmere de forma injusta, quiero saberlo. Si mi padre ocultó algo, quiero saberlo. Si Robert intenta casarse conmigo para controlar una propiedad que podría ser mía, quiero saberlo. No puedo escoger mi futuro con los ojos vendados solo porque una venda lleve los colores correctos.

Lady Agatha la miró durante un largo instante, y Eleanor vio en sus ojos algo que le dolió más que la ira: miedo.

—Solo intento protegerte.

—Lo sé. Pero estoy cansada de que todos me protejan decidiendo por mí.

Lady Agatha tomó sus guantes de la mesa. —Entonces veamos qué clase de decisiones eres capaz de soportar.

Salió sin portazo. Lady Agatha jamás habría regalado tanto ruido.

Eleanor se quedó sola después de que los abogados y Bear también salieran poco después de lady Agatha.

Y, aun así, lo que más le pesaba no era Robert.

Ni siquiera su tía.

Era la repentina ausencia de Bear.

Aquello, naturalmente, la enfureció más que todo lo demás.



Lady Perla envió una nota esa misma tarde.

No era una invitación, porque Lady Perla parecía tener un talento especial para redactar órdenes con la forma exacta de una cortesía.

*Lady Agatha y la señorita Ashford harían bien en venir a tomar café esta tarde. Hay asuntos que conviene poner por escrito antes de que los hombres los vuelvan innecesariamente dramáticos.*

Lady Agatha leyó la nota dos veces. —Esa mujer es insoportable.

—Sí —respondió Eleanor.

—Pero me gusta.

—A mí también.

—Y demasiado inteligente para la paz de cualquier familia.

—Empiezo a apreciarla.

Lady Agatha la miró. —Eso me preocupa.

—A mí también.

Fueron.

Porque no ir habría sido aceptar que Robert seguía controlando los movimientos de Eleanor dentro y fuera de Ashford Manor. Fueron en carruaje cerrado, con doncella, con toda la corrección que una situación incómoda podía soportar antes de romperse. La casa Colligan las recibió con una serenidad irritante. Nada parecía fuera de lugar. Ni una flor, ni un criado, ni una mirada. Era una casa acostumbrada a absorber conflictos y servir café después.

Lady Perla las esperaba en una sala pequeña junto a la galería acristalada, no en el gran salón. Aquello, por algún motivo, hizo que Eleanor se sintiera menos invitada a una negociación y más a una confesión.

Sobre la mesa había una cafetera de plata, tres tazas y un documento doblado.

—Lady Agatha —saludó Perla—. Eleanor.

El uso de su nombre de pila no sonó posesivo, como en Robert. Sonó deliberado. Una mano tendida sin azúcar.

—Lady Perla —respondió Lady Agatha con rigidez—. Supongo que ha disfrutado mucho esta mañana.

—Solo pretendo ayudar.

—Qué honesta.

Perla les indicó que se sentaran. Luego empujó el documento hacia Eleanor.

—Quiero que lea esto antes de que nadie vuelva a decir que le estoy regalando favores por caridad o por interés familiar. Es una declaración de intención. Yo cubro los honorarios de revisión porque los archivos Colligan están implicados. Usted no me debe obediencia, gratitud pública ni alianza matrimonial. Si en el futuro desea devolver la suma, se aceptará. Si Westmere resulta ser suyo y desea pagar con sus rentas, también. Si nada de eso sucede, lo hablaremos como mujeres adultas, no como dos caballeros fingiendo que el orgullo es una forma de contabilidad.

Eleanor tomó el papel.

Lo leyó.

Y sintió un extraño alivio.

No porque el documento la salvara.

Sino porque, por primera vez en días, alguien había puesto por escrito que ella no era una propiedad de nadie.

Lady Agatha también lo leyó. No dijo nada durante mucho rato. —Su familia compró Westmere.

—Sí —dijo Perla.

—Quizás injustamente.

—Quizás.

—Y aun así pretende ayudar a mi sobrina.

Perla tomó su taza de café. —No pretendo ayudarla a usted a perdonar a los Colligan. Eso sería ambicioso incluso para mí. Pretendo que Eleanor tenga suficientes datos para escoger su vida sin que Robert Ashford se la administre en nombre de todos.

Lady Agatha cerró los ojos brevemente. —La odio menos de lo que esperaba.

—Es un comienzo muy prometedor.

Eleanor no pudo evitar sonreír.

Eso fue un error.

Porque al hacerlo miró hacia la galería acristalada.

Y vio a Bear.

Estaba al otro lado de las puertas abiertas, hablando con un criado que sostenía un legajo de papeles. No entró. No interrumpió. Solo dejó los documentos sobre una mesa auxiliar, dio una instrucción en voz baja y se giró como si sintiera la mirada de Eleanor antes de verla.

Sus ojos se encontraron.

El aire cambió.

No de forma visible.

Pero cambió.

Perla lo notó, por supuesto. Lady Agatha también. Aquella tarde parecía que todas las mujeres del mundo habían desarrollado una sensibilidad ofensiva para detectar el pulso de Eleanor.

—Bear —dijo Perla—, deja esos papeles en la galería. Los revisaremos luego.

—Sí, madre.

Obedeció.

Pero no se marchó de inmediato.

Eleanor tuvo la terrible certeza de que Lady Perla lo había sabido antes de hablar.

Lady Agatha y Perla empezaron entonces a discutir un párrafo del documento. No una discusión violenta, sino una de esas batallas finas en las que dos mujeres inteligentes usan palabras como agujas. Eleanor debería haber escuchado. Lo intentó. Pero la mañana, la pelea con su tía, la presencia de Bear en la galería y aquel documento que la liberaba de una clase de deuda para atarla a otra menos visible le hicieron sentir que la estancia se volvía pequeña.

—Necesito estirar las piernas —dijo.

Lady Agatha levantó la cabeza.

Perla no.

—La galería está abierta.

Aquello fue permiso.

O advertencia.

Quizás ambas.

Eleanor salió.

La galería acristalada olía a plantas tibias, polvo limpio y lluvia reciente. No era un lugar oculto. Las puertas dobles seguían abiertas hacia la sala donde Lady Agatha y Perla hablaban. Desde allí se oían sus voces. Cualquier criada podía entrar. Cualquier paso podía delatarlos.

Y, aun así, cuando Bear se acercó desde el extremo de la galería, Eleanor sintió que acababa de cruzar una frontera mucho más peligrosa que Westmere.

—No debería estar aquí —dijo ella.

—Eso empieza a parecerse a un saludo.

—Quizás porque usted empieza a parecerse a una imprudencia constante —rio ella, como empezaba a hacer con más frecuencia.

Bear se detuvo a una distancia razonable. Eso también la irritó.

—Ha estado magnífica esta mañana —dijo él.

—Gracias.

Él la miró con una atención tan penetrante, a través de sus ojos grises, que Eleanor sintió que perdía parte de su control, un control que, después de los múltiples besos y caricias era casi un chiste mal contado.

—Su tía está dolida —dijo Bear.

—Lo sé, no deja de ser una Ashford.

—¿Quiere que la deje sola?

Eleanor soltó una risa muy baja. —Qué pregunta tan educada para un hombre que me besó en una sacristía.

—No fue una sacristía.

—No, fue la sala de mapas. La sacristía fue después. Pero peor fue ese cobertizo con la carreta de la criada a escasos metros.

—Está llevando un recuento preocupante.

—Alguien debe hacerlo. Usted parece perder la cabeza con frecuencia.

Bear dio un paso hacia ella.

Solo uno. —Con usted, sí.

La frase no fue elegante.

Por eso la atravesó.

Eleanor miró hacia las puertas abiertas. Las voces de Perla y Agatha seguían allí, elegantes, civilizadas, peligrosamente cerca.

—No podemos.

—Lo sé.

—No quiero oírlo decir "lo sé" otra vez.

—Entonces no diré nada.

La besó.

No de forma brusca, no como si quisiera arrancarle la decisión. La besó con una lentitud casi insoportable, aprovechando un rincón apartado de la galería. Eleanor no se apartó. Cerró los dedos en la solapa de su chaqueta y permitió, por un instante, que el mundo dejara de ser una sucesión de documentos, deudas y mujeres heridas por el orgullo de sus familias.

Bear la condujo hacia el extremo de la galería, no a un rincón oscuro, sino detrás de un gran naranjo en maceta que ofrecía un velo de hojas. Las puertas seguían abiertas. La luz seguía entrando. Todo era demasiado visible para ser seguro y demasiado escondido para ser inocente.

—Eleanor —gruño él contra su boca—. Si me pide que pare...

—No he venido aquí para detenerlo.

Aquello lo hizo estremecer.

No mucho.

Lo suficiente.

Él la besó otra vez, más hondo. Una mano se cerró en su cintura; la otra subió a su nuca, sosteniéndola con esa mezcla de cuidado y dominio que hacía que Eleanor olvidara por qué la prudencia existía. Cuando su boca bajó a su cuello, ella inclinó la cabeza sin pensar. Cuando sus dedos recorrieron su vestido, ella respiró como si el aire se hubiera vuelto una masa ardiente.

Las voces de Perla y Agatha continuaban al otro lado de las puertas. Aquella cercanía hacía todo más indecente. Más imposible. Más vivo.

—Aquí no —dijo ella.

—Aquí sí.

—Nos oirán.

—Entonces sea cuidadosa.

Bear no la llevó a un sofá. No cerró puertas. No convirtió el deseo en una escena imposible de explicar. La mantuvo de pie, oculta por las hojas del naranjo, con la luz templada de la galería sobre ellos y las voces de sus chaperonas a unos pasos. Su mano bajó lentamente por su cintura, se deslizó entre los pliegues de la falda con una paciencia que la hizo temblar antes incluso de tocarla de verdad.

Eleanor apretó los labios.

Bear la besó para guardar cualquier sonido.

Su mano encontró la piel por encima de la media, tibia, húmeda, y Eleanor sintió el calor subirle por todo el cuerpo. No había crudeza en él. No había prisa. Solo un placer devastador.

—Respire —murmuró él contra su oreja.

—No puedo.

—Sí puede.

Sus dedos ascendieron despacio, allí donde la decencia ya no tenía cabida. Eleanor se aferró a sus hombros. Una parte de ella oyó a Lady Agatha decir algo sobre cláusulas y a Lady Perla responder con una frase demasiado tranquila. Otra parte, mucho más poderosa, dejó de pertenecer al mundo.

Bear la tocó como si la estuviera estudiando.

Como si ninguna reacción fuera pequeña.

Como si cada temblor importara.

El placer creció de nuevo, pero esta vez no la tomó por sorpresa. Lo reconoció. Lo temió. Lo deseó. Cerró los ojos contra la boca de Bear y sintió cómo su cuerpo, traidor y honesto, se inclinaba hacia aquello que él le ofrecía.

—Míreme —susurró él.

Ella negó con la cabeza.

—Eleanor.

Lo hizo.

Lo miró mientras escurría sus dedos dentro de su intimidad, por debajo de capas de tela, por debajo de sus medias, mientras el placer se volvía una tensión casi dolorosa, mientras todo lo que había soportado aquella mañana —orgullo, rabia, independencia—

se fundía en una necesidad física que no la hacía débil. La hacía suya. Suya de sí misma.

Bear la observó ponerse roja, la observó cerrar sus ojos avellana y también memorizó la pequeña gota de sudor que se deslizaba por su cuello; pero lo más revelador era su intimidad, apretada, mojada, resbaladora entre sus dedos.

Cuando Eleanor se quebró, Bear la sostuvo contra su pecho y le cubrió la boca con un beso profundo, lento, para ahogar el pequeño gemido que se le escapó. Eleanor tembló en sus brazos, con la frente apoyada en su hombro, odiándolo un poco por conocer ya esa parte tan íntima de ella.

No. No amándolo.

No todavía.

No debía.

Bear retiró la mano con una delicadeza que la hizo estremecer otra vez. Le arregló la falda con más cuidado del que ella habría tenido. Después apoyó ambas manos en su cintura y no la soltó.

—No me mire —susurró Eleanor, avergonzada.

—No puedo hacer eso.

—Entonces no sonría.

—No estoy sonriendo.

Ella levantó la cabeza.

No sonreía.

Parecía descompuesto, soportando un dolor inmenso.

Aquello fue peor. —¿Y usted? —preguntó, con voz apenas audible.

Bear cerró los ojos. —Eleanor.

—Quiero saber.

—No aquí.

—Aquí sí —lo imitó ella.

Aquello le arrancó una risa temblorosa. Bear apoyó la boca en su frente.

—El día que estemos en el lugar correcto, no tendré tanta fuerza.

Antes de que Eleanor pudiera responder, Perla habló desde la sala:

—Eleanor, querida, ¿sigue viva?

Eleanor se separó de Bear con tal rapidez que casi golpeó el naranjo.

—Sí —respondió, demasiado alto.

Hubo una pausa.

Luego la voz seca de Lady Agatha:

—Creo que ya has estirado suficiente las piernas, querida. Vuelve con nosotras.

Bear cerró los ojos.

Eleanor se llevó una mano a la boca, horrorizada.

Y, a pesar de todo, se rio.

No porque fuera gracioso.

Porque era imposible.

Porque estaba viva.

Porque acababa de enfrentarse a Robert, a su tía, a la vergüenza, a la vieja guerra de familias y a su propio cuerpo, y seguía de pie.

Bear la miró como si aquella risa lo hubiera herido.

—Vuelva —dijo.

—Sí.

—Despacio, y yo me quedaré aquí atrás, como si me hubiera ido hace mucho.

—¿Estoy presentable?

—No —Eleanor lo fulminó con la mirada—. Está hermosa —corrigió él—. Que es mucho peor.

—Necio.

Eleanor regresó a la sala con las piernas poco fiables y una dignidad reconstruida a toda prisa. Perla la miró una sola vez. Lady Agatha también.

Ninguna pareció sospechar nada. Eso fue lo más terrible de todo.

Sobre la mesa, el documento seguía esperando su firma.

Eleanor tomó la pluma.

Firmó.

Por fin, era un poco libre.

# CAPÍTULO 16

Aquella noche, Ashford Manor pareció inquieta.

No era una casa silenciosa por naturaleza. Las casas antiguas rara vez lo son. Crujen, suspiran, se quejan por las ventanas mal ajustadas, por la madera que recuerda inviernos, por los pasillos donde han caminado demasiadas generaciones convencidas de que la propiedad era una forma de inmortalidad. Pero aquella noche el silencio no pertenecía a las vigas ni a la piedra. Era un silencio humano. El silencio de los criados que bajaban la voz al pasar junto a las puertas, de Lady Agatha que apenas había hablado durante la cena, de Charlotte Ashford que miraba su plato como si las patatas hubieran cometido alguna falta social, y de Robert, sentado a la cabecera de una mesa.

Eleanor comió poco.

No por falta de apetito, aunque la comida se le había convertido en una obligación bastante semejante al matrimonio con Robert: correcta, fría y difícil de tragar. Comió poco porque seguía sintiendo, bajo la piel, una memoria que no pertenecía a aquella casa. La galería de los Colligan. El olor a naranjo. La boca de Bear cubriendo la suya para que no se oyera el sonido de su placer. Su mano arreglándole la falda con una delicadeza que ningún libro de conducta habría sabido clasificar sin desmayarse entre comillas.

Había firmado el documento de Lady Perla.

Había regresado a Ashford Manor con Lady Agatha, con doncella, con la postura recta y la dignidad razonablemente recompuesta. Todo había sido correcto. Todo había sido visible. Todo había sido, desde el punto de vista social, intachable.

Y, sin embargo, Eleanor sabía que algo en ella había cambiado de una forma tan íntima que ningún testigo habría podido verla, pero que Robert, al mirarla durante la cena, pareció presentir.

Eso lo enfureció más que cualquier documento.

Robert no levantó la voz en la mesa. Aquello habría sido poco elegante. Habló de asuntos domésticos, de la partida de su madre y de Edward después de algunos días, de varias visitas que debía devolver en Bristol y de la necesidad de que Ashford Manor recuperara cierta "paz".

Lady Octavia, sentada a su derecha, parecía más recuperada del desmayo, aunque no menos dispuesta a utilizarlo como argumento moral. Era una mujer estrecha en todos los sentidos: estrecha de hombros, de labios, de mirada y de simpatía. Su cabello, de un rubio ya casi desvaído, se recogía con tanta severidad que parecía castigarle el cuero cabelludo por cualquier pensamiento indecoroso que pudiera haber tenido treinta años atrás.

A su lado, Charlotte parecía una versión suavizada y casi arrepentida de la familia: más joven que Robert, de piel clara, cabello castaño claro recogido sin demasiada imaginación y unos ojos azules grandes, no fríos como los de su hermano, sino cautelosos. No era una belleza brillante. Era algo más triste y más difícil: una muchacha agradable que había crecido rodeada de personas que convertían la docilidad en virtud.

Eleanor empezó a compadecerla aquella noche.

No era una sensación cómoda.

Le habría resultado más sencillo odiar a todos los Ashford por igual.

Después de la cena, Lady Agatha se retiró temprano. No porque estuviera vencida, sino porque la tensión de aquel día había dejado su rostro ceniciento y una mano demasiado firme sobre el bastón. Eleanor la acompañó hasta el pie de la escalera.

—No discutas con él esta noche —murmuró su tía.

—No tengo intención de discutir con nadie.

Lady Agatha la miró. —Querida, esa es exactamente la clase de frase que precede a una catástrofe.

Eleanor casi sonrió. —Descansa, tía.

—No me des órdenes con ternura. Es una forma muy baja de manipulación.

Aun así, lady Agatha subió.

Eleanor permaneció un instante en el vestíbulo, oyendo los pasos de su tía alejarse por la escalera. La lámpara del pasillo proyectaba una luz amarillenta sobre los retratos familiares, y los rostros de los Ashford muertos parecían observarla con esa mezcla de soberbia y decepción que los antepasados empleaban incluso cuando no habían dejado más herencia que problemas.

Estaba a punto de subir también cuando Robert apareció desde la biblioteca.

No fue un encuentro accidental. Eleanor lo supo por la forma en que él cerró la puerta tras de sí antes de hablar.

—Señorita Ashford.

Ella se detuvo.

—Sir Robert.

—Desearía hablar con usted.

—Mañana será más adecuado.

—No. Será ahora.

La palabra no fue alta. No necesitaba serlo.

Eleanor no se movió.

—Estoy cansada.

—Yo también.

—Entonces compartimos al menos una cosa.

Robert sonrió. —Ha tenido usted un día muy ocupado.

—Los días ocupados tienen la ventaja de impedir conversaciones innecesarias.

—Esta no lo es.

Él se acercó. Eleanor calculó, con una serenidad que le sorprendió, la distancia hasta la escalera, hasta la campanilla del servicio, hasta la puerta del salón. Aquello le produjo una sensación fría y desagradable. Una mujer no debería tener que medir una habitación para decidir por dónde escapar de su prometido.

—Ha ido a casa de los Colligan —dijo Robert.

—Con mi tía.

—Ha aceptado su intervención.

—He aceptado asesoramiento legal ofrecido por Lady Perla.

—No juegue conmigo.

Eleanor alzó la barbilla. —No recuerdo haberlo invitado a jugar.

Algo cambió en su rostro. No fue una pérdida completa de control. Robert no era un hombre que se desmoronara. Era peor. La máscara se le desplazó lo suficiente para dejar ver debajo una crueldad muy quieta.

—Cree que esta insolencia la hace fuerte.

—Creo que decir la verdad ahorra tiempo.

—No sabe nada de fuerza. Ha vivido protegida por su padre, por su tía, por una casa que se cae a pedazos y por la lástima de quienes aún respetan su apellido. Y ahora confunde los gestos teatrales de un duque salvaje con libertad.

Eleanor sintió que el corazón le latía más despacio.

Era extraño.

La rabia, cuando era demasiado grande, a veces se volvía hielo.

—El duque de Ravenshire no forma parte de esta conversación.

—Forma parte de todo lo que usted ha hecho con él.

—No.

—Sí. Y lo peor, señorita Ashford, es que ni siquiera tiene usted la prudencia de disimularlo bien.

Eleanor dio un paso hacia la escalera.

Robert la sujetó de la muñeca.

No con violencia brutal. Con firmeza.

Con derecho.

Aquello fue peor.

—Suélteme —dijo ella.

—Escúcheme.

—Suélteme.

—No mientras siga comportándose como una mujer que necesita que alguien le recuerde su posición.

Eleanor intentó liberar la mano. Robert apretó un poco más. —Mi posición —dijo ella, con voz baja— no está en su mano.

Robert se inclinó hacia ella. —Todo en usted está a punto de estarlo.

El aire cambió.

Por primera vez, Eleanor vio de verdad al hombre que había detrás del prometido correcto, del propietario meticuloso, del caballero agraviado por la influencia Colligan. No era pasión. No era

amor herido. Ni siquiera celos. Era posesión. Una necesidad seca, orgullosa, profundamente ofendida por el hecho de que aquello que consideraba suyo hubiera empezado a moverse con voluntad propia.

—Ha olvidado demasiado rápido —continuó él— quién le ofrece un nombre, una casa y una salida honrosa.

—Y usted, muy señor mío, ha olvidado muy rápido los modales de un caballero.

Robert la atrajo un paso hacia él. —Aprenderá a desear lo conveniente.

Entonces intentó besarla.

No fue un beso.

No realmente.

Fue una amenaza con forma de boca.

Eleanor volvió el rostro con tanta brusquedad que sus labios le rozaron la mejilla. La repulsión la atravesó con una claridad casi física. No era miedo lo que sintió primero, sino una certeza violenta: Bear la había tocado como si cada respuesta de su cuerpo importara; Robert la tocaba como si su respuesta fuera irrelevante.

Aquella diferencia lo cambió todo. —Suélteme o me veré obligada a gritar —dijo ella.

Robert la miró, y ahora sí había rabia en sus ojos. —Será mi esposa.

—No.

La palabra salió antes de que pudiera adornarla.

No.

Simple.

Desnuda.

Irreparable.

Robert se quedó inmóvil.

—¿Qué ha dicho?

—Que no.

La mano de él subió a su brazo, cerrándose por encima del codo. —Piense muy bien lo que está diciendo.

—Por primera vez en semanas, eso es exactamente lo que hago.

Él la empujó hacia la pared, no con un golpe, sino con un avance que la dejó entre su cuerpo y la madera oscura del

arrimadero. Eleanor sintió el impacto leve en la espalda y, más que dolor, una furia inmensa.

—Basta —dijo una voz.

Charlotte.

Estaba en el pasillo lateral, pálida como cera, con un candelabro en la mano. La llama temblaba tanto como sus dedos. Llevaba un vestido claro de noche, sencillo, con una trenza suelta cayéndole sobre un hombro; sin la cofia rígida del día, parecía más joven. Y más valiente.

Robert no soltó a Eleanor de inmediato.

—Vete a tu habitación, Charlotte.

—Suéltala.

La voz le falló en la última sílaba, pero no retrocedió.

Eleanor vio el momento exacto en que Robert calculó la escena: su hermana en el pasillo, una vela en la mano, la posibilidad de que un criado apareciera, el riesgo de que lo correcto dejara de estar de su lado. A los hombres como Robert no les aterraba la culpa. Les aterraba el testigo.

La soltó.

Eleanor no se movió de inmediato. No quería darle la satisfacción de verla huir.

Charlotte avanzó un paso. —Lady Agatha ha preguntado por Eleanor —mintió.

Fue una mentira pésima.

Y, aun así, maravillosa.

Robert miró a su hermana como si acabara de descubrir en ella un defecto de fabricación.

—Hablaremos mañana.

—No —dijo Eleanor—. No hablaremos a solas nunca más.

Él sonrió. —Eso no dependerá siempre de usted.

Charlotte se acercó a Eleanor y, con una audacia que debió de costarle años de obediencia, le tomó la mano. —Vamos.

Robert no intentó detenerlas.

Quizás porque no podía.

Quizás porque aún creía que siempre habría otro momento.

Subieron las escaleras juntas. No corrieron. Habría sido indigno, y además Eleanor descubrió que las piernas no le respondían con suficiente eficacia para ninguna demostración física. Al llegar al corredor superior, Charlotte abrió la puerta del dormitorio de Eleanor y la hizo entrar. Solo entonces cerró.

Durante un segundo ninguna habló.

Charlotte dejó la luz sobre la cómoda. Tenía los labios blancos. —Lo siento —dijo.

Eleanor la miró. —¿Por qué?

—Por él. Por mi madre. Por Edward. Por todo.

Aquello, por algún motivo, la hirió más que el brazo dolorido.

Eleanor se sentó en el borde de la cama. No porque quisiera parecer débil. Porque si no lo hacía, tal vez caería. —No es culpa suya.

—Eso es lo que dicen las personas amables cuando quieren que las cobardes duerman mejor.

Eleanor levantó la vista.

Charlotte estaba llorando sin hacer ruido. Las lágrimas le caían por las mejillas como si incluso su llanto hubiera sido entrenado para no molestar.

—No es usted cobarde —dijo Eleanor.

Charlotte soltó una risa pequeña, triste.

—Lo soy casi siempre. Pero no esta noche, creo.

—No. Esta noche no.

La joven se sentó frente a ella, en una silla baja.

—Debe decírselo a alguien.

Eleanor pensó en Bear.

No tuvo que esforzarse.

Lo vio con una claridad inmediata: su rostro al saberlo, la forma en que sus ojos grises se volverían fríos, el silencio peligroso antes del estallido. Bear no amenazaría a Robert como un caballero ofendido. Lo destruiría. Con manos, con nombre, con título, con todo lo que la guerra había dejado dentro de él y que la sociedad fingía admirar mientras siguiera lejos de sus salones.

Y luego Robert ganaría de todos modos.

Porque convertiría la violencia de Bear en escándalo. En prueba. En relato.

—No —dijo Eleanor.

Charlotte la miró, horrorizada.

—Pero...

—No puedo decírselo a nadie.

Charlotte no lo negó.

—Entonces ¿qué hará?

Eleanor miró hacia la puerta cerrada.

El cuerpo le temblaba.

—No estaré sola con él. Nunca. No comeré con él sin mi tía. No entraré en ninguna habitación donde esté a solas. No permitiré que vuelva a tocarme.

—La ayudaré —dijo Charlotte.

Eleanor la miró con sorpresa.

Charlotte tragó saliva.

—No sé hacer mucho. No sé desafiar a mi madre sin sentirme enferma. No sé hablar como usted. Ni como Lady Agatha. Ni como esas mujeres Colligan que parecen capaces de conquistar una ciudad solo con pedir café. Pero sé escuchar. Sé cuándo mi hermano se mueve por la casa. Sé cuándo mi madre planea algo porque su doncella recibe órdenes antes del desayuno. Sé qué cartas salen y cuáles intenta ocultar. Si puedo ayudarla... lo haré.

Eleanor sintió que algo, muy despacio, se le ablandaba en el pecho. —¿Por qué?

Charlotte miró sus manos. —Porque durante años pensé que Robert era frío, pero justo. Esta noche he visto que solo era frío. Y porque si permite que le haga esto a usted, quizás algún día me entregue a mí a un hombre igual y me diga que debo estar agradecida.

Aquello no era amistad todavía.

Era algo más frágil.

Una alianza nacida del horror.

Eleanor extendió la mano.

Charlotte la tomó.

No con fuerza.

Pero la tomó.

—Entonces empezaremos por sobrevivir a mañana —dijo Eleanor.

Charlotte respiró hondo. —Mi madre quiere que usted la acompañe a Bristol por la mañana. A comprar medias.

Eleanor parpadeó. —¿Medias?

—Eso dijo. Aunque cuando mi madre dice medias, rara vez quiere decir medias.

—Naturalmente no. Sería demasiado sencillo.

Charlotte casi sonrió. —Quiere hablar con usted a solas, lejos de Lady Agatha.

Eleanor cerró los ojos un instante. —Perfecto. Después de una noche de intento de sometimiento masculino, nada como una mañana de mercería hostil.

Esta vez Charlotte sí sonrió.

Pequeña.

Pero real.

A la mañana siguiente, Eleanor bajó con el rostro cuidadosamente compuesto y el brazo cubierto por mangas largas. Había varias marcas en su cuerpo. Aquello la enfureció.

Lady Octavia la esperaba en el vestíbulo, vestida de viaje con un traje color malva apagado y una expresión de sacrificio aristocrático. Charlotte estaba a su lado, pálida pero firme.

—Iremos a Bristol —dijo Lady Octavia—. Hay ciertos encargos que deben hacerse antes de mi partida.

—¿Mi presencia es necesaria?

—Sí.

Eleanor podría haber discutido. Podría haber alegado el tobillo, una jaqueca o la necesidad de acompañar a Lady Agatha. Pero Charlotte la miró, una advertencia mínima. Si se negaba, Lady Octavia buscaría otra forma. Mejor ir, a plena luz, en carruaje, con Charlotte presente.

—Como desee —dijo Eleanor.

Lady Octavia la observó.

—Esa frase suele sonar mejor cuando incluye obediencia sincera.

—Me temo que tendrá que conformarse con gramática correcta.

Charlotte tosió.

El viaje a Bristol fue una exhibición de tensión con ruedas. Lady Octavia habló poco al principio, lo cual permitió a Eleanor contemplar los campos, los setos y el cielo pálido con una concentración que habría parecido poética si no hubiera estado usando todo su esfuerzo en no recordar la mano de Robert en su brazo. Charlotte iba frente a ella, mirando a veces por la ventana, a veces a Eleanor, con el gesto de quien deseaba advertir de un incendio sin que el pirómano la oyera.

La tienda de medias estaba situada en una calle respetable, cerca de una modista y de una librería pequeña. Era un establecimiento estrecho, lleno de cajas, cintas, tejidos doblados y dependientas que parecían conocer la jerarquía social con más precisión que muchos heraldos. Lady Octavia eligió medias de seda con la gravedad de quien seleccionaba alianzas matrimoniales.

Solo cuando Charlotte fue enviada a examinar unos encajes al otro extremo de la tienda, Lady Octavia habló de verdad. —Anoche oyó algo desagradable, supongo.

Eleanor se quedó inmóvil. —Oí muchas cosas desagradables ayer.

Lady Octavia tomó un par de medias color marfil y las examinó contra la luz. —Robert es un hombre bajo una presión considerable.

—Qué lástima.

—No sea insolente. La insolencia envejece mal en una mujer sin fortuna.

Eleanor sintió una calma peligrosa descender sobre ella.

—Entonces tendré que confiar en que mi posible fortuna llegue antes que las arrugas.

Lady Octavia volvió el rostro hacia ella.

Sus ojos azules eran más parecidos a los de Robert que los de Charlotte. No por el color, sino por la falta de calor.

—Mi hijo necesita una esposa que le aporte paz, no más dificultades. Una mujer complaciente no es una mujer débil, señorita Ashford. Es una mujer inteligente. Aprende cuándo hablar, cuándo callar y cuándo permitir que el hombre que lleva el peso del nombre familiar tome las decisiones necesarias.

—¿Y usted ha sido feliz haciendo eso?

La pregunta salió baja. Demasiado baja para que las dependientas la oyeran.

Pero Lady Octavia la oyó.

Y, por primera vez, algo parecido al odio le cruzó el rostro.

—La felicidad es una palabra vulgar cuando se habla de matrimonio.

—Qué triste.

—No. Realista. Las jóvenes alimentadas con novelas creen que un marido debe adorarlas, escucharlas, tocarles la mano con ternura y consultarles asuntos que no comprenden. Después envejecen y descubren que la estabilidad era un premio mucho más útil que el amor.

Eleanor pensó en Bear tocándola como si su placer fuera importante. Pensó en Robert sujetándole la muñeca como si su voluntad fuera un obstáculo mal colocado. Pensó en Charlotte llorando sin ruido en su dormitorio.

—Quizás algunas mujeres envejecen tristes porque nadie les permitió descubrir otra cosa.

Lady Octavia dejó las medias sobre el mostrador. —No se engañe. El duque de Ravenshire no se casará con usted.

La frase fue limpia.

Casi amable.

Por eso hirió.

Eleanor no respondió.

Lady Octavia se acercó un poco más.

—Puede desearla. Los hombres así desean muchas cosas. Lo salvaje siempre se confunde con sinceridad cuando una mujer joven quiere sentirse especial. Pero él es duque. Es Colligan. Su familia puede permitirse excentricidades, sí, pero no estupideces matrimoniales sin consecuencias. Usted es una joven con una herencia discutida, una reputación cada vez más frágil y un compromiso que todavía existe. Robert, con todos sus defectos, ofrece una salida respetable.

—Robert ofrece una jaula con mi nombre grabado en la puerta.

—Y el duque ofrece una fantasía sin puerta alguna —Eleanor sintió que aquella frase tocaba algo que no quería mirar. Porque una parte de ella temía lo mismo. No que Bear mintiera. Sino que la realidad fuera más cruel que el deseo. Lady Octavia vio el impacto y suavizó la voz. Aquello fue peor—. Sea sensata. Pida disculpas. Permita que Robert adelante la boda. Déjese guiar. Una nuera complaciente puede llegar a ser muy querida con el tiempo.

—¿Querida por quién?

Lady Octavia no respondió.

No hacía falta.

Por nadie.

Solo tolerada.

Colocada.

Administrada.

Eleanor tomó una caja de medias al azar y la dejó junto a las otras. —Creo que estas son adecuadas.

Lady Octavia arqueó una ceja. —No ha mirado el color.

—Me estoy entrenando para la vida de esposa complaciente. Supuse que no debía tener opinión.

Charlotte, desde el otro lado de la tienda, bajó la cabeza para ocultar una sonrisa.

Lady Octavia no sonrió.

Cuando salieron a la calle, Bristol continuaba con su vida: carruajes, vendedores, caballeros con bastones, damas entrando y saliendo de tiendas, niños correteando entre faldas y ruedas con una despreocupación que habría puesto enferma a cualquier madre decente. Eleanor respiró el aire frío y se dio cuenta de que seguía temblando.

No por Robert.

No solo por Robert.

Lady Octavia había dicho en voz alta una posibilidad que Eleanor había intentado no formular.

Bear podía desearla.

Podía defenderla.

Podía incluso respetarla.

Pero casarse con ella era otra cosa. Una cosa con títulos, familias, periódicos, linajes y una madre demasiado inteligente que quizás la ayudaba porque Eleanor era útil contra Robert, no porque la quisiera para su hijo.

Eleanor cerró los dedos dentro de los guantes.

No.

No caería en esa trampa.

No cambiaría una dependencia por otra, aunque la segunda tuviera ojos grises, manos capaces de deshacerla y una forma de decir su nombre que le hacía olvidar todos los años de prudencia que había acumulado como si fueran una dote pobre.

Charlotte se acercó a ella mientras Lady Octavia daba instrucciones al cochero.

—¿Está bien?

Eleanor miró la calle.

Pensó en la noche anterior. En la mano de Robert. En la voz de Charlotte deteniéndolo. En Lady Octavia ofreciéndole una vida complaciente como si fuera un par de medias bien remendadas.

—No —dijo al fin.

# CAPÍTULO 17

El regreso de Bristol no trajo paz a Ashford Manor.

Eleanor no esperaba que lo hiciera. La paz, en aquella casa, había empezado a parecerle una de esas piezas de plata antigua que se conservaban en los aparadores para impresionar a las visitas: brillante a distancia, inútil en la práctica y demasiado delicada para resistir el uso diario.

Volvió de la mercería con Lady Octavia y Charlotte en un carruaje donde apenas se habló, salvo para comentar la calidad de unas medias que, según Lady Octavia, eran "adecuadas para una mujer discreta", frase que Eleanor sospechó que iba dirigida menos a la seda que a su carácter.

No respondió.

Charlotte, sentada frente a ella, no apartaba del todo la vista de sus guantes. Era una observación mínima, casi imperceptible, pero Eleanor la entendió. Bajo la manga larga, en la muñeca izquierda, la piel había empezado a oscurecerse. No era una gran marca. Robert no había sido tan torpe. Una violencia elegante rara vez deja pruebas escandalosas; prefiere señales pequeñas, suficientes para recordar a la víctima lo ocurrido e insuficientes para convencer a los demás de nada. Aun así, cuando Eleanor giraba la mano, sentía una punzada leve y amarga.

Lady Octavia no parecía notar nada, o quizás lo notaba y lo encontraba razonable.

Aquello era lo peor de las mujeres como ella: no defendían la violencia masculina porque fueran ignorantes, sino porque habían dedicado tantos años a sobrevivir dentro de ella que cualquier protesta ajena les sonaba a ingratitud.

Al llegar a Ashford Manor, encontraron una nota del reverendo Dacre esperando en la bandeja de plata del vestíbulo. Lady Agatha

la leyó primero, frunció la boca con una expresión de asco refinado y se la pasó a Eleanor como quien entrega una factura indecente.

—El reverendo desea venir esta tarde —dijo—. Con su esposa, naturalmente. Y con algunos miembros del comité parroquial. Quiere hablar de "armonía entre familias principales" después de los recientes acontecimientos.

Eleanor se quitó despacio el sombrero. —Qué admirable rapidez.

Lady Agatha la miró de arriba abajo, deteniéndose apenas en la rigidez de su mano. —También vendrán los Colligan.

Eleanor se quedó inmóvil.

Lady Agatha no suavizó la noticia. —La señora Dacre considera conveniente que estén presentes, dado que el duque de Ravenshire participó en el incidente de la parroquia y Lady Georgiana atendió a la niña. Traducido: todo el mundo quiere ver si alguien se muerde.

Charlotte, que aún no se había quitado los guantes, palideció. —Robert no debería estar presente.

Las tres mujeres la miraron.

La frase no había sido alta, pero sí demasiado sincera para una Ashford educada.

Lady Octavia, que acababa de entrar detrás de ellas, respondió con frialdad: —Robert es el señor de esta casa. Naturalmente estará presente.

Charlotte bajó la vista.

Eleanor sintió un impulso de ternura tan inesperado como inoportuno. Hasta hacía poco, Charlotte era una figura lateral en la arquitectura de sus problemas. Ahora empezaba a verla como una aliada.

—Entonces recibiremos al reverendo —dijo Eleanor.

Lady Agatha alzó una ceja. —¿Con entusiasmo cristiano?

—Con té. Es más creíble.

La reunión tuvo lugar en el saloncito verde, una estancia suficientemente amplia para contener una conversación incómoda sin permitir que nadie fingiera intimidad. Lady Agatha eligió su asiento junto a la ventana, desde donde podía ver la puerta, a Robert y la salida al mismo tiempo. Eleanor la admiró por ello. Las mujeres que habían vivido demasiado tiempo con recursos escasos

desarrollaban una estrategia espacial que muchos generales habrían envidiado.

El reverendo Dacre llegó con su esposa, dos damas del comité parroquial y el aire grave de un hombre que se disponía a poner paz sin haber entendido la guerra. Robert los recibió con impecable cortesía. Edward se colocó cerca de la chimenea, como si la casa necesitara otro objeto rígido y poco útil. Lady Octavia ocupó el sofá principal. Charlotte se sentó junto a Eleanor, demasiado cerca para ser casualidad.

Cuando anunciaron a los Colligan, la temperatura de la habitación cambió.

No entraron todos, gracias a Dios. Bastó con Tim, Perla y Bear para que Ashford Manor recordara que algunas familias no necesitaban levantar la voz para convertirse en amenaza. Tim Colligan saludó con una inclinación sobria; Perla ofreció una sonrisa. Bear entró el último, vestido de oscuro, con los hombros demasiado anchos para aquella habitación y los ojos grises buscando a Eleanor antes de que su educación pudiera impedírselo.

Ella apartó la mirada.

No por frialdad.

Por supervivencia.

Porque el encuentro anterior seguía en su piel. Porque la mano de Robert seguía también. Y porque, si Bear veía demasiado, la tarde terminaría en desastre.

El reverendo habló durante varios minutos sobre la importancia de la concordia. Era un discurso cuidadosamente construido para no acusar a nadie y, por tanto, para incomodar a todos. Mencionó la caridad, el deber cristiano, el ejemplo de las familias principales y la necesidad de evitar que las diferencias privadas perturbaran la vida de la comunidad. La señora Dacre asentía a intervalos, con esa expresión de compasión que solía reservar para personas a las que deseaba corregir.

—Después de lo ocurrido en la venta benéfica y los rumores de los abogados —dijo el reverendo—, sería deseable mostrar al pueblo que Ashford Manor y la familia Colligan pueden seguir compartiendo un propósito común.

Eleanor tuvo que bajar la mirada para no sonreír.

Fue entonces cuando ocurrió.

No por dramatismo. No por destino. Por una estupidez doméstica: la taza de Charlotte tembló al tomarla, derramando unas gotas de té sobre la falda de Eleanor. La joven se disculpó con angustia. Eleanor, de forma instintiva, alzó la mano izquierda para apartar la tela, y la manga se deslizó apenas hacia atrás.

Solo un poco.

Lo suficiente.

Bear lo vio.

Eleanor lo supo antes de mirarlo, porque el aire pareció endurecerse alrededor de él. Cuando alzó los ojos, encontró los suyos fijos en su muñeca. No había ira todavía. Eso habría sido más sencillo. Lo que vio fue una quietud terrible, una amenaza oscura, como si Bear hubiera dejado de estar en un saloncito inglés y se encontrara de pronto en algún lugar de la guerra en África.

Ella bajó la manga.

Demasiado tarde.

—¿Qué es eso, lady Eleanor? —preguntó él.

La habitación se silenció de golpe.

Eleanor sintió que todas las miradas descendían hacia su mano. La señora Dacre abrió los labios. Lady Agatha se incorporó un poco. Charlotte palideció tanto que pareció desaparecer dentro de su vestido claro.

—Nada —dijo Eleanor.

La palabra no convenció a nadie.

Robert habló antes de que Bear pudiera acercarse.

—La señorita Ashford se lastimó ayer al regresar de vuestra casa. Fue una jornada accidentada, como todos recordamos.

Pero Bear no escuchaba ya con la parte civilizada de sí mismo.

Robert cometió entonces el error de sonreír.

Fue mínimo. Solo una sombra en la boca, un gesto de superioridad, quizás de desafío. Eleanor supo claramente que Robert acababa de cumplir su cometido: llevar a Bear a un escándalo.

—Su Excelencia debería recordar —dijo Robert— que no toda marca en una dama reclama su intervención.

Bear se levantó. Tim también.

—Bear —quiso detenerlo su padre.

No fue una orden.

Fue una advertencia.

Por primera vez, no bastó.

Bear cruzó la distancia entre ambos con una rapidez que no tuvo nada de teatral. No hubo grito previo, ni amenaza elegante, ni desafío de caballero. Solo movimiento. Robert alcanzó a girarse antes de que el puño de Bear le golpeara la mandíbula.

El sonido fue seco.

Horrible.

Real.

Robert cayó contra el respaldo de una silla, derribándola antes de terminar en el suelo. La señora Dacre gritó. El reverendo se puso en pie con una palidez casi bíblica. Edward avanzó dos pasos y se detuvo al ver que Tim Colligan lo miraba con una calma que sugería consecuencias hereditarias. Lady Octavia se llevó una mano al pecho, aunque esta vez tuvo la prudencia de no desmayarse. Charlotte no se movió. Tenía los ojos clavados en su hermano, no en Bear.

Eleanor se quedó de pie.

No recordaba haberse levantado.

Bear respiraba con dificultad, no por esfuerzo, sino por lo mucho que se estaba conteniendo. Parecía capaz de hacer algo mucho peor y estar odiándose por no hacerlo. Robert se llevó una mano a la boca. Había sangre en sus dedos.

—Animal —dijo Edward.

Tiger no estaba allí para aplaudir la observación, lo cual fue una lástima. Eleanor pensó, con una parte absurda y distante de su mente, que él habría encontrado alguna forma brillante de empeorarlo todo.

El reverendo recuperó la voz.

—¡Su Excelencia! Esto es intolerable. ¡En una casa cristiana!

—Entonces rece por mi autocontrol —dijo Bear, sin apartar la mirada de Robert—. Porque aún lo necesito.

—Bear —dijo Perla.

Una sola palabra.

No tuvo el efecto de siempre.

Él no la miró.

Eleanor sí.

Lady Perla estaba muy pálida. No por el escándalo. Sino por la comprensión de los hechos. Había entendido lo que acababa de ocurrir: Robert había conseguido convertir la violencia de Bear en espectáculo, y Bear, al golpearlo, había dicho al pueblo exactamente lo que Robert deseaba que el pueblo oyera. Que los Colligan eran peligrosos. Que los Ashford estaban amenazados. Que Eleanor era el centro de una disputa masculina.

La guerra, aquella tarde, dejó de ser un rumor.

Se puso de pie en mitad del saloncito verde.

Robert se levantó con ayuda de Edward. Su labio estaba partido, la mandíbula enrojecida, el orgullo intacto y más venenoso que antes.

—Creo —dijo, con una voz demasiado serena para tener sangre en la boca— que todos hemos visto bastante.

Eleanor sintió el peligro de esa frase.

«Todos hemos visto bastante».

No: él me ha provocado.

No: él me ha golpeado.

Sino todos.

Robert pensaba usar cada par de ojos presentes.

—No —dijo Eleanor.

La palabra no fue alta, pero volvió a viajar.

Robert la miró.

—¿Perdón?

Eleanor se obligó a no mirar a Bear. Si lo hacía, quizás se rompería. Si se rompía, Robert ganaría otro pedazo de la tarde.

—Nadie ha visto bastante —dijo—. Han visto un golpe, sí. Desafortunado. Imperdonable, si desean llamarlo así. Pero no han visto lo que lo precedió, y eso es precisamente lo que vuelve tan peligrosas las conclusiones rápidas.

El reverendo abrió la boca.

Lady Agatha habló antes. —Mi sobrina está en lo cierto.

Robert la miró con furia. —Lady Agatha, le aconsejo...

—No —interrumpió la anciana—. Ya hemos recibido demasiados consejos de hombres que confunden la prudencia con obediencia.

La señora Dacre parecía al borde de una crisis moral.

—Pero el duque ha golpeado a sir Robert.

—Sí —dijo Eleanor—. Y no debió hacerlo. No tenía derecho —continuó Eleanor, y cada palabra le costó algo—. Mi dolor no le pertenece. Mi defensa tampoco. Pero tampoco permitiré que se utilice su error para ocultar otras verdades.

Robert se quedó inmóvil.

Por primera vez, quizás entendió que ella no iba a protegerlo para protegerse a sí misma.

—¿Qué verdades? —preguntó Edward.

Charlotte se puso de pie.

Eleanor la vio por el rabillo del ojo.

No.

Todavía no.

Si Charlotte hablaba entonces, Robert la destruiría también. No con los puños. Con algo peor: con su madre, con su apellido, con esa maquinaria familiar que sabía convertir la valentía femenina en histeria.

Eleanor movió la mano, un gesto mínimo.

Charlotte lo entendió.

Calló.

—La verdad —dijo Eleanor— de que hay documentos pendientes, derechos discutidos y demasiadas personas interesadas en que yo tome decisiones antes de conocer mi propia situación. La verdad de que mi compromiso no autoriza a nadie a disponer de mi persona. Ni de mi nombre. Ni de mi silencio.

Robert sonrió con la boca herida. —Qué discurso tan conveniente.

—No tanto como su sangre —respondió Lady Agatha—, pero hacemos lo que podemos.

El reverendo Dacre pareció a punto de desmayarse por segunda vez.

Tim Colligan se acercó por fin a Bear y le puso una mano en el hombro.

—Nos vamos.

Bear no se movió. Sus ojos seguían en Eleanor.

Ella sostuvo la mirada el tiempo justo para que entendiera una cosa: no ahora. No preguntes. No lo arregles. No vuelvas a tocarlo.

Bear apretó la mandíbula.

Luego inclinó la cabeza, no ante Robert, no ante el reverendo, sino ante ella.

Y salió.

Perla se detuvo junto a Eleanor un instante al pasar, pero no dijo nada.

Simplemente se marchó tras su marido y su hijo.

El saloncito verde quedó lleno de una clase de silencio mucho peor que el anterior. Robert se limpió la boca con un pañuelo. La sangre manchó el lino blanco de un rojo casi ofensivo.

—Ha visto lo que son —dijo Lady Octavia con voz helada—. Depredadores con títulos.

Eleanor miró a Robert. —He visto muchas cosas.

No añadió más.

No hacía falta.

Aquella noche, Bristol no hablaría.

Bristol ardería.

Y en el centro de aquella hoguera estarían los Ashford, los Colligan, una marca en la muñeca de Eleanor y un golpe que había sonado como el primer disparo de una guerra que llevaba demasiado tiempo esperando permiso para volver a empezar.

# CAPÍTULO 18

La casa Colligan recibió a Bear con una calma demasiado perfecta.

Aquello, en sí mismo, era una acusación.

No hubo criados corriendo por los pasillos, ni puertas cerrándose con violencia, ni el tipo de revuelo doméstico que habría resultado más tolerable porque al menos habría reconocido que algo se había roto. En lugar de eso, la casa se mostraba impecable: lámparas encendidas, alfombras sin una arruga, flores frescas en los jarrones y el señor Larkin aguardando en el vestíbulo con la expresión de un hombre que había sobrevivido a guerras peores, aunque ninguna tan vulgar como un duque que había golpeado a un caballero delante del reverendo.

Bear entró sin quitarse los guantes.

Tim lo hizo detrás de él.

Perla fue la última.

Eso ya era mala señal. Perla Colligan rara vez caminaba al final de una comitiva a menos que quisiera observar los daños desde todos los ángulos antes de elegir dónde clavar el cuchillo.

—El duque de Blackmoor ha llegado hace media hora, mi señor —informó Larkin.

Tim cerró los ojos un instante. —Por supuesto.

No podía faltar Tiger. Su hermano tenía el talento extraordinario de aparecer en los momentos en que su presencia podía resultar más irritante, más útil o ambas cosas a la vez. En aquella ocasión, Bear sospechó que sería ambas.

—Está en la biblioteca —añadió Larkin—. Con el señor Havers.

Bear se detuvo. —¿Havers está aquí?

Larkin miró fugazmente a Lady Perla.

Demasiado fugazmente.

Pero Bear lo vio.

—Sí, excelencia.

El golpe que había dado a Robert aún le latía en los nudillos. Una parte de él, la parte que no había aprendido nada útil desde África, seguía considerando que había sido poco. Otra, mucho más molesta, tenía la voz de Eleanor diciéndole que su dolor no le pertenecía. Aquella frase le había hecho más daño que cualquier reprimenda de su padre.

Y ahora Havers estaba en la biblioteca.

No en el despacho de Tim.

No en una sala de visitas.

En la biblioteca familiar, donde se hablaba de negocios que no debían llegar a oídos ajenos.

Bear cruzó el vestíbulo sin pedir permiso.

Tim lo siguió con un suspiro.

Perla no dijo nada.

Eso también era mala señal.

La biblioteca olía a cuero, café y tormenta. Tiger estaba junto a la chimenea, con una copa en la mano y la expresión de quien ha llegado tarde al incendio, pero espera disfrutar de las brasas. El señor Havers, abogado de Bristol, guardaba varios papeles dentro de una cartera. Al ver entrar a Bear, se levantó con esa rapidez cautelosa que adoptan los hombres sensatos ante animales grandes y recientemente violentos.

—Excelencia —dijo.

Bear miró los papeles. —¿Qué hace aquí? No lo he llamado y la señorita Eleanor no precisa de sus servicios hoy.

Tiger sonrió. —Yo también me alegro de verte, hermano. Tienes sangre en el puño. Espero que no toda sea tuya; sería decepcionante.

—Tiger.

—Ese tono suele preceder a una amenaza. Procura que sea original.

—¿Qué hace Havers aquí?

El abogado miró a Perla.

Bear no.

Seguía mirando los papeles.

Bear avanzó hasta la mesa y tomó uno de los documentos antes de que Havers pudiera impedirlo. Era un borrador de reclamación.

Westmere.

Rentas suspendidas.

Reserva dotal.

Línea femenina Ashford.

Y al final, escrito con una pulcritud que le revolvió el estómago: si se rechazaba la reclamación principal de la señorita Ashford, la casa Colligan podría recuperar el derecho sobre Westmere.

Bear levantó la vista.

Muy despacio.

—¿Qué es esto?

Perla no parpadeó.

—Una posibilidad.

—No he preguntado qué podría ser en el lenguaje venenoso de los abogados. He preguntado qué es.

Havers carraspeó. —Excelencia, se trata de un esquema preliminar. Si la señorita Ashford demuestra que Westmere le pertenece por línea materna, la situación abre la puerta a un acuerdo privado entre ella y la familia Colligan en cuanto a ciertas rentas históricas, derechos de paso y explotación del arroyo...

—Cállese —dijo Bear.

Havers cerró la boca.

Tiger dejó de sonreír.

Bear miró a su madre. —La has estado usando.

Perla permaneció inmóvil. —Elige tus palabras con cuidado.

—He elegido pocas. Eso debería complacerte.

Tim se acercó a la mesa. —Bear.

—No —dijo él, sin mirar a su padre—. Esto no es ayuda desinteresada. No era solo proteger a Eleanor de Robert. Era usar su reclamación para debilitar a los Ashford y negociar Westmere desde otro ángulo.

Perla dejó los guantes sobre la mesa. —Sí.

La sinceridad fue peor que una excusa.

Bear soltó una risa sin humor. —Al menos no lo niegas.

—Negarlo sería insultarte. Y, aunque hoy has demostrado una capacidad admirable para comportarte como un toro con título, sigues siendo mi hijo y no eres estúpido.

—Qué ternura maternal.

—No la mereces esta tarde.

Tiger murmuró: —Empieza fuerte. Prometedor.

Nadie le hizo caso.

Bear apoyó ambas manos sobre la mesa. La madera crujió bajo sus dedos.

—Eleanor no es una pieza en tu tablero, mamá.

—Todo el mundo es una pieza en algún tablero, Bear. La diferencia está en si lo sabe o no.

—Ella no lo sabía.

—Ahora lo sabes tú.

—Eso no mejora nada.

—Mejora mucho. Porque eres tú quien no estaba prestando atención. Yo sí.

Aquello le hizo alzar la cabeza.

Perla se acercó a él. No parecía culpable. No parecía orgullosa tampoco. Parecía lo que siempre había sido: una mujer que había sobrevivido demasiado tiempo en un mundo gobernado por hombres para confiar en la inocencia como estrategia.

—Robert Ashford quería casarse con Eleanor para controlarla, controlar su posible derecho sobre Westmere y usarla contra nosotros. Yo he usado la misma grieta para impedirlo. ¿Eso me convierte en virtuosa? No. ¿Me convierte en peor que él? Tampoco. La diferencia es que yo no pretendo meterla en una jaula y llamarlo protección. La ayudo, al mismo tiempo que nos ayudo a nosotros.

—Pero sí querías ganar Westmere.

—Quiero que Westmere deje de ser un arma para los Ashford.

Bear se apartó de la mesa.

—La historia de esta familia está llena de hombres que llamaron estrategia a la codicia.

Por primera vez, algo en el rostro de Perla se afiló. —Y de mujeres que pagaron el precio de la estupidez sentimental de esos hombres.

Tim se movió entonces, no para defender a su esposa, sino para interponerse antes de que madre e hijo terminaran diciéndose verdades que ningún título podría limpiar después.

—Basta.

La palabra fue baja.

Funcionó a medias.

Bear miró a su padre.

—¿Tú lo sabías?

Tim no respondió enseguida.

Eso bastó.

Bear sintió algo desagradable cerrársele en el pecho.

—Claro.

—Sabía que tu madre buscaba una vía legal para neutralizar a Robert —dijo Tim—. No sabía que Eleanor se convertiría en algo tan importante para ti, pensé que solo era un pasatiempo.

—No es "algo" para mí.

—Entonces compórtate como si lo entendieras —respondió Tim —. Porque lo que has hecho hoy le ha dado a Robert exactamente lo que quería: un Colligan violento en una habitación llena de testigos.

Bear giró el rostro hacia la ventana.

Más allá del cristal, los jardines parecían absurdamente tranquilos.

—Vi la marca.

—Y golpeaste al hombre que podía convertir tu reacción en una prueba —dijo Tim—. No eres un muchacho, Bear. No eres un oficial perdido en África. Eres el duque de Ravenshire. Cada puño que levantas arrastra detrás de sí un título, una familia y a la mujer que dices querer proteger.

Tiger alzó las cejas. —¿Estamos teniendo una conversación familiar honesta? Debería haber traído una botella.

Perla se volvió hacia él. —Tú calla.

—Sí, madre.

Y, milagrosamente, calló.

Perla volvió a Bear. —Mañana habrá un picnic.

Bear parpadeó.

—¿Qué?

—Un picnic.

—¿Has perdido la cabeza?

—No. La estoy usando. Es una costumbre que recomiendo antes de golpear caballeros en presencia del clero.

—No voy a ningún picnic.

—Sí irás.

—No.

Perla sonrió.

No fue una sonrisa cálida.

Fue la clase de sonrisa que debió de haber precedido en su juventud a operaciones que ningún archivo oficial reconocería jamás.

—Bear, querido, si mañana no apareces en el jardín familiar vestido, afeitado y capaz de mantener las manos lejos de la mandíbula de cualquier invitado, iré personalmente a Ashford Manor, pediré audiencia con Robert y Lady Octavia, y les explicaré con todo detalle que mi hijo se ha enamorado de Eleanor Ashford y que su negativa a presentarse en sociedad se debe a una cobardía emocional tan grande que ni la guerra Matabele consiguió curársela.

Tiger se atragantó con el vino.

Tim cerró los ojos.

Bear miró a su madre con una incredulidad furiosa. —No te atreverías.

—Hijo mío —dijo Perla con dulzura—, he hecho cosas bastante más indecorosas por menos.

Tiger se secó la boca con el dorso de la mano. —Yo pagaría por verlo.

—Tú también asistirás —dijo Perla.

—Por supuesto. Amo los picnics bajo amenaza.

Bear señaló los papeles de Havers. —¿Y eso? ¿También será parte del picnic?

—El picnic no es por Westmere. No de forma visible. Es por nosotros. Robert ha mostrado a Bristol un Colligan que golpea. Mañana Bristol verá a los Colligan comer fresas, hablar con vecinos, saludar al reverendo y comportarse como si no hubieran considerado prender fuego a Ashford Manor durante el desayuno.

—Qué espectáculo tan edificante —dijo Bear.

—La sociedad es espectáculo, Bear. O lo diriges tú, o lo dirige tu enemigo.

Esa frase le recordó demasiado a lo que él mismo le había dicho a Eleanor unos días antes, creyendo llevar el control de la situación.

Y por eso le molestó más.

Tim se sirvió una copa sin beberla.

—Además —añadió—, tu madre tiene razón en otra cosa. Debes casarte.

Bear se quedó quieto. Tiger alzó la cabeza, interesado.

—Ah. Mi parte favorita de la tragedia: favoritismo. ¿Pretendéis que Bear herede todo?

—No quiero una esposa a cambio de tus posesiones, padre —dijo Bear, ignorando a su hermano.

—No —dijo Tim—. Necesitas esposa porque sigues viviendo como si una casa fuera un campamento al que has llegado por error. Porque tienes título, tierras, hombres que te observan y una merced de la Corona que no puede sostenerse solo con cicatrices y mal carácter. Y porque, si no escoges pronto tu lugar, otros lo escogerán por ti.

Bear sintió una irritación vieja, casi infantil, pero no era un niño y le molestó reconocerla.

—No aprobarás a Eleanor.

Tim no se sorprendió. Perla tampoco.

Tiger sí dejó de jugar con la copa.

Tim habló con cuidado.

—No como están las cosas.

Bear soltó una risa baja. —Al menos eres honesto.

—Sería una imprudencia. Para ella y para ti. Está comprometida, aunque ese compromiso esté pudriéndose por dentro. Su derecho sobre Westmere no está probado. Su reputación está siendo usada como cuerda por Robert. Y tú acabas de golpear a su prometido delante de medio comité parroquial. Si mañana anuncias que deseas casarte con ella, no la salvas. La conviertes en la mujer por la que un duque perdió la cabeza después de que ella rompiera un compromiso conveniente. Le das a Robert el relato completo.

—No me importa Robert.

—Ese es el problema —dijo Tim—. A mí sí. A tu madre sí. A cualquiera que quiera proteger a Eleanor debería importarle, porque Robert piensa como un hombre paciente, y los hombres pacientes son mucho más peligrosos que los furiosos.

Bear no respondió.

Perla se acercó entonces, más despacio.

—Tu padre no está diciendo que Eleanor no sea digna de ti.

—Suena exactamente a eso.

—Entonces escucha mejor. La familia Ashford despreciaba a tu abuela Alba por extranjera, por rica, por no tener la sangre inglesa suficientemente cómoda para sus mesas. La llamaron intrusa, comerciante, española como si fuera una enfermedad hereditaria. Y luego siguieron haciendo lo mismo con nosotros cuando les convino: demasiado morenos, demasiado bruscos, demasiado ricos, demasiado cerca de la Corona, demasiado poco dóciles para Bristol.

Bear sintió que algo se le endurecía por dentro.

La abuela Alba.

De niño había oído fragmentos. Comentarios cortados al entrar él en una estancia. Una vez, en un baile, una anciana había dicho que los Colligan tenían "cierto fuego continental en la sangre".

—Los Ashford no son solo Robert —continuó Perla—. Son una historia entera de desprecios vestidos de educación. Eleanor no tiene la culpa de eso. Pero si la tomas sin pensar, si la reclamas como respuesta a Robert o a tu deseo, la harás cargar con todos los fantasmas de ambas familias.

—No voy a reclamarla.

—No —dijo Perla—. De momento solo golpeas hombres por ella y la miras como si el resto del mundo estuviera mal construido.

Tiger murmuró: —Es una descripción bastante precisa.

Bear lo fulminó con la mirada.

Tiger sonrió con poca prudencia.

Tim dejó la copa.

—No aprobaré a Eleanor como esposa mientras ella siga atrapada entre Robert, Westmere y nuestra guerra familiar, dejando de lado que no tiene ni título ni posición ni dinero. Si llega libre, si

llega por voluntad propia y no como consecuencia de un escándalo que tú has ayudado a crear, hablaremos.

Bear miró a su padre. —¿Y si no espero tu aprobación?

Tim sostuvo su mirada con dureza: —Entonces serás libre de hacer lo que quieras, como todo hombre que confunde libertad con no deberle nada a nadie. Pero no esperes que te abra las puertas de esta casa.

Aquello lo golpeó de lleno.

Bear se apartó.

Tiger fue quien rompió el silencio.

—Bien. Entonces mañana picnic, fresas, sonrisas falsas, ningún Ashford invitado y Bear fingiendo que no contempla asesinato. ¿Debo preparar conversación ligera o duelo verbal?

—Ambas cosas —dijo Perla—. Y Cassandra Harcourt asistirá.

Tiger se quedó inmóvil.



A la mañana siguiente, Bristol descubrió que los Colligan no se escondían.

Lo descubrió porque recibió invitaciones.

No todas las casas, por supuesto. Lady Perla tenía talento para hacer que una exclusión pareciera natural hasta que el excluido la sentía como una bofetada. Los Dacre fueron invitados, porque el reverendo era demasiado útil como testigo para ser ignorado. También los Harcourt, algunas familias de Bristol, varios propietarios vecinos, los parientes Colligan y Peyton, dos viudas que sabían convertir cualquier gesto en noticia y tres madres con hijas casaderas que probablemente habrían cruzado una inundación si al otro lado hubiera un duque soltero.

Los Ashford no recibieron invitación.

Ninguno.

Ni Robert, ni Lady Octavia, ni Edward, ni Charlotte.

Ni Eleanor.

Bear lo supo al ver la lista.

No dijo nada delante de su madre.

Pero cuando salió al jardín y vio los manteles dispuestos bajo los castaños, las mesas con fruta, pan, empanadas frías, vino, limonada y fresas, los lacayos moviéndose con precisión y a Tiger vestido como si hubiera venido a seducir a toda la campiña por aburrimiento, sintió la ausencia de Eleanor de forma dolorosa.

Todo estaba lleno.

Y faltaba ella.

—No la han invitado —dijo Tiger a su lado.

Bear no lo miró. —Lo sé.

—Madre es muy sutil cuando quiere clavar una daga.

—No hables de ella.

—¿De madre o de Eleanor?

Bear volvió la cabeza. Tiger alzó ambas manos.

—De acuerdo. De nadie. Qué picnic tan silencioso vamos a tener.

No fue silencioso.

Bristol, privado de los Ashford, habló más que nunca de ellos.

Las conversaciones empezaron junto a la mesa de limonada, se extendieron hacia el puesto de frutas y terminaron en pequeños grupos bajo los árboles. Nadie pronunciaba nada con demasiada claridad, porque estaban en casa de los Colligan y hasta las flores parecían tener buen oído. Pero los susurros viajaban.

—Dicen que sir Robert apenas podía hablar anoche.

—El duque le partió la boca.

—Por una marca en la muñeca de la señorita Ashford.

—Eso no está probado.

—No hace falta probarlo para comentarlo, querida.

—Los Colligan siempre han sido violentos.

—Y los Ashford siempre han sido orgullosos.

—Eso empezó con la española, ¿no?

—Alba Colligan. Mi abuela la recordaba. Decía que era hermosa como un pecado extranjero.

—Lady Margaret Ashford se negó a sentarla a su mesa.

—Y después los Colligan compraron Westmere.

—Compraron o arrebataron.

—Depende de a qué familia se pregunte.

Bear oyó más de lo que quiso.

Tim también.

Perla, desde el otro lado del jardín, parecía oírlo todo y perdonarlo todo con una serenidad que a Bear le resultó insoportable. Aquella era la fuerza de su madre: no necesitaba impedir que Bristol hablara; solo necesitaba elegir qué parte de la conversación sobreviviría hasta la cena.

El reverendo Dacre llegó con la señora Dacre, ambos incómodos. Perla los recibió como si el día anterior no hubieran presenciado un puñetazo bajo su autoridad moral.

—Reverendo —dijo—. Qué alegría que haya venido.

El reverendo pareció no compartir del todo la alegría, pero aceptó limonada.

La señora Dacre miró alrededor. —No veo a la señorita Ashford.

—No —dijo Perla—. No está.

Nada más.

La ausencia quedó explicada y, al mismo tiempo, convertida en declaración.

Bear apretó la mandíbula.

Tim apareció a su lado.

—No.

—No he dicho nada.

—Tu cara lo ha dicho con demasiada elocuencia.

—Ella no debería estar excluida, no después de haberle hecho creer que la estábamos ayudando con nuestros abogados.

—Quizás tengas razón. Pero hoy no podías verla aquí sin que todos contaran los pasos entre vosotros.

—Entonces este picnic no es para arreglar nada. Es para separarla de nosotros.

Tim lo miró. —Es para impedir que tú y ella os hundáis juntos.

Bear soltó una risa amarga.

Al otro lado del jardín, Tiger saludaba a Lady Cassandra Harcourt con una reverencia que habría parecido impecable si no hubiera tenido demasiada intención.

Cassandra llevaba un vestido azul profundo, sencillo y caro, con el cabello rojizo oscuro recogido bajo un sombrero claro. A su lado, su madre conversaba con una dama Peyton, pero Cassandra no parecía necesitar amparo de nadie. Miró a Tiger como si él fuera una diversión que había decidido no concederse demasiado pronto.

—Duque de Blackmoor —dijo ella.

—Lady Cassandra. Qué alivio verla. Temía que el picnic fuera respetable.

—Y ha venido usted a impedirlo.

—Como acto de caridad.

—Qué curioso. Siempre pensé que la caridad exigía algún sacrificio.

—Estoy hablando con usted delante de mi madre. Eso cuenta —Cassandra miró hacia Perla—. Su madre parece una mujer capaz de sacrificar a toda la familia si la causa es suficientemente elegante.

—Empieza a comprendernos.

Bear los observó un instante. Tiger parecía estar divirtiéndose, pero había en su rostro una atención distinta, menos brillante y más peligrosa. Cassandra no se dejaba impresionar. Eso, Bear sospechó, era exactamente lo que atraía a su hermano.

La tarde avanzó con la apariencia de éxito social.

Se rio. Se comió. Se habló de caballos, de cosechas, de la salud de Lady Octavia, del golpe de Bear sin llamarlo golpe, de la ausencia de los Ashford sin llamarla exclusión y de Westmere sin pronunciar su nombre más de lo necesario. Todo era muy civilizado, lo cual en Bristol significaba que nadie había dicho aun lo que pensaba.

Bear soportó media docena de conversaciones, tres comentarios disfrazados de preocupación y una madre que le presentó a su hija con una sonrisa tan esperanzada que casi merecía una compensación económica por adelantado.

No vio a Eleanor.

Y precisamente porque no la vio, la imaginó demasiadas veces.

En Ashford Manor. Con la muñeca marcada. Con Robert cerca. Con Charlotte intentando ayudarla. Con Lady Agatha enfrentándose sola a una casa que ya no le pertenecía.

La ausencia se le convirtió en rabia.

No una rabia útil.

Se apartó del grupo y caminó hacia el límite del jardín, donde los árboles ocultaban parcialmente el camino hacia Westmere. Allí, por primera vez en toda la tarde, pudo respirar.

No estuvo solo mucho tiempo.

Perla apareció a su lado.

—No vayas a Ashford Manor.

Bear no se giró.

—Deja de darme órdenes, madre. Ya no soy un niño ni un joven al que regañar. ¿Cómo has podido usar a Eleanor? ¿Convertirla en reclamación, en Westmere, en un modo de derrotar a Robert?

Perla tardó en responder.

—Al principio, sí lo hice.

La honestidad volvió a doler.

—Gracias.

—No me des las gracias con ese tono de mártir. Luego la vi. La escuché. Y me gustó. No pretendo hacerle daño, créeme.

Bear miró hacia el camino. —Padre no la aprobará.

—Tu padre no aprueba nada hasta que la vida lo obliga y luego finge que fue prudencia desde el principio.

A Bear se le escapó una risa seca.

Perla lo miró de reojo.

—No he dicho que la apruebe yo tampoco.

La risa desapareció. —Lo sé.

—Pero si algún día vienes a mí y me dices que quieres casarte con Eleanor Ashford, puede que lo acepte.

—¿Y si ella no quiere venir?

Perla lo observó un largo instante. —Entonces la dejarás ir.

Bear cerró los ojos.

Detrás de ellos, el picnic continuaba. Alguien reía. Tiger probablemente. Cassandra quizás no. El reverendo hablaba con Tim. Las damas seguían midiendo ausencias, nombres y futuros matrimonios. Bristol masticaba el escándalo con hambre renovada.

Bear abrió los ojos.

Al otro lado de los árboles, el camino hacia Ashford Manor permanecía vacío.

Y, por primera vez desde que había visto la marca en la muñeca de Eleanor, comprendió que quizás protegerla no consistía en ir hacia ella.

Quizás consistía en esperar.

Aunque esperar, para un hombre como él, fuera casi otra forma de guerra.

# CAPÍTULO 19

A Eleanor le bastó una hora para descubrir que no había sido invitada al picnic de los Colligan.

No hizo falta que nadie se lo dijera con crueldad. Primero fue la criada de la cocina, que comentó sin pensar que aquella mañana había salido un carruaje de los Dacre hacia la casa Colligan. Después fue uno de los mozos, que dejó caer que casi todo Bristol parecía dirigirse hacia allí, como si los Colligan hubieran decidido compensar el puñetazo de Bear con fresas y manteles blancos. Y, por último, fue Charlotte, que entró en el saloncito donde Eleanor fingía leer una novela y cerró la puerta con tanta delicadeza que la noticia ya venía escrita en su rostro.

—No la han invitado —dijo.

Eleanor pasó una página. Ni siquiera estaba segura de que el libro estuviera del derecho. —Ya lo había supuesto.

Charlotte se acercó con pasos cortos. Llevaba un vestido azul claro que le daba una apariencia casi infantil, aunque sus ojos, aquella mañana, parecían haber envejecido varios años.

—Dicen que han invitado a todo el mundo —murmuró Charlotte —. A los Dacre, a los Harcourt, a varios propietarios de Bristol, a las madres con hijas casaderas...

—Qué amplio sentido de la caridad social.

—Y no a los Ashford.

Eleanor cerró el libro.

Lady Agatha, que hasta entonces había permanecido junto a la ventana con una labor de bordado abandonada sobre el regazo, soltó una risa breve, seca, sin alegría.

—Naturalmente que no nos han invitado.

Eleanor volvió la cabeza hacia ella.

—Tía...

—No pongas esa cara, querida. Hay que aprender a distinguir entre caer bien y ser aceptada como parte de algo. Lady Perla puede encontrarte inteligente, incluso puede compadecerte lo suficiente para prestarte abogados, café y frases peligrosamente sensatas. Pero eso no significa que vaya a sentarte bajo sus árboles cuando medio Bristol está mirando y preguntándose qué lugar ocupas exactamente en la vida de su hijo.

Charlotte bajó la vista, incómoda.

Lady Agatha dejó el bordado a un lado con la elegancia de quien aparta una mentira que ya no sirve.

—No debimos ser ingenuas —continuó—. Los Colligan son encantadores cuando desean serlo, útiles cuando les conviene y leales, ante todo, a los Colligan. En eso, al menos, se parecen a todas las grandes familias que conozco. La diferencia es que ellos lo hacen con mejores ojos, más dinero y una alarmante habilidad para que una casi les dé las gracias.

Eleanor apretó los dedos sobre la cubierta del libro. —Lady Perla nos ayudó.

—Sí —respondió Agatha—. Y quizás lo hizo sinceramente. Una cosa no excluye la otra. Esa es la parte más incómoda de la vida adulta: las personas pueden ayudarte y usarte al mismo tiempo.

Charlotte levantó la mirada con timidez. —¿Cree usted que el duque de Ravenshire también...?

Lady Agatha la interrumpió con un gesto suave, pero firme.

—No sé qué quiere Bear Colligan. Y eso, mi querida Charlotte, es precisamente lo que vuelve peligrosa esta situación. Un hombre puede mirar a una mujer como si fuera capaz de incendiar el mundo por ella y, aun así, descubrir al día siguiente que su familia prefiere no servirle pastelillos delante del reverendo.

Eleanor sintió que aquellas palabras le dolían más de lo que debería. No porque fueran crueles, sino porque eran razonables.

No le dolió la exclusión como habría debido dolerle. No era una niña apartada de una fiesta, ni una joven ansiosa por sentarse bajo los árboles a recibir limonada de manos hipócritas. Lo que dolía era entender el gesto.

Lady Perla la había ayudado. Lady Perla la había sentado a su mesa, había pagado abogados, había puesto por escrito que Eleanor no le debía obediencia ni gratitud. Y, aun así, en cuanto la situación amenazó con manchar demasiado el brillo de los Colligan, Eleanor quedó fuera.

No era una sorpresa.

Eso no lo hacía menos amarga.

—Los Colligan no son diferentes —dijo Charlotte en voz baja—. Solo son más brillantes.

Eleanor la miró. Aquella frase no sonaba a Charlotte. Sonaba a una muchacha que había escuchado demasiadas conversaciones detrás de demasiadas puertas.

Antes de que pudiera responder, Robert entró sin llamar.

Charlotte se puso rígida.

Eleanor no.

Eso también era nuevo.

Robert llevaba una chaqueta beige impecable y un pañuelo anudado con tanta precisión al cuello que parecía haberlo hecho para compensar la hinchazón de su labio partido. El golpe de Bear no lo había desfigurado. Lamentable. Solo le había dado una sombra rojiza en la mandíbula y un aire de víctima digna que Eleanor sospechaba que él iba a explotar con mucho talento durante los próximos años.

—Señorita Ashford —dijo—. Veo que ha recibido la noticia.

—¿Qué noticia?

—No juegue a la inocencia. No le sienta natural.

Charlotte dio un paso hacia la puerta.

—Me quedaré en Ashford Manor cuando madre se vaya.

Robert la miró con frialdad. —No recuerdo haber pedido compañía.

—Y, sin embargo, la tiene —respondió Eleanor.

La mirada de Robert volvió a ella. Durante un segundo, Eleanor vio el esfuerzo que hizo para no perder la calma. Era casi hermoso, de un modo repulsivo, ver cómo un hombre tan orgulloso debía masticar su propia furia porque había testigos.

—La familia Colligan ha decidido mostrarse ante Bristol sin ustedes, mis señoras —dijo con sorna insultante—. Sin nosotros, debería decir. Aunque, en su caso, señorita Eleanor, la ausencia es más significativa. Una lástima. Yo habría pensado que, después de tanto interés por sus asuntos, la habrían sentado al menos en una silla junto a los Colligan.

Eleanor sintió que la frase le alcanzaba el pecho.

No le dio el gusto de verlo.

—Tal vez no me apetecía comer fresas bajo vigilancia.

—O tal vez al duque de Ravenshire le han recordado que el deseo no basta para escoger esposa.

Charlotte bajó la vista.

Eleanor no.

Robert avanzó un paso.

—Los Colligan buscan duquesas, señorita Ashford como lady Hancourt, la hija del Duque de Lyndham que, por supuesto, ha sido invitada. No problemas con tobillos torcidos, compromisos incómodos y escrituras desaparecidas. Usted les sirve mientras sea útil contra mí. Después, volverán a mirar hacia las jóvenes con título, dote y familias que no les obliguen a dar explicaciones.

La habitación se quedó en silencio.

Eleanor pensó en Bear. En sus manos. En su forma de detenerse cuando ella decía basta. En sus ojos grises al ver la muñeca. En la violencia de su puño contra Robert. En Lady Perla excluyéndola del picnic.

La duda se hizo más fuerte en ella, como si estuviera cogiendo frío a pesar de estar en pleno verano.

—Gracias por su preocupación —dijo ella sin más.

Robert sonrió. —No es preocupación. Es la verdad, señorita Eleanor. La claridad suele parecer cruel cuando una mujer ha elegido engañarse.

—Entonces debería usted descansar. Debe de estar agotado de ser tan claro.

Charlotte soltó un sonido que casi fue una risa y casi fue pánico.

Robert miró a su hermana. —No te quedarás en Ashford Manor.

—Sí lo haré, hermano —dijo Charlotte.

La palabra tembló, pero salió.

Robert la observó un instante más. Después inclinó la cabeza, como si concediera una gracia a dos criaturas inferiores.

—Muy bien. Seguiremos pendientes de las fiestas de nuestros vecinos. Será casi divertido ver cómo encuentran a la perfecta esposa para el salvaje del Duque de Ravenshire.

Lady Agatha, que había permanecido demasiado callada para ser inofensiva, alzó por fin la vista de su labor.

—Tenga cuidado, Sir Robert —dijo con una suavidad venenosa —. A veces una familia busca una esposa perfecta para un salvaje y termina descubriendo que el verdadero animal estaba en el ser más correcto.

El silencio que siguió fue delicioso.

Charlotte bajó la mirada.

Eleanor no.

Y Robert, por primera vez en toda la mañana, no encontró una respuesta digna de sí mismo.

Cuando se marchó, Charlotte soltó el aire como si lo hubiera contenido desde el desayuno.

Eleanor abrió de nuevo el libro.

—¿Quiere leer conmigo?

—¿Qué libro es?

Eleanor miró la cubierta. —No tengo la menor idea.

Charlotte se sentó frente a ella y, por primera vez desde que se conocían, ambas rieron sin permiso.

Aquella tarde, Eleanor salió de Ashford Manor con Charlotte, una doncella y una cesta para Mary Wilkes.

La excusa era correcta. La niña del accidente seguía recibiendo visitas de damas preocupadas, y Eleanor se había ganado el derecho de verla sin que nadie pudiera convertirlo en pecado. Robert no se opuso. Quizás porque Charlotte insistió en acompañarla. Quizás porque Lady Agatha, desde su sillón, declaró que también iría si alguien intentaba impedirlo, aunque tuviera que golpear al cochero con el bastón. O quizás porque Robert estaba ocupado escribiendo cartas.

Eso fue lo que más inquietó a Eleanor.

Los hombres como Robert eran más peligrosos cuando mojaban la pluma.

La casa de los Wilkes estaba cerca de la vieja capilla de Westmere, una construcción pequeña, medio abandonada, que había pertenecido a la finca antes de que las familias empezaran a discutir por las piedras, el arroyo y hasta la sombra que proyectaban los árboles. Mary recibió la cesta con entusiasmo. Su madre lloró un poco, como era de rigor. Charlotte se quedó con ellas dentro de la cabaña, escuchando a la niña contar por tercera vez cómo la señorita Ashford había "peleado contra el caballo", versión que Eleanor ya no tenía fuerzas para corregir.

Salió un momento.

Solo un momento.

La vieja capilla estaba a pocos pasos, rodeada de hierba alta y muros bajos. La puerta permanecía entreabierta. Eleanor entró, no para rezar, sino para tener un poco de tranquilidad. Había ido allí de niña, para jugar con Bear al escondite. El lugar le traía buenos recuerdos, aunque un poco amargos a esas alturas.

—No esperaba verla aquí —dijo una voz.

Bear.

Eleanor cerró los ojos.

No por sorpresa.

Por alivio.

Y luego, porque el alivio la irritó, se volvió hacia él con frialdad.

—¿Ha abandonado su picnic?

Bear estaba junto a la puerta, sin sombrero, con el cabello oscuro alborotado por el viento y el rostro más cansado de lo que Eleanor esperaba. No llevaba la expresión de un hombre que hubiera pasado la tarde recibiendo alabanzas, aunque quizás sí las había recibido.

—Sí.

—Qué imprudente. Sus invitadas casaderas estarán desconsoladas.

Él aceptó el golpe sin moverse. —Eleanor.

—No me llame así.

—¿Porque está enfadada, lady Eleanor?

—Porque no sé si tengo derecho a estarlo, y eso me enfurece aún más.

Bear dio un paso hacia ella. Eleanor levantó una mano.

—No. Antes de acercarse, responda. ¿Su madre me ha estado usando? —Él se quedó quieto. Aquello fue respuesta suficiente. Eleanor soltó una risa breve—. Qué familias tan eficientes. Robert intenta usarme para quedarse con Westmere, Lady Perla intenta usarme para impedirlo, y usted se dedica a engatusarme —Se detuvo.

—¿Yo?

—No lo sé. Ese es el problema.

Bear palideció. En él, aquel cambio mínimo fue casi brutal.

—No te he usado.

—¿No? ¿Ni siquiera un poco? ¿Ni siquiera cuando pensó que salvarme de Robert también podía salvar a su familia de una reclamación? ¿Ni siquiera cuando su padre decidió que yo no sería una esposa aceptable mientras le busca una que sí?

Los ojos de Bear se oscurecieron.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Robert. Lo cual es humillante, porque odio que pueda tener razón en algo.

—No tiene razón en lo que importa.

—Entonces dígame qué importa.

Bear no respondió enseguida. Miró hacia el fondo de la capilla, donde un vitral roto dejaba entrar la luz de la tarde en pedazos de color sobre el suelo.

—Importa que mi madre vio una estrategia antes de ver a una mujer. Sí. Importa que mi padre no aprobará que me case contigo mientras estés atrapada en el compromiso con Robert y en la guerra de Westmere. Sí. Importa que esta familia lleva demasiadas generaciones confundiendo orgullo con honor. También.

Eleanor sintió que la rabia se le aflojaba un poco, no porque sus palabras no dolieran, sino porque no eran falsas.

—¿Y usted?

Bear volvió a mirarla.

—Yo te deseo. Eso ya lo sabes. Pero no solo te deseo. Te respeto cuando me odias, cuando dudas de mí, cuando me apartas y cuando me haces sentir como un bruto por querer arreglarlo todo a golpes. Y te quiero libre incluso si, cuando lo seas, decides no venir conmigo.

Eleanor dejó de respirar.

La capilla pareció hacerse más pequeña.

—No diga cosas así si no puede sostenerlas.

—Puedo sostener más de lo que crees.

—No lo sé.

—Entonces pregunta.

Había algo en su voz. No seducción. No desafío. Cansancio, quizá. Dolor. Una grieta.

Eleanor lo miró de verdad.

—¿Qué ocurrió en África?

Bear se quedó inmóvil.

Durante un momento, Eleanor creyó que no contestaría. Luego él bajó la vista hacia sus manos.

—Demasiado.

—Esa respuesta no basta.

Bear caminó hasta uno de los bancos rotos y apoyó una mano en el respaldo. Parecía enorme allí dentro, demasiado vivo para un lugar tan muerto.

—Nos enviaron para proteger intereses británicos —dijo—. Esa fue la frase. Siempre hay una frase decente para las cosas indecentes. Protección. Orden. Comercio. Estabilidad. La verdad era más simple: había minas, oro, concesiones, hombres en Londres que nunca verían la tierra que estaban robando y otros hombres como yo, con uniforme, encargados de llamar deber a lo que era saqueo —Eleanor sintió que algo frío le bajaba por la espalda. Bear no la miraba—. Hubo una aldea. Civiles. Mujeres, niños, viejos. Nos dijeron que escondían armas, que ayudaban a los rebeldes, que si no actuábamos habría una emboscada. Quizás alguna parte era cierta. En la guerra siempre hay una parte cierta, lo suficiente para que los cobardes se escondan detrás. Pero cuando llegamos... —Se detuvo. La mano sobre el banco se cerró—. No fue una batalla. Fue

una matanza —Eleanor no habló. No se atrevió—. Tiger estaba en otro destacamento. Wolf llegó después. Yo estaba allí. Di órdenes. Obedecí otras. Intenté detener algo cuando ya era tarde. Y luego nos dieron informes limpios, palabras limpias, una versión que podía leerse en los clubes de Londres sin arruinar la digestión de nadie. Nos convirtieron en héroes porque sabíamos demasiado y porque era mejor darnos títulos que dejarnos hablar.

—Ravenshire —susurró ella.

Él sonrió sin humor.

—Una merced por silencio. Blackmoor para Tiger. Coldhaven para Wolf. Tres títulos para tapar tres hombres que volvieron con las manos llenas de cosas que no sabían manejar.

Eleanor se acercó despacio. —¿Por eso te odias?

Bear levantó la vista.

Sus ojos grises parecían gastados.

—Me odio porque sobreviví. Porque acepté el título. Porque cada vez que alguien me llama héroe, recuerdo a una mujer con un niño en brazos mirándome como si yo fuera el monstruo de todos sus cuentos. Y porque quizás lo era.

Eleanor sintió que las lágrimas le ardían detrás de los ojos, pero no lloró. No quería darle compasión si él no la había pedido. Se acercó hasta quedar frente a él.

—Usted me acaba de contar algo terrible porque ha elegido que lo supiera antes de permitirme idealizarlo. No sé qué hace eso de usted, Bear. Pero no lo convierte en un monstruo.

Él soltó una risa rota. —No sabes lo que dices.

—No. Pero sé lo que elijo.

La palabra quedó entre ambos.

Elijo.

Eleanor alzó una mano y le tocó la mejilla. Bear cerró los ojos como si aquella caricia fuera casi dolorosa.

—Hoy no quiero ser la prometida de Robert —susurró—. Ni la reclamación de Westmere. Ni el problema de los Ashford. Ni la vergüenza de los Colligan. Quiero ser yo. Y quiero elegir esto.

Bear abrió los ojos. —No digas esto por pena.

—No siento pena.

—Ni por rabia.

—Siento rabia. Pero no por esto.

—Eleanor...

—Si vas a detenerme, hazlo ahora.

Él la miró durante un largo instante.

Después la besó.

No hubo prisa al principio. Solo una profundidad lenta, casi dolorosa, como si Bear necesitara creerla antes de atreverse a perderse en ella. Eleanor le rodeó el cuello con los brazos y se entregó al beso con una decisión que le temblaba en todo el cuerpo. Él la sostuvo por la cintura, después por la espalda, atrayéndola contra su pecho con una mezcla de hambre y cuidado que le hizo arder la piel bajo la ropa.

Eleanor lo besó con más fuerza, abriéndose para él, dejando que su lengua lo buscara sin pudor. Bear soltó un sonido grave, un gruñido salvaje, casi roto, y aquel sonido la atravesó.

—Eleanor... —murmuró contra su boca.

Cuando la acostó sobre una manta vieja que alguien había dejado doblada en un banco, Eleanor no pensó en Robert.

Ni en Lady Perla.

Ni en el picnic.

Pensó en las manos de Bear desatando sus cintas con una paciencia imposible en un hombre tan grande. En sus dedos rozándole la piel mientras abría la tela, poco a poco, como si cada centímetro descubierto fuera algo sagrado y peligroso. Pensó en su boca bajando por su cuello, húmeda, caliente, detenida justo donde el pulso le latía con violencia.

Bear la miró entonces. La miró de verdad.

Y Eleanor sintió que aquella mirada la desnudaba más que sus manos.

—Dime que pare —le pidió él, con la voz ronca.

Ella negó con la cabeza, respirando entrecortadamente. —No pares.

La respuesta pareció romper algo en él.

Bear bajó la boca hasta el nacimiento de sus pechos y Eleanor arqueó la espalda, sorprendida por el placer brusco que le arrancó

de la garganta un gemido bajo. Él se detuvo un instante, como si aquel sonido lo hubiera golpeado, y después volvió a besarla con más hambre, más abajo, más despacio, hasta que Eleanor dejó de recordar que debía sentir vergüenza.

Sus dedos se hundieron en el cabello de Bear cuando él la tocó con una delicadeza indecente, tocándola allí donde ya la había tocado una vez, junto al naranjo. Eleanor tembló. No de miedo. No de duda. Tembló porque sabía lo que era aquello, lo había vivido una vez, con él: el ansia de placer.

Bear se quedó inmóvil.

Solo un instante.

Pero fue suficiente para que Eleanor sintiera el peso entero de su mirada sobre la piel. No una mirada vulgar. No la de un hombre que toma lo que se le ofrece sin comprenderlo. Era algo más hondo, más peligroso: asombro.

Como si no hubiera esperado encontrar tanta belleza allí donde ella siempre había aprendido a ver defectos.

Eleanor tragó saliva y, por primera vez desde que sus manos habían empezado a desatarla, sintió pudor. Un pudor extraño, tardío, que le subió al rostro y le hizo querer cubrirse. Pero Bear le tomó las muñecas con antes de que pudiera hacerlo.

—No —susurró.

No fue una orden brusca. Fue casi una súplica.

Eleanor dejó caer las manos a ambos lados del cuerpo.

Y Bear la miró.

Su cabello castaño se extendía sobre la manta en suaves ondas desordenadas, más oscuro allí donde la sombra lo acariciaba, con algunos mechones pegados a la garganta por el calor de sus besos. Tenía el rostro encendido, los labios hinchados por su boca, los ojos demasiado brillantes, demasiado vivos, de ese color avellana tan especial, que ahora estaban más marrones que verdes, oscurecidos.

Era esbelta. Mucho más frágil de lo que aparentaba cuando levantaba la barbilla y disparaba palabras astutas contra el mundo. Tenía la cintura estrecha, las caderas suaves, las piernas largas. Y sus pechos... Bear contuvo el aliento al verlos por completo.

No eran abundantes como los que los hombres vulgares celebraban en voz alta en las tabernas. Eran más pequeños, delicados, hermosos con una gracia íntima, casi aristocrática. Perfectos para sus manos. Perfectos para su boca. Perfectos porque eran de ella.

Y eso bastaba para convertirlos en algo imposible de mirar sin deseo.

Bear pasó los dedos por su costado, rozándola, como si temiera que Eleanor pudiera deshacerse bajo una caricia demasiado hambrienta. Ella se estremeció, y aquel estremecimiento le arrancó a él una respiración áspera.

—Dios mío, Eleanor... —murmuró.

Ella volvió el rostro hacia un lado, avergonzada. —No me mires así.

Bear inclinó la cabeza, confuso, casi herido. —¿Así cómo?

Eleanor apretó los labios. —Como si... como si vieras algo extraordinario.

Entonces Bear bajó sobre ella, apoyando una mano junto a su cabeza, sin cubrirla del todo, dejándole espacio para respirar, para arrepentirse, para echarlo si quería.

Pero ella no lo echó.

Él le rozó la mejilla con los nudillos.

—Eso es exactamente lo que estoy viendo.

La frase la desarmó más que cualquier caricia.

Bear bajó la mirada otra vez, y Eleanor sintió que cada parte de su cuerpo despertaba bajo sus ojos. No estaba acostumbrada a ser contemplada así. Con deseo, sí. Con hambre, también. Pero había algo más en él. Algo que la hacía sentirse no solo deseada, sino elegida. Descubierta. Como si Bear estuviera viendo no únicamente la curva de sus pechos, la línea de su cintura o la piel estremecida de su vientre, sino todas las versiones de Eleanor que ella había escondido durante años.

La muchacha correcta.

La prometida obediente.

La mujer cansada.

La mujer que fingía no querer.

Y aquella otra, desnuda bajo él, que por fin quería demasiado.

Bear inclinó la boca hasta su pecho y la besó allí con una lentitud que la hizo cerrar los ojos. Eleanor aspiró con fuerza, hundiendo los dedos en la manta, sorprendida por la delicadeza de aquel hombre enorme que podía partir el mundo con las manos y, sin embargo, la tocaba como si fuera algo precioso.

—Eres hermosa —dijo él contra su piel.

Eleanor soltó una risa temblorosa, casi incrédula.

—No tienes que decir eso.

Bear levantó la cabeza. Sus ojos estaban oscuros, serios, encendidos.

—No digo cosas que no siento.

Y entonces Eleanor lo creyó.

No porque él la hubiera llamado hermosa.

Sino porque la miraba como si aquella palabra se le quedara pequeña.

Bear la cubrió con su cuerpo, pesado, cálido, inmenso. Eleanor sintió la dureza de él contra su muslo y una oleada de deseo la hizo cerrar los ojos. Lo quería. Con una claridad que la asustaba y la encendía.

—Mírame —dijo él.

Ella lo hizo.

Y lo vio.

No al duque. No al héroe. No al hombre que había golpeado a Robert ni al hijo de Perla. Vio a Bear. Fuerte, herido, contenido hasta el límite, pidiéndole sin palabras que no confundiera deseo con descuido.

—No tengo miedo de ti —dijo ella.

Aquello lo deshizo.

La besó otra vez, y entonces ya no hubo regreso sencillo. Hubo piel descubierta con torpeza por parte de ella, susurros que no habrían sobrevivido a la luz de ningún salón, la mano de Bear buscando su placer antes que el suyo, la respiración de Eleanor rota contra su hombro.

Eleanor no vio cuando él se bajó los pantalones, pero Bear entró en ella despacio, conteniendo el aliento, con el rostro lleno de

nervios por el esfuerzo de no perder el control. Eleanor se aferró a sus hombros anchos, cubiertos por la camisa, estremecida por la presión, por la invasión, por aquella intimidad que la partía y la unía a él al mismo tiempo.

Él se quedó quieto.

—¿Te hago daño?

Eleanor tragó saliva. Le temblaban los labios. —No —mintió un poco—. Solo... no te apartes.

Algo dulce y oscuro cruzó el rostro de Bear.

Entonces empezó a moverse.

Al principio con lentitud, como si todavía quisiera protegerla de sí mismo. Pero Eleanor no quería protección. No de aquella manera. Lo rodeó con las piernas, lo atrajo más hondo, y Bear perdió el último resto de calma con un gruñido contra su garganta.

La manta crujió bajo ellos. Afuera, el mundo siguió existiendo, lejano e inútil. Pero allí solo estaban sus cuerpos, su respiración desordenada, las manos de Bear sujetándola como si fuera a deshacerse, y Eleanor descubriéndose capaz de pedir más sin pronunciar una sola palabra.

Porque cada vez que él se hundía en ella, cada vez que su boca buscaba la suya para tragarse sus gemidos, Eleanor sentía que algo antiguo se rompía por fin dentro de su pecho.

# CAPÍTULO 20

Cada vez que él se hundía en ella, cada vez que su boca buscaba la suya para tragarse sus gemidos, Eleanor sentía que algo le subía por el cuello, algo que ya había experimentado junto al naranjo, pero más intenso, más fuerte, más ensordecedor y más enloquecedor. Tener a Bear dentro de ella iba más allá de cualquiera de sus sueños más escandalosos después de haberse creído una solterona o incluso después de haber sido prometida a Robert Ashford.

Tener a Bear, duro y hambriento, dentro de ella la elevaba a un nivel que no era terrenal, sus piernas estaban rendidas a él, sus pechos también; aunque lo más vergonzoso era su sudor, un sudor que la empapaba de arriba a abajo de forma brutal.

Y no quería que se detuviera.

No quería volver a ser correcta.

No quería ser prudente.

No quería pensar en lo que una dama debía sentir, decir o permitir.

Quería a Bear. Así. Encima de ella. Dentro de ella. Perdiendo poco a poco aquella nobleza contenida que lo obligaba a tratarla como si fuera de cristal cuando ella se estaba quemando desde hacía días, meses o, quizás, años.

—Más —susurró ella, sin reconocerse, gimiendo.

Bear se detuvo, con la respiración rota contra su cuello, besándola con furia allí, donde la había besado la primera vez, perdiéndose en su aroma femenino, en su sudor que tenía sabor de elixir, en su intimidad, que era estrecha, empapada y completamente incendiaria.

—Eleanor...

Su nombre sonó como una advertencia, como una súplica y como una derrota.

Ella le clavó los dedos en la espalda, arrugando la tela de su camisa que, maldita sea, no se había quitado.

—No me hables como si fuera a romperme, Bear Colligan.

Bear levantó la cabeza.

La miró.

Tenía el rostro rojo, los ojos avellana llenos de deseo, la boca entreabierta por los gemidos.

—No sabes lo que me estás pidiendo.

Eleanor alzó la mano y le tocó la boca con los dedos. Esa boca que la había besado como si rezara y como si pecara al mismo tiempo.

—Sí lo sé, quiero más. Mucho más.

Entonces él cedió.

No de golpe. No con brutalidad. Bear no podía ser cruel con ella, ni siquiera dominado por el deseo. Pero algo cambió. Las embestidas se volvieron más desesperadas, más violentas, más profundas. Sus caderas la buscaron con una necesidad que le arrancó a Eleanor un gemido más alto, imposible de aguantar.

Bear bajó la frente hasta la suya.

—Shh... —susurró, aunque su propia voz temblaba—. Nos oirán.

Pero Eleanor ya no sabía obedecer, no se acordaba de nada: ni de la niña, ni de Charlotte ni mucho menos de su reputación.

No cuando él llenaba todo su cuerpo con aquella posesión. No cuando cada movimiento suyo la obligaba a arquear la espalda, a abrirse más, a aferrarse a él como si Bear fuera el único punto firme de un mundo que se deshacía.

—No puedo... —murmuró ella.

—Sí puedes.

La voz de Bear se volvió grave, rota, casi salvaje.

Le tomó una pierna y la acomodó más arriba, contra su costado, y aquel pequeño cambio hizo que Eleanor se quedara sin aire. El placer la atravesó con tanta fuerza que cerró los ojos y dejó escapar un sonido ahogado contra su hombro.

Bear se estremeció entero.

—Dios, Eleanor... no hagas eso.

—¿Qué?

—Sonar así.

Ella habría querido avergonzarse. Habría querido reír, esconder el rostro, fingir que seguía siendo la mujer sensata que había entrado en aquella capilla con la espalda recta y el corazón lleno de cadenas.

Pero Bear volvió a moverse.

Y Eleanor olvidó cómo se fingía.

Él respondió con un sonido bajo, pegado a su piel, y siguió moviéndose dentro de ella mientras la besaba allí, mientras la veneraba con la boca, mientras sus manos la sujetaban con la firmeza justa para que Eleanor sintiera que no podía escapar.

Y no quería escapar.

Quería hundirse más.

Quería perder el nombre, el pudor, la memoria.

Quería que él dejara de ser duque, caballero, salvador, hombre honorable.

Quería que fuera suyo.

Solo suyo.

Bear alzó la cabeza y la miró con una intensidad casi insoportable.

—Te quiero, Eleanor Ashford. Y quiero que seas mi esposa.

Eleanor abrió los ojos. La manta raspaba contra su espalda. El aire frío le acariciaba la piel descubierta. Bear seguía dentro de ella, inmóvil ahora, temblando por contenerse.

Pudo mentir.

Pudo decir que no sabía qué ocurriría.

Pudo protegerse.

Pero Eleanor estaba cansada de sobrevivir a base de medias verdades.

—No sé qué pasará mañana —dijo con la voz rota—. Pero yo también te quiero, Bear Colligan y quiero ser tu esposa.

Algo oscuro cruzó el rostro de Bear.

Celos. Dolor. Hambre.

Después la besó.

No fue un beso delicado. Fue un beso posesivo, profundo, casi desesperado. Como si aquella frase hubiera terminado de desatarlo.

Como si Bear hubiera soportado demasiado tiempo la visión de Eleanor perteneciendo a otro hombre.

Cuando volvió a moverse, lo hizo con una intensidad nueva.

Eleanor gimió contra su boca.

Él se tragó el sonido, una y otra vez, mientras sus caderas marcaban un ritmo más hondo, más urgente. La manta se arrugó bajo ellos. Una de las cintas del vestido quedó atrapada entre sus cuerpos. Eleanor sintió el roce áspero de la camisa de Bear contra sus pechos desnudos y aquello, absurdamente, la encendió todavía más: él casi vestido, ella abierta bajo él, deshecha, deseándolo con una indecencia que jamás habría sabido nombrar.

Bear deslizó una mano entre ambos.

Eleanor se tensó.

—Mírame —ordenó él, esta vez con una autoridad suave, peligrosa.

Ella lo miró.

Eleanor se aferró a sus hombros mientras el placer empezaba a crecer dentro de ella, lento al principio, luego insoportable. Bear lo notó. Claro que lo notó. Su respiración cambió, su cuerpo se tensó, sus movimientos se hicieron más profundos, más medidos, como si hubiera decidido llevarla hasta el borde, aunque eso lo destruyera.

—Así —le susurró contra los labios—. Exactamente así.

Eleanor negó con la cabeza, incapaz de soportar tanto.

—No puedo...

—Sí puedes, amor.

Amor.

La palabra cayó sobre ella como una caricia prohibida.

Y entonces todo se rompió.

Eleanor se arqueó bajo él, con un gemido que Bear cubrió con su boca. El placer la sacudió entero, brillante, salvaje, arrancándole toda vergüenza. Durante unos segundos no hubo capilla, ni atardecer, ni nombre, ni compromiso roto. Solo Bear sujetándola, Bear dentro de ella, Bear murmurando palabras roncas contra su boca mientras ella se deshacía entre sus brazos.

Él intentó resistir.

Ella lo sintió en la tensión brutal de su cuerpo, en el temblor de sus brazos, en el modo en que enterró el rostro en su cuello como si estuviera luchando contra sí mismo.

Eleanor le acarició la nuca.

—Ahora tú —susurró.

Bear soltó un sonido bajo, casi doloroso.

—Eleanor...

—No te contengas conmigo.

Fue su perdición.

Bear la sujetó con más fuerza, hundió la boca en su garganta y se dejó ir con un gruñido roto, profundo, tan íntimo que Eleanor lo sintió en el pecho antes que en el cuerpo. Su peso cayó sobre ella un instante, no aplastándola, sino cubriéndola, envolviéndola en su calor, en su respiración desordenada, en el temblor último de un hombre que por fin había perdido el control.

Después no se apartó enseguida.

Se quedó allí, con el rostro escondido junto a su cuello, como si necesitara unos segundos para recordar quién era.

Eleanor tampoco se movió.

Tenía el vestido abierto, el cabello revuelto, los labios hinchados, el cuerpo aún estremecido por algo que no sabía si llamar placer, pecado o libertad.

Bear levantó la cabeza muy despacio.

Y la miró con una ternura tan desnuda que casi le dolió más que el deseo.

—Te he hecho mía —dijo, con voz ronca.

Eleanor le sostuvo la mirada.

Aún temblaba. Aún podía sentirlo en cada parte de sí.

Pero sonrió apenas, con una valentía nueva.

—No, Bear.

Él se quedó inmóvil.

Eleanor alzó una mano y le acarició la mandíbula.

—Me he entregado yo. No es lo mismo.

Bear cerró los ojos un instante, como si aquella frase acabara de rendirlo mucho más que su cuerpo.

Cuando volvió a mirarla, ya no parecía un duque.

Parecía un hombre vencido.

Y, por primera vez, feliz de estarlo.



Bear no contestó enseguida.

Quizás porque aún no había recuperado del todo el aliento. Quizás porque la frase de Eleanor —*me he entregado yo*— acababa de hacerle más daño y más bien que cualquier declaración de amor que hubiera imaginado en sus momentos de mayor estupidez masculina.

Permaneció sobre ella unos segundos más, no con el peso completo de su cuerpo, sino sosteniéndose a duras penas sobre los brazos, como si temiera aplastarla y, al mismo tiempo, como si apartarse de ella fuese una forma de exilio. La vieja capilla olía a piedra húmeda, polvo, hierba caliente y a ellos. A su piel. A la ruina dulce de lo que acababan de hacer.

Eleanor sintió de pronto el frío en los hombros.

No el frío físico, aunque también. El otro. El que llega después de una locura, cuando el deseo baja lo suficiente para que la realidad vuelva a encontrar la puerta.

Estaba medio desnuda sobre una manta vieja, en una capilla abandonada de Westmere, con el vestido abierto, el cabello deshecho y Bear Colligan aún entre sus brazos.

Y era feliz.

Aquello fue lo más indecente de todo.

No el acto. No el pecado. No la falta de prudencia, ni el peligro, ni la imposibilidad social de explicar nada de aquello sin destruirse.

Lo imperdonable era que, por primera vez en mucho tiempo, Eleanor no se sentía como una mujer a la que la vida había ido reduciendo poco a poco.

Se sentía entera.

Bear le apartó un mechón del rostro con una delicadeza casi torpe.

—Estás temblando.

—No empiece.

—¿A qué?

—A preocuparse como si yo hubiera sido una porcelana imprudente que usted acaba de romper.

La boca de él se curvó.

—No me parece porcelana.

—Bien.

—Me parece más peligrosa que eso.

Eleanor soltó una risa baja, cansada, llena de algo que se parecía demasiado al amor. Pero la risa se apagó pronto. Bear lo notó, por supuesto. Aquel hombre, que podía parecer brutal en una sala llena de gente, tenía la irritante habilidad de percibir cuándo el silencio de ella cambiaba de temperatura.

—¿Te arrepientes? —preguntó él.

Eleanor lo miró.

No era una pregunta sencilla. Quizás habría sido más fácil si él hubiera preguntado si se sentía culpable. La culpa era una cosa educada, enseñada, con normas claras. El arrepentimiento era más íntimo. Más honesto.

—No —dijo al fin—. Y eso es lo que más me asusta.

Bear cerró los ojos un instante, como si aquella respuesta le hubiera atravesado algo.

Después se apartó despacio.

No la abandonó. Solo le dio espacio. Se sentó a su lado, de espaldas a una pared rota, y le ayudó a cubrirse con un cuidado que habría resultado casi cómico si Eleanor no hubiera estado a punto de llorar precisamente por eso. Bear, que había golpeado a Robert delante del reverendo, que llevaba África en la mirada y cicatrices bajo la camisa, le abrochó un botón con una concentración tan grave como si estuviera reparando una herida.

—Puedo hacerlo yo —murmuró ella.

—Lo sé.

—Entonces déjeme.

Él retiró las manos al instante.

Eleanor se arrepintió de su brusquedad incluso antes de terminar de recomponerse. No porque él pareciera herido de forma visible. Bear no hacía esas cosas. Pero hubo una quietud repentina en él. Una forma de aceptar el golpe sin defenderse.

—Perdón —dijo ella.

—No.

—Sí.

Bear la miró entonces.

—No me pidas perdón por recordar que eres dueña de ti misma.

Aquello la desarmó.

De todos los hombres del mundo, tenía que haber sido él. El más inconveniente. El más imposible. El único que, después de poseerla de la forma más íntima en que un hombre podía poseer a una mujer, parecía más preocupado por no convertir ese acto en una cadena.

Eleanor terminó de arreglarse el corpiño con dedos torpes. Él se levantó y se dio la vuelta para darle intimidad, aunque a esas alturas la intimidad era una cortesía absurda, casi adorable. Ella aprovechó esos segundos para respirar. Para recordar a Lady Octavia en la mercería. A Robert diciendo que los Colligan buscaban duquesas. A Lady Perla excluyéndola del picnic. A Tim Colligan diciendo —aunque ella no lo hubiera oído directamente— que no aprobaría a Eleanor como esposa mientras todo siguiera manchado por Westmere, Robert y el escándalo.

La duda no llegó como un golpe.

Llegó como humedad.

Lenta, fría, filtrándose por las grietas.

—Su familia no me quiere para usted —dijo ella.

Bear se giró.

No parecía sorprendido. Eso dolió un poco. —No lo sé.

—No mienta. No ahora.

Él bajó la mirada un instante. —Mi padre no aprobaría un matrimonio nacido de un escándalo.

—Qué razonable.

—Eleanor.

—No. Es razonable. Detestable, pero razonable. Yo tampoco me aprobaría, si fuera padre de un duque.

Bear dio un paso hacia ella.

—No diga eso.

—¿Por qué? Es la verdad que todos intentan vestir de delicadeza. Estoy comprometida con otro hombre. Mi derecho sobre Westmere no está probado. Mi reputación se sostiene por alfileres. No tengo gran fortuna, ni título, ni una madre viva que pueda negociar por mí. Soy útil para derrotar a Robert, interesante para provocar a Bristol y lo bastante desafortunada para despertar compasión. Pero una duquesa... —sonrió sin alegría—. No soy esa clase de mujer.

Bear se quedó muy quieto.

—Mi abuela Alba tampoco era la clase de mujer que los Ashford querían sentar a su mesa.

Eleanor se tensó. —No compare.

—Sí comparo. Los Ashford despreciaron a mi abuela porque no era lo bastante inglesa, lo bastante dócil, lo bastante pobre para no incomodarlos. Y ahora hay Colligan capaces de mirarte a ti y preguntarse si eres lo bastante conveniente.

La palabra quedó entre ellos.

Conveniente.

Fea, seca, pequeña.

—¿Y usted? —preguntó Eleanor—. ¿También se lo pregunta?

Bear la miró como si la pregunta fuera una ofensa. No para su orgullo. Para algo más profundo.

—No.

—Debería.

—Probablemente.

—Eso no es una respuesta tranquilizadora.

—No quiero tranquilizarte con mentiras.

Eleanor abrazó la manta contra sí, aunque ya estaba vestida. La capilla parecía más fría. O quizás era ella.

—Si me caso con usted, todos dirán que lo hice porque me deshonró.

—Entonces no permitiré que lo digan.

—No podrá impedirlo.

—No a todos.

—Y si no me caso con usted, todos dirán otra cosa peor.

La mandíbula de Bear se tensó.

—No estás sola en esto.

—Eso es precisamente lo que me asusta. He pasado semanas intentando no pertenecerle a Robert, no convertirme en la excusa de Lady Perla, no ser el problema que Lady Agatha debe defender con su bastón y su orgullo. Y ahora... —lo miró, y la voz se le quebró apenas— ahora temo querer pertenecerlo a usted.

Bear cerró la distancia entre ambos, pero se detuvo antes de tocarla.

Aquello fue más elocuente que cualquier caricia.

—No quiero que me pertenezcas.

Eleanor soltó una risa mínima.

—Después de lo que acaba de ocurrir, esa frase resulta bastante optimista.

—Quiero que vengas conmigo porque me amas.

Ella lo miró.

Bear respiró hondo, como si las palabras le costaran más que la guerra.

—Quiero casarme contigo, Eleanor. No porque te haya tocado. No porque tu reputación necesite arreglo. No porque Robert deba perder o porque mi madre haya encontrado un uso estratégico a tu reclamación sobre Westmere. Quiero casarme contigo porque cuando no estás en una habitación, la habitación me parece mal hecha. Porque me dices que soy bruto cuando lo soy, y eso ocurre con frecuencia. Porque me miras como si vieras mis pecados y aun así no apartaras del todo la mano. Porque deseo tu cuerpo, sí, Dios sabe cuánto, pero también deseo tus discusiones, tu orgullo, tus silencios y esa forma tuya de sonreír cuando crees que nadie ha notado que algo te ha divertido.

Eleanor no pudo hablar.

Bear tampoco parecía haber terminado.

—Pero no te pediré que digas que sí aquí, en una capilla vieja, después de haberte tenido en mis brazos, mientras aún puedes

confundir placer con promesa.

—No soy una niña.

—Lo sé.

—No soy tan impresionable.

—Lo sé.

—Y no confundo tan fácilmente.

—No —dijo él, bajando la voz—. Pero yo sí podría hacerlo. Podría tomar tu respuesta ahora y fingir que no nació en mitad de todo esto. Podría llevarla a mi padre, a Robert, al mundo entero, y usarla como arma. No lo haré.

Aquello la venció más que la pasión.

Más que el deseo.

Más que cualquier "te quiero".

Porque Bear Colligan, que lo resolvía todo con fuerza cuando el mundo se volvía insoportable, estaba eligiendo usar el cerebro.

Eleanor se acercó un paso.

—¿Y si quiero responder ahora?

Los ojos grises de Bear se oscurecieron. —Entonces te escucharé.

—Quiero ser su esposa —Él dejó de respirar. Eleanor alzó una mano antes de que él pudiera moverse, hablar o cometer alguna heroicidad masculina que arruinara el momento—. Pero no todavía.

—Entiendo.

—No. Escúcheme. Quiero ser su esposa cuando pueda entrar en su casa sin sentir que alguien me tolera por caridad o por escándalo. Quiero ser su esposa cuando Robert ya no pueda decir que me robó usted porque yo estaba débil. Quiero ser su esposa cuando pueda mirarlo a los ojos sin preguntarme si su familia ve en mí a la mujer que ama o a una complicación con vestido.

—Entonces lo haremos así.

—¿Así?

—Libre. Pública. Sin que Robert escriba la historia por nosotros. Sin que mi madre la negocie. Sin que mi padre la apruebe como si estuviera revisando una inversión. Usted romperá su compromiso porque quiere romperlo. Reclamará Westmere porque es suyo, si

podemos probarlo. Y luego, cuando nadie pueda decir que la salvé para quedármela, le pediré matrimonio delante de quien haga falta.

A Eleanor le ardieron los ojos. —Suena muy sencillo cuando lo dice usted.

—No lo será.

—Qué alivio. Por un momento temí que se hubiera vuelto ingenuo.

Una sombra de sonrisa cruzó la boca de Bear.

—No. Solo terco.

—Eso ya lo sabía.

Él le tomó la mano. Nada más. Después de todo lo que habían hecho, aquel contacto pequeño pareció casi solemne.

—Te quiero —dijo.

Eleanor cerró los dedos alrededor de los suyos.

—Yo también.

Lo dijo sin adornos. Sin defensa. Sin ninguna frase ingeniosa con la que protegerse.

Bear inclinó la cabeza y besó sus nudillos.

Y entonces, desde fuera de la capilla, llegó la voz de Charlotte.

—¿Eleanor?

Ambos se quedaron inmóviles.

No fue una voz alarmada al principio. Más bien respetuosa. Pero Eleanor conocía ya lo suficiente a Charlotte para saber que su contención no solía anunciar nada bueno.

Bear soltó su mano de inmediato y dio un paso atrás.

—Aquí —respondió Eleanor, intentando que su voz no sonara como la de una mujer que acababa de rehacerse el vestido a toda prisa.

Charlotte apareció en la entrada.

Su rostro estaba blanco.

Demasiado blanco.

Llevaba una capa mal puesta sobre el vestido y el cabello se le había soltado en varios mechones alrededor de la cara. Sus ojos fueron de Eleanor a Bear. No miró la manta. O tuvo la delicadeza de fingir que no la miraba.

Aquello bastó para que Eleanor comprendiera que Charlotte sabía.

Quizás no todo.

Pero sí lo suficiente.

—Perdone —dijo Charlotte, y aquella palabra, tan absurda en aquel momento, casi rompió a Eleanor—. Yo... no habría venido si no fuera importante.

Bear se adelantó un poco.

—¿Robert?

Charlotte asintió.

—He recibido una nota de mi madre mientras estaba en casa de Mary. Robert ha regresado antes de lo previsto.

Eleanor sintió que el calor abandonaba su cuerpo.

—¿Qué ha hecho?

Charlotte tragó saliva.

—Ha mandado llamar al señor Carrow y al reverendo Dacre para mañana por la mañana. Dice que ya tiene el permiso para la boda.

Bear se quedó muy quieto.

Robert no necesitaba demostrar nada. Solo necesitaba sugerir lo suficiente para que Bristol hiciera el resto con entusiasmo.

—Y hay otra cosa —añadió Charlotte, más bajo.

Bear levantó la cabeza.

—Dígalo.

Charlotte miró a Eleanor, no a él.

—Robert cree saber dónde está la copia sellada de la escritura de Westmere, me lo ha escrito mi madre, sintiéndose triunfante.

El corazón de Eleanor dio un vuelco.

—¿Dónde?

Charlotte humedeció los labios.

—En los archivos parroquiales de San Luke.

—Mi madre dejó la escritura con el reverendo anterior —susurró ella, entendiéndolo de golpe—. O con su familia.

Charlotte asintió con rapidez.

—Robert saldrá hacia San Luke al amanecer. Quiere llegar antes de que nadie más sepa nada. Y yo... yo solo quiero que usted sea feliz, señorita Eleanor.

Eleanor la miró.

La muchacha estaba temblando.

No como una cobarde.

Como alguien que acababa de traicionar a su propia familia porque por fin había entendido qué era la lealtad.

# CAPÍTULO 21

Bear no besó a Eleanor al despedirse.

Aquello, dadas las circunstancias, fue casi una heroicidad.

La vieja capilla seguía oliendo a piedra húmeda, hierba caliente y a un pecado demasiado reciente para recibir todavía otro nombre. Charlotte aguardaba junto a la puerta, con el rostro pálido y la mirada fija en el camino, fingiendo con una dignidad admirable que no había comprendido absolutamente nada de lo que no debía comprender. Eleanor, en cambio, estaba frente a Bear con el vestido recompuesto, el cabello sujeto de cualquier manera y una expresión que habría engañado a una sociedad entera si Bear no hubiera sabido ya cómo le temblaba la respiración cuando intentaba parecer invencible.

Él le tomó la mano. Solo eso. La mano.

—Ve con Charlotte a Ashford Manor —dijo.

Eleanor alzó la barbilla.

—No me dé órdenes en tono de hombre prudente. Le queda fatal.

—Entonces considérelo una súplica muy mal vestida.

La boca de ella se movió con una sonrisa.

—¿Y usted?

—Volveré al picnic.

—Qué espanto.

—Sí. Pero si desaparezco, mi madre sabrá que he venido a buscarla.

—Lady Perla ya sabe demasiadas cosas.

—Mi madre sabe cosas que aún no han ocurrido. Es una de sus peores cualidades.

Charlotte carraspeó con suavidad. —Debemos irnos.

Eleanor no se movió enseguida. Miró a Bear con esos ojos avellana que parecían más oscuros cuando estaba enfadada o cuando había dejado de fingir que no lo amaba.

—Cuando vuelva a tocarla —murmuró Bear—, será sin que Robert tenga derecho a pronunciar su nombre.

Eleanor respiró hondo. —Cuando vuelva a dejar que me toque, será porque somos libres.

Bear levantó la vista. —Eso espero.

Ella retiró la mano antes de que ambos olvidaran que Charlotte estaba allí, que el sol aún no había caído del todo y que la reputación, esa criatura aburrida y vengativa, tenía una salud excelente.

—Vaya a su picnic, duque de Ravenshire.

—Vaya a salvar su herencia, señorita Ashford.

Eleanor se marchó con Charlotte por el sendero bajo, sin mirar atrás.



El picnic de los Colligan estaba terminando cuando Bear regresó.

Las fresas habían perdido brillo, las damas habían ganado cansancio y los caballeros fingían que no llevaban dos horas hablando del puñetazo de Ravenshire, de la ausencia de los Ashford y de si Lady Perla había invitado a medio Bristol por cortesía o por venganza. Bear sospechaba que su madre consideraba ambas cosas compatibles.

Tiger lo vio antes que nadie.

Estaba junto a una mesa de limonada, conversando con Lady Cassandra Harcourt, aunque conversar no era la palabra adecuada. Tiger parecía sonreír. Cassandra parecía diseccionarlo con guantes puestos. Ambos parecían estar disfrutando demasiado.

—Ravenshire —dijo Tiger cuando Bear se acercó—. Has desaparecido de tu propio picnic. Muy mal. Los escándalos requieren presencia del artista.

—No me molestes.

—Ah. Veo que ha sido una desaparición productiva.

Lady Cassandra miró a Bear con una calma tan fina que habría cortado cristal.

—Su hermano tiene el aspecto de un hombre que ha decidido algo imprudente.

Tiger sonrió. —Ese es su aspecto habitual.

—No —dijo Cassandra—. Este es peor.

Bear la miró. Empezaba a comprender por qué Tiger no dejaba de buscarla con los ojos. Lady Cassandra Harcourt no era dulce, ni dócil, ni impresionable. Era exactamente la clase de mujer que podía hacer sangrar a Tiger sin levantar la voz.

—Lady Cassandra Hancourt —dijo Bear con una inclinación.

—Excelencia.

—No anime a mi hermano a ser peor de lo que ya es.

—No pensaba hacerlo —respondió ella—. Me parece que ya se anima demasiado solo.

Tiger se llevó una mano al pecho.

—Herido.

—Superficialmente, espero —replicó Cassandra antes de alejarse hacia su madre.

Tiger la siguió con la mirada. —Voy a casarme con esa mujer. Antes que tú con la pueblerina, y ganaré la herencia de padre.

Bear soltó una risa seca. —Primero consigue que te tolere durante más de diez minutos.

—Eso ya sería prácticamente un compromiso.

Antes de que Bear pudiera responder, Tim apareció junto a ellos. Su padre llevaba la expresión de los hombres que están a punto de hacer algo desagradable en nombre de la razón, por ese motivo Bear se había escapado del picnic horas antes, para descansar de aquello, pero nada había cambiado.

—Bear —dijo—. Ven conmigo.

Tiger alzó las cejas. —¿Debo acompañaros para asegurarme de que nadie sale asesinado?

—No —respondieron Tim y Bear al mismo tiempo.

—Qué familia tan poco agradecida.

Tim condujo a Bear hacia un grupo de invitados que aguardaban junto a los castaños. Una joven de vestido crema se volvió al verlos. Era bonita, rubia, de facciones suaves y mirada asustada. A su lado, una dama robusta sonreía con la esperanza feroz de una madre que acaba de olfatear un ducado disponible.

—Hijo —dijo Tim—, permíteme presentarte a Lady Marianne Elwood. Su padre, el conde de Hartwell, es viejo amigo de la familia.

Bear miró a la joven. Ella se sonrojó antes incluso de que él hablara. No era culpa suya. Probablemente era amable. Probablemente tocaba el piano, bordaba con paciencia y sabía no decir jamás una frase que pudiera incomodar a un hombre.

Bear la habría hecho infeliz en menos de una semana.

—Lady Marianne —dijo con una reverencia correcta.

—Excelencia —murmuró ella.

Tim empezó a decir algo sobre la próxima temporada en Londres, pero Bear lo interrumpió.

—No.

La palabra cayó como una piedra sobre una vajilla.

Lady Marianne parpadeó.

Su madre dejó de sonreír.

Tim giró lentamente la cabeza hacia su hijo.

—Bear.

—No —repitió Bear, esta vez con menos aspereza, mirando a la joven—. Perdone, Lady Marianne. Usted no merece ser presentada a un hombre que no pretende casarse por el momento.

La madre de Lady Marianne abrió la boca con una ofensa tan grande que necesitó varios segundos para encontrar forma.

Lady Marianne, en cambio, pareció aliviada.

—No se preocupe, excelencia —dijo muy bajo.

Bear hizo otra reverencia y se apartó.

Tim lo siguió hasta el extremo del jardín, donde los invitados no podían oír sin perder del todo la elegancia.

—Has sido grosero —dijo.

—He sido claro y ya es hora de que lo sea, padre. Regresé a Bristol con la intención de enderezar mi vida, no de que mis padres lo hicieran por mí. Desde que he regresado os habéis empeñado en

tratarme como si todavía fuera un niño y no lo soy, por mucho respeto que os tenga.

—La claridad no siempre es una virtud social.

Bear se volvió hacia él. El sol caía detrás de los árboles y teñía de oro el rostro de Tim, marcando más las líneas de cansancio alrededor de sus ojos. Por primera vez, Bear pensó que su padre parecía mayor. No débil. Jamás débil. Pero sí un hombre que había pasado demasiados años gobernando problemas familiares con una copa en la mano y una expresión de hastío elegante.

—Voy a casarme con Eleanor Ashford —zanjó Bear.

Tim no respondió enseguida.

—No ahora —continuó Bear—. No escondiéndola. No obligándola. Pero cuando sea libre, cuando Robert ya no pueda reclamarla, cuando Westmere deje de ser un conflicto entre ambas familias, se lo pediré. Y si acepta, será mi esposa.

Tim lo observó durante un largo instante. —¿Y si no lo apruebo?

—Me dolerá no poder regresar a esta casa —Aquello pareció sorprenderlo más que una amenaza. Bear sostuvo su mirada—. Pero no cambiará nada.

Tim respiró despacio.

—Te estás pareciendo peligrosamente a tu madre.

—Gracias.

—No era un elogio.

—Lo tomo como tal de todos modos.

—Eleanor Ashford no es una elección sencilla.

—No quiero una vida sencilla.

—Eso ya lo habíamos deducido todos.

—Padre.

Tim miró hacia el jardín, donde Tiger fingía escuchar a una viuda mientras no dejaba de mirar a Lady Cassandra.

—No me opongo a Eleanor por falta de virtudes, creo que será una buena esposa para ti —dijo al fin—. Me opongo porque sé lo que hace la sociedad con una mujer cuando cree que un hombre poderoso la ha tomado antes de darle nombre. Sé lo que hizo con tu abuela Alba por mucho menos. Sé lo que puede hacer con Eleanor si no eres cuidadoso.

—Lo seré y, padre, ya soy un hombre. Un hombre que, si me lo permites añadir, ha pasado por cosas peores que la decisión de casarse con la mujer que ama.

Tim volvió a mirarlo.

—Consigue que llegue libre a ti. No arrastrada por escándalo, ni por necesidad, ni por la ruina de Robert. Libre. Si lo haces... hablaremos.

Bear inclinó la cabeza. —Eso es casi una bendición.

—No te emociones. Podría retirarla si vuelves a golpear a alguien delante de un clérigo.

—Intentaré escoger mejor el público.

Tim suspiró. —Dios nos ayude.

Entonces se oyó un revuelo en la entrada del jardín.

No grande. No todavía. Pero sí lo bastante extraño como para que varias cabezas se giraran. Un carruaje oscuro acababa de detenerse junto al camino. No llevaba escudo visible. De él bajó un hombre alto, delgado, vestido de negro, con el cabello oscuro demasiado largo para la moda y una expresión tan tranquila que parecía insultante.

Wolf.

El duque de Coldhaven.

A su lado descendió una mujer.

Nadie la conocía.

Era joven, quizás no mucho mayor que Eleanor, de cabello negro recogido bajo un sombrero sencillo y ojos de un color oscuro, casi dorado, que observaron el jardín como si estuviera midiendo la distancia hasta cada salida. No vestía como una gran dama, pero tampoco como alguien ajeno a la elegancia. Llevaba un traje verde oscuro, sin joyas, sin adornos innecesarios. Había en ella algo hermoso, atractivo.

Tiger apareció al lado de Bear como si lo hubieran invocado.

—Oh —dijo—. Esto sí que mejora la tarde.

Perla, que hasta ese momento había conversado con la señora Dacre con una paciencia admirable, se quedó inmóvil.

Tim murmuró algo que no sonó cristiano.

Wolf avanzó con la dama del brazo. No parecía incómodo. Aquello era típico de Wolf. Podía aparecer después de meses de silencio, con una mujer desconocida del brazo, y dar la impresión de que el inconveniente era de los demás por no haberlo previsto.

—Madre —dijo, inclinándose ante Perla.

Perla lo miró.

Luego miró a la mujer.

—Wolf.

—Padre.

Tim no respondió de inmediato.

Tiger sonrió como un demonio.

—Querido hermano. Veo que al fin has decidido comportarte de forma escandalosa.

Wolf lo ignoró. —Permítanme presentarles a mi esposa —dijo.

El silencio que siguió fue tan absoluto que incluso los pájaros parecieron tener educación.

Perla parpadeó una sola vez.

—¿Tu qué?

—Mi esposa —repitió Wolf—. La duquesa de Coldhaven.

La mujer inclinó la cabeza.

—Milord. Milady.

Tenía una voz baja, extraña, con una calma que no era timidez. Bear sintió, de inmediato, que aquella mujer no había llegado a la familia Colligan por accidente. Nadie que mirara así llegaba a ninguna parte por accidente.

Tiger soltó una risa fuerte. —Madre va a disparar a alguien.

—No seas vulgar —dijo Perla, sin apartar los ojos de Wolf—. Aún no he decidido a quién.

Wolf no pareció alarmado.

La nueva duquesa tampoco.

Aquello la hizo mucho más interesante.

Tim se pasó una mano por la mandíbula.

—¿Cuándo?

—Hace tres semanas.

—¿Dónde?

—En Escocia.

Tiger hizo un gesto de aprobación.

—Clásico.

Perla respiró despacio.

—¿Y pensaste que una nota era innecesaria?

Wolf miró a su esposa. Durante un instante, algo cambió en él. No mucho. Pero Bear lo vio. Una sombra de protección. De decisión. De algo que quizás ni Wolf entendía todavía.

—Pensé que era más seguro venir en persona.

La frase cayó de otra manera.

Perla lo comprendió.

Tim también.

Bear miró a la mujer de Wolf con más atención. Ella sostuvo su mirada sin pestañear. No pidió ayuda. No ofreció explicaciones. Solo estaba allí, junto a Wolf, como una incógnita envuelta en seda verde.

Un pistoletazo, pensó Bear con una lucidez absurda, para otra guerra familiar.

Tiger soltó una carcajada breve.

—Maravilloso. Absolutamente maravilloso.

Tim lo miró con advertencia.

—Tiger.

—No, padre, permitidme disfrutar de este momento. Durante semanas nos habéis amenazado con esa absurda condición matrimonial, ¿recordáis? El primero de nosotros que se casara de forma legítima heredaría el grueso de las propiedades no vinculadas de Bristol, además de la administración principal de los negocios familiares que aún dependan de vuestra voluntad.

La señora Dacre dejó de fingir que no escuchaba.

Varias madres con hijas casaderas dejaron de respirar.

Bear cerró los ojos un instante.

Había olvidado aquella maldita condición. O, mejor dicho, la había despreciado lo suficiente para no considerarla real. Tim y Perla habían lanzado aquella amenaza semanas atrás, después de que la Corona concediera títulos a sus tres hijos y la sociedad empezara a preguntarse qué harían tres duques solteros, ricos y peligrosamente poco domesticados. Ravenshire, Blackmoor y Coldhaven. Bear, Tiger y Wolf. Una competición grotesca, envuelta en respetabilidad

familiar, para forzarlos a escoger esposa antes de que sus nombres se convirtieran en juguetes de salón.

Y Wolf, que ni siquiera había estado presente para fingir indignación, acababa de ganar.

Tiger alzó la copa hacia su hermano.

—Felicidades, Coldhaven. Te has convertido en el más rico de nosotros sin dignarte siquiera a competir. Eso exige talento o una ausencia absoluta de vergüenza.

Wolf lo miró con su frialdad habitual, solo le faltó llevarse el monóculo al ojo para estudiar a su hermano.

—No sabía que hubiera una competición.

—Eso lo hace aún más insoportable —replicó Tiger.

Perla no apartaba los ojos de la joven.

—Un acuerdo es un acuerdo —dijo al fin, con una suavidad tan peligrosa que varios invitados se removieron en sus sillas—. Si el matrimonio es válido, tu padre y yo cumpliremos con nuestra palabra.

Tim soltó una respiración lenta.

—Sí. La cumpliremos.

Tiger abrió mucho los ojos.

—¿Así sin más? ¿Nuestro hermano desaparece, regresa casado con una dama que nadie conoce y acaba de convertirse en el favorito financiero de la familia?

—Nunca he sido el favorito —dijo Wolf.

—Solo el de mamá, o sea el favorito sin discusión.

Bear miró a su hermano menor, luego a la mujer que llevaba del brazo. Había algo en ella que no encajaba con una boda impulsiva ni con una conquista de camino. No parecía una joven deslumbrada por un título. Parecía una mujer que había pagado un precio por llegar hasta allí.

—¿Quién es ella? —preguntó Bear, más bajo.

La pregunta no fue grosera.

Fue necesaria.

Perla la repitió con más elegancia.

—Antes de hablar de propiedades, herencias o acuerdos familiares, Wolf, creo que tu padre y yo tenemos derecho a saber a

quién has traído a nuestra casa.

—Su nombre es Helena —dijo Wolf—. Helena Vane. Ahora duquesa de Coldhaven.

Perla ladeó apenas la cabeza. —¿Vane?

La joven sostuvo su mirada sin pestañear. —Sí, milady.

Tim se quedó inmóvil.

Tiger dejó de sonreír.

Incluso Bear, que conocía todos los secretos de su familia, comprendió que aquel apellido había caído en el jardín como una piedra en agua quieta.

—Vane —repitió Perla, y esta vez su voz no sonó como una pregunta, sino como un recuerdo desagradable.

Wolf apretó la mano de su esposa sobre su brazo.

—Nos casamos en Escocia hace tres semanas.

—¿Por amor? —preguntó Tiger, incapaz de contenerse.

Helena lo miró. —Por necesidad.

Aquello fue mucho más interesante.

Y mucho más peligroso.

Perla respiró despacio. Luego sonrió con una calma que hizo que Bear deseara, por primera vez en años, estar en otro continente.

—Entonces, querida —dijo a la nueva duquesa—, será mejor que tomemos café. En esta familia, las necesidades suelen acabar costando tierras, sangre o ambas cosas.

Tiger se inclinó hacia Bear y murmuró: —Retiro lo dicho. Wolf no ha ganado la apuesta. Wolf ha traído otra guerra.

Bear miró a Helena Vane, luego a su hermano. —Sí —respondió —. Y todavía no sabemos contra quién.



Bear se enteró ya entrada la noche.

Para entonces el picnic había terminado hacía horas, aunque en la casa Colligan nadie parecía haber dejado atrás del todo la tarde. Los criados retiraban las últimas bandejas con una discreción

excesiva, como si hasta la plata supiera que no era buen momento para hacer ruido; Tim permanecía encerrado en la biblioteca con una copa intacta junto al codo; Tiger se había instalado cerca de la chimenea con la expresión de quien aún no había decidido si la llegada de Wolf con una esposa desconocida era una tragedia familiar o el mejor entretenimiento del mes; y Wolf, duque de Coldhaven recién regresado del limbo, hablaba en voz baja con su misteriosa esposa como si no acabara de arrojar una granada en mitad de la herencia familiar.

La casa, en suma, fingía calma.

Una especialidad de los Colligan.

Bear estaba en el vestíbulo, poniéndose los guantes con intención de salir a los establos —porque caminar de noche era menos peligroso que quedarse dentro pensando en Eleanor—, cuando el cochero apareció por la puerta lateral. Llevaba el sombrero entre las manos y esa expresión desgraciada de los criados que ya han comprendido que llegan demasiado tarde a una información importante.

—Excelencia...

Bear se detuvo.

—¿Qué ocurre?

El hombre miró hacia la biblioteca, luego hacia las escaleras, como si esperara que una autoridad superior surgiera de algún rincón para cargar con la culpa.

—Lady Perla salió después de cenar, milord.

Bear dejó de abrocharse el guante.

—¿Mi madre salió?

—Sí, milord. Ordenó preparar el carruaje pequeño. Dijo que no era necesario avisar a nadie.

Tim apareció en la puerta de la biblioteca. No había levantado la voz, pero debió de haber oído lo suficiente. Tiger, por supuesto, salió detrás de él con la copa en la mano y una curiosidad casi ofensiva.

—¿A qué hora? —preguntó Tim.

El cochero tragó saliva.

—Hace casi dos horas, mi señor.

Dos horas.

La cifra cayó en el vestíbulo con un peso desagradable.

Bear no necesitó más. No de verdad. Con su madre, rara vez hacía falta una confesión completa; bastaba con encontrar la ausencia, el carruaje pequeño y una orden dada en voz baja para saber que alguna desgracia respetable estaba en marcha.

San Luke.

La escritura.

Robert al amanecer.

Perla no había esperado al amanecer.

Naturalmente que no.

Bear soltó una maldición baja.

—Ha ido a la parroquia.

Tiger arqueó una ceja. —¿Para rezar? Porque debo decir que, si madre ha decidido encontrar consuelo espiritual a estas alturas, el problema es mayor de lo que pensaba.

—Para encontrar la escritura de Westmere antes que Robert —dijo Bear.

Tim cerró los ojos un instante.

—Maldita sea, Perla.

No lo dijo con sorpresa. Ni siquiera con enfado puro. Lo dijo con esa mezcla de admiración y terror que solo un hombre casado desde hacía décadas con una mujer peligrosa podía permitirse.

Wolf se acercó desde el corredor, con Helena del brazo. La joven duquesa de Coldhaven no preguntó nada, pero miró a los tres hombres como si evaluara qué parte del desastre era nueva y cuál formaba parte de la costumbre familiar.

—¿San Luke? —preguntó Wolf.

—Archivos parroquiales —respondió Bear—. Charlotte dijo que Robert cree que la copia sellada de Westmere está allí. Mi madre debió de enterarse.

Tiger dejó la copa sobre una mesa. —Entonces vamos.

Tim lo miró con frialdad. —Tú no vas a ninguna parte.

—Padre, si madre está sola en una parroquia, de noche, intentando ganarle una escritura a Robert Ashford, debo ir.

Wolf se volvió hacia Helena.

—Quédate aquí.

Ella lo miró con una serenidad que hizo que Bear entendiera, de pronto, que aquella mujer iba a dar muchos problemas a su hermano. —No.

Wolf parpadeó.

Tiger sonrió. —Ah. Me cae bien.

Helena no apartó la mirada de su esposo. —Acabo de llegar a esta familia en circunstancias que nadie ha tenido aún la cortesía de explicarme sin mirarme como si pudiera esconder una pistola bajo la falda. Si hay una crisis, prefiero verla desde el principio.

Tim soltó una exhalación breve.

—Esta familia se está volviendo intolerablemente poblada de mujeres difíciles.

—Eso —dijo Tiger— suena como el único rasgo saludable que nos queda, aunque me temo que Eleanor Ashford será una santa en comparación a las demás.

Bear ya caminaba hacia la puerta.

—Mandad a un criado a buscar al reverendo Dacre. Si los archivos son parroquiales, necesitaremos su llave o, al menos, su presencia para que Robert no pueda decir mañana que hemos forzado nada.

Tim asintió. —Bien. Eso sí ha sonado como una idea y no como una embestida, estás mejorando.

Bear lo miró. —No se acostumbre, padre.

—No pensaba hacerlo.

El vestíbulo se puso en movimiento con una rapidez admirable. Larkin apareció como si hubiera estado escuchando desde el inicio, lo cual probablemente era cierto. Ordenó preparar caballos, mandó a un mozo hacia la vicaría y dio instrucciones para que el carruaje grande estuviera listo por si Lady Perla necesitaba regresar acompañada. Nadie levantó la voz. Los Colligan podían ser muchas cosas, pero el pánico mal organizado no era una de ellas.

Bear salió a la noche antes de que terminaran de ensillar.

El aire estaba frío. Sobre los campos, la luna iluminaba el camino hacia San Luke, una línea pálida entre setos oscuros. A lo lejos, Ashford Manor no se veía, pero Bear sintió su presencia como una presión detrás de las costillas.

Eleanor.

Eso era lo que más lo inquietaba.

Robert era paciente, sí.

Pero también estaba perdiendo.

Y los hombres pacientes, cuando descubren que el tablero empieza a moverse sin ellos, pueden volverse imprudentes por primera vez.

Tiger salió tras él, ajustándose los guantes.

—Por una vez, Ravenshire, intenta no romperle la mandíbula a nadie antes de que encontremos el documento.

—Por una vez, Blackmoor, intenta no hablar hasta que sea necesario.

—Qué noche tan exigente para ambos.

Wolf apareció montado pocos segundos después. Helena iba en el carruaje con Tim. Aquello, por alguna razón, no sorprendió a Bear. La nueva duquesa de Coldhaven tenía el aspecto de una mujer que no se dejaba colocar donde resultara conveniente para los hombres.

—¿Y si madre ya lo ha encontrado? —preguntó Tiger.

Bear miró hacia el camino. —Entonces Robert intentará quitárselo.

—¿Y si Robert llegó antes?

Bear no contestó.

No hizo falta.

Espoleó el caballo.

El camino hacia San Luke se abrió delante de ellos, oscuro, estrecho y demasiado tranquilo. Atrás quedaba la casa Colligan, con sus títulos, sus apuestas matrimoniales, sus esposas inesperadas y sus madres capaces de iniciar guerras con una cafetera de plata.

Delante estaba la parroquia.

La escritura.

Robert.

Y quizás Eleanor.

Bear espoleó el caballo y dejó que la noche le golpeara el rostro.

# CAPÍTULO FINAL

Eleanor salió de Ashford Manor antes de que la noche terminara de cerrarse.

No lo hizo con dramatismo. Había aprendido, por desgracia, que el dramatismo era un lujo que las mujeres en peligro rara vez podían permitirse. Se puso una capa oscura, tomó sus guantes, permitió que Charlotte la acompañara hasta la puerta lateral y aceptó la presencia de un lacayo de confianza porque hasta la valentía, descubría una, necesitaba a veces cumplir ciertas formalidades para no convertirse en munición contra sí misma.

Lady Agatha la había visto bajar.

No se lo impidió.

Aquello fue, quizás, lo que más conmovió a Eleanor. Su tía estaba al pie de la escalera, envuelta en un chal color vino, con el bastón en una mano y el rostro más cansado que de costumbre. Durante unos segundos, pareció mayor. Lady Agatha no habría tolerado semejante insulto ni por parte de sus propios huesos. Pero sí vieja de cansancio, de orgullo, de haber perdido demasiadas batallas por la sencilla razón de que a las mujeres rara vez se les avisaba de cuándo empezaban.

—Robert ha salido hacia San Luke —dijo Eleanor.

—Lo sé.

—Charlotte cree que va por la escritura.

—Charlotte cree bien.

Eleanor apretó la capa contra el pecho. —No puedo quedarme esperando.

Lady Agatha la miró con una tristeza seca. —No. Ya no eres esa clase de mujer.

Aquello la golpeó de lleno. No sonó como una despedida, pero lo era un poco. Una despedida de la muchacha que había permitido

que otros decidieran por ella en nombre del cariño, la prudencia, la necesidad o la tradición familiar.

—Tía...

—Vigílalo —dijo Lady Agatha—. No lo desafíes a solas si puedes evitarlo. No entres en una habitación sin salida. No creas ni una palabra amable suya, porque Robert solo es amable cuando busca dónde apoyar el cuchillo. Y, sobre todo, Eleanor...

—¿Sí?

Lady Agatha alzó la barbilla.

—Si esa escritura existe, no permitas que vuelva a desaparecer por culpa del orgullo de ningún hombre. Ni Ashford. Ni Colligan.

Eleanor sintió que la garganta se le cerraba.

—No lo permitiré.

—Bien. Entonces ve.

No hubo abrazos largos. Habrían sido demasiado peligrosos para ambas. Lady Agatha solo le tocó la mejilla con los dedos, una caricia breve, casi severa, y luego se apartó como si acabara de dar una orden militar.

Charlotte aguardaba junto al coche pequeño, pálida bajo la capucha de su capa.

—¿Está segura? —preguntó.

Eleanor miró hacia el camino.

—No.

Charlotte tragó saliva.

—Yo tampoco.

—Perfecto —dijo Eleanor—. Entonces al menos no iremos engañadas.

Lady Octavia y Edward habían partido la mañana anterior hacia su propiedad cerca de Londres, ofendidos hasta la médula por la "falta de docilidad" de Eleanor y convencidos de que Robert sabría corregir el asunto sin necesidad de testigos familiares. Charlotte, en cambio, se había quedado. Y quizás por eso Eleanor la apreciaba sinceramente.

San Luke se alzaba en el límite oriental de Bristol, donde la ciudad empezaba a rendirse ante los caminos rurales que conducían a Ashford Manor, Westmere y las tierras de los Colligan.

San Luke no parecía un lugar digno de contener el desenlace de una guerra familiar.

Era una iglesia pequeña, vieja, con un campanario sobrio y muros cubiertos de hiedra, situada en una explanada donde de día se vendían pastelillos de caridad, se discutían pecados ajenos y se fingía que Bristol era una comunidad cristiana antes que un anfiteatro de rumores. De noche, sin embargo, San Luke parecía otra cosa. Más antigua. Menos complaciente. Las ventanas oscuras observaban el camino como ojos cerrados, y la puerta lateral de la sacristía estaba entreabierta.

Eleanor bajó del coche antes de que el lacayo pudiera ayudarla.

Charlotte la siguió.

—Hay luz dentro —susurró.

Sí.

Una franja amarilla se escapaba por la puerta de la sacristía. Voces. Una masculina. Otra femenina.

Eleanor reconoció la voz de Robert antes de distinguir las palabras.

Y la otra era de Lady Perla.

Aquello la detuvo.

No por sorpresa. A esas alturas, si Lady Perla aparecía en el interior de un volcán con una cafetera en una mano y un documento comprometedor en la otra, Eleanor solo habría preguntado si necesitaba azúcar. Pero verla allí, antes que todos, sola frente a Robert, le produjo una sensación extraña.

No alivio.

No exactamente.

Algo parecido a sentirse menos sola.

Eleanor avanzó hasta la puerta.

—No tiene derecho a tocar ese arcón —decía Perla.

Su voz era suave. Peligrosamente suave.

Robert respondió con una calma demasiado tensa.

—Me temo que se equivoca, Lady Perla. Como futuro esposo de la señorita Ashford, quien ya tiene permiso del obispo para casarse con ella, tengo legítimo interés en cualquier documento que pueda afectar a sus bienes.

—Qué curioso. Hace unos días esos bienes no existían.

—Han aparecido gracias a la insistencia de su familia.

—No. Han aparecido porque alguien los escondió.

Eleanor empujó la puerta.

La sacristía era pequeña, con paredes encaladas, una mesa de madera, varios armarios bajos y un gran arcón de roble junto al muro. Sobre la mesa había velas, libros antiguos, legajos atados con cordel y una caja de metal abierta. Perla estaba al otro lado de la mesa, erguida, impecable, con una capa oscura sobre los hombros y los ojos grises muy tranquilos.

Robert estaba junto al arcón.

El señor Price, más pálido que de costumbre, sostenía un manojo de papeles.

Al verla entrar, Robert no pareció sorprendido.

Aquello fue lo peor.

—Señorita Ashford —dijo—. Qué poca prudencia.

Eleanor miró el arcón abierto.

—Eso mismo pensaba decirle.

Price bajó la mirada.

Perla, en cambio, la observó un segundo. Y en ese segundo Eleanor entendió algo que nadie le había dicho con palabras. Lady Perla no había ido allí solo por Westmere. No solo por los Colligan. Había ido porque, si Eleanor resultaba ser heredera, necesitaba que alguien poderoso estuviera presente antes de que Robert pudiera convertir de nuevo una verdad en polvo.

—Llegas a tiempo —dijo Perla.

—No ha llegado a nada. Estamos revisando documentos parroquiales por interés legítimo.

—¿Con permiso del reverendo Dacre? —preguntó Eleanor.

La sonrisa de Robert se tensó.

—El reverendo comprenderá la urgencia; de hecho, él me ha dejado las llaves, he ido a la vicaría antes y he hablado con él, coincide en que debo cuidar de usted, señorita Ashford.

Perla señaló la mesa. —El antiguo rector de San Luke recibió una copia sellada de la escritura de Westmere. La guardó en el arcón parroquial porque el acuerdo afectaba a una finca, a una dote y a

una menor. Muy sensato por parte de su madre, Eleanor. Confiar en hombres de familia habría sido mucho más sentimental y bastante menos eficaz.

Eleanor no respondió de inmediato.

Durante un instante, la parroquia, Robert, Perla y la escritura dejaron de existir. Solo quedó su madre.

Hacía más de diez años que había muerto, y aun así Eleanor descubrió, con una punzada absurda, que aún podía recordarla en detalles pequeños: el perfume tenue de lavanda en sus mangas, la suavidad de sus dedos al apartarle el cabello de la frente, la forma en que sonreía cuando Eleanor decía algo demasiado serio para una niña. La recordaba enferma, sí, cada vez más pálida en una habitación donde las cortinas permanecían entornadas, pero también la recordaba viva, inclinada sobre ella, hablándole en voz baja como si el mundo no tuviera derecho a entrar donde estaban las dos.

Y ahora, después de tantos años de creerla una figura dulce y perdida, un retrato desvanecido en la memoria de Ashford Manor, Eleanor descubría algo distinto.

Su madre había pensado en ella.

No con lágrimas. No con promesas bonitas dichas al borde de la cama. No solo con amor, sino con inteligencia. Había previsto la codicia de los hombres, la fragilidad de una hija sin edad para defenderse y la conveniencia de esconder la verdad donde ni los Ashford ni los Colligan pudieran tocarla fácilmente.

Aquella revelación la conmovió más que cualquier herencia.

Su madre había empezado a luchar por ella mucho antes de que ella supiera que debía hacerlo.

Eleanor sintió un golpe en el pecho. —¿Está ahí?

Perla miró a Robert.

—Estaba a punto de comprobarlo cuando sir Robert decidió que la ley era una molestia innecesaria.

Robert dio un paso hacia la mesa. —Basta.

Esa palabra, dicha por él en aquel lugar, ya no tuvo poder.

No sobre Eleanor.

No del todo.

—No —dijo ella—. No basta. Todavía no.

Robert la miró con una rabia fría. —Ha llegado demasiado lejos.

—No. Creo que por fin he llegado al lugar correcto.

Entonces todo ocurrió muy deprisa.

Price, que hasta ese momento había permanecido en ese estado gris entre la obediencia y el miedo, sacó del arcón un paquete envuelto en tela encerada. Estaba sellado con lacre viejo, partido por los bordes, y llevaba una inscripción casi borrada: Westmere. Línea de Lady Marian Ashford.

Marian.

La madre de Eleanor.

Robert se volvió con tal rapidez que la vela de la mesa tembló.

—Démelo.

Price no se movió.

Por primera vez desde que Eleanor lo conocía, el hombre pareció tener algo parecido a una conciencia.

Una pequeña.

Mal alimentada.

Tardía.

Pero conciencia al fin.

—Señor Price —dijo Robert.

Price tragó saliva.

—Sir Robert... quizás sería mejor esperar al reverendo, ha dicho que vendría en breve.

Robert lo golpeó.

No con el puño. Con la mano abierta. Una bofetada seca, humillante, más violenta por lo inesperada que por la fuerza. Price cayó contra la mesa, derribando una vela. La llama rodó hacia los papeles secos.

Eleanor reaccionó antes de pensar.

Tomó la manta de lana que cubría una silla y la arrojó sobre la vela caída. Perla, con una rapidez que no correspondía a una dama de su elegancia, atrapó el paquete sellado antes de que Robert pudiera alcanzarlo.

Robert perdió entonces la última parte de su disfraz.

No gritó.

Eso habría sido casi humano.

Se lanzó hacia lady Perla con una furia limpia, muda, desesperada. Como si no quedara rastro del caballero perfecto que había llegado a Ashford Mannor meses atrás.

Eleanor se interpuso.

No sabía por qué. No pensó en la diferencia de fuerza, ni en su propia seguridad, ni en lo absurdo de proteger a Lady Perla Colligan, que probablemente habría sabido defenderse con un alfiler de sombrero y una frase bien colocada. Solo vio a Robert avanzar hacia el documento y comprendió que, si lo tomaba, Westmere volvería a desaparecer.

Y quizás ella también.

—No —dijo.

Robert la agarró del brazo.

Esta vez no hubo sutileza.

Dolió.

—Quítese de en medio.

Eleanor no se movió.

—No.

El rostro de Robert se contrajo. —Siempre debió casarse conmigo cuando aún podía hacerlo con gratitud, ahora se casará conmigo y lo hará como una mujer indeseable a la que no pienso tratar con misericordia.

Perla habló desde detrás de Eleanor.

—Sir Robert, Eleanor no se casará con usted porque ya he decidido que lo haga con mi hijo. Esta tarde, cuando Wolf ha llegado con Helena Vane he comprendido que sería injusto negarle a Bear el derecho de casarse con la mujer que ama, así que deje de hablar de mi nuera como si fuera su propiedad.

La puerta de la sacristía se abrió de golpe.

Bear entró primero.

No fue una entrada heroica. Fue peor. Fue la entrada de un hombre que ya había visto demasiado tarde demasiadas veces en su vida y que, en aquella ocasión, no pensaba llegar después.

Detrás de él aparecieron Tim, Tiger, Wolf, el reverendo Dacre con el rostro ceniciento y, unos pasos más atrás, Helena Vane,

duquesa de Coldhaven, observándolo todo como si aquella familia no hubiera hecho más que confirmar sus peores sospechas.

Bear vio la mano de Robert sobre el brazo de Eleanor.

Nada más.

Durante un segundo, la habitación se volvió tan silenciosa que Eleanor oyó la respiración de Charlotte detrás de ella, pequeña y rota.

—Suéltala —dijo Bear.

Robert sonrió.

Fue una imprudencia.

La última.

—¿O qué, excelencia? ¿Volverá a golpearme delante de testigos?

Bear avanzó un paso.

Tim hizo un movimiento mínimo, pero no lo detuvo. No esta vez. Quizás porque también había visto el brazo de Eleanor. Quizás porque incluso los hombres prudentes tenían límites.

Pero fue Eleanor quien habló.

—No.

Bear se detuvo.

Todos la miraron.

Eleanor respiró despacio. El brazo le dolía bajo la mano de Robert. La vieja Eleanor habría pensado en lo que parecería aquello. En cómo sonaría mañana. En qué dirían los Dacre, Bristol, los Ashford muertos y las damas con encajes almidonados.

La nueva Eleanor solo miró a Robert.

—Suélteme —dijo—. No porque él se lo ordene. Porque se lo ordeno yo.

Robert se quedó inmóvil.

La frase no era fuerte.

No tenía que serlo.

Allí estaba el reverendo. Allí estaba Price, con la mejilla enrojecida. Allí estaba Perla con la escritura. Allí estaban los Colligan, los Ashford que quedaban y la propia Charlotte, temblando, pero presente.

Robert soltó el brazo, dándose cuenta de que la máscara se le había caído por completo.

Pero ya era tarde.

Price habló entonces con una voz quebrada.

—Sir Robert sabía que la escritura existía.

Robert se volvió hacia él. —Cállese.

Price no calló.

Tal vez porque ya lo había golpeado. Tal vez porque algunos hombres necesitan recibir una bofetada para descubrir, con años de retraso, dónde guardaban la dignidad.

—Lo sabía por Lady Octavia. La página arrancada de la carta de Lady Marian fue enviada a su madre. Yo... yo vi la copia. Decía que el documento estaba en San Luke, bajo custodia del rector. Sir Robert quiso obtenerlo antes de que la señorita Ashford pudiera reclamarlo.

El reverendo Dacre parecía haber envejecido diez años. —¿Es esto cierto, Sir Robert? ¿Pretendía apropiarse de Westmere sabiendo que su prometida era la única dueña?

Robert sonrió con sangre fría.

—Price está confundido.

Charlotte dio un paso.

—No —dijo.

Robert la miró.

—Charlotte.

Ella se encogió un poco, pero no retrocedió.

—No está confundido. Madre me escribió lo mismo. Dijo que, cuando Robert tuviera la escritura, Eleanor tendría que casarse o perdería todo.

Perla deshizo la tela encerada con cuidado. El lacre viejo cedió bajo sus dedos. Dentro había varias hojas dobladas, firmadas, selladas, acompañadas por una nota del antiguo rector. Havers no estaba allí para pronunciar una frase legal elegante, pero no hizo falta. Tim tomó el documento, lo revisó con la mirada de un hombre acostumbrado a contratos, rentas y trampas familiares. Después se lo entregó al reverendo.

El reverendo leyó en voz baja, con creciente palidez.

—Westmere queda reservada a Lady Marian Ashford y a su descendencia femenina directa... en caso de hija única...

administración temporal hasta la mayoría de edad... ninguna transferencia posterior podrá invalidar la reserva sin consentimiento de la beneficiaria...

Eleanor dejó de oír durante unos segundos.

No porque el mundo se apagara.

Al contrario.

Todo se volvió demasiado claro.

La piedra. La vela. La respiración de Bear. La mano de Charlotte buscando la suya. El rostro de Robert, rígido, cada vez menos correcto. Lady Perla mirándola no con compasión, sino con algo mucho más difícil de recibir.

Respeto.

El reverendo levantó la vista.

—La escritura parece válida.

Tim asintió despacio.

—Y suficiente para suspender cualquier reclamación contraria.

—No —dijo Robert.

Una palabra seca.

Inútil.

Perla dobló el documento con cuidado y se lo entregó a Eleanor.

No a Tim.

No a Bear.

A Eleanor.

—Westmere es suyo —dijo.

Eleanor miró el papel.

Sus manos temblaban.

—Aún tendrá que revisarse...

—Sí —respondió Perla—. Los hombres necesitarán sus sellos, sus firmas, sus plazos y sus honorarios para sentirse útiles. Pero la verdad ya no está perdida —Eleanor levantó la mirada hacia ella. Perla añadió, más bajo: —Su madre eligió bien el escondite. Y usted ha elegido bien al venir.

Aquello fue más que una victoria.

Fue una aceptación.

No como nuera todavía. No con palabras dulces ni bendiciones teatrales. Lady Perla no era mujer de abrir los brazos en una

sacristía y arruinar una escena con sentimentalismo. Pero al entregar la escritura a Eleanor delante de todos, había hecho algo mucho más importante.

Había reconocido que Eleanor no era una carga, ni un escándalo, ni una pieza útil contra Robert.

Era la propietaria de su propia historia.

Robert dio un paso hacia la puerta.

Wolf se movió antes que nadie y bloqueó la salida con una tranquilidad casi aburrida.

Tiger apareció junto a la otra, sonriendo.

—No tan deprisa, Ashford. Sé que los finales incómodos invitan a la retirada, pero esta familia aprecia mucho los cierres bien iluminados.

Robert miró a Bear. —¿Y ahora qué? ¿Se casa con ella y todos fingimos que esto no ha sido una conspiración de los Colligan desde el principio?

Bear no respondió enseguida a las mentiras de Robert.

Miró a Eleanor.

No a Robert.

—Ahora —dijo Eleanor —rompo mi compromiso con usted, sir Robert. Delante del reverendo Dacre.

El reverendo inhaló con fuerza. La señora Dacre no estaba allí para disfrutar del desmayo moral, una pérdida lamentable para la escena. Tampoco estaban la abuela Georgiana, que había regresado a Norfolk hacía días, ni lady Ágatha, pero ambas lo disfrutarían mucho en cuanto lo supieran.

Robert se quedó quieto.

—Piénselo bien.

—Lo he pensado durante semanas. Ese fue el problema para usted.

—La arruinaré.

—No —dijo Charlotte, con una voz fina pero firme—. No podrás, hermano. Yo hablaré.

Robert la miró con un odio que heló a Eleanor. —Tú no sabes nada.

—Sé lo suficiente. Sé lo de la carta de madre. Sé lo de la escritura. Y sé que, si intentas dañar a Eleanor, yo misma contaré a quien haga falta lo que vi.

Tiger soltó un silbido bajo. —La pequeña Ashford acaba de descubrir la guerra.

Helena Vane lo miró. —Y usted acaba de descubrir que conviene callar cuando una mujer está siendo valiente.

Tiger parpadeó. —Me rodean.

—Sí —dijo Wolf sin mirarlo—. Y aun así no aprendes.

Robert perdió entonces lo poco que le quedaba.

No atacó a Bear. No era tan necio.

Atacó la escritura.

Se lanzó hacia Eleanor con el brazo extendido, no hacia ella exactamente, sino hacia el documento. Tal vez pensó que aún podía arrebatarlo, romperlo, arrojarlo al fuego, convertir la verdad en fragmentos antes de que el reverendo pudiera certificarla.

No llegó.

Bear lo detuvo.

No con un puñetazo.

No esta vez.

Le atrapó la muñeca en el aire y la sostuvo con tal fuerza que Robert palideció.

—No —dijo Bear.

Una sola palabra.

Y en ella estuvo toda la guerra que eligió no librar con los puños.

Robert intentó soltarse. No pudo.

—Me está agrediendo.

Bear sonrió. —Ojalá pudiera.

El reverendo Dacre, quizás todavía confuso sobre qué parte de su noche era cristiana, asintió con rapidez. —Basta, Sir Robert.

Tim se acercó.

—Sir Robert, saldrá de aquí ahora. Mañana nuestros abogados se ocuparán del resto. Si intenta acercarse de nuevo a Eleanor Ashford sin invitación, a Westmere sin autorización o a cualquier documento vinculado a ella, no necesitará preocuparse por mi hijo. Tendrá que preocuparse por mí.

Robert miró a Tim.

Tal vez por primera vez entendió que Bear no era el único Colligan peligroso.

Bear soltó su muñeca.

Robert retrocedió. Se recompuso la manga con manos demasiado rígidas y miró a Eleanor una última vez.

—Se arrepentirá.

Eleanor sostuvo la escritura contra el pecho.

—Lo dudo mucho, Sir Robert.

Robert salió.

Price no lo siguió.

Aquello fue, quizás, una de las humillaciones más pequeñas y más satisfactorias de la noche.

Durante varios segundos nadie habló.

El reverendo Dacre carraspeó.

—La escritura debe quedar bajo custodia hasta mañana.

—La llevará Eleanor —contestó lady Perla.

El reverendo abrió la boca.

La cerró.

—Buena elección, reverendo —dijo Tim, sonriendo.

Eleanor miró el documento.

Westmere.

La finca que había sido frontera, excusa, herida y arma.

Suya.

Pero no como premio de Robert.

No como estrategia de Lady Perla.

No como rescate de Bear.

Suya.

Cuando salieron de San Luke, la noche estaba limpia. El aire olía a hierba mojada. Los carruajes aguardaban frente a la iglesia. Tim hablaba con el reverendo. Tiger discutía con Wolf sobre si casarse en Escocia contaba como ganar una apuesta si uno no sabía que competía. Helena Vane permanecía a su lado, silenciosa, con una expresión que sugería que la vida de la familia Colligan no iba a ser tranquila.

Charlotte subió al carruaje con Price —que había pedido ir a declarar con el reverendo al día siguiente y parecía profundamente enfermo de alivio—. Perla se quedó un instante junto a Eleanor.

—Usted sabe que Bristol hablará.

—Bristol habla, aunque se le dé pan bendecido para entretener la boca.

Perla sonrió.

Una sonrisa breve.

Verdadera.

—Bien. Entonces quizás tenga usted madera de duquesa.

Eleanor sintió que el corazón se le encogía. —¿Eso es una aprobación?

—Sí —Perla la observó durante un segundo más. Luego, contra todo pronóstico, le tocó la mejilla con la punta de los dedos—. Mi hijo la ama y empiezo a sospechar que, de todas mis nueras, usted será la más buena.

Eleanor no supo qué decir.

Por fortuna, Perla no parecía esperar respuesta.

Se marchó hacia el carruaje, junto a Charlotte y Price.

Y entonces Bear quedó frente a ella.

Solo había unos pasos entre ambos. No estaban solos. No del todo. Pero por primera vez desde la capilla, desde el deseo, desde la promesa incompleta, Eleanor sintió que la distancia entre ambos no estaba hecha de culpa.

Sino de bendición.

Bear miró la escritura en sus manos. —Lo has conseguido; sin ayuda de los abogados, sin ayuda de nadie.

—Robert ya no tiene derecho sobre mí.

Bear respiró hondo.

—No.

—Westmere es mía.

—Sí.

—Y tu familia sigue siendo imposible.

—También.

Eleanor sonrió.

Él no se arrodilló. Aquello habría sido precioso, pero ridículo en mitad del barro frente a San Luke, con Tiger probablemente mirando desde algún rincón y el reverendo aun recuperándose de haber presenciado demasiada realidad para una sola noche. Una realidad que ni él mismo sabía que existía.

El reverendo Dacre no mentía cuando les explicaba a los Colligan que todo aquello era nuevo para él. No sabía nada de la escritura de Westmere porque jamás había tenido la imaginación suficiente para sospechar que un arcón polvoriento del despacho parroquial pudiera contener algo más peligroso que registros de bautismo, donaciones antiguas y alguna que otra queja sobre bancos mal asignados.

El secreto pertenecía al reverendo anterior, un hombre más viejo, más discreto y, al parecer, bastante menos inclinado a confundir la moral con el orden social. Había recibido la copia sellada años atrás, probablemente de manos de la madre de Eleanor, y la había guardado bajo la protección de la parroquia. Después murió. Y el documento quedó allí, esperando con esa paciencia desagradable que tienen las verdades de no salir cuando alguien las busca.

Bear le tomó la mano a Eleanor.

—¿Quiere casarse conmigo?

Eleanor sintió que la risa se mezclaba con lágrimas.

—Sí —dijo ante todos los presentes, sin miedo.

Eleanor bajó la mirada hacia sus manos unidas.

Pensó en la muchacha que había aceptado casarse con Robert para sobrevivir.

Pensó en la mujer que había entrado en San Luke para reclamar una escritura.

Pensó en Bear sobre ella en la capilla, susurrando amor como si fuera una palabra que dolía.

Y pensó, por fin, que la felicidad había llegado a su vida.

—Bear Colligan —reafirmó—, quiero casarme contigo.

Bear sonrió por primera vez de forma sincera. Una sonrisa real, amplia, casi imposible en su rostro severo. Eleanor comprendió que iba a amarlo aún más por aquella sonrisa, y que eso era un desastre para el que no deseaba cura.

Tiger gritó desde el camino:

—¡Ravenshire! Si vas a comprometerte, hazlo pronto. Algunos hemos perdido una herencia esta tarde y necesitamos regresar a beber.

Wolf, sin levantar la voz, añadió: —Técnicamente, la he ganado yo.

—Técnicamente, nadie te soporta —respondió Tiger.

Helena Vane miró a Eleanor desde el carruaje y, por primera vez, sonrió un poquito.

Tim murmuró algo sobre hijos imposibles y nueras peores.

Y Eleanor, con la escritura de Westmere contra el pecho y la mano de Bear alrededor de la suya, sintió que el mundo seguía siendo peligroso, injusto, absurdo y lleno de gente dispuesta a decidir por ella.

Pero ya no estaba atrapada.

Al día siguiente habría abogados. Habría declaraciones. Habría cartas de Robert, quizás amenazas, quizás súplicas. Habría Bristol entero hablando hasta quedarse sin aliento. Habría una boda que organizar algún día, una familia que domesticar —aunque Eleanor sospechaba que los Colligan no admitían domesticación sin morder— y una vida que no sería sencilla.

Pero aquella noche, frente a San Luke, bajo una luna pálida y con Westmere recuperada al fin, Eleanor Ashford permitió que Bear la acercara a él.

No la besó.

No todavía.

Solo le rozó la frente con los labios.

Y precisamente por eso, Eleanor sintió que aquel gesto la atravesaba más hondo que cualquier beso robado.

—Ahora sí —murmuró Bear—. Libre.

—Ahora sí —dijo Eleanor, cerrando los ojos.

Y, por primera vez, el futuro no tuvo forma de jaula.

Tuvo forma de camino.

**Queridas lectoras:**

**Si habéis llegado hasta aquí, solo puedo daros las gracias de corazón. Gracias por acompañar a Eleanor y Bear**

**en esta historia, por sufrir con ellos, por desear con ellos y por vivir esta rendición página a página.**

Rendida al Duque **termina aquí… pero todavía queda un pequeño regalo para vosotras: el epílogo estará disponible en mi página web.**

**Si esta historia os ha emocionado, os invito a seguirme para no perderos mis próximas novelas, novedades y personajes que aún tienen mucho que decir. También podéis buscar mis libros en Amazon, donde encontraréis más historias de romance histórico escritas con todo mi amor.**

**Instagram: maribelsolle. escritora**

**Vuestro apoyo, vuestros comentarios y vuestras lecturas son lo que hace posible que siga creando mundos, duques imposibles y mujeres que aprenden a reclamar su propio final feliz.**

**Con cariño,**
**Maribel**



# EPÍLOGO

Dieciocho meses después.

Bristol seguía hablando de Eleanor Ashford, aunque, por supuesto, ya no la llamaba Eleanor Ashford salvo cuando alguien deseaba fingir una familiaridad que jamás había tenido con ella.

En los salones, en las tiendas de modistas, en los bancos mejor situados de las iglesias y en las mesas donde las damas fingían tomar té cuando en realidad estaban desollando reputaciones con la misma precisión con que otras mujeres pelaban manzanas, Eleanor era ahora la duquesa de Ravenshire.

A veces decían el título con admiración, otras con veneno, y otras con esa mezcla deliciosa de envidia y resignación que solo podía producir una mujer que había escapado de un compromiso desdichado, había ganado una herencia oculta, se había casado con uno de los hombres más imponentes de Inglaterra y, para colmo, no parecía arrepentida de nada.

Lady Agatha sostenía que aquello era lo que más indignaba a Bristol: no el escándalo, ni San Luke, ni la caída pública de Robert, ni siquiera el hecho de que Bear Colligan hubiera estado dispuesto a partirle la mandíbula a medio condado por ella. Lo imperdonable, según su tía, era que Eleanor hubiera sobrevivido al desastre sin pedir perdón por haberlo hecho.

Eleanor pensó en aquello esa mañana mientras observaba desde la galería acristalada de la casa de los Colligan cómo la lluvia fina resbalaba por los cristales y convertía el jardín en una mancha verde y plateada.

No vivía en Westmere. Aquello seguía causando confusión entre quienes necesitaban que las mujeres hicieran siempre lo esperado con aquello que heredaban. Westmere no pertenecía a los Ashford. Tampoco a los Colligan. No formaba parte de ninguna propiedad familiar, ni de ningún acuerdo matrimonial, ni de ninguna

contabilidad masculina donde las fincas parecían moverse de apellido en apellido.

Westmere era solo de Eleanor. Suyo de un modo tan claro, tan legal y tan profundamente íntimo que al principio casi le había dado miedo tocar aquella verdad. Y precisamente por eso había decidido no convertirlo en una residencia de verano, ni en un capricho ducal, ni en una finca más donde los hombres discutieran rentas mientras las mujeres elegían cortinas.

Westmere, con sus tierras húmedas y sus viejos edificios medio abandonados, se había transformado en algo mucho más escandaloso: un pequeño conjunto de casas dignas para quienes jamás habían tenido una. Viudas sin renta, criados ancianos, madres con niños, familias empobrecidas que no necesitaban sermones sino un techo seco, una chimenea segura, una puerta que cerrara bien y una ventana por la que entrara la luz.

Bear la había acompañado la primera vez que los albañiles levantaron los muros nuevos, y Eleanor aún recordaba su silencio. Había caminado a su lado bajo una lluvia persistente, con el sombrero en una mano y la otra en la espalda de ella, como si incluso en campo abierto temiera que el mundo pudiera arrebatarle algo. Durante un buen rato no había dicho nada. Solo miraba las piedras, los planos, los obreros, las marcas en el barro donde se alzarían las primeras viviendas.

Al final, con esa voz grave que Eleanor había aprendido a distinguir en todas sus formas —la voz de deseo, la de enfado, la de ternura contrariada, la de marido que intenta ser razonable y fracasaba—, Bear había murmurado que ella podría haber construido allí una casa para ambos.

Eleanor lo había mirado entonces, con el viento metiéndole mechones de cabello bajo la capucha, y le había contestado que ya tenía una casa con él. Bear no había respondido. Se había limitado a mirarla como si acabara de entregarle algo mucho más peligroso que una promesa, y esa noche, al volver a casa, la había amado con una lentitud tan seria, tan agradecida y tan silenciosamente devota que Eleanor había comprendido que a veces una mujer sensata podía rendirse si la causa lo pedía. Y Bear era una causa magnífica.

Ahora aquellas casas estaban habitadas. Desde la galería, Eleanor no podía ver Westmere, pero a menudo imaginaba sus chimeneas encendidas, los caminos nuevos, los niños corriendo entre los huertos pequeños, las mujeres tendiendo ropa en patios donde nadie podía llamarlas una carga.

Lady Perla había visitado el lugar dos semanas antes y había encontrado defectos en casi todo: una cocina demasiado estrecha, un tejado que debía reforzarse antes del invierno, una ventana colocada de manera poco inteligente para aprovechar el sol de la tarde. Eleanor ya conocía lo suficiente a su suegra para entender que aquello equivalía a una bendición solemne.

Lady Agatha, en cambio, había sido más clara. Había golpeado el suelo con el bastón, había observado las casas con ojos duros y brillantes, y había dicho que por fin una Ashford hacía algo útil con una propiedad. Después había fingido que le había entrado polvo en el ojo, aunque estaban al aire libre, llovía y nadie tuvo el mal gusto de señalarlo.

Ashford Manor, por su parte, seguía en manos de Robert, aunque decirlo así era una simplificación que habría hecho sonreír a cualquier abogado con sentido del humor.

Robert lo había conservado, sí, con sus retratos severos, sus deudas antiguas, sus pasillos donde Eleanor había aprendido a caminar sin hacer ruido y aquella fachada respetable que ocultaba más humillaciones de las que jamás admitiría una familia decente.

Pero lo había conservado gracias a un acuerdo de Lady Octavia, y Eleanor sospechaba que no había castigo más refinado para Robert que deberle su salvación a una mujer. Lady Octavia, que podía convertir la falta de cariño en una herramienta política, le había arreglado un matrimonio con Lady Beatrice Harbury, viuda joven de un baronet, hija única de un hombre poderoso y dueña de una fortuna tan sólida que hacía parecer romántico cualquier enlace por conveniencia.

Beatrice no era hermosa en el modo que Bristol premiaba con suspiros, pero tenía una espalda recta, una mirada fría y una mente educada para no pedir permiso donde podía imponer condiciones. Robert se había casado con ella en una ceremonia discreta, elegante

y casi fúnebre. Bristol había acudido con la misma expresión con que se asistía a un entierro caro: respetuosa por fuera, hambrienta por dentro.

Desde entonces, según Charlotte, Robert sonreía menos y bebía más, mientras Lady Beatrice administraba Ashford Manor con una eficiencia que habría resultado admirable si no hubiera sido tan aterradora. Eleanor no sentía compasión. O quizás sí, a veces, una compasión delgada y distante, no por el hombre que él era, sino por la ruina de todo lo que pudo haber sido si no hubiera confundido el derecho con la posesión y la ambición con el amor.

—Estás pensando demasiado —dijo Bear desde la puerta.

Eleanor no se volvió enseguida. Sonrió mirando la lluvia, porque había aprendido que su marido detestaba no ser recibido de inmediato y que provocarlo era una de las diversiones más inocentes de su vida matrimonial.

—Soy una mujer con propiedades, una suegra Colligan, una tía Ashford instalada en tu casa y un hijo que ha heredado tu expresión de disgusto. Pensar demasiado es mi única defensa.

Bear cruzó la galería con esa manera suya de moverse que todavía le alteraba el pulso, lenta y poderosa, como si el suelo tuviera la prudencia de sostenerlo sin protestar. Se detuvo detrás de ella y le rodeó la cintura con los brazos, apoyando una mano amplia sobre su vientre, que empezaba a crecer por segunda vez. Eleanor cerró los ojos un instante. Aquel gesto seguía teniendo la facultad absurda de desarmarla. No porque fuera posesivo, aunque Bear poseía incluso el aire que respiraba cuando la miraba así, sino porque en él había una seguridad que ya no la encerraba. La sostenía.

—Nuestro hijo no tiene expresión de disgusto —dijo él junto a su oído.

—Bear, ayer miró a Tiger durante cinco minutos y luego se echó a llorar.

—Eso demuestra discernimiento.

Eleanor rio, y la risa le salió tan libre que aún se sorprendió un poco, incluso después de dieciocho meses. Su hijo, Thomas Marian Colligan, dormía en el salón azul bajo la vigilancia alterna de tres

mujeres que se despreciaban lo suficiente para no ponerse jamás de acuerdo y se querían lo bastante para no admitirlo: Lady Perla, Lady Agatha y la niñera.

El niño tenía seis meses, un puño firme, el cabello oscuro de Bear y los ojos de Eleanor, según decía Charlotte con una ternura que siempre le ablandaba la voz. Lady Agatha insistía en que poseía inteligencia Ashford y terquedad Colligan, una combinación que, de no corregirse, podía llevarlo al Parlamento o al patíbulo. Lady Perla respondía que ningún nieto suyo acabaría en el patíbulo salvo que fuera estrictamente necesario para defender el honor de la familia. Eleanor, al escuchar aquello, había decidido que quizás su hijo necesitaba una institutriz antes de cumplir el año.

Bear apoyó la boca en su cuello, justo bajo la oreja, en un beso lento que no tenía ninguna intención inocente. Eleanor sintió que el calor se le extendía por la piel con una facilidad vergonzosa. La maternidad no había apagado nada entre ellos. Si acaso, había añadido nuevas formas de ternura al deseo, nuevas pausas, nuevas sonrisas cansadas en mitad de la noche, cuando Thomas lloraba y Bear se levantaba con el cabello revuelto, gruñendo como un oso mal despertado, solo para quedarse luego con el niño contra el pecho, caminando por la habitación hasta calmarlo. Eleanor había visto a aquel duque enorme, temido por deudores y respetado por hombres que jamás admitirían miedo, susurrarle tonterías a un bebé de tres semanas con la gravedad de quien negocia un tratado internacional. Y lo había amado tanto que a veces le dolía.

—Si sigues besándome así —murmuró ella—, llegaremos tarde al almuerzo.

—Ese era mi plan.

—Tu madre ha invitado a media familia.

—Precisamente por eso.

—Y Lady Agatha ha dicho que si no bajas puntual, asumirá que la pasión matrimonial te ha vuelto débil.

Bear levantó la cabeza.

—Tu tía vive en mi casa, critica mi puntualidad, insulta a mis hermanos y ha reorganizado mi biblioteca por autores que considera menos imbéciles.

Eleanor se volvió entre sus brazos y le puso las manos en el pecho. —Lady Agatha no vive en tu casa.

Bear la miró con falsa severidad.

—¿No?

—Vive en nuestra casa.

Algo cambió en su rostro, como siempre que ella decía nuestra. No era una palabra grande. Pero en Bear parecía abrir puertas secretas. La besó entonces, despacio, con una contención que pertenecía a los pasillos familiares y no a las habitaciones cerradas. Eleanor le devolvió el beso con la misma suavidad, aunque sabía que ambos recordaban perfectamente la diferencia. Él se apartó lo suficiente para rozarle la frente con la suya.

—Duquesa —susurró.

—Oso insoportable.

—Mujer insolente.

Bear sonrió, y Eleanor pensó, como siempre, que aquella sonrisa seguía siendo uno de los milagros privados de su vida. Luego, desde el pasillo, llegó la voz de Tiger.

—Si habéis terminado de producir herederos o de ensayar para ello, vuestra presencia se requiere abajo. Wolf ha llegado con su esposa.

Bear cerró los ojos con expresión de paciencia asesinada.

—Voy a matarlo.

—¿A Tiger?

—A Wolf. A Tiger. A cualquiera que haya decidido convertir el desayuno en una reunión familiar.

Cuando bajaron, la casa de los Colligan tenía ese aire de caos elegante que Eleanor había llegado a considerar normal. Lady Perla estaba de pie junto a la chimenea del salón principal, impecable, con Thomas en brazos y una expresión que sugería que el niño era el único varón Colligan del que todavía podía esperarse una conducta razonable.

Lady Agatha ocupaba el sillón más próximo al fuego, bastón en mano, mirando la escena con el placer sombrío de una general ante un campo de batalla prometedor. Tim estaba junto al aparador, sirviéndose una copa con la resignación de un hombre que había

criado demasiados hijos y seguía sorprendiéndose de que sobrevivieran. Tiger, duque de Blackmoor, sonreía como si alguien hubiera dejado una caja de pólvora abierta y él solo esperara una vela. Charlotte, que visitaba a Eleanor con frecuencia desde Ashford Manor y parecía cada día menos cohibida, observaba desde un lado con los ojos muy abiertos.

Lady Cassandra Harcourt también estaba allí.

Aquello, por supuesto, no era casualidad.

Lady Perla podía fingir muchas cosas, pero no inocencia. Había invitado a la hija del duque de Lyndham con el aire de quien solo deseaba una visita agradable, cuando en realidad la había colocado en mitad del salón como quien deja un anzuelo perfectamente afilado en un estanque lleno de peces arrogantes.

Y Tiger lo sabía.

Se notaba en la forma en que evitaba mirarla demasiado.

Lo cual, tratándose de Tiger, equivalía casi a una declaración pública.

En el centro del salón estaba Wolf.

Wolf Colligan, duque de Coldhaven, no parecía un hombre dispuesto a dar explicaciones. Tampoco parecía un hombre que comprendiera por qué los demás las consideraban necesarias. Vestía de negro, como era habitual en él, con esa calma fría que le daba el aspecto de haber nacido en una habitación cerrada con llave. A su lado estaba Helena Vane, duquesa de Coldhaven, su esposa, aunque la palabra esposa seguía produciendo en la familia una reacción parecida a la de una pistola cargada sobre una mesa de té.

Eleanor la recordaba de San Luke, aquella noche en que la verdad había salido de un arcón polvoriento para liberar Westmere y hundir a Robert. Helena ya entonces le había parecido una mujer complicada. Vestía de gris perla, sin joyas llamativas, con el rostro tranquilo y unos ojos oscuros que no pedían aprobación ni ofrecían explicaciones.

Wolf inclinó la cabeza.

—Madre.

—No me llames madre como si eso fuera a mejorar la situación.

Tiger se apoyó en el respaldo de una silla.

—En defensa de Wolf, creo que lleva meses intentando evitar cualquier conversación familiar que incluya la palabra esposa. Es una estrategia cobarde, pero comprensible.

Lady Agatha soltó una tos que sonó peligrosamente parecida a una risa.

Helena Vane miró a Tiger con calma.

—Duque de Blackmoor.

—A su servicio, duquesa. O señora Colligan. O enigma familiar. Aún estamos ajustando los títulos.

—Qué alivio —respondió ella—. Temía que la familia fuera aburrida.

Eleanor sintió que Bear se quedaba muy quieto a su lado. Luego, muy bajo, murmuró:

—Dios nos ayude.

Wolf no apartó la mirada de su madre.

—Helena y yo ya llevamos tiempo casados. No veo por qué seguimos fingiendo que es una noticia.

—Porque, querido —dijo Perla con una dulzura letal—, cuando un hijo mío se casa en secreto, desaparece durante meses, regresa con una esposa a la que apenas conocemos y espera que todos aceptemos la situación como si hubiera cambiado de sastre, la noticia conserva cierta frescura.

—No me casé por capricho.

—Eso espero. El capricho habría sido casi tranquilizador.

Helena entrelazó las manos delante del cuerpo. El anillo brilló con discreción bajo la luz gris de la mañana.

—Nuestro matrimonio obedeció a razones privadas.

—Todos los desastres empiezan así —murmuró Lady Agatha.

Tiger levantó una copa imaginaria. —Y los buenos, además, terminan peor.

Eleanor miró a Bear. Él no sonreía. Observaba a Wolf con esa alarma profunda que solo nace del cariño mal disimulado. No parecía enfadado por el matrimonio. No exactamente. Parecía preocupado por todo lo que Wolf seguía sin decir.

Eleanor le tomó la mano. Bear entrelazó los dedos con los suyos sin apartar los ojos de su hermano.

Perla, por fin, se acercó a Helena. Durante un instante las dos mujeres se estudiaron.

—Espero que sepa usted lo que ha hecho —dijo Perla.

Helena sostuvo su mirada.

—No del todo, lady Perla. Pero sé por qué lo hice.

Aquella respuesta fue peor que una confesión.

Wolf giró la cabeza hacia su esposa. No hubo ternura visible entre ellos. Tampoco frialdad. Había algo más difícil de nombrar: un pacto. Una deuda. Una alianza que quizás protegía tanto como hería.

Eleanor sintió que la historia cambiaba de manos por un instante. Su propia batalla había terminado. Robert seguía vivo, humillado y mucho menos poderoso. Westmere volvía a respirar bajo su nombre. Bristol podía hablar hasta gastarse la lengua. Lady Agatha podía fingir que no amaba a los Colligan mientras se apropiaba de sus mejores sillones. Bear podía seguir haciéndola rendirse cada noche sin que ella dejara de pertenecerse.

Pero Wolf y Helena guardaban otro secreto.

Uno oscuro.

Uno que no pertenecía a esa historia.

Tiger, en cambio, sí parecía pertenecer peligrosamente a la siguiente.

—En cualquier caso —dijo él, con ligereza estudiada—, Wolf se casó primero. Lo cual significa que, según esa absurda condición matrimonial que nuestros padres inventaron para domesticarnos, Coldhaven ha ganado la apuesta.

Tim cerró los ojos. —No era una apuesta.

—Padre, cuando tres duques solteros reciben una condición relacionada con matrimonio, herencia y propiedades, eso es una apuesta. La única diferencia es que nadie tuvo la decencia de ponerlo por escrito en una mesa de juego.

Lady Cassandra, que hasta entonces había permanecido en silencio, alzó la mirada hacia Tiger.

—¿Y le molesta haber perdido?

Tiger sonrió.

—Lady Cassandra, yo nunca pierdo. Solo permito que otros se adelanten para estudiar el terreno.

—Qué forma tan elegante de llamar derrota a la derrota.

La sonrisa de Tiger no desapareció, pero algo en sus ojos cambió. Eleanor lo vio. Bear también. Cassandra acababa de tocar una fibra que Tiger no estaba acostumbrado a dejar al alcance de nadie.

—Tenga cuidado —dijo Tiger suavemente—. Podría empezar a pensar que disfruta hiriéndome.

—No sea vanidoso, excelencia. Si algún día decido herirlo, lo sabrá.

Lady Agatha murmuró: —Me gusta esa muchacha.

Perla, aún con Thomas en brazos, miró de Cassandra a Tiger con una quietud demasiado interesada.

—Un acuerdo es un acuerdo —dijo Tim, retomando el hilo con evidente cansancio—. Si Wolf se casó antes que sus hermanos, la condición queda cumplida.

Tiger abrió las manos.

—Maravilloso. Coldhaven gana propiedades, negocios y una esposa misteriosa. Bear gana una guerra con los Ashford y una duquesa que lo mira como si todavía no hubiera decidido si adorarlo o matarlo. ¿Y yo qué gano?

Cassandra tomó una taza de té de una bandeja. —Humildad, quizás.

Tiger la miró. —Eso sería una crueldad innecesaria.

—Entonces esperanza —replicó ella—. Aún puede aprender.

El silencio que siguió fue delicioso.

Por primera vez en toda la mañana, Tiger no encontró respuesta inmediata.

Bear se inclinó hacia Eleanor.

—Eso no le ocurre nunca.

—Entonces deberíamos recordarlo —susurró ella—. Quizás sea histórico.

Tiger, todavía mirando a Cassandra, murmuró:

—Me temo que voy a odiar a esta mujer.

Lady Cassandra bebió un sorbo de té sin apartar los ojos de él.

—Qué comienzo tan prometedor.

Y Eleanor, con la mano de Bear entrelazada con la suya, comprendió que algunas historias no empezaban con un beso, ni con una herencia, ni con una promesa.

Algunas empezaban con dos personas demasiado inteligentes para rendirse... y demasiado orgullosas para admitir que ya habían comenzado a caer.

**Gracias por leer *La rendición del duque***

Si has llegado hasta aquí, gracias de corazón por acompañar esta historia hasta el final.

Pero mis personajes aún tienen mucho que contar…

Te invito a descubrir **Entre el deber y el deseo**, una novela donde el amor nace entre una joven de clase alta y un abogado con un pasado impresionante.

Pulse para siguiente entrega...